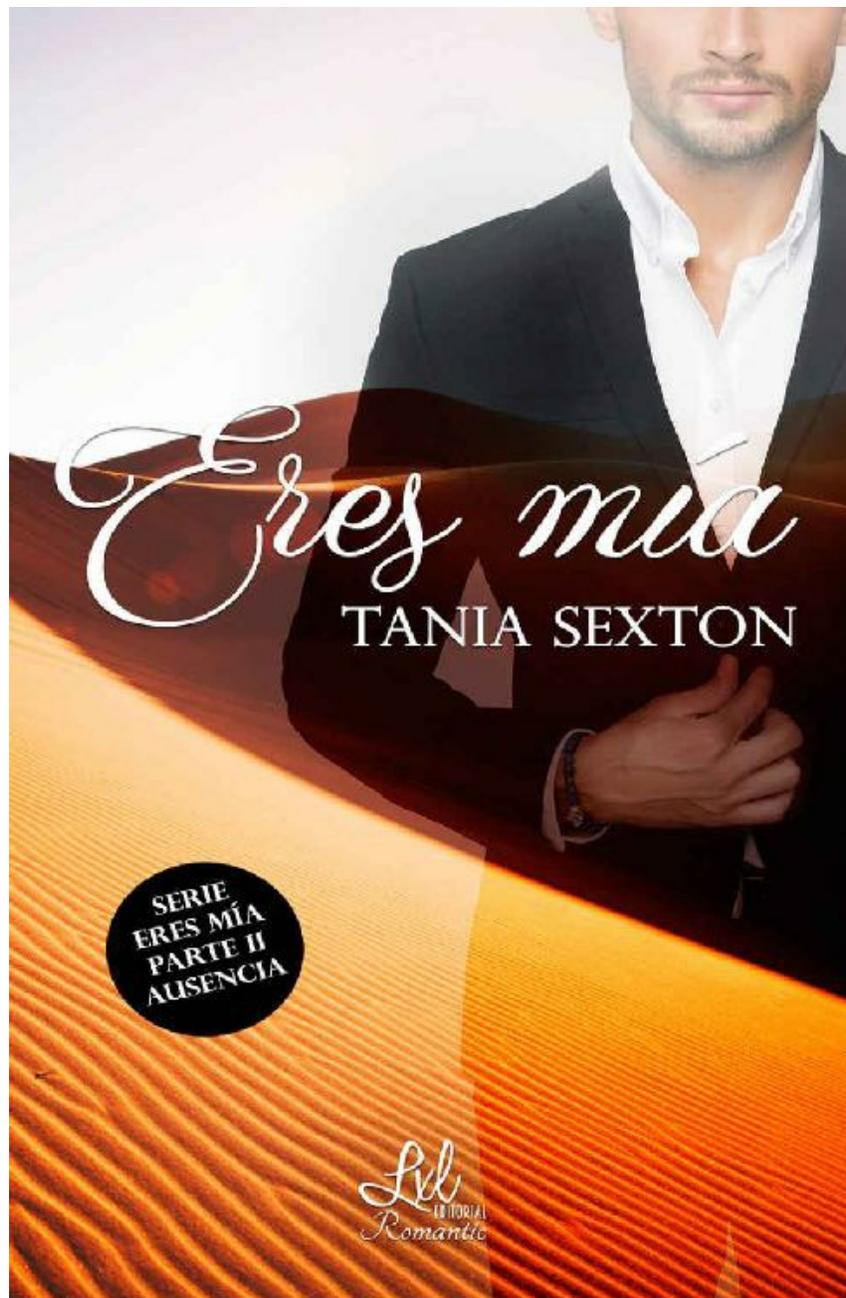


*Eres mía*  
TANIA SEXTON

SERIE  
ERES MÍA  
PARTE II  
AUSENCIA

*Lvl*  
EDITORIAL  
*Romantic*



# Eres mía

TANIA SEXTON

SERIE  
ERES MÍA  
PARTE II  
AUSENCIA

Lil  
EDITORIAL  
Romántica

Eres mía

*Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Tania Sexton 2018

© Editorial LxL 2018

[www.editorialxl.com](http://www.editorialxl.com)

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-84-0

«Pasión».

«Entre tus pechos hay aldeas incendiadas,  
millones de fosas,  
restos de barcos hundidos  
y armaduras de hombres asesinados.

Ninguno de ellos ha regresado.

Todos los que pasaron por tu pecho  
desaparecieron y los que permanecieron hasta el alba  
se suicidaron».

Nizar Qabbani

Para él.  
Que siempre estuvo.  
Que está.  
Y que siempre estará.  
Te amo.

# AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento, siempre para los lectores; los presentes y los que vengan en el futuro.

Sin ellos, solo escribiría para mí y no tendría el mismo aliciente.

Y por último, dar las gracias infinitas a mi editorial (LXL EDITORIAL), y a mi editora, Angie Sánchez, porque sin ellos, este libro no estaría en tus manos.

# PRÓLOGO

¿Has nadado alguna vez entre tiburones? No son tiburones blancos, pero son tiburones toro y algunos expertos dicen que son los más peligrosos. Y yo te puedo decir que son tan amenazantes que te quitan el aliento, que hacen que el corazón vaya a un ritmo loco hasta producirte taquicardia y que, si no tienes sangre fría, mucha sangre fría, es mejor que no te acerques a ellos.

Un escualo de casi cuatro metros y trescientos kilos o más es para tenerle, por lo menos, respeto y miedo... siempre. Y como te he dicho antes, los expertos dicen que los más peligrosos son: el blanco, el tigre y el toro, y no por ese orden necesariamente.

Estamos a poca profundidad en Playa del Carmen, en Riviera Maya, y los tiburones, en su mayoría hembras que vienen a parir sus crías, se sienten atraídas por el agua dulce que llega de los cenotes, que se filtra hasta el mar a lo largo de la costa, porque no tienen cabida, si no, aparecerían en esos colosales agujeros en la selva, esas grutas calcáreas que la erosión ha logrado derrumbar sus cúpulas, en mayor o menor medida, para inundarse de forma llamativa. Serían lugares fascinantes para hacer de ellos sus guaridas. ¿Te imaginas? Entonces ya no serían centros de visitas turísticas donde acude desde el experto buceador, al *amateur* o al cuidadoso y prudente viajero que quiere conocer esas maravillas, pero no quiere arriesgar. Esa suerte tienen los turistas porque estos escualos se adaptan al agua dulce sin problemas y pueden nadar dos o tres mil kilómetros río arriba, hasta llegar a lagos o lagunas, ya que les gusta las aguas poco profundas y les encanta asomar las aletas por la superficie del agua.

Un amor, ¿no te parece?

Los tiburones también acuden a Playa del Carmen por el alimento, pues las tortugas marinas les encantan y por aquí hay muchas para deleite de esos tres mil dientes que tienen en sus temibles bocas.

Eso es perfección genética.

Dicen que apenas han cambiado. Para qué, si lo tienen todo.

Sí, son... colosales.

Los tiburones toro son la única especie de los escualos, que son capaces de coger aire y almacenarlo en el estómago, solo para permanecer inmóvil

donde les apetezca y capturar a sus presas. Es un asesino, ágil y silencioso, con tal de conseguir su objetivo. Tienen un nivel de testosterona tan alto que superan al mismísimo elefante africano. ¿No es una maravilla?

¿Sabes que las hembras son más grandes que los machos? Sí, con diferencia. Grandes y robustas, y eso me gusta. Con esos hocicos cortos y redondeados. Es preferible que no te toquen por si acaso les da por abrir la boca y pegarte un mordisco.

Y como te den uno, como te saboreen, va a ser muy difícil escapar.

Vas a saber lo que es el dolor.

El dolor más horrible que te puedas encontrar.

Esos dientes que te arrancarán la vida, o al menos lo intentarán, llegan a superar los siete centímetros, unos con forma triangular y otros puntiagudos, estarán listos para atraparte, para matarte con la presión de sus mandíbulas y engullirte entera si eres pequeña, y si no, hacerte pedazos para tragarte cuanto antes.

Los dientes están dispuestos en filas, entre cinco y quince, y cuando uno de ellos se daña, se pierde, es reemplazado por otro. No tienen raíces, por eso se rompen o parten antes, y cuando uno se cae, ya está preparado otro que saldrá en un día. Parece magia, ¿verdad?

Dicen que pueden tener hasta treinta o cuarenta mil dientes a lo largo de sus vidas.

Me gustaría pasar la mano por su lomo gris. Y si lo hiciera, encontraría esa piel suave de la cabeza a la cola, pero si la tocara en sentido contrario, sería áspera como una lija.

Hemos estado haciendo buceo en los cenotes, para practicar y acomodarnos al agua, al entorno, y hoy, aquí, nos sumergimos para contemplarlos y nadar entre ellos, o cerca, pero no tan cerca como las rémoras que los acompañan o los peces piloto que llevan delante y que parecen guiarlos en sus largos desplazamientos y, por supuesto, sin confianzas de ningún tipo.

Hemos pagado más, mucho más de lo habitual, porque nosotros no queremos arrodillarnos en la arena del fondo poco profundo y agarrarnos a una maroma más gruesa que mi muñeca, para mirar cómo se mueven, cómo se desplazan, cómo giran esas cabezas, enseñando los dientes. Y te miran, o da esa sensación, con unos ojos redondos que no parecen de verdad, que te recuerdan a una película de terror.

No.

Nosotros vamos por libre, queremos algo especial, algo que sea muy nuestro y que no tengamos que compartirlo con los demás.

Bajamos con cuatro buceadores profesionales que vigilarán para que no pase nada y para que nosotros podamos acercarnos a ellos..., pero no mucho; no hemos venido a jugar con ellos... o con ellas.

Es grandioso, tan especial que parece que estás en otro mundo, en otra dimensión.

Estar en el agua ya es algo mágico, pero si encima estás debajo, buceando, a poca profundidad, sintiendo los rayos solares que traspasan y llegan hasta el fondo de la arena blanca, hasta nosotros, hasta esas bellezas —otros las llaman bestias—, es transportarte a otro mundo, entrar en otra dinámica.

Sí fuesen inofensivos, podría ser espiritual, pero claro, no es el caso, no podemos recrearnos en la ensoñación, con esas «bestias» a nuestro alrededor.

Pero lo más bonito de todo, lo más hermoso, lo que está por encima del paisaje, del entorno, del paraíso en el que estamos, lo que supera cualquier subidón de adrenalina, cualquier momento pasado o por venir, es que él está conmigo.

Él también nada entre tiburones, también se mueve como si fuese un gran pez, con los brazos pegados al cuerpo y nada de hacer movimientos bruscos con las aletas, no vaya a ser que se piensen que somos una foca herida o no, queriendo escapar de ellos. Su movimiento es perfecto y yo hago lo mismo que él, pues para eso hemos estado varios días practicando horas y horas. Y al tiempo que controla a esos tiburones, me controla a mí, para no perderme de vista, para que no haga ninguna tontería. Da igual que esos tipos grandes, embutidos en sus trajes de neopreno igual que nosotros, armados con arpones, controlen la situación, pues él controla todos mis movimientos, los suyos y los de esos preciosos seres.

Siempre me han gustado los delfines, desde pequeña. Siempre he creído que son muy inteligentes, muy astutos y, además, me han parecido muy simpáticos, pero al igual que las tortugas marinas, y teniendo en cuenta que también se alimentan de otros tiburones, los delfines, como no podía ser de otra forma, sirven de alimento a los tiburones toro... «Qué pena», me digo, pero esto es así, lo mismo da que estés en la selva, en el mar o en la tierra... La ley del más fuerte impera.

Si lo sabré yo.

Ya lo creo.

Y tú.

Los trajes de neopreno son oscuros y nuestros cuerpos se desplazan por el agua con maestría, con experiencia, deslizándonos de manera ondulante, pero no nadamos como ellos, no podemos, no estamos preparados genéticamente para algo así; pues ese movimiento que tienen, entre sigiloso y rápido, ese giro brusco que pueden hacer en un segundo, con un meneo de sus cabezas, de su morro, es único y provoca que no te relajes, que no sientas en momento alguno que vas a jugar con un simpático delfín. Al contrario, la adrenalina la tienes a tope y estás alerta de cualquier desplazamiento que pueda ser peligroso, que haga que te miren con esos ojos redondos que ven en blanco y negro, y que se les cruce un cable y te den un mordisco que te cambiará la vida para siempre.

Pero el tiempo se acaba y hay que salir a la superficie, dejarlos tranquilos y que sigan con sus vidas, y nosotros con la nuestra.

Y la nuestra iba muy bien, muy bien, demasiado bien, hasta el momento en que dejamos el buceo y nos fuimos a la cabaña...

Pero será mejor esperar.

Vamos al principio.

Esto es...

Esto será... pasar a otro mundo.

Será dejar este oasis...

O entrar en otro...

Muy muy diferente.

# UNO

La prensa se puso las botas, sin excepción: escrita, televisión y, por supuesto, Internet. Ya sabes, las redes sociales son implacables. Y qué decir que comentaron sobre Alejandra Pacheco Cortés, esposa y después viuda de John Burton. Imagínate, una heroína, una mujer valiente, una mujer que estuvo a punto de morir y que, gracias a su fuerza, astucia y valor, logró salvarse la vida, pero, teniendo que acabar con la del doctor Burton, y para más desgracia, perder al bebé que esperaban. Burton, posiblemente, perdió la cabeza por un ataque de celos o por lo pasado con la primera esposa y la amante, pues tal vez estuvo más involucrado de lo que todo el mundo pensaba. Tal vez ella —esa soy yo—, descubrió que él no era el hombre que parecía ser, que decía ser, que la mayoría de la gente pensaba. Quizá le pidió el divorcio y él no lo pudo tolerar.

Tal vez, tal vez, tal vez...

Y bla, bla, bla, bla.

Bueno, ya sabes cómo es esto, el circo que se forma, el alimento para los programas basura y para otro tipo de noticiarios más serios, para la prensa y todas esas noticias en forma de vídeos que te llegan de YouTube.

También hablaron de los famosos cuadros, los desnudos de tamaño natural con distintos tonos de colores, ¿te acuerdas? El cabello negro y los rizos del pubis castaño, sí, esos. Se dijo, se especuló que la modelo era yo y que Burton, al enterarse, entró en cólera y fue haciendo mala sangre hasta que estalló. Hablaron y hablaron y se apostaron en las puertas del Dakota, y también en las de mi casa en Brooklyn, pero en ningún momento supieron dónde me encontraba.

Se habló del estado en el que estaba, o podría quedar, a causa de los múltiples golpes. Se dijo que me habían hecho la cirugía estética, pues mi rostro tenía huesos rotos, tal vez la nariz, tal vez los pómulos, incluso la mandíbula.

En fin, solo era cuestión de tiempo que la noticia o noticias, se fuesen enfriando y otras más jugosas llenaran esos espacios.

Pero conseguir una fotografía era crucial y saber dónde me escondía, más.

Jared cumplió con su palabra y no me abandonó.

No, esta vez, no me abandonó.

*Septiembre 2016*

Ahora, me encuentro en su apartamento y casi me siento dueña y señora; y eso que no estoy en mi mejor momento, me refiero al exterior.

Cuando me vi por primera vez en el espejo, casi me asusté, no me reconocía, pues realmente tenía la cara deformada, hinchada, llena de moratones de todos los colores. Pero no te imagines que lloriqueé o algo por el estilo, no. Observé mi rostro atentamente, como si no fuera mío, como si esos ojos azules con restos de derrame, con párpados hinchados y cortes en las cejas, no fuesen los míos.

Y esos ojos se fijaron en todos los detalles y se grabaron en mi cerebro, pero, por si acaso con el tiempo, con los años lo olvidaba, cogí el móvil y me hice varias fotos de frente, de un perfil y del otro... Y, al final, fijé la mirada en la imagen que reflejaba el espejo y pensé en Jared, y en qué se le pasaría por la cabeza cada vez que posaba sus bellos ojos en mi rostro.

Lo cierto es que doy pena, esa es la verdad, y esa era la finalidad de todo lo pasado. Mi rostro está cubierto de hematomas, de hinchazón, de cortes... Mi cuerpo parece un mapa, pues está lleno de cardenales, bultos, arañazos y rasguños de mayor o menor envergadura, tan mal como la cara o peor porque es más grande. La ventaja es que se puede ocultar, tapar, pero la cara no.

No importa.

Cuando Jared viene del trabajo, cuando llega de noche, me hago la dormida y siento sus dedos recorrer las laceraciones de mi frente, de los pómulos, rodea los labios todavía hinchados y con cortes, y sigue bordeando la mandíbula de la manera más sutil y delicada.

Jamás me han tocado así, jamás he sentido tanto placer por una caricia, una caricia tan sutil como si una mariposa aleteara sus delicadas alas a cámara lenta sobre ti, transportándote al mundo de la felicidad, al mundo de la inconsciencia, que no conduce a sexo, que no lleva intención de ello, porque lo único que desea es dar amor, dar consuelo y cuidarte.

Cuidarte siempre.

Entonces, hago como que despierto. Intento levantar los párpados, con esfuerzo, con dolor y clavo la mirada en esos hermosos ojos. Y él, me sonrío, me acaricia con la mirada y me pregunta qué tal estoy.

—Mejor, mucho mejor —contesto con voz rota.

Él sabe que eso no es cierto. Que una paliza como la que he recibido

necesita su tiempo, que, aunque no tenga huesos rotos, ¡qué ángel de la guarda tengo!, las contusiones son muy importantes y necesitan tiempo y reposo para que vayan curando, desapareciendo. Sin olvidarnos de la zona íntima, interna. Me refiero al aborto, al legrado que hubo que hacer para que todo quedase bien limpio y sin riesgo de infección.

Se puede decir que he tenido mucha suerte, pues los golpes fueron contundentes y la caída por la escalera podría haberme ocasionado desde huesos rotos a una hemorragia interna o la muerte, como dijo el amable doctor que me atendió en Los Hamptons; aparte de la pérdida de sangre que sufría desde días atrás y que solo yo sabía.

Sigo con analgésicos y antiinflamatorios, pero ya los voy reduciendo. Mi voz está algo mejor, pero sigo con dolor al tragar alimentos o líquidos, de manera que lo hago despacio y todo triturado para que sea más fácil. La voz está con una ronquera acusada y procuro hablar lo menos posible, de manera que, con Clarita, la mayor parte de las veces, me comunico por escrito. Pero el cuello y la garganta ya no me duelen como al principio, van mejor, despacio, pero mejor. Y las hematomas del cuello van aclarándose. Tuve mucha suerte pues, aunque la faringe presenta edema, parece ir desapareciendo como todo lo demás.

Ahora, mis ojos están clavados en los de ese hombre que deseo. Es como si tuvieran imanes, como si tuvieran el poder de hipnotizarme.

—Me ha dicho Clarita que te levantas constantemente. —Es la mujer que me cuida, una persona de toda confianza.

—Clarita es un encanto, pero tengo que moverme —susurro, es lo que sale de mi garganta—. No puedo estar todo el día acostada. Ni puedo ni quiero. —Él no dice nada, solo me mira—. Doy pena, ¿verdad?

Sonríe y vuelve a deslizar un dedo por mi barbilla.

—No. Eso nunca.

Deja de tocarme y nos miramos en silencio.

—¿Quieres que me vaya? —No quiero hacer la pregunta, no me apetece lo más mínimo, pero tengo que hacerla.

Es necesario.

Además, quiero ponerlo en ese compromiso, saber si dice la verdad o me contesta con evasivas. Quiero observar hasta el último detalle de su rostro, fijarme en esos hermosos ojos e intentar descifrar lo que sienten, pues, a fin de cuentas, estoy en su casa, invadiendo su espacio, ocupando su cama.

Y lo que es peor, no sé si me acoge por lástima, porque me lo prometió o porque siente algo por mí. Y tener esa duda me molesta. Ya sabes cómo soy, lo controladora que puedo llegar a ser, y eso..., eso no desaparece de la noche a la mañana.

A veces creo que es lo último; que me desea, que siente algo especial, aunque esté hecha un adefesio. Otras, no estoy segura, pues me cuesta saber lo que piensa. Bueno, no me cuesta, no tengo ni puñetera idea la mayoría de las veces. Si soy sincera conmigo misma, es la primera vez que me siento insegura desde que estoy en Nueva York.

Insegura solo con él. Y la culpa la tiene ese hombre. Creo que se debe a que la ausencia ha desaparecido —casi—, y ahora estoy sensible, especialmente por todo lo relacionado con él.

—No. No deseo que te vayas.

Esa negación sale firme, dura y su voz me envuelve, me atrapa, me excita. ¡Cómo me gusta! Sus ojos me miran sin pestañear, y yo, a pesar de tener la cara hecha una mierda, me siento la mujer más hermosa del mundo.

Me siento como he sido siempre.

Perfecta.

Ese es el poder de sus ojos, esa mirada. Te transportan a otro mundo, te embrujan con esa intensidad, te abruman hasta decir basta, te derriten por dentro y por fuera.

¡Ay!, si mi cuerpo estuviera bien, si mi rostro fuera el de siempre, si no tuviera dolores cada vez que me muevo, se iba a enterar este hombre. Pero nada de eso sale por mi boca.

—Soy un estorbo. Estoy invadiendo tu casa, tu espacio, tu cama... Por todos los santos, estás durmiendo en un supletorio en el vestidor...

Levanta una mano y con ese gesto me hace callar.

—Cuando estés mejor, cuando ya no te duela tanto, podremos usar la misma cama. —Estas palabras salen seductoras y me llegan al alma mientras su boca muestra una pequeña sonrisa y sus ojos no dejan de mirarme—. Es una cama grande, cabemos los dos y nos sobraré espacio. A no ser que tu deseo sea otro. Algo que respetaré, por supuesto.

—Mi deseo es el mismo que el tuyo. —He levantado el tono y la voz sale ronca, notando un pinchazo en lo más profundo de la garganta; y eso ha sido por lo que ha dicho, porque ese deseo que tiene es mi deseo desde que lo vi por primera vez, con quince años.

Quisiera gritarle que lo amo con locura, que jamás he sentido algo así por un hombre, que jamás he estado enamorada hasta que él apareció en mi vida. Que ese amor ha estado siempre ahí, en un rincón de mi cerebro, en el centro de mi corazón, aunque yo lo creyese olvidado. Aunque yo no quisiera recordarlo. Que yo no habría hecho lo que hice, si él, cuando yo era casi una niña, se hubiese fijado en mí y me hubiese pedido salir... ¡Qué diferente habría sido todo! ¡Qué lindo! Sin embargo, cuando desapareció, mi corazón se quedó vacío.

Roto en mil pedazos.

Y si en esos momentos la ausencia ya formaba parte de mi ser, cuando él se fue, cuando salió de la casa de mi infancia, esa ausencia creció para devorar el dolor y cualquier debilidad que pudiera aparecer por alguna rendija de mi cerebro.

Bueno..., tampoco te pases de lista.

No le echés la culpa.

Cada palo que aguante su vela, ¿no decía eso Sarita? ¿O era Antonio? Lo decían los dos, porque eran tal para cual, eran uña y carne, porque Sara bebía los vientos por Antonio.

«Vuelve al presente, Alejandra. Deja a los muertos en paz».

La voz masculina me acaricia y las letras, las palabras, se convierten en hermosas frases que tocan cada fibra de mi ser.

—Muy bien. Pues esperaremos. Yo tengo una paciencia infinita, cuando algo me interesa... y tú eres lo más interesante que conozco. —No pestañea, no retira la mirada, es como si quisiera profundizar en mí, como si quisiera ponerme nerviosa y que diga algo conveniente o inconveniente.

—¿Y Nicole? —Si la pregunta le sorprende, no lo demuestra.

No contesta al momento, pero sus ojos siguen igual. Mirándome sin pestañear.

—Nicole sabe que estás aquí y también sabe que lo nuestro ha llegado a su fin.

—Pero... te ibas a casar con ella —casi lo murmuro, e intento que mi voz suene preocupada, algo así como que no quiero perderte, pero tampoco quiero que ella sufra.

Ja, ja, ja, y más ja. Una cosa es incompatible con la otra. Mueve despacio la cabeza, sin dejar de mirarme.

—No. Jamás hablé de matrimonio. De hecho, ni le compré anillo de

compromiso, pues nunca estuvo en mi mente casarme con ella. Ni con otra.

—Pero aquella vez en la galería de Adele, cuando nos volvimos a ver... Creo recordar que dijiste algo de que tu esposa podría trabajar o hacer lo que le diese la gana. Adele te presentó como el prometido de su sobrina.

—Era una forma de hablar. Éramos una pareja atípica, yo policía, clase media, y ella una mujer de clase alta, moviéndose en otros ambientes. Nicole estaba deseando que me declarase y de esa manera poner fecha de boda; de hecho, ya lo deseaba al poco de conocernos, pues sus indirectas eran algo más que eso. Tuve que hablarle claro y decirle que no tenía deseo de casarme de nuevo, y que, si ella buscaba otra cosa, que lo entendía, pero que yo no era el tipo adecuado. Ella aceptó, tal vez pensando que lograría su objetivo más tarde o más temprano, que yo cambiaría de idea, de manera que me pidió que le siguiera la corriente cuando estuviéramos con otras personas y, sinceramente, no me costó trabajo.

Me encanta que sea tan explícito.

—Por eso no lleva anillo de compromiso.

—A ella no le gusta llevar joyas y, como te he dicho, no le regalé ninguno. El hecho de no llevar alhajas, le servía de excusa para no lucir anillo, pero según llegó a mis oídos, en más de una ocasión que salió con amistades, especialmente con amigas, llevó un anillo de familia y dio a entender que yo se lo había regalado. No le di importancia, no le dije nada.

No retiro la mirada de su rostro.

Ahora los ojos...

Ahora la boca...

Me fascina todo lo que dice.

—Me dijo que os ibais a ir de viaje de novios a España, a Pamplona, que querías correr en los sanfermines.

La carcajada suena en toda la habitación, inundando el espacio, llegando hasta abajo, hasta la oscuridad del salón, de la moderna cocina. Me quedo mirando esa boca, esos dientes, ese movimiento de cabeza, esa nuez de Adán, muestra de su virilidad. Me seduce ese sonido ronco, profundo, sumamente viril. Como es él. Deja de reír, pero en su boca se queda una media sonrisa.

—¿En serio te dijo algo así?

—Sí. Cuando la conocí, después de ver la casa de la playa, nos fuimos a comer y me dijo esa y otras cosas.

Esa boca tan atractiva, ya no sonrío.

—Una vez le comenté que unos amigos habían ido y que me hubiera gustado ir con ellos. Nada más. No pensé que tuviera tanta imaginación.

—Me dijo que te había pedido que quitaras las fotos de tu esposa, del apartamento. De aquí.

Jared mueve la cabeza, cansado de oír las cosas que Nicole había dicho.

—En absoluto. Las fotos que tengo de Tess, están en uno de esos cajones. —Señala con la mirada la cómoda baja que está a un lado de la cama, cerca de la ventana que da a la calle MacDougal, haciendo de mesita de noche—. No sé por qué te contó tantas patrañas. En una ocasión me pidió verlas, se las enseñé y volvieron a su lugar. Nada más.

—Está visto que le gusta fantasear.

Nuestras miradas no se retiran ni un solo momento. Me contempla de la manera más hermosa, como si mi cara no fuese un mapa geofísico.

—Sí, siempre la he visto un poco inmadura, pero no creí que contara tantas mentiras.

—¿No se quedaba aquí?

Mi curiosidad es total. Quiero saberlo todo. No me corto ni un pelo y me aprovecho de la situación.

—No. Era algo que llevaba mal, aunque intentaba disimularlo, incluso llegó a decirme si quería ir a vivir con ella a su apartamento. La contestación que le di dejó las cosas claras.

No dice nada más, y yo no quiero preguntar qué le dijo, aunque me lo imagino. Nos callamos durante un largo minuto, mientras nuestros ojos parecen enganchados, no con hilos invisibles, sino con cuerdas, con gruesas maromas de esparto o cáñamo.

—¿La has amado? —Es una pregunta que tengo que hacer, aunque no me guste oír la respuesta.

—No.

¡Oh, qué negación tan hermosa, qué bien suena en mis oídos! ¡Cuánto placer me da!

—¿Y por qué salías con ella? ¿Por qué le hacías creer lo contrario?

Jared me observa mientras amusga ligeramente esos ojazos y calla durante unos instantes, para soltar las preguntas. Seguidas.

—¿Y tú? ¿Amabas a Burton? —me sorprenden y no contesto al instante.

Nos observamos, fijamente. Nos calibramos, pero, prudentemente, no contesto y él interviene sin pérdida de tiempo:

—Será mejor que nos dejemos de mentiras ni ocultaciones que, para el caso, son peores que las propias mentiras. ¿Amabas a Burton?

—No.

—Y, entonces, ¿por qué te casaste con él? ¿Por qué diste semejante paso? ¿Fue por su dinero? —Su mirada ha pasado de ser acariciadora a escrutadora.

Quiere saber si miento, quiere saber qué tipo de relación tenía con el hombre que maté. Le sale la vena de policía.

—No, no fue por el dinero, en esos momentos tenía de sobra, y nunca me he dejado embaucar por un hombre rico. Fue porque me sentí atraída por él y era muy buen amante. Estaba colado por mí, pensé que era el adecuado, ya que... cuando has amado una vez... es muy difícil volver a sentir lo mismo.

Un silencio llena la atmósfera, y yo sé que él sabe de qué hablo.

—¿Te refieres a mí? —Sus ojos parecen burlarse de esa pregunta, pero no de lo que ello implica.

—Sí.

—Alejandra, no puedes amar a un hombre que no conoces, a un hombre que has visto dos o tres veces.

Sus palabras suenan hirientes, y me duelen, pero es igual.

—¿No te enamoraste así de Tess? ¿Nada más verla?

—No. No me enamoré a la primera de cambio. Nunca me ha sucedido eso.

Él contempla mis ojos azules con restos hemorrágicos ocupando parte de la esclerótica y que, a más de uno, le daría aprensión. Repelús. Pero a él..., a él no. Y continuó:

—Nunca he podido olvidar aquella vez que fuisteis a la barbacoa que organizó mi padre. Nunca olvidaré cómo la mirabas y de qué manera ella te miraba, cómo la llevabas de la mano de un lado para otro, presentándola a todo el mundo. Cuando la sentaste sobre tus rodillas, riéndote de sus ocurrencias. Ella te observaba como si fueras su príncipe azul, ¡y rabié de celos! ¡Oh, Dios! Celos y dolor. Todo junto, dentro de un cerebro de quince años. Jamás he sentido algo así. —Hago una pausa y él respeta mi silencio, con una expresión en los ojos que reconozco como curiosidad. Intuye que hay más—. Se te veía pletórico, feliz, enamorado, y ella... ella parecía estar en el séptimo cielo. Era como si todo lo que os rodeaba estuviera fuera de vuestro microespacio y ella... sonreía y sonreía. —Vuelvo a callar, pero solo durante un segundo—. Parecía tenerlo todo. Y era cierto, pues te tenía a ti.

El silencio nos invade de nuevo. Tengo ganas de moverme, un poco, pues

comienza a dolerme la espalda de estar mucho rato en la misma postura, pero no lo hago.

«Aguanta, Alejandra, no rompas el encanto. No quiero que esos ojos plateados se separen de los míos».

—¿Y dónde estabas tú? —pregunta, entrecerrando los ojos, al tiempo que su hermosa boca se tuerce en algo que quiere ser una sonrisa, pero es una mueca.

—Escondida en la cocina, mirando a hurtadillas por la ventana.

Él sonríe, ahora sí, y esa sonrisa, me llega al alma. Sí, oyes bien, tengo alma. Alejandra Pacheco Cortés tiene alma o algo parecido.

Él deja de sonreír, carraspea y habla, me cuenta. Llena los huecos de mi mente.

—El padre de Tess estaba enfermo —explica dándome todo tipo de detalles—. Se lo habían dicho el día de antes. Tess vivía con una tía y cuando se enteró de que su padre padecía cáncer de pulmón y que estaba en fase terminal, tuvo una crisis nerviosa. Esos días, estuve especialmente atento a sus emociones y me mostré más cariñoso de lo habitual, pues ella lo estaba pasando mal.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que no la querías como yo pensé? —pregunto curiosa, pues si este hombre no amaba a esa enana insípida como yo creía... ¿qué puedo pensar?

—Sí, la amé. Por supuesto que la amé, pero, tal vez, no de la forma que tú pensaste, que idealizaste con la imaginación de una adolescente.

—¿Eso era para ti? ¿Una adolescente?

—Es lo que eras. Una preciosa muchacha.

Bueno, por lo menos ha dicho «preciosa muchacha» y no, tonta adolescente. Sigo hablando, contándole esos pensamientos, esos sentimientos que tuve siendo una adolescente, como él dice:

—Siempre he recordado tus manos tocando las de ella, esas manos grandes y bellas que posees, envolviendo las tuyas, pequeñas y no tan bonitas; tus ojos, acariciándola, mirándola de esa manera tan especial y, sobre todo, cómo te devolvía la mirada, como si fueses su héroe, su dios... —la voz se está resintiendo de tanto hablar, y el dolor se acusa. Pero es igual, quiero que lo sepa todo y continúo—: Cómo se dejaba acariciar y envolver por tus brazos. Esa tarde la envidié con todo mi ser y me sentí la persona más desdichada y sola del mundo.

Jared guarda silencio, con la mirada clavada en mi rostro. Creo que me analiza con su mente de policía, si digo la verdad o estoy exagerando como hace Nicole, o peor, mintiendo. Creo que desconfía de las mujeres. De todas. Pero, entonces, una lágrima se escapa de uno de mis ojos y luego el otro hace lo mismo. Y te puedo jurar por lo más sagrado para ti, que no estoy actuando, que mis lágrimas son de dolor, de pena, recordando esos momentos.

Imaginando lo que pudo ser y no fue.

Imaginando cómo habrían cambiado las cosas.

Imaginando... cómo habría sido esa Alejandra.

—Alejandra —pronuncia mi nombre, con suavidad, mientras sus ojos me observan de una manera que no sé descifrar—, ¿tan infeliz eras? —No me toca, no limpia las lágrimas como cuando estaba en el hospital de Los Hamptons.

—Solo cuando te veía. El resto del tiempo no era ni feliz ni infeliz. Esas dos únicas veces que te vi después de aquella vez que mi padre me pegó por contemplarte embobada. Tres veces, Jared, tres veces fueron suficientes para saber lo que era el amor. Lo que era sentir el deseo por un hombre, de una forma que no volvería a desear, a pasar. Ocupaste mi mente todo el tiempo, todos los años hasta que fuiste a casa, a darme el pésame. Ningún chico me interesó, ninguno llamó mi atención. Solo estudiaba y estudiaba, para llenar mi mente, para estar ocupada cada momento del día. Nada más.

Me arde la garganta.

«No importa, Alejandra».

«El dolor es controlable».

Nos quedamos callados durante un instante y, entonces, son sus palabras las que llenan el espacio:

—Cuando fui a darte el pésame..., tuve que contenerme hasta un punto inimaginable. Cuando te ofreciste así, de esa manera, deseé poseerte, deseé hacerte el amor como nunca antes había sentido. No solo por tu belleza, sino por una sensación o deseo de protección. Porque te vi sola, sin familia, abandonada. Pero no me pareció correcto, decente, no por mí, sino por ti. Solo tenías dieciocho años, te ibas a Nueva York y no te sentías insegura ni nada parecido, o al menos no me dio esa impresión; además, no sabía si eras virgen o ya tenías experiencia con el sexo. No quise hacerte daño.

—Qué pena.

—Alejandra... —murmura mi nombre con delicadeza.

—Pensé que era por tu mujer, porque no querías serle infiel, porque estaba por encima de todo y de todos.

—En esos momentos, en lo que menos pensé fue en Tess. Puedes creerme. Solo pensé en ti, en no hacerte daño.

—Qué pena —vuelvo a repetir, sin ocultar la ironía y sin importarme que a él le pueda molestar.

—Si lo hubiera hecho, ¿qué habrías pensado de mí? Además, no soy así. Nunca lo he sido. ¿Sabes el esfuerzo que tuve que hacer para no arrancarte los vaqueros y follarte en el suelo, después de haber tenido tus pechos en mis manos, tus pezones en mi boca? No sabes la fuerza de voluntad que tuve que sacar para no comportarme como un auténtico hijo de puta. No he olvidado ese día, es más, lo he recordado muy a menudo. Pero habría sido un cabrón integral, si me hubiera aprovechado de ti.

—Yo me ofrecí, no lo olvides.

—Eras una cría, Alejandra. Aunque tuvieras dieciocho años y una mente brillante, solo eras una cría.

No le replico, no dejo de mirarlo y, entonces, suelto la bomba:

—Mis hermanos me violaron cuando tenía doce años. —Él me mira sorprendido, aunque intenta controlar esa sorpresa, esa emoción. No dice nada, esperando a que continúe—. Me emborracharon una tarde que mis padres no estaban, que habían ido a Baja California y, empezando por el mayor y continuando por los mellizos, los tres entraron en mí. No volví a tener relaciones hasta que llegué aquí y pasó bastante tiempo. Exactamente a los veinte años. Perdí la virginidad con un ejecutivo insípido, que después de tres encuentros me estaba pidiendo matrimonio y, a raíz de eso, corté por lo sano. Hasta Burton, tuve unas cuantas relaciones de una noche o de varias, pero nada del otro mundo. Era más habitual que estuviera meses sin contacto sexual que con él.

Callo. Él no dice nada, pero no retirara la mirada ni un segundo. Lo noto, lo siento, la curiosidad por mi vida sexual, por los hombres que han disfrutado de mi cuerpo, por mis sentimientos, por mis anhelos. Sé que quiere saber y continúo, a pesar del ardor de garganta:

—Cuando conocí a Burton, me gustó, desde el primer momento. Vi a un hombre muy atractivo, inteligente, y también vi a un hombre rico, muy rico y viudo. Me gustó la manera de agasajarme, no por lo que pudiera gastar en mí, sino por la forma de hacerlo, con palabras, gestos, miradas... Puede ser que

no al principio, pero sí más tarde, tuviese la sensación de estar enamorada de él, sin embargo, al casarnos y salir facetas ocultas, su verdadero carácter, comportamientos que no me gustaban, que lograban que fuese cambiando mi idea sobre él. Los celos, el control, la manipulación, ciertos caprichos sexuales... Todo eso, no me gustó y comenzaron los problemas. Cuando me quedé embarazada, él pareció cambiar o eso creí al principio. Pero no fue así.

—Te quedaste pronto, ¿fue un embarazo deseado? —Su mirada no se separa de la mía, la mía lo devora, aunque no creo que lo note, tal y como están mis ojos.

—No.

Tal vez le sorprenda mi sinceridad, pero creo que es lo mejor. Aunque no le voy a contar todo. Ni hablar. Quiero a Jared para mí, no quiero que salga corriendo, o peor, que me meta en la cárcel. Que se dé cuenta de cómo soy o cómo he sido, y no le dé tiempo a enamorarse, porque descubra que soy una persona horrible...

Malvada. Sin sentimientos. O, al menos, lo era. Creo. O tal vez me quede algo. O tal vez lo lleve en los genes.

—¿No ponías los medios para evitarlo? —Sus ojos me siguen taladrando.

Quiere saber si digo la verdad y en eso, como en muchas otras cosas, soy una experta.

—Debí olvidar la píldora alguna vez —miento, pero él no lo sabe—. Como pasé mucho tiempo sin tener relaciones, no tomaba anticonceptivos habitualmente y cuando lo hice, no tenía... costumbre.

Es algo muy creíble, ¿no crees? A las mujeres se le olvida tomar la píldora. De vez en cuando. Sus ojos me fulminan, no se retiran ni un solo momento, me observan tan minuciosamente que otra persona ya se habría puesto nerviosa, muy nerviosa. Pero yo, no. Sigo siendo la misma para ciertas cosas, para muchas cosas. Y eso me gusta, me da seguridad y no quiero perderlo.

—¿Le disgustó?

—No. No saltó de alegría, pero tampoco le molestó —contesto tal cual.

Y, por fin, retira la mirada. Pero yo, no. Se levanta del borde de la cama, donde ha estado sentado todo el rato y me acaricia lentamente. Esa mano grande bordea mi rostro, con la ligereza de una pluma.

—¿No te duele la garganta?

—No.

—No me lo creo —frunce el ceño al pronunciar esas palabras—. En otra ocasión, hablaremos de tu familia. Ahora, duerme.

—¿Tanto te interesa mi familia?

—Me interesa todo lo relacionado contigo. A dormir.

Y obedezco. Cierro los ojos sintiendo sus labios en la frente, cerca del nacimiento del cabello. Oigo cómo coge la botella y llena el vaso de agua que tengo en la mesita de noche, va al baño y, entonces, aprovecho para cambiar de postura, para estirar la espalda con cuidado y mover las piernas despacio. Cuando sale y se acomoda en la estrecha cama que ha colocado en el centro del vestidor, ya he cerrado los ojos y mi cerebro repite todas sus palabras, asimila y analiza todos sus gestos y sus miradas.

Creo que todo va por el camino correcto.

Creo que estoy manipulando de nuevo.

Creo que el libre albedrío existe y que yo elijo.

Creo que no tengo remedio.

Y hace mucho tiempo que elegí a este hombre, pero es ahora cuando puedo intentar que mi mundo sea perfecto.

# DOS

Todas las noches no viene y por el día, casi no aparece.

Clarita es una mexicana que lleva en Estados Unidos veinte años. Tiene cincuenta y tantos años, es morena, regordeta y de estatura media. Simpática y trabajadora, apenas deja tiempo para tomar un café o un refresco o cualquier otra cosa. Se mueve como un remolino, pero no alborota ni descompone como tal, al contrario, es organizada y siempre tiene claro lo que va a hacer, de manera que todo discurre de forma conveniente. Ahora, debido a las circunstancias, pasa un poco más de tiempo en casa, por mí, conmigo, pero enseguida se da cuenta de que yo no soy la clásica enferma quejica y que no necesito que me den de comer ni nada por el estilo.

Como tiene casa en Brooklyn, donde vive con su marido estadounidense y tres gatos, le digo que eche un vistazo a mi casa y me cuente cómo va el tema de los *paparazzis*. Es un encanto y hemos congeniado a la primera. Lleva trabajando para Jared desde hace tres años y me cuenta que se conocieron en la comisaría:

—Habían matado al marido de mi cuñada, lo confundieron con un mafioso. Imagínese, el pobre trabajaba de profesor de español en un colegio, en Lenox Hill, y cuando se dirigía al metro, para volver a casa, le pegaron dos tiros en la cabeza.

—¡Madre mía! —Le gusta mi exclamación, en español, pero a mí me importa un pimiento su cuñado.

—Sí, fue horrible. Horrible. —Suelta un fuerte suspiro y continúa—: Algo así, no lo olvidas nunca.

—Sí, desde luego.

—El teniente fue un encanto. Se portó de maravilla.

—¿En serio? —Analizo cada palabra, cada frase que sale por su boca y que se relaciona con el hombre que amo.

—Sí. Le puedo decir que, a pesar de ese aspecto duro y ese gesto serio que luce la mayoría de las veces, es una de las mejores personas que conozco. La verdad es que cuando lo vi ya me dio buena onda, pero, claro, en esas circunstancias, no me recreé demasiado en esos pensamientos y, por otra parte, con ese físico tan potente que tiene..., te embobas, la verdad.

Yo muevo la cabeza y muestro una sonrisa, esperando que continúe, pero eso no ocurre, pues parece que se ha extasiado. Hablamos en español mezclado con el inglés, y otras veces, en inglés mezclado con el español.

—¿Y cómo la contrató? —Ella abre los ojos al máximo. Los tiene tan oscuros que casi son negros; bellos, muy bellos.

Su tez es parecida a la mía, aunque con menos brillo. Si yo no fuese trigueña y con ojos azules y no fuese tan alta, podríamos pasar por familia.

—Porque yo aprovecho cualquier momento para mi beneficio. Después de que las cosas se calmaran un poco y el teniente Morgan nos dijera que habían pillado a los dos individuos que habían asesinado a mi cuñado y antes de irnos, le di mi tarjeta y le dije que si necesitaba una limpiadora de confianza, no dudase en llamarme.

—Eso estuvo muy bien. Nunca hay que olvidar de dónde sale el sustento. —En realidad, ella no necesita trabajar y menos limpiando, pues su esposo tiene un buen sueldo y no tienen hijos, pero es de las que dice que el trabajo dignifica y que las mujeres que trabajan están más valoradas por los maridos —. ¿Y cuánto tiempo tardó en llamar? —pregunto curiosa, pues esta mujer me gusta, me cae muy bien.

—Así no más, a las pocas semanas. Supongo que comprobaría mi historial, antecedentes y todo eso que hace la policía. Aunque si le digo la verdad, no esperaba que me llamase —contesta, entre risas, mientras limpia el polvo del salón y yo estoy acomodada en el sofá.

—¿Por qué?

—Señorita Alejandra, ¿para qué va a meter un policía como él a una mujer como yo? Ya tenía a una persona para esas tareas, me enteré más tarde. Una prima. Pero se quedó en estado y fue cuando me llamó.

De repente se para y señala la tele, que está puesta, pero con el volumen bajo. Coge el mando y lo sube.

—Mire, mire. ¡Ay, Virgencita de Guadalupe! Es el teniente —suelta en español. Todo de corrido.

Las dos contemplamos una escena que parece grabada con un móvil y muestra la detención de un individuo. Ocurre aquí, en Manhattan, se ve cómo un hombre, Jared, engancha a un tipo tan alto como él, pero más voluminoso para ponerle las esposas, pero este intenta escapar sin saber que algo así será imposible, pues Jared es más rápido y cuando siente que ese tipo se va a revolver queriendo escabullirse, lo empuja contra la pared más próxima de un

edificio y le pone el antebrazo en el cuello, inmovilizándolo de una. Ha sido todo tan rápido que apenas nos hemos dado cuenta de los movimientos. Pero para que lo veamos bien, los técnicos en imágenes ralentizan la grabación, y la ponen una y otra vez, para recrearnos con los movimientos de ese hombre, de ese policía.

La fuerza de Jared es potente, pues, a pesar de ser más delgado que ese grandullón, es más fuerte. Su cuerpo es fibroso, musculoso y no tiene ni un ápice de grasa, además de estar acostumbrado a esas situaciones límites. De tener una seguridad aplastante. Antonio también era así; te acuerdas de Antonio Pacheco..., sí, ahora, sí, ¿verdad? Era un policía fuerte, valiente, sin temer al peligro. De hecho, creo que rozaba el peligro de más, que rozaba o tal vez pasaba esa línea de la legalidad, o quizá, más que pasar, se la saltaba por completo.

Mientras Clarita dice: «¡Madre mía, madre mía!», en español, yo también pienso lo mismo, pero en otro sentido.

«¡Madre mía, qué bueno que está! ¡Madre mía, qué fuerza, qué poder, qué masculinidad!».

De repente, de golpe y porrazo, pienso en la pelirroja, en Nicole. No me extraña que esté colada por ese hombre, qué menos..., lo has disfrutado el tiempo que te he dejado. Así es la vida. Gana el más fuerte o el más inteligente, según el caso.

Con estos pensamientos, no dejo de mirar las imágenes, de contemplar a ese hombre que mantiene el antebrazo en el cuello del delincuente para, en cuestión de unos segundos, aflojar, y con una velocidad pasmosa, ponerlo de cara a la pared, colocándole las esposas, en un abrir y cerrar de ojos. Es en esos momentos, cuando se oyen los aplausos y él mira enfadado a su alrededor, fijándose en el que graba o en los que graban, porque estoy segura de que ya estará circulando por la red más de una grabación. No es en directo, por supuesto, y en ese momento paralizan la imagen, hacen *zoom* y el rostro de Jared se muestra en todo su esplendor. Esos ojazos grandes, grises, lanzan chispas y la voz de la periodista hace un comentario sobre el atractivo del policía, dando movimiento a la grabación veo cómo Jared deja de mirar a los espectadores y sin más preámbulos mete al delincuente, que no para de maldecir y de acordarse de toda la familia del policía, en la parte trasera del coche.

La imagen se amplía y reconozco dónde están, en la Quinta con la 59, cerca

de una estación de la línea Broadway del metro de Nueva York. He cogido más de una vez esa línea, sola o con clientes que deseaban viajar en metro; sin olvidar que la sección de la avenida entre la calle 34 y la calle 59, es una de las zonas de compras más exclusivas del mundo. Una de las calles más caras del mundo, en todos los sentidos.

En mis viajes a Londres, me gusta pasear por Sloane Street. La parte norte, cercana a Knightsbridge, conocida como Upper Sloane Street, es un nido de tiendas de moda, carísimas, modernas, entremezcladas con elegantes residencias, solo aptas para los bolsillos más abultados. Cuando he viajado sola, voy por libre, a mi aire, pero cuando he ido con alguna estadounidense, para después ir a París o Roma, hemos recorrido la calle con fervor consumista —ellas—, para disfrutar entrando y saliendo de las tiendas del lado oeste y luego las del lado este, o al revés, pues en esos casos, el orden de los factores no altera el producto final.

Pienso todo eso mientras veo a Jared ajustarse la chaqueta del traje oscuro y, con toda la parsimonia del mundo, se coloca las gafas de sol y se acomoda en el asiento del piloto, sabiendo que sigue siendo grabado, aunque pasando de ello.

El coche enfila la 59, hacia Madison Ave, momento en que la grabación se corta, para seguir oyendo la voz de la guapa presentadora, alabando la destreza del policía y recordando que es el mismo que llevó el caso del triste y famoso doctor Burton y, de paso, preguntarse dónde estará la viuda del susodicho. Pero Clarita no escucha lo último, pues ella está soltando alabanzas sin parar, dirigidas a su jefe; diciendo lo fuerte, lo listo, lo guapo, lo valiente y lo buena persona que es y añade antes de seguir con su trabajo:

—Ese hombre no tiene problema para someter a todos esos pendejos.

Sigue con su tarea y yo, con mis pensamientos. Pasados unos minutos, apago la televisión y subo al dormitorio mientras ella está en el baño de abajo. En otras circunstancias, me habría tirado de golpe en la cama, ahora no estoy para esos movimientos y me dejo caer con cuidado después de coger la tableta. Busco en la red y voy viendo todas las grabaciones que han subido de la detención. Las miro, las dejo en pausa, las vuelvo a poner en movimiento, una y otra vez.

Devoro ese cuerpo, esa cara, esos ojos cuando se quedan mirando al público, a las cámaras de los móviles; esa mirada penetrante, esos ojos grandes, rodeados de pestañas largas y rizadas, que se ven más cuando se gira

levemente, pues son rubias y castañas. Su rostro es masculino al máximo, su nariz, su mandíbula, su frente ancha, su boca grande de labios ni finos ni gruesos. ¡Qué guapo es! ¡Qué magnetismo tiene! ¡Cómo me pone! Ardo por dentro mientras lo miro. Y, sin querer, mi mente analítica hace acto de presencia.

Digamos que hay varias diferencias entre Burton y él, los dos, era y es, una belleza, cada uno en su estilo. Burton, con su espeso cabello negro, esos preciosos ojos verdes y la piel blanca, tenía ese atractivo elegante, cuidado, de tipo de clase alta, pagado de sí mismo, sabiendo que era importante y que estaba por encima de la gran mayoría, por estatus, inteligencia, estudios, atractivo y, sobre todo, dinero.

Jared es tan diferente como si juntamos agua y aceite; los dos son líquidos, pero ahí se acaba la similitud. Ahora que ha pasado el tiempo, ahora que sé más cosas de él, de su vida, de sus sentimientos, puedo decir que es un hombre duro, frío en más de un momento, que analiza las cosas más de una vez, que no actúa por impulsos, que no se deja llevar. No es vanidoso, aunque podría serlo, pues sabe de sobra los efectos que causa en las mujeres, pero no se aprovecha de ello. Y una cosa muy importante, que es franco, no le gusta la mentira; al menos eso parece. Y si no, que le pregunten a Nicole. Y, a pesar de todo, creo que es dulce, que es atento, que puede ser... el hombre ideal.

Ya estamos, me dirás.

Otra vez con lo mismo.

Sí, ya lo sé. El hombre ideal no existe.

De acuerdo, tienes razón, tenemos razón, no existe; igual que no existe la mujer ideal, pero siempre hay algo que se aproxima, que se le parece..., y Jared es esa aproximación.

Es la aproximación ideal.

Vamos a ver, si me has seguido hasta este punto, ya sabes que algo ha cambiado; que cuando apareció de nuevo en mi vida, la ausencia de sentimientos casi desapareció. Siento dolor, amor, deseo, envidia, rencor..., lo siento todo, pero, a pesar de ello, donde ha habido siempre queda; y con eso quiero decir que no me he convertido en una dulce princesita ni en una santa devota, no, nada más lejos de la realidad.

No sé cómo va a acabar esto, no sé si Jared se enamorará de mí como yo lo estoy de él, pero sí te puedo decir que voy a hacer todo lo posible para que eso ocurra.

Todo, todo lo necesario.

Porque... estoy enamorada de él, ¿no?

Van pasado los días y cada vez me encuentro mejor. Los dolores de espalda ya casi han desaparecido y los cardenales van cambiando de color y no tardarán en irse por completo. Mi rostro va pareciendo el que era y, por suerte, como no tengo nada roto, todo lleva su curso y las aguas vuelven a su cauce. Las dosis de los calmantes las he ido bajando poco a poco, pero sigo tomando las vitaminas para controlar la anemia ferropénica, además de las deliciosas comidas que me prepara Clarita para que los niveles de hierro vuelvan a la normalidad.

Estoy en un rincón del salón, donde Jared tiene un pequeño despacho, y aprovecho para trabajar *online* en mis finanzas que van viento en popa, y las inversiones dan sus frutos. Cuando hablo de mis finanzas, son eso: «mis», «mías».

Dentro de unos días, me reuniré con los abogados y realizaré las gestiones que tengo pendientes con relación a la herencia de Burton. Me lo ha dejado todo y ya tengo pensado lo que haré con ello. Pienso también en sus padres, que no los he visto ni tampoco me han llamado, pero sé por Jared, que hablaron con la policía, queriendo saber todos los detalles, tanto de cómo se produjo la muerte de su hijo como del estado en el que yo quedé.

Jared se encargó del sepelio del feto y en la íntima ceremonia, a la que yo, por motivos obvios, no asistí: sí lo hicieron mis suegros. Aunque, desde mi punto de vista, no creo que lo hicieran por amor hacia ese neonato, más bien fue para ver con sus propios ojos que sí había un bebé que murió a los siete meses de gestación. Acuérdate de que la relación de Burton con sus padres, no era muy allá, pero, claro, dadas las circunstancias de la muerte, debían mostrarse algo más cercanos y, por supuesto, dolidos.

Pero, a pesar de todo ello, estaban muy incómodos y molestos, por no decir violentos; pues no es lo mismo enterrar a un hijo que ha muerto en un accidente de tráfico o por una larga y penosa enfermedad, que a uno que intentaba matar a la esposa y la esposa acabó con él, clavándole unas tijeras de costura en el cuello.

No es lo mismo.

Eso sin olvidar los acontecimientos pasados que ya, por sí solos, son para hacer una película. Según palabras de Jared, la que fue mi suegra dejó escapar unas cuantas lágrimas, pocas, y mi suegro se mostró serio, con rictus amargo y

cuerpo envarado. Y según Jared, se les notaba que estaban deseando largarse de ahí y que digerir semejante situación era de lo más violento que habían vivido, sin olvidar la prensa que también los acosaron durante su estancia en Los Hamptons y, supongo, cuando volvieran a su residencia, al menos durante un tiempo.

Apenas lo veo, las últimas dos veces, ha venido, me ha preguntado cómo estaba, se ha duchado, cambiado de ropa y se ha ido. No he comentado que vi esas imágenes en la televisión y él tampoco; seguramente, ni sabe que las he visto ni le importa. Sé lo que es trabajar en la Policía, no me he olvidado, pero me fastidia que apenas me mire, que llegue y se vaya en cuestión de media hora o menos. A veces pienso que es duro y frío como el acero, que no es una pose, que no es algo adquirido por ser policía.

No.

Él es así.

Sí, no me cabe duda.

Es frío.

Vengo de la reunión con los abogados de Burton. Clarita me ha acompañado y yo me he disfrazado con una peluca morena de media melena, unas gafas de sol grandes y unas ropas anchas, corrientes y mal conjuntadas, que Clarita me ha traído de una tienda de ropa de segunda mano.

Les he dicho que quiero que se haga una fundación y que los beneficios de todos los inmuebles, locales y demás, sirvan para contribuir al mantenimiento del hospital de Burton y para otros fines sociales. Las joyas, a excepción de algunas que me las quedo, se subastarán y todo lo que se recaude irá para los mismos fines. El apartamento del Dakota se alquilará y la consulta de la Quinta Avenida, lo mismo. La casa en las montañas Catskill está en venta y la de la playa, también. Espero que lo del crimen cometido en esa preciosa mansión, no dificulte la venta. Ya veremos.

Las obras de arte que inundan el apartamento del Dakota, y otras que están en la consulta, más las que se llevaron a la casa de la playa, las cederé al MoMA, al Metropolitano y al Guggenheim durante varios años y luego...

Ya veremos.

Al final, cambió el testamento y, a excepción de las cláusulas que había anteriores a que él heredara de Olivia y que son vinculantes, me lo dejó todo. Claro, como pensaba vivir más que yo, no tuvo reparos en ponerme como única heredera. El efectivo, tanto en líquido como en acciones y demás,

servirá para los mismos fines, a excepción de unos cuantos millones, diez para ser exactos, que hago pasar a mi cuenta, porque tampoco hay que ser tan espléndida. Ni tan tonta.

Me miro en el espejo del vestidor mientras me desnudo y contemplo mi cuerpo en ropa interior. El vientre ha perdido todo el volumen del embarazo. Todavía está un poco flácido, pero ya he comenzado una tabla de ejercicios para tonificarlo y ponerlo en forma, como estaba antes. Me quito el sujetador. Los pechos están estupendos, también han perdido dureza y volumen, pero es normal, pues en el embarazo se hincharon mucho, parecían globos; a pesar de todo lo pasado, siguen manteniéndose sin necesidad de sujeción. Pero solo prescindo de esa prenda cuando voy a dormir. Los brazos todavía tienen las marcas de las manos de Burton, más atenuadas, pero si te fijas un poco, se puede distinguir dónde apretaron los dedos, con una fuerza brutal. Miro la retaguardia y contemplo la espalda, el trasero y las piernas. Todavía quedan cardenales en los muslos, en los glúteos y en los laterales de la espalda. Estos, que tardan más, seguro que fueron de la caída por las escaleras, pues, en esos momentos, mi cuerpo era como una pelota botando y golpeando de un lado a otro. Ciertamente, parece mentira que no me rompiese varios huesos en esa caída. Las costillas ya parecen curadas y apenas me molestan, solo un pequeño rumor: esto va viento en popa.

De repente, me quedo quieta. He oído un ruido. Pisadas por las escaleras.

Jared está aquí.

Espero.

Quieta.

Inmóvil.

Nerviosa.

Yo, nerviosa; quién lo diría, pero así es... Nerviosa como si fuese una novata, una ignorante, una simplona. El corazón me palpita a una velocidad extraordinaria, como si fuese a sufrir una taquicardia.

«Relájate, chica, solo es un hombre».

Sí, pero es mi hombre.

Cuando llega al dormitorio, se para, pero solo durante unos segundos, pues avanza hasta el vestidor que se encuentra detrás. Ese espléndido cuerpo se inmoviliza, esos bellos ojos me miran, me observan de una forma que me hacen temblar.

«¿A ti, Alejandra Pacheco?». «¿Temblar?».

Sí, a mí, ¿qué pasa?

No me he puesto el sujetador, solo llevo las bragas, brasileñas de encaje negro, que remarcan los glúteos de una manera sensual y sexual. Se acerca, despacio. Me mira, me contempla, disfrutándose a su antojo.

Me hace un escrutinio descarado, pues sus ojos me miran de frente, para, al momento, dirigir la mirada a uno de los espejos y clavarlos en el culo; porque sé, por la inclinación de esas pupilas, que está observando esas carnes duras y respingonas, que tapan y no tapan las delicadas bragas que llevo, en ese espejo de cuerpo entero. Para eso se diseñaron este tipo de bragas, para ser descarada, para dejar lucir un buen culo, para enseñarlas y que, a los hombres o a las mujeres, según venga el caso, se les salgan los ojos de las órbitas. Pero a él no le pasa eso, no se le salen de las órbitas, él controla todos sus actos, sus gestos, sus emociones, él puede parecer frío y controlador. Él, no me toca. Solo observa.

«Es frío».

Ese pensamiento me invade una y otra vez. Y de una, sus palabras producen chiribitas en mi estómago.

—Me gustaría que ese cabrón estuviera vivo —dice con voz ronca—. Para matarlo con mis propias manos... por haberte hecho lo que te hizo.

Yo no digo nada, solo espero y me sorprende. Pues ha recorrido mi cuerpo de una forma... Esperaba algo distinto. Deseo que me toque, que me acaricie. Lo deseo con tanto fervor que casi tiemblo. No es que no me guste que desee matar a Burton si estuviese vivo, eso está bien, muy bien; es más, debe ser imprescindible que tu hombre quiera matar a cualquiera que pueda ser un peligro para ti, faltaría más.

Pero Burton ya está muerto, y él y yo estamos vivos. Muy vivos. Y lo que deseo es que me bese, que me toque, que su polla entre en mí..., que se deje de tantas contemplaciones y me folle de una vez por todas.

Ya estoy bien.

Casi.

Parece que me lee el pensamiento.

—Todavía no estás curada, pero sigues siendo la más bella. La mujer más perfecta que han visto mis ojos.

Sigo sin decir nada. No es porque no quiera, es que me producen temblores esos ojos, esa forma de mirar; me excita esa voz ronca, masculina, atrayente como una llama. Además, no quiero fastidiarla, no quiero meter la pata y que

todo se vaya a la porra. Joder, no sé cómo actuar con este hombre y, por descontado, no le voy a decir lo que pienso.

Entonces se acerca, casi se pega a mi cuerpo, pero sus manos, no van a mi cintura, no tocan mis pechos; van al rostro, colocándose a ambos lados de las mejillas y me besa suavemente en los labios.

Sin abrir la boca.

Y yo, tampoco.

No quiero fastidiarla.

Un beso casto.

—Pronto. Muy pronto. —Deja de besarme y retira las manos de mi cara, procurando no rozar mis hombros y mucho menos, los pechos, pero esa mirada gris, permanece durante unos segundos clavada en mi persona.

Da media vuelta y sale del vestidor mientras escucho las pisadas por la escalera y la puerta principal al abrirse y cerrarse. Se ha vuelto a ir, pero esta vez me ha dejado la miel en los labios. Nunca mejor dicho.

# TRES

Mi antiguo jefe y su encantadora esposa, me llaman de vez en cuando y me mandan mensajes; desean mandarme flores y bombones, pero no saben a qué dirección. Yo les digo que no es necesario, que no hace falta y que estoy bien, que no se preocupen. Cuando se enteraron de todo lo sucedido, quisieron hablar conmigo para ofrecerme sus casas, cualquiera de ellas, pues tienen tres: una en Manhattan, otra en el norte del estado y otra en Montauk, perteneciente a la familia desde varias generaciones, para pasar mi convalecencia con ellos o en soledad si ese era mi deseo, pero con personas altamente calificadas para que atendiesen todas mis necesidades. Pero como no podía hablar y tampoco contestar mensajes, fue Jared el que atendió sus llamadas y les dijo que no se preocupasen, que todo estaba controlado y que yo estaba en casa de una amiga. Bien cuidada, bien atendida.

Ahora soy yo la que hablo de vez en cuando con ellos, pero las conversaciones son cortas para que mis cuerdas vocales no empeoren; le echo un poco más de cuento y así no peco de maleducada. También recibo otros mensajes de mis antiguos compañeros, la gente de la oficina y de otros intérpretes. Como nunca tuve una relación estrecha con ellos, no es necesario que muestre deseos de visita y ellos tampoco hacen alusión; simplemente me desean lo mejor y yo lo prefiero.

También recibí muchos otros de conocidos de los hoteles, por donde me movía antes, y de dueños y metes de restaurantes que frecuentaba y donde llevaba a clientes y, por supuesto, del árabe, que mostró una gran preocupación al enterarse de todo y me ofreció cualquiera de sus casas para desaparecer una temporada y que no me molestase la prensa.

Cuando me casé con Burton, una de las cosas que quiso, que me pidió, fue que cambiara de número telefónico, pues según él, no era necesario que toda esa gente, con la que había estado en contacto por mi trabajo, pudiera molestarme o darme la tabarra, teniendo en cuenta que mi estatus en ese momento era el de una mujer rica o, como dijo él, casada con un hombre rico. Por supuesto, no le hice ni caso y seguí con el mismo número y todos mis contactos.

Faltaría más.

En esa ocasión, no pronuncié ni una sola palabra; solo lo miré, cogí el bolso y salí del apartamento del Dakota, dejándolo plantado en el precioso salón, mientras las yemas de sus dedos tamborileaban contra la brillante superficie de la cola del Steinway de más de cincuenta mil dólares, construido con cuarenta tipos diferentes de las maderas más exclusivas del planeta, mientras sus dientes se enclavaban los unos con los otros, remarcando la mandíbula, al tiempo que soltaba chispas por los ojos. Cuando nos vimos por la noche, me pidió disculpas, añadiendo que solo lo dijo por mi bien, que no tenía intención alguna de manipular mi vida.

Claro que no, tonto. Tú no manipulas nada. Estaba tan pagado de sí mismo que no se dio cuenta de quién manejaba los hilos. O de quién mecía la cuna, como escribió esa petarda de Owen.

Cada vez que me acuerdo de él, pienso en cómo fallé a la hora de elegir hombre, cómo me dejé llevar por un impulso, por una fotografía, y pienso también, qué habría pasado si lo hubiese dejado correr, si hubiese esperado a otro mejor... ¿Se habría cruzado Jared en mi camino? Cualquiera sabe.

Pero uno que sí me llama casi todos los días, es el sueco. Y como mi garganta va mejor, las conversaciones son más largas y nos dedicamos a cotillear como dos cotorras. Además, me cae bien, ese ya es motivo suficiente. Sin olvidar que sus conversaciones pueden ser muy interesantes. En estos momentos, estamos hablando y su potente y masculina voz, me llena los oídos.

—Me gustaría verte, pero Jared me ha dicho que ni hablar, que no ha llegado el momento. Te sobreprotege de una manera... —no digo nada, simplemente espero—. Ayer estuve con Adele.

Adele es la tía de Nicole, hermana de su madre.

Adele, la galerista, la amiga de Burton. No es que me interese, pero sí me interesa lo que el sueco quiera decirme.

—¿Y? —pregunta necesaria, puesto que se está haciendo el interesante, añadiendo un silencio innecesario a ese comentario.

—Está que muerde. Dice que no puede entender lo que ha pasado. Que Jared se ha portado fatal con Nicole, que no puede entender, repite constantemente, creo que en estos momentos es su verbo favorito, cómo la ha dejado de querer de un día para otro.

—Y tú, ¿qué le has dicho?

Ya sabes, que el saber es poder, y por muy lista que te creas, por muy inteligente que seas, si no te preocupas por estar al tanto de lo que dicen los

demás, te puedes llevar una sorpresa.

—Pues... ni más ni menos, la verdad, lo que pienso de todo este asunto. Que Jared no estaba enamorado de Nicole. Que le gustaba, que sentía una atracción fuerte, que se lo montaban bien en la cama, esas cosas, y que cuando tú apareciste y pasó toda esa desgracia, se dio cuenta de que sentía por ti algo fuera de lo normal, y como un perfecto caballero, rompió con ella para evitar daños mayores.

—¿Eso crees? —pregunto sin mostrar un interés mayúsculo, pero la verdad es que sí lo siento.

—Por supuesto. Conozco un poco a Jared, y te puedo decir que la relación que mantenía con Nicole era más fría que un cubito de hielo. Lo que ocurre u ocurría es que como Nicole siempre ha sido una pizpireta y ella sola se montaba su película, y debido al trabajo de Jared, pasaban más tiempo separados que juntos, pues consideraba que todo era muy normal. Además, si Nicole tenía que viajar por su trabajo, aun se veían menos, pero ella lo dejaba correr y le servía como excusa para sus amigos y familia.

—Ya.

Sigue hablando, le gusta el comadreo y ser el trasmisor de esos comentarios, opiniones o deducciones. Además, sé que le gusta, sé que le encanta hablar conmigo, y sé que él sabe que, gracias a mí, se está enriqueciendo cada día un poco más.

—Yo creo que la simpática pelirroja esperaba que si se mostraba siempre alegre, que lo es, y siempre conforme con las cosas como estaban, pues no tiene un pelo de tonta, y como sabe de sobra que nuestro querido teniente no admite presiones de ningún tipo; de esa manera, haciendo creer que era una mujer de miras abiertas, una mujer respetuosa al cien por cien con la manera de ser y de pensar de Jared, más pronto que tarde, él se daría cuenta de lo estupenda que era, le pediría matrimonio y ya no tendría que seguir haciendo creer a sus amistades que todo iba sobre ruedas.

No dejo pasar ni tres segundos, cuando le digo:

—La primera vez que vine aquí, donde estoy ahora, cuando tú y yo nos conocimos en esa cena, me llamó la atención no ver nada personal de Nicole. Ni un cepillo de dientes extra, una crema facial, unos tampones, nada de nada. No sé si te acordarás que subí al baño de arriba, y no pude evitar mirar en el baño y en el vestidor.

—Claro. Jared nunca le dio esa opción y en una ocasión que ella se lo

planteó, lo de vivir juntos, un poco haciéndose la tonta, diciendo que en su casa o en la de ella, él dijo claramente que no.

—Así, sin más.

—Jared no se anda por las ramas. Corta las cosas por lo sano. Antes de que empiecen, no dando lugar a más avances, avances que le incomodan y muestra lo peor de su carácter. Si quieres lo tomas y si no lo dejas. Por eso mismo, cuando me enteré de que te había llevado a su casa, me dije, esto no es cualquier cosa.

—¿Eso lo sabes por él? —Realmente me sorprende que sepa tantas cosas.

—No. Ni borracho cuenta nada. Lo sé por Adele, que le gusta mucho hablar conmigo cuando compartimos una botella de vino y hablamos de trabajo.

—¿Lo has visto borracho? —Siento tal curiosidad por la vida de mi amor que quiero acumular información, venga de donde venga.

—Borracho borracho, no, pero algo tocado, sí. Y te puedo decir que, si en estado normal no habla excesivamente, cuando está chispa, menos.

Nos quedamos un rato callados y, antes de que yo diga nada, es él el que pregunta:

—¿Cómo no lo pillaste cuando los dos estabais en California?

—Estaba casado, recién casado. Y yo... era muy joven.

—Pero ¿no lo conociste antes, cuando era soltero? —Él, también, quiere saber.

—Sí, pero, entonces, yo era más joven todavía y mi padre se encargó de que no pusiera los ojos en él.

—Vaya. Un padre dominador.

—Sí, se puede decir que sí.

—Hace cosa de un año, hice un retrato a la madre de Jared. Te diré que es una mujer muy hermosa, a pesar de su edad, y, además, encantadora. Y en esos ratos que pasamos juntos, me habló de su familia, un poco, ya sabes, hijos, sobrinos, hermanos... y de sus años en San Francisco.

—Qué interesante —ironizo, pero sé que viene algo importante.

—Ya lo creo que es interesante. Ya lo verás, no seas mala —dice remarcando las palabras.

Río con ganas.

—Soy toda oídos.

—Me contó que su hijo se casó porque la novia estaba embarazada. La

idea de Jared era esperar un poco y ascender en la Policía, para después casarse.

Vaya con la enana. Eso de pillar a los tíos con un embarazo es tan antiguo como el oficio más viejo del mundo.

—¿Abortó de forma natural?

—Los abortos que vinieron después, sí fueron naturales, pero..., según la señora Morgan, es probable que no hubiera tal embarazo. Pues no consintió en ir al médico y se sumió en una depresión que se le pasó al poco tiempo. Luego, no mucho más tarde, sí se quedó y vino el aborto y todo lo demás.

—¿Y qué me quieres decir con todo esto?

—Pues... que yo creo que Jared no se fía de las mujeres. Por eso no le dio cancha a Nicole. Por eso no se ha vuelto a casar.

—Visto desde esa perspectiva, tiene su lógica.

—Por eso, visto desde esa perspectiva, que te lleve a su casa... —Deja la frase sin terminar y oigo una risilla cómplice.

—Ha sido muy bueno conmigo. Se lo agradeceré siempre.

—Vamos, Alejandra, no me vengas con esas. Podría haberte colocado en cualquier sitio y con toda la ayuda necesaria. Si Jared te llevó a su apartamento es porque está interesado en ti.

—¿Quieres que te diga una cosa?

—Por favor, lo estoy deseando.

—La primera vez que vi a Jared, tenía quince años, la última, dieciocho... y nunca lo olvidé.

—Y se ve que él tampoco.

—Eso parece. Pero no sabemos en qué acabará todo esto.

—¿Te acuerdas de las fotos que te hice para los cuadros? —Baja el tono, y esa voz se vuelve más oscura, más masculina, muy erótica.

—Sí.

—La cámara era de Jared.

—¿No me digas? —No sé por qué, pero no me sorprende nada nada.

—Sí. La idea fue suya.

—¿Qué idea?

—Fotografiar tu cuerpo. —No digo nada y espero que siga—. ¿Te has enfadado?

—No, pero me has disparado la curiosidad.

—Él tiene las fotos que te hice. Estuvieron en mi poder mientras pinté los

cuadros y cuando faltaba poco para acabarlos, le di las fotos y él las guardó. Deben estar escondidas en algún lugar del apartamento.

—¿Se las diste o te las pidió?

—Se las iba a dar de todos modos, pero, antes de que eso ocurriese, se presentó un día en el estudio, estuvo fisgoneando por todos los lados, rincones incluidos, y cuando vio los cuadros los observó sin decir ni media durante al menos diez minutos. Después se volvió hacia mí y me dijo con esa voz dura y fría que pone cuando está molesto por algo: «Dame las fotografías». Se las di y se fue.

—¿Le disgustaron los cuadros?

—No sabría decirte, porque ni se lo pregunté. Acuérdate que fue él, en la galería, cuando os volvisteis a ver, el que me dijo: «Tienes que pintarla».

—Pero... ¿dirías que no le gustaron?

Hace una pausa.

Parece pensarlo.

Y yo espero.

—Sinceramente no lo sé. Es un hombre muy suyo. La mayor parte de las veces, no sé lo que piensa y la otra parte, creo que nos engaña a todos. Ese día parecía enfadado y, cuando me pidió las fotos, no repliqué y tampoco le di conversación. No estaba de humor.

—¿Cómo es que tienes esa relación tan estrecha con él?

—Todo vino a raíz del retrato de la madre. Quería hacerle un regalo especial y yo le dije que me trajera una fotografía y asunto resuelto. Pero él dijo que no, que ella disfrutaría mucho posando, pues era algo que siempre había deseado. Y antes, al principio, cuando nos presentó Adele, me compró un cuadro, un paisaje. Como no lo he visto en su apartamento, supongo que lo tendrá en casa de su madre, que se lo regaló. No creo que lo haya regalado a otra persona; y sé que en el apartamento de Nicole no está.

—¿Dónde vive Nicole? —pregunto curiosa.

—¿No lo sabes? —La sorpresa se nota en el tono, en cómo alarga la pregunta.

—Si lo supiera, no te lo preguntaría.

—En Park Ave, con la 83.

—Buen sitio.

—Sí, tiene un apartamento de más de cien metros, que le regalaron sus padres. Muy bonito, muy coqueto. Decía que lo próximo era un dúplex en la

Quinta o en Central Park West.

—Mira qué bien. —Ahora la ironía es palpable.

—Ya estaba mirando antes de que pasara todo esto. Por supuesto a escondidas de Jared, decía que deseaba darle una sorpresa. Con vistas a El Lago o al de Jacqueline Kennedy Onassis.

—¿Y quién iba a pagar eso? ¿Papá?

—Por supuesto, nena. Papá es superrico. ¿Sabes quién es? ¿Lo conoces?

—En persona, no.

—Sigue casado con la madre de Nicole, pero tiene amantes constantes. Antes de cansarse de una, ya tiene la siguiente.

El padre de Nicole no me interesa, de manera que vuelvo a un tema anterior.

—¿Gastó mucho en ese cuadro? —pregunto, sin pérdida de tiempo, y la risa del sueco inunda mis oídos y sé que estamos pensando lo mismo, pues recordamos lo que opina Jared sobre el arte y sus valores.

—Pagó cinco de los grandes. Si te digo la verdad, pedía diez, pero es tan guapo..., y me apetecía tenerlo como amigo, así que se lo dejé a la mitad. — Un pequeño silencio nos invade—. Qué quieres, cariño. Soy humano y, aunque me gusten afeminados, no puedo evitar que me gusten los hombres muy hombres. Y Jared está para darle por todos los sitios.

No puedo evitar reírme, imaginando al sueco dándole a Jared; más bien sería al contrario, pero lo que Jared le daría... sería una somanta de hostias.

—Seguro que ahora habrá triplicado el valor, pues después de los desnudos... —dejo la frase sin terminar y él me corrige:

—Triplicado o más, nena. Ni te imaginas cómo se ha disparado mi caché —añade riendo.

Mi risa acompaña la suya.

—¿Cuántas fotos hay? —pregunto, dejando de lado un tema y volviendo a otro.

—Pues..., en total, dieciocho. Nueve por cuadro.

—¿Él quería esas fotos? Por eso te dijo que las hicieras.

—Sí. Por supuesto, me sirvieron para trabajar y para evitar que tú estuvieras en el estudio cada dos por tres. Las imprimí en tamaño grande y más pequeño. Pero él quería esas fotografías, ya lo creo que sí.

—¿Lo sabe alguien más?

—Por supuesto que no.

—Tu novio...

—No, cariño. No tiene ni idea. Nadie. Solo él, yo y ahora tú. Y más te vale que no le digas que te lo he dicho. No me apetece que se le cruce el cable y me dé un par de hostias.

—¿Haría eso?

—No lo sé, nena, pero no quiero averiguarlo. ¿De acuerdo?

—No te preocupes. No diré nada. Soy una tumba.

—Y si las buscas y las encuentras, déjalas en el mismo sitio.

—Sí, señor. A sus órdenes —contesto riéndome.

Oigo cómo se ríe también.

—Cuánto me alegro de que estés mejor, Alex. No puedo imaginar por lo que has pasado, y no puedo entender cómo llegó Burton a ese extremo. Más de una vez, he pensado que fue por mi culpa, por esos cuadros...

—No te hagas mala sangre, Ans. Llevaba mucho tiempo celoso y bebiendo más de la cuenta. Pero no fue tu culpa, en absoluto. Cuando los celos aparecen, provocan que todo se desborde. Eso es lo que ocurrió, ni más ni menos. El problema surge cuando un hombre celoso está con una mujer como yo. Lo que en un principio parecía no existir..., estaba ahí, bajo la superficie, queriendo aflorar.

Se hace un pequeño silencio.

—Bueno, me alegro de que tú salieras vencedora. Me alegro de que seas una mujer tan fuerte en todos los sentidos.

—Gracias, Ans. De todos modos, creo que tuve algo de suerte, teniendo en cuenta la complexión y la fuerza de Burton, pero... mejor lo dejamos. Es todo tan doloroso, tan lamentable que prefiero olvidarlo o, al menos, intentarlo.

—Lo entiendo, querida, lo entiendo perfectamente.

Seguimos hablando un par de minutos más y nos despedimos con cariño. No tardo ni un segundo en ponerme a buscar las fotos.

El sueco se llama Ansgar Olsson, Ans para los amigos. Ans quiere decir «Dios» y gar, «lanza»; y a él, le gusta bromear sobre ello, diciendo que es la lanza de Dios y que está por encima de todos los mortales.

Mientras pienso en eso, voy abriendo cajones y mirando hasta el último rincón, pero dejando todo como estaba, en el mismo orden. Estoy en el dormitorio, y las descubro en el último cajón de la cómoda que está al lado de la cama. Ese cajón tiene documentos y cajas con fotografías, cajas de cartón duro que contienen fotos de su esposa, de sus padres, de su graduación, etc.,

hay otra, metálica. Es mediana, de seguridad. Está cerrada y no la puedo abrir, pues no tengo la llave, y ya puestos, tampoco la combinación que hace falta, pero me juego lo que sea a que dentro están las fotos que me hizo el sueco.

Vuelvo a dejarla en su sitio y cierro el cajón, con suavidad, mientras pienso en todo lo que me ha dicho. Y sin saber por qué, me viene a la mente mi padre y el dinero negro que hallé en mi casa de San Francisco.

Lo dejo pasar. Es hora de mi ejercicio.

Estiro la estera en el suelo, al lado de la cama, y después de poner música, comienzo con mis estiramientos, para ir subiendo la intensidad poco a poco. Cuando llevo tres cuartos de hora, noto cómo los músculos me duelen, pues los ejercicios no han sido de calentamiento, pero no importa, sigo durante media hora más, llevando mi cuerpo al extremo mientras la poderosa voz de Beyoncé llena el espacio.

Me siento bien. Tenía necesidad de esto. De sentirme como antes, fuerte y poderosa.

Mientras oigo por tercera vez «Sweet dreams», doy por terminado el ejercicio, preparando mentalmente cómo será el primer encuentro sexual con el hombre de mi vida.

«No escarmientas, ¿eh?».

# CUATRO

Tenía que llegar el día y estaba preparada, por supuesto que sí. He salido. He ido a mi casa y los *paparazzis* me han pillado, a la entrada y a la salida. Cuando he bajado del taxi, uno ha gritado:

—¡Es ella!

Y todos se han girado como locos y han disparado los clics de sus cámaras y las de vídeo se han puesto a grabar, al tiempo que los que llevaban el micro me han bombardeado a preguntas, preguntas que no he contestado, ni me he inmutado, como si no entendiera el idioma. Como si ellos no estuvieran. Como si yo fuese muda, sorda y ciega.

—¿Cómo está, señora Burton? ¿O no quiere que le llamen así?

«De puta madre. Llámame como te salga de las narices».

—¿Qué pasó?

«A ti te lo voy a decir».

—¿Cómo ocurrió todo, señorita Pacheco?

«Ni lo imaginarías en mil años».

—¿Es verdad que el doctor Burton mandó matar a su primera esposa?

«Pues claro, *so tonto*».

—¿Va a dar algún comunicado, Alejandra?

«Sí, dentro de cinco segundos».

—¿Dónde se esconde?

«En la casa de mi amado».

—¿Es usted la modelo de los desnudos y por eso perdió la cabeza el doctor Burton?

«Has dado en el clavo, chaval».

Cuando cierro la puerta, sigue el murmullo de esas personas, hombres y mujeres, que no se van a ir hasta que salga. No hay tantos como al principio, incluso cuando vino Clarita había más, pero han tenido la precaución de apostar unos cuantos por si las moscas. Y han acertado. Me olvido de ellos y hago un recorrido por la casa, encontrándome todo limpio y en orden, pues Clarita se ha encargado de ello. Perfecto. Es una mujer competente al mil por mil.

Pongo música y subo el volumen para que se oiga en toda la casa. Tiene

buena insonorización y, como las ventanas están cerradas, no se oye fuera. Me complace enormemente que mi casa esté como debe.

Hago tiempo y me pongo a ordenar uno de mis armarios del vestidor. Sí. A mí no me gusta que la ropa esté a la vista, me gusta que haya puertas cerrando los compartimentos, que la ropa esté escondida de cualquier mirada, hasta que abres un cajón o una puerta. No hay mucho que ordenar, pues ya sabes que soy una mujer muy cuadrículada y el orden forma parte de esa cuadrícula. Cojo algunas prendas y las meto en una bolsa para llevarlas conmigo, cuando, de repente, oigo el timbre de la puerta. Voy al interfono, preguntándome si alguno de esos patanes está osando tocar, si piensa que se puede tomar tantas confianzas. Pero cuál es mi sorpresa cuando por el monitor veo la cara pecosa de Nicole.

Alucinante.

En otras circunstancias no le abriría, pero cómo la dejo ahí, esperando, rodeada de periodistas que me han visto entrar. Le abro y bajo las escaleras para abrirle la otra puerta. Cuando eso ocurre, esos ojos verdes me miran de una forma que no identifico, pues pienso en varias cosas a la vez. Esos grandes y preciosos ojos muestran sorpresa, incredulidad, enfado, dolor y muchas más cosas. Veo odio en los profundos iris verdes y no la culpo. Lo contrario sería del género tonto.

Me dirijo a la cocina y oigo cómo sus tacones suenan en la madera y me siguen, después de cerrar la segunda puerta.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto como si no hubiera pasado nada. Como si nos hubiéramos visto el día de antes y fuésemos las mejores amigas.

—Una cerveza. ¿Tienes? —Bien, su voz no suena histérica.

—Por supuesto.

Ya sabes que no bebo alcohol, pero siempre tengo algunas cervezas y un par de botellas de vino tinto y blanco, pues en alguna ocasión, pocas, he obsequiado a las visitas. Saco una Heineken, se la abro y le colocó un vaso. Nicole es de cerveza, le gusta de lo lindo. Bebe vino blanco o tinto en la mayoría de los actos, porque queda más glamuroso, como dice ella, pero lo que le gusta es la cerveza y a morro. Le pongo un precioso vaso de cristal tallado, pero pasa olímpicamente y se lleva la botella a los labios, dando un buen trago. Deja la botella con mucha suavidad sobre la isla y me suelta de una y sin miramientos:

—Eres una puta.

Vaya, no hay histerismos, pero sí insultos. Yo no digo nada. Solo la miro.

—La mayor puta de todas las que he conocido —le sale de dentro, de muy adentro.

—¿Has conocido muchas?

Su mirada es asesina, si tuviera valor, me habría matado con la Heineken.

Me reiría si estuviera sola, pero aguanto la emoción.

—Bastantes, pero como tú, ninguna. —Amusga los ojos, para darle más énfasis a las palabras.

—¿Me llamas «puta» porque Burton casi me mata o porque he sido yo la que lo he matado? ¿O tal vez porque Jared ha roto contigo y me echas la culpa?

—¡Burton me importa una mierda! —Eleva el tono, para bajarlo al momento—. Era un cabrón engreído que se pensaba que estaba por encima de los demás. Por mí se puede pudrir en el puto infierno. Y, sí, te echo la culpa de que Jared me haya dejado.

¡Vaya lengua! ¡Menudo vocabulario! Cómo se nota que estamos a solas y que está enfadada, dolida y encabronada.

—Ese es tu problema.

—¡Quita esa mierda de música! No me gusta escuchar algo que no entiendo.

Me quedo mirándola durante unos instantes y, mientras hago eso, no pestañeo, pues mis ojos están clavados en sus pecas. Está cantando Enrique Iglesias y Juan Luis Guerra, «Cuando me enamoro», y no voy a consentir que esta muñeca pelirroja me dé órdenes en mi propia casa y llame «mierda» a esta preciosa canción. Me acerco a ella despacio. Pego mi cara a la suya y le digo con tranquilidad:

—En mi casa escucho la música que me da la gana, y si no entiendes el español, ese es tu problema. Y no se te ocurra llamarla mierda de música, porque te agarro de los pelos y te arrastro hasta la calle para que los fotógrafos se pongan las botas contigo y conmigo.

Ella no dice nada. Sabe que no es un farol, pero la cabrona mantiene la mirada.

Me separo y me voy hasta el frigorífico para sacar una botella de agua y llenarme un vaso. Voy hasta la isla y me siento en un taburete mirándola fijamente. El disco sigue sonando, pero como ahora las canciones de Enrique son en inglés, ya las puede entender, pues no pienso parar la música. Sonará

hasta el final, hasta que el disco acabe.

—¿Tenías planeado quitármelo? ¿Divorciarte de Burton si las cosas no hubiesen sucedido de manera tan dramática?

—Nicole, ¿te estás oyendo? ¿Acaso piensas que eras dueña de Jared? —  
No dice nada, pero veo cómo se le humedecen los ojos.

—Creía que me amaba —pronuncia las palabras de manera contundente.

—¿Lo creías o lo deseabas?

—¿No da lo mismo?

—Sabes que no.

—¿Te has acostado con él? —pregunta, con lástima, con dolor.

Llevo un pañuelo de seda al cuello, un precioso pañuelo en tonos crema y azul marino. Me lo quito despacio y sus ojos se clavan en las marcas que todavía perduran.

—No voy a contarte nada de mi vida privada. Ni me voy a molestar en inventar historias románticas a las que tú eres adicta. Solo te diré una cosa, el hombre que te ama, no te deja a la primera de cambio.

No sé qué le sienta peor, si esa frase o la canción que suena ahora, en español: «No me digas que no».

Y la verdad, lo que yo haría en estos momentos, sería tararear con Enrique y menear las caderas, pero será mejor que no pierda de vista a la pelirroja, no vaya a ser que se le suba la cerveza a la cabeza y me obligue a darle un par de tortas. La canción está acabando y el disco también, y veo cómo traga saliva. Se lleva una mano al pelo y se lo coloca detrás de la oreja. Sigue llevando la manicura perfecta, esta vez, francesa.

—Sí, tal vez tengas razón.

Vaya, si no lo oigo, no lo creo. Salta otro disco y la voz sensual, atrayente y poderosa de Elvis, llena el ambiente con «G. I. Blues».

—Creo que no supe discernir con qué tipo de hombre estaba. Fui tan tonta que pensé que podría manejarlo, que tarde o temprano haría lo que yo deseaba. —Se queda mirando la moderna cocina y continúa—: Jared es muy hombre. Está muy por encima de todos los que he conocido.

Yo no digo nada y ella tampoco, mientras escuchamos «Black star».

—¿Te puedes creer que me he masturbado con Elvis muchas veces?, pero no recuerdo haberlo hecho con «Black star» —suelta de golpe y no lo puedo evitar, rompo a reír.

—Seguro que con esta sí —digo entre risas, cuando comienza «Summer

kises, Winter tears».

Ella sonríe, para terminar riendo a carcajadas. Cojo el mando y bajo el volumen para que Elvis no nos interrumpa cada dos por tres.

—Sabes una cosa... —Me mira fijamente, mientras yo espero a que continúe—. Lo primero que pensé cuando te conocí en Los Hamptons, fue... que ser as la pareja ideal para un hombre como Jared. Los dos tan guapos, tan perfectos. Bueno, Burton también era adecuado, casi perfecto, pero con todo lo pasado había perdido muchos puntos. Me refiero a lo de Olivia y la amante. Además, me ca a gordo, qué quieres que te diga; era un pedante gilipollas que se creía Dios. Con su hospital para los desfavorecidos y su superconsulta para atender a todas esas calientapollas que solo iban para verle y ver si se lo podían follar.

No digo nada, pero me sorprende todo lo que está diciendo. No creía que tuviese ese concepto de Burton. Dejo que hable, que se desahogue.

—Qué quieres que te diga, que le den por el culo. Allá en el infierno o donde quiera que esté. —Sigo sin decir nada y veo cómo apura la cerveza de una—. He tenido tiempo para pensar y, aunque me duela, me fastidie, me encabrone, sé que tú no tienes la culpa... ni él tampoco —vuelve a hablar de Jared—. He llegado a la conclusión de que estaba esperando que llegara algo mejor que yo, algo que le llenara hasta la última neurona de su cerebro. Una mujer que lo enamorase como nunca lo ha estado.

Me mira despacio. Recorre mi rostro, clava la mirada en las marcas del cuello.

—Has sido muy valiente, Alex, y seguro que eso, a Jared, le gusta, le pone. —Ahora sí que no me callo.

—No fantasees, Nicole.

—No, en serio. Lo que yo creo, es que Jared vio a una de las mujeres más hermosas y, después, cuando pasó todo lo que ocurrió, ha visto a una mujer valiente, una mujer que puede con todo. ¡Joder, Burton era un tío grande, fuerte! Y tú acabaste con él, pero podr a haber sido al contrario. ¿O no?

—Sí, podr a haber pasado cualquier cosa.

—Por eso.

—Nicole, conozco a Jared de California. Lo vi por primera vez cuando tenía quince años y él estaba de novio con la que ser a su esposa.

—Sí, lo sé. Me lo dijo él. —Vaya, eso no lo sabía—. Me dijo que eras una cría preciosa, pero que estabas madurando y que él ya estaba comprometido.

Sigo sin decir nada, al tiempo que me pregunto si está tramando algo, si se está inventado algo.

—Parece ser que nunca te olvidó. Y que cuando viniste aquí, él supo en cada momento dónde estabas y qué hacías. Le pregunté que por qué no contactó contigo cuando él se incorporó a la Policía de Nueva York y ¿sabes qué me contestó?

—No.

—Que te merecías algo más que un policía. Pero se ve que ha cambiado de idea, el muy cabrón. O que tú le has hecho cambiar de idea.

Mira la botella vacía y me pide otra.

—¿Sigues en su casa?

—Sí.

La risa se escucha histérica mientras abro otra cerveza y la coloco delante de ella.

—Ahí tienes la demostración. Lleva cinco años en la ciudad y jamás mujer alguna ha pasado más de unas horas en ese apartamento, incluida yo. ¿No te parece patético?

—No, Nicole. Míralo de esta forma, Jared no era para ti; se acabó la historia. ¿O acaso eres de esas mujeres que con tal de pillar a un hombre es capaz de aguantar lo que sea?

Me mira fijamente.

—Joder, Alex —murmura mientras mira la botella—. No me he acostado en esa cama, no hemos echado un puto polvo sobre ese colchón.

—¿En serio? —pregunto, más sorprendida por ese vocabulario que emplea que por la información.

—En serio. Siempre en mi casa, en mi preciosa cama con dosel y en algún hotel que otro cuando nos hemos ido de viaje.

—¿Y algo así, no te daba pistas para saber que eso no funcionaba?

—No quería pensar en ello —contesta mirando al vacío y dándole un buen trago a la cerveza.

Estamos calladas, durante unos momentos, mientras suena «Gently».

—Lo siento, Nicole —y para mi sorpresa, lo digo en serio—. De verdad que lo siento.

Enfoca sus grandes ojos sobre mi cara, y me mira como si no me conociese. Mueve esa cabeza leonina y se humedece los labios con la punta de la lengua.

—Bueno, no pasa nada. Has sido tú, pero podría haber sido otra... cualquiera que le hubiera hecho cruzar la raya, ¿no crees?

—Es probable.

—Eres fría —añade, mirándome fijamente—. Y seguro que puedes ser todo lo contrario; caliente como un volcán.

No contesto. Que piense lo que quiera. Esos ojos verdes me traspasan, pero me observan de una forma que me hace pensar en una madre, de hecho, en estos momentos, se parecen mucho a los de Sara, mi madre.

—Mira, no deseo tenerte como enemiga. —Me mira con sus ojazos—. De hecho, no me gusta tener enemigos, y menos ser yo la que dé pie a ello. Creo que todo esto ha ocurrido por algo, y que si las estrellas o el destino o lo que sea ha decidido que pasen las cosas de esta manera, es por algo. Y creo también que si Jared está enamorado de ti y tú de él, pues... así debe de ser —hace una pausa y sin dejar de mirarme, pregunta—: Porque, ¿tú estás enamorada de él, no?

Me cuesta mucho abrirme a la gente, de hecho, no lo hago. Me cuesta horrores hablar de mis sentimientos y menos con una mujer, pero, en estos momentos, creo que es mejor dejar las cosas claras.

—Sí. Es el único hombre al que he amado.

Ella se sorprende y abre los ojos, más de lo que están, y eleva las cejas rojizas.

—¿No amaste a Burton?

Ha llegado la hora de mentir.

—Creí amarlo. Creí que era el hombre de mi vida, pero... me equivoqué de pleno. Después de casarnos, me di cuenta de las carencias que tenía, y de que me había enamorado de algo irreal, de un hombre que idealicé.

Ella mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—Se le notaba muy celoso. Sí, Adele y yo lo comentamos más de una vez. Celoso e inseguro, algo no habitual en él..., pero bueno, era un cabrón. Yo nunca estuve segura de su inocencia, tal vez porque estaba con Jared y, aunque no me contaba nada, intuía lo que pasaba. Mi tía no, ella siempre pensó que era inocente y que la loca esa de la pediatra era la única responsable. —Calla y mueve la cabeza varias veces seguidas, sin retirar la mirada de mi rostro—. Pero tú... eres demasiado para la mayoría de los tíos. Un hombre como John, que lo tenía todo y no supo qué hacer contigo, cómo comportarse, cómo adaptarse a ti, era algo impensable.

Nuestros ojos se miran fijamente, pues la pelirroja parece dispuesta a analizar hasta el último de mis gestos.

—Son cosas que pasan. Nunca sabes qué va a ocurrir, cómo van a ser los sentimientos, las situaciones...

Ella mueve la cabeza despacio, sin retirarme la mirada.

—Porque... porque tú no te adaptaste a él.

Su mirada, ahora, es suspicaz, interrogativa.

—Yo no me adapto a ningún hombre. Tiene que ser algo mutuo.

No quiero darle más datos, pero ella parece querer saber más.

—Por Dios, tuvo que ser horrible —dice mientras observa mi cuello, pero si cree que le voy a contar lo sucedido, va lista—. Realmente horrible.

—Sí, así fue, pero quiero olvidarlo o, al menos, intentarlo. Ya me viene todos los días a la mente, como para hablar de ello.

—Sí, sí. Llevas razón, pero tal vez te vendría bien ir a un especialista, ya sabes, para hablar y soltar todo lo negativo.

Contengo la risa y las ganas que tengo de echarla de mi casa.

—No necesito nada de eso. Sé lo que pasó, sé lo que hice, sé lo que él quería hacerme y doy gracias porque la balanza se inclinara a mi favor. Nada más.

—Joder, tía, nunca he conocido a una mujer como tú.

Me hace gracia que emplee ese vocabulario, pues la tenía por más pija, más remilgada. Pero se ve que en los momentos más íntimos, cuando no tiene testigos, se explaya a su gusto y suelta la lengua, sin cortarse un pelo. Pero ya me he cansado de esta conversación, no necesito más confidencias, ni tampoco halagos ni quiero ponerle más cervezas.

—Bueno, quiero que sepas que no te guardo rencor, ni a ti ni a Jared. Y, por mi parte, podemos seguir siendo amigas, pues tenemos amigos comunes y no creo que sea necesario mostrar mal rollo. ¿No te parece?

—Me parece bien.

—Además, tampoco es necesario que demos pie a que la gente hable más todavía, pues con lo que están largando de ti ya tenemos bastante. Me refiero a los periodistas, internet y la hostia...

—Sí, estoy de acuerdo. No debemos echar más leña al fuego.

—Sí, exactamente. —Hace una pequeña pausa y continúa—: He comprendido que Jared no estaba enamorado de mí y, la verdad..., para casarte con un tío y que luego te ponga los cuernos..., para eso, es mejor estar

sola.

«Algo así como tu papá, ¿eh?, pequeña pelirroja...».

—Sí. Yo opino lo mismo. No puedo con los hombres que engañan a sus mujeres. Me parece de lo más ruin.

—Eso es —dice, mirando la botella de cerveza, que vuelve a estar vacía—. Los hombres son mierda, en su mayoría, y se creen que las mujeres somos idiotas.

—Hay mujeres que aceptan el juego que ellos marcan; nadie les pone una pistola en la cabeza para que sigan el ritmo.

—No, tal vez no, pero no es lo mismo que te lo hagan cuando eres joven que cuando eres mayor.

—Lo dices por tu madre —no pregunto y ella clava esos ojos de muñeca en mi rostro.

—¿Qué sabes tú de mi madre?

—Poca cosa, de hecho, no la conozco. Creo recordar que la vi de pasada en el estreno de una ópera. Burton me dijo que era tu madre.

—¿Iba con mi padre?

—Si tu padre es un hombre pelirrojo como tú, mediana edad, más bien alto y un poquito fondón.

—Sí. Ese es él —contesta apretando los labios al terminar.

—Los matrimonios largos tienen sus inconvenientes. Mi padre estaba locamente enamorado de mi madre, pero le ponía unos cuernos de aquí al cielo.

—¿En serio? —Su rostro muestra sorpresa e interés al mismo tiempo.

—Muy en serio. Y desde el principio, desde que tengo uso de razón.

—¿Y cómo lo supiste tan pronto?

—Porque yo era una niña muy espabilada, y mientras jugaba con los puzles y mi padre estaba con alguno de sus amigos, mientras mamá se encontraba en la peluquería o comprando, él describía a sus amigos los encuentros sexuales con las amigas de mamá y esposas de amigos o conocidos de papá.

—Vaya. ¡Qué fuerte!

—Lo hacía en voz baja, y como hablaba en inglés y pensaba que su niña no dominaba todo el vocabulario y, además, creía que estaba más que entretenida con esos juegos, daba por hecho que ni entendía ni sabría de qué estaban hablando.

Me observa con atención y sé qué está pensando. Piensa que tenemos cosas

en común. Cosas desagradables.

—¿Cómo te llevas con tu padre? —La pregunta hace que vuelva a la realidad y que deje de mirarme tan intensamente.

—Bien. Las cosas entre ellos, son de ellos. Mi madre tolera las amantes, no va llorando por las esquinas, gasta lo que le da la gana, vive como quiere y parece que no le importa.

—Es una forma de enfocarlo —añado mientras ella juguetea con la botella.

—Sí, pero yo nunca he querido algo así. Odio la relación que tienen mis padres.

Toda la atención está puesta en ese vidrio verde mientras una uña perfectamente esmaltada rasca en la parte más ancha de esta. Es como si no quisiera mirarme mientras hace esas confidencias.

—Te pasa lo que a mí. Un matrimonio son dos personas, en el momento que sean tres...

—Sí. Exactamente.

Retira la botella y me mira con atención.

—¿Quieres otra? —Es una pregunta de cortesía, pues lo que quiero es que se largue.

—No, no quiero salir tambaleándome de tu casa con toda esa jauría en la puerta.

—Voy a llamar a un taxi —le digo.

—Perfecto. ¿Quieres que salgamos juntas?

Quería quedarme un rato más, pero bueno, no quiero rechazar la oferta de que nos vean juntas, como dos mujeres civilizadas que no se tiran de los pelos porque una le haya quitado el novio a la otra. Y así lo hacemos. Mientras cierro la puerta de casa, oigo a los *paparazzis* que se ponen en marcha, al tiempo que le hacen preguntas a Nicole que, por supuesto, no contesta. El taxi está esperando y ella sube al momento, los periodistas me rodean y en cuestión de segundos veo cómo el taxi se pone en marcha y se va calle arriba. «Será cabrona», pienso mientras bajo las escaleras y oigo las preguntas, que vuelven a ser las mismas, más o menos, que me han hecho cuando he llegado.

Vaya vaya con Nicole.

Sonrío ante ese comportamiento y pienso que es su forma de vengarse, dejándome sola con los periodistas. Cómo se nota que no me conoce.

Al bajar la escalinata y llegar a la acera, pongo mis piernas en movimiento mientras los *paparazzis* me siguen y me bombardean con las mismas preguntas

una y otra vez, aunque intentan hacer el enunciado diferente para preguntar lo mismo y que parezca otra distinta, y mientras, cámaras fotográficas y de vídeo no me pierden de vista, para cogerme desde todos los ángulos.

En cuanto veo un taxi lo paro, me subo y desaparezco de allí mientras las cámaras siguen fotografiando y filmando hasta que desaparece el vehículo.

# CINCO

Ya estamos en octubre. Cómo me gusta el otoño. Ya lo sabes. Y cómo me gusta Nueva York, eso también lo sabes.

Me pongo ropa deportiva, me recojo el cabello en una trenza y me coloco un gorro de punto. Voy de negro, de los pies a la cabeza, y cuando salgo del edificio, le ofrezco una hermosa sonrisa al portero mientras me coloco los auriculares, y el hombre me la devuelve.

Corro durante algo más de una hora, echando de menos hacerlo por Brooklyn, mi querido Brooklyn, pero bueno, el ejercicio es eso, ejercicio, y teniendo sitios me amoldo a lo que sea, aunque dar vueltas a un parque no es lo mío, a no ser que sea Central Park. No es que este sea pequeño, pues son cuatro hectáreas, pero nada que ver con las trescientas quince del otro, donde te puedes perder si ese es tu deseo, donde puedes hacer rutas diferentes cada día, donde te paras para tomar aire o para hacer estiramientos, teniendo la sensación de que estás fuera de la ciudad y, de repente, levantas la vista, la fijas en los rascacielos... y sonríes. Porque no necesitas estar fuera de la ciudad para tener un parque gigantesco a tu disposición, donde disfrutar o agotarte al máximo, si ese es tu deseo.

La próxima vez, o sea, mañana, tomaré un taxi y pasaré dos horas corriendo por Central Park. Sí, lo decido mientras doy vueltas por Washington Square Park a un ritmo rápido y vuelvo a MacDougal St., sudando la camiseta, recordando las veces que he estado en este parque que está a un paso de la Universidad de Nueva York. La cantidad de veces que he comido un bocadillo sentada en un banco, lo más escondida posible, mientras repasaba algún tema para un examen. Pocas veces iba a la biblioteca, antes desaparecía en este parque, si el tiempo acompañaba, y si no tenía que volver hasta el día siguiente, me iba a casa que era donde mejor estudiaba y donde más a gusto estaba.

El portero, como siempre, tan atento y servicial, me abre la puerta, me saluda por mi nombre y le devuelvo el saludo ofreciéndole la mejor de mis sonrisas. Cuando entro en el apartamento, me encuentro con Jared. No puedo evitar la sorpresa, no lo esperaba, pues como va por libre y no dice ni cuando vuelve ni cuando está libre...

Se mueve por la cocina de manera desenvuelta, sabiendo dónde está todo y sabiendo lo que hace. Qué maravilla, también sabe cocinar, esto no lo esperaba. Deja de cortar lo que sea que está cortando, me mira durante un pequeño intervalo en el que yo me he quedado como una estatua, observándolo.

—Estoy preparando la cena. ¿Por qué no te duchas, te pones algo cómodo y te reúnes conmigo? —esas palabras suenan como el mejor de los regalos, como el mejor de los sonidos, como la mejor de las canciones.

—De acuerdo —añado, sin moverme del sitio, como si mis pies fuesen de plomo y estuvieran agarrados al suelo.

—¿Te gusta la pasta? —pregunta con una sonrisa, mientras recorre con su preciosa mirada mi cuerpo.

—Me encanta la pasta —logro que salgan esas palabras y que, al tiempo, mis pies se muevan y avancen hasta la escalera, sin dejar de mirarlo.

Se pone a descorchar una botella de vino tinto.

—Pero no bebo alcohol —suelto, con un tono monocorde, mientras mando la orden a mis piernas para que suban peldaño a peldaño.

—Esto no es alcohol —añade con una deslumbrante sonrisa—. Esto es manjar de dioses.

—Si tú lo dices.

Desaparezco y me dirijo a la ducha mientras me voy quitando la ropa. Mi corazón palpita, galopa como un potro salvaje. Será esta noche, será por fin cuando pueda sentir sus manos de verdad en todo su esplendor, tocándome como yo deseo..., recorriendo mi cuerpo con su boca, sintiendo cómo me inunda su miembro, entrando en mí, haciéndome suya hasta que me haga gritar de puro delirio.

Me lavo a conciencia, como si no lo hubiese hecho esta mañana, como si tuviese que limpiar mugre de mucho tiempo, como si quisiera quitar las caricias de otros hombres, las manos, las bocas, la saliva, el esperma..., todo.

Cuando acabo, me seco el cabello ligeramente, solo para quitar el exceso de humedad y que el resto se seque mientras cenamos. Me pongo ropa interior negra, un sujetador de encaje y una braga brasileña haciendo juego; de encaje, precioso. Similares a las del otro día..., ya sabes, cuando clavó los ojos en mi culo.

Como no hace frío, pues la temperatura es de unos veintidós grados, me pongo un vestidito de Zara, que es una preciosidad y que costó treinta dólares,

corto y sin mangas, que se pega al cuerpo como una segunda piel.

Estoy nerviosa, no lo puedo evitar.

Quién me ha visto y quién me ve, ¿verdad?

Me muevo en el vestidor y en la zona que él ha dejado para mí, miro los zapatos que me he traído de casa. Sí sí, no me equivoco, una zona para mí; lo que no logró Nicole en todo el tiempo que estuvo con él, yo lo he conseguido desde el principio. El vestidor es grande y Jared tenía la ropa muy espaciada y, aun así, había huecos libres; de manera que he juntado lo suyo, bueno, en realidad, lo ha hecho Clarita, de esa forma me ha dejado una hilera de arriba abajo, y con un ancho considerable.

Opto por unas francesitas. Sí, no voy a ponerme tacones.

Quiero sentir su altura.

Quiero sentir su masculinidad.

No me maquillo, no lo necesito, y en estos momentos, menos.

Bajo las escaleras y me encuentro con la mesa puesta de manera primorosa, con velas y un pequeño centro de flores. Jared está echando vino en las copas y, al terminar, clava su mirada en mi rostro y, al momento, la desliza por los pechos y continúa hacia abajo. Vaya, me está poniendo nerviosa, muy nerviosa.

—Ven aquí, Alejandra —me ordena mientras mueve una silla para que me siente.

Obedezco como un corderito y me siento donde él quiere.

En cuestión de un momento, tengo ante mí un plato de espaguetis con albóndigas, que huele de maravilla. Él se sienta enfrente y, cogiendo la copa, la levanta y me mira.

Ya sabes que no bebo alcohol, que no lo he probado desde que mis hermanos me emborracharon.

Ya sabes que soy de ideas fijas, que cuando digo una cosa, la mantengo hasta en el mismo infierno.

Bueno, pues para todo hay una primera vez. Cojo la preciosa copa y, mirando el llamativo color rubí, la elevo a la misma altura que la suya.

—Por ti, Alejandra Pacheco Cortés —pronuncia las palabras despacio, observándome, y da un pequeño sorbo sin retirar esa profunda mirada de mi rostro.

Me llevo la copa a la boca, probándolo con cuidado. Lo paladeo, saco la punta de la lengua y humedezco los labios mientras esos ojos grises no dejan

de mirarme.

Me sorprendo. Me gusta. Está bueno. Doy otro traguito y, después de tenerlo en la boca unos segundos, me lo trago.

—Te gusta —afirma con una media sonrisa.

—Ya lo creo —añado entre la sorpresa y la satisfacción.

Cojo la botella y la miro detenidamente.

—¿Sabes de vinos? —pregunta curioso.

—Algo sé. En mis tiempos de guía e intérprete aconsejaba a más de un cliente o clienta. Este es un Cabernet.

—Así es. Cabernet Sauvignon, Petit Verdot y Malbec.

Cojo otra vez la copa y contemplo el color granate, profundo, concentrado. Lo llevo a la nariz y noto la intensidad y complejidad del aroma.

—Huele —ordena—, nota los aromas de moras y arándanos.

—Sí, lo noto. Y también a especias y a flores.

Jared sonrío viendo cómo muevo el líquido granate y lo olfateo. Y, de repente, recuerdo que el árabe, ese cliente que me ofreció matrimonio, ¿te acuerdas?, tiene algo relacionado con la industria vinícola de Napa.

—Condor —leo la etiqueta negra y letras doradas.

Se escribe igual que en español, pero sin el acento en la primera «o».

Y, al pensar en los idiomas con los que crecí, me viene a la mente cuando mis hermanos se burlaban de mí porque ganaba todos los concursos de deletrear palabras; en inglés, por supuesto. Decían que eso era una tontería y añadían: «¿Qué mérito tiene decir caballo, c-a-b-a-l-l-o?», se burlaban y yo, enfadada, les contestaba que esos concursos eran en inglés, y que el inglés no se escribe igual que se pronuncia como ocurre con el español. Pero ellos seguían tomándome el pelo hasta que Antonio o Sara ponían orden. Vuelvo al presente, cuando la voz de Jared inunda mis oídos.

—Es un vino para carnes rojas, pero he pensado que como la pasta lleva carne, por qué no...

—Sí, has acertado. Está muy bueno —añado y doy otro pequeño trago.

—Come. Has perdido peso —ordena y parece que me regaña, pienso mientras veo cómo ataca los espaguetis y las albóndigas.

Yo hago lo mismo y, mientras comemos, no hablamos. Me pregunto qué estará pensando y, al tiempo, pienso en todo lo que desconozco de este hombre.

Me zampo todo lo que me ha puesto, pues está delicioso y, para colmo,

acompañado de dos copas de vino tinto. Al terminar, retira los platos y yo me levanto para ayudarle. Nos miramos continuamente, nos comemos con los ojos, al menos yo, porque él..., sinceramente, no sé lo que estará pensando.

De postre saca una tarta de manzana del gran frigorífico que ha traído de casa de su madre, hecha por ella, me dice. Y con un pedazo de la sabrosa tarta y un café al lado, me suelta de una:

—¿Qué pasa con el alcohol?

Cada vez que miro a este hombre, me derrito. Es tan guapo, tan viril. Está tan bueno que me dan ganas de meterle mano y dejar la conversación para otro momento. Pero no hago nada de eso.

—No bebo. No bebía, hasta esta noche.

—¿Por qué?

Me pregunto qué pasa, a qué tantas preguntas. ¿Por qué no lo hacemos y dejamos las preguntas para después o para mañana... o para nunca? Pero no digo nada de eso. Contesto de manera obediente, a pesar de que no quiero hablar del pasado. Aunque con este hombre no puedo hacer las cosas mal; este hombre es mi corazón, mi sueño, mi amor.

—Porque mis hermanos me emborracharon cuando tenía doce años.

Sus ojos no se despegan de mi rostro, y sus facciones, al principio, están impasibles, pero, al siguiente instante, se muestran más duras de lo habitual.

—¿Qué pasó? —Pone una expresión como de enfado, como que imagina algo feo, sucio.

—Me violaron.

Esa mirada magnética, me traspasa.

—Cuéntamelo.

Es una orden, pues no pierde el tiempo en dulzuras ni mimitos. Y se lo cuento. Todo. Y él escucha, sin interrumpirme, sin dejar de mirarme. Y esta vez, mis sentimientos salen en cascada.

Esta vez, me tiembla la voz recordando lo que me hicieron.

Esta vez, me duele hasta lo más hondo.

Esta historia no es la misma que le conté a Burton en su consulta. Sí, son los mismos hechos, es la realidad de lo que pasó, pero contado de distinta forma. Con dolor, con tristeza, reflejando la fealdad del acto, el sentimiento de soledad, la amargura de perder la virginidad así, el abuso que sufres por aquellos que piensas que te quieren, que te protegen, que darán la vida por ti...

Que piensas que darían la vida por ti, pero no es así.

Y sigo contando cómo sucedió, cómo se comportaron, cómo me humillaron, vejaron y mancillaron para recordarlo siempre. Las palabras soeces que salen por sus bocas sonrientes. Las risas de borrachos que se entrelazan con esas palabras. Las miradas vidriosas mientras sujetan sus miembros, primero uno, luego otro y después otro, para entrar en mi cuerpo.

La vergüenza de una niña de doce años... Una niña que todavía no es mujer, que no sabe nada de sexo ni tampoco le interesa. Pero el dolor aparece en toda su magnitud, y no es un dolor físico, es una congoja que se anuda en el estómago, que te estruja el cerebro y que provoca que el corazón palpite, brinque... de dolor. De puro y duro dolor. Y el aislamiento surge a raíz de aquello. Un aislamiento total. Un vacío tan profundo que se difumina en mi cerebro y provoca que aparezca la ausencia.

La ausencia desgarradora que me convierte en otra mujer, una personalidad que siempre ha estado ahí, que solo necesitaba el detonante para surgir como el ave fénix. No puedo evitar que las lágrimas fluyan poco a poco, pues contarle lo que me hicieron y cómo me sentí, resulta una catarsis.

Una catarsis dolorosa.

Él se mantiene estoico, mirándome, sin tocarme, sin decir ni una sola palabra, dejando que suelte todo lo que guardo dentro.

Siento que sus ojos me acarician, ya que no lo hacen sus manos, que me comprende, aunque de su boca no salgan palabras. Todas las emociones surgen de una, y todo el dolor también.

Cuando termino, él me da un pañuelo de tela, que lleva en el bolsillo; ¿todavía hay hombres que lleven pañuelos? Tal vez los lleva por si tiene que coger algo y no tiene una bolsa de pruebas consigo. Me limpio los ojos y la nariz, guardándomelo en el interior de mi mano.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, sin dejar de mirarnos, y la pregunta que lanza, me deja helada. Me deja fuera de juego por unos segundos.

—¿Mataste a tu familia, Alejandra?

Maldita sea. No me lo puedo creer. ¿Qué hago, le miento, le digo la verdad, me río a carcajadas antes de que pase más tiempo...?

—Sí.

Y tú dirás: ¿eres estúpida o qué demonios te pasa? ¿Cómo le dices eso? «¿Quieres que te odie? ¿Quieres que no le dé tiempo a amarte? ¿Quieres

acabar en una puta cárcel?».

—¿Por qué?

No se ha sorprendido, es... como si ya lo supiera. O lo imaginara.

—Si me preguntaras si lo volvería a hacer, tal vez diría que no..., pero, en esos momentos, mi familia me estorbaba, me había fallado. No me sentía querida, y yo había dejado de quererlos, desde mucho tiempo atrás.

—Podías haberte marchado al cumplir los dieciocho.

Parece que estamos hablando de algo superficial, de algo que no afecta a nuestras vidas, y eso me gusta, porque veo la frialdad con que maneja la conversación, como si fuese uno de sus casos, uno que ni le va ni le viene, pero tiene que solucionar.

Pero esa misma frialdad no me deja ver lo que siente, lo que piensa, el concepto que tendrá de mí. Por qué quiere saber y hacia dónde va a conducir todo esto.

—Antonio Pacheco no lo habría consentido. Había que hacer su santa voluntad. ¿O acaso no llegaste a conocerlo?

—Sí. Lo conocí bastante bien. Pero siempre pensé que tenía predilección por ti. Su única hija, su niña, su pequeña —lo dice de una manera... que me excita.

¡Dios! ¡Cómo deseo que esas manos me toquen! Que esa boca me bese. Pero está visto que tengo que esperar, que tengo que seguir el ritmo que él marca, y... no estoy acostumbrada.

—No, no era así. Lo correcto sería decir que como era la única hija, había que controlarla y cuando fuese necesario, indicarle el camino a seguir, de buenas maneras al principio y con amenazas después.

Las preguntas no vienen seguidas. Me mira... Y dispara.

—¿Cuántas veces te pegó?

—La vez que me quedé mirándote como si fueses una estrella de cine. Nada más. No le di motivos. Nunca. Se puede decir que era la hija perfecta.

Apenas ha tocado la tarta. Apura el café de una y se echa más. Mi taza está llena.

—¿Sabías que Pacheco era corrupto?

Vaya, vamos de sorpresa en sorpresa, pero no sé adónde nos va a llevar esta conversación. Bueno, no es una conversación. Él pregunta, yo contesto.

—Intuía algo. Antes de irme, encontré una cantidad de dinero considerable y di por hecho que era dinero negro.

—¿Dónde estaba ese dinero?

—En el suelo, debajo de las tablas de madera.

—¿Te dedicaste a levantar todo el suelo? —pregunta ironizando, al tiempo que eleva una ceja más que otra.

—No. Tenía una ligera sospecha, pues más de una vez había oído ruidos extraños en el dormitorio de mis padres. Debajo de la alfombra, casi debajo de la cama, había unas maderas sueltas. Ahí, tenía una caja de seguridad.

—¿La llave también estaba ahí?

—Sí.

—¿Qué contenía?

—Joyas de mi madre y casi cien mil dólares.

No retira ni un instante la mirada de mi rostro. Tal vez espera que me ponga nerviosa o que me eche a llorar. Sinceramente, no lo sé.

—¿Has oído hablar de los submarinos de la droga? —Afirmo en silencio.

Algo sé, pero me sorprende que mi padre estuviese metido en algo así.

—Sé que tenía contactos en México, que hablaba a menudo por teléfono y que Sara se ponía nerviosa cuando ocurría, pero... en Colombia no, que yo supiera.

—Tenía amigos guardacostas en San Diego. Un submarino llegaba cargado de droga cuando estos amigos de tu padre estaban de servicio. Recibían buenos sobornos por hacer oídos sordos y ojos ciegos, tu padre y tres de sus mejores amigos y policías, también, recibían su parte. Cuando ocurrió la explosión, se pensó que podía haber sido un ajuste de cuentas. Ya estábamos detrás de ellos.

No dejo de mirarlo, escuchando todo lo que sale por su boca.

—¿Estábamos?

—Sí. Mi padre fue amigo íntimo del comisionado y unos meses antes de la explosión, me puso al corriente de las sospechas y me ordenó que estrechara lazos con Pacheco.

—Entiendo.

—Cuando ocurrió lo de Baja, pensamos que podía haber sido un ajuste de cuentas, que tal vez tu padre tuviera más asuntos de los que nosotros sospechábamos.

Deja de hablar, pero nuestras miradas siguen enganchadas. Mis ojos ya no están húmedos.

—¿Qué les pasó a los otros?

—Se les pidió que se jubilaran anticipadamente. Después de todo, no había pruebas suficientes, sabíamos que un cártel mexicano tenía contactos con otro de Colombia, pero nos faltaban pruebas y, al morir tu padre, resultaba todo más complicado. Los otros negaron saber quiénes eran, alegaron que era Pacheco el que los conocía, que ellos se llevaban un dinero por cubrirle las espaldas y poco más. Lo cierto era que, teniendo todo cogido con alfileres, poco podíamos hacer. Echar mierda sobre el propio tejado para conseguir mala prensa, para quedar como unos inútiles..., no, no queríamos líos de ese tipo. Ya sabes que todo eso da muy mala prensa.

—Pero... ¿cómo llegasteis a sospechar de Pacheco y sus amigos?

—Un soplo anónimo.

—¿Uno de los que se jubilaron anticipadamente?

Él no contesta.

—¿Por qué me lo has contado? —Quiero saber a qué está jugando, a dónde quiere llegar.

—Porque quiero sinceridad entre nosotros.

No hemos cambiado de postura, no dejamos de mirarnos.

—¿Me vas a delatar?

Me observa detenidamente. Parece frío, pero en unos segundos... Siento que su mirada me acaricia. ¿Me estaré volviendo loca?

—Por supuesto que no —contesta de manera suave, pero con gesto serio.

Esa contestación es para decirme que no me va a delatar, pero yo me la aplico también a mi propia pregunta.

—¿Te parece bien lo que hice?

—Claro que no. —La mirada que me lanza es tan intensa que me provoca sentimientos extraños, esperando algo más, y que ese más, no sea negativo para mí—. No puedo aceptar que algo así esté bien, pero... tal vez eras tú la que no estaba bien, y lo enfocaste como una forma de defensa.

Un silencio nos inunda, pero nuestras miradas permanecen unidas. Su hermosa voz vuelve a llenar mis oídos.

—Tu padre no fue el mejor ejemplo, tu madre parecía estar más pendiente de otras cosas que de su única hija, y tus hermanos..., lo que te hicieron no tiene nombre.

Vuelve a reinar el silencio durante unos segundos y sus palabras brotan otra vez.

—Soy policía y estoy acostumbrado a la violencia, pero no quiere decir

que la apruebe. De todos modos, ese caso está cerrado, lo pasado, pasado está.

Mis palabras no tardan en llegar.

—De acuerdo.

Me dan ganas de soltar el aire retenido de una. Pero no hago algo así. Mantengo su mirada, que no separa de mi rostro ni un segundo y, por esa mirada, sé que quiere saber más, que desea indagar hasta el fondo de mi pasado.

—Y lo de Burton, ¿provocaste que pasara?

Vaya, si fuese mal hablada, muy mal hablada, diría: ¡hostia puta!

—Burton se lo buscó. Podría haberme matado, de hecho, estuvo a punto de conseguirlo, pero la suerte me acompañó. Estaba fuera de sí, estaba celoso día sí y día también, creía que me estaba acostando contigo, incluso llegó a decir que el hijo que esperaba no era suyo. Me provocó, me enfadó y yo correspondí de la misma forma. Se enfadó, me pegó y una vez que comenzó, no hubo manera de pararlo —lo suelto de corrido, sin pausas. Para qué perder el tiempo—. Cuando me tiró por las escaleras, ya me había dado unos cuantos golpes, estirones de pelo, insultos y más insultos, pues estaba iracundo. Y mientras rodaba por las escaleras, golpeándome por todos los lados, pensé que no llegaría al día siguiente, al tiempo que sentía la sangre que salía de mi cuerpo y que mojaba el interior de mis muslos, sin pensar en que estaba abortando, simplemente la sentía, pero no tuve tiempo a ver más allá. Logré levantarme como pude y le solté que era un asesino, que había mandado matar a Olivia y que con sus artes de psiquiatra, había logrado que su amante se suicidara.

»Enloqueció al oír esas palabras, pero yo no me eché atrás, al contrario. Me reí en su cara y di lugar a que se enfureciera más todavía. Tal vez no debí hacer eso, tal vez lo más prudente habría sido salir de la casa y pedir ayuda..., pero no lo hice. El caso es que tropecé con la alfombra, pero no caí, solo me acerqué más al lugar donde estaban las tijeras. Cuando me agarró por el cuello y comenzó la presión, sentí cada uno de los largos dedos, la fuerza de las palmas y cómo estrujaba mi cuello. Mientras intentaba coger las tijeras, notaba que me iba, que perdía el conocimiento, que no lograría salvarme... Todavía, ahora, no sé cómo pude lograrlo.

—Sí. Creo que tuviste mucha suerte. Ese tipo podría haberte matado rápido, sin necesidad de darte ni un golpe.

Hace ese comentario sin retirar la mirada escrutadora de mi rostro. Sé que analiza mis palabras, mis gestos, hasta los silencios.

—Sí. Podría haberlo hecho.

—¿Por qué estaban las tijeras ahí?

Si piensa que me va a pillar en un renuncio o algo similar a «no sé», «no contesto...», va listo.

—Ya se lo conté a la policía.

—Lo sé, pero quiero que me lo cuentes a mí.

No pierdo tiempo en pensar lo que tengo que decir.

Sé lo que tengo que decir.

—Al poco de llegar, me pidió que le cosiera un botón que se le había caído de la camisa que llevaba. No era necesario, pues tenía un montón para ponerse; pero como estaba de mal humor, opté por hacerlo. Sabía que esa petición era más una orden, pero lo dejé pasar y no quise darle mayor importancia; no quise que se enfadara más de lo que ya estaba. Saqué un costurero de uno de los armarios del salón, cosí el botón y ahí se quedó la tijera, fuera del cesto de costura. Cuando subí al dormitorio y dejé la camisa encima del respaldo de una silla, fue cuando comenzó la discusión.

—Continúa —ordena y manda.

Otra vez.

—Me insultó, me agarró de los brazos, me zarandeó y me tiró al suelo. Le hice frente, me reí en su cara y él perdió los nervios y yo también. Me pegó varias veces y yo no me cohibí, eso le enfadó mucho.

—¿Por qué te comportaste así? —La pregunta surge arisca mientras sus ojos analizan cada uno de mis movimientos, cada palabra que sale por mi boca.

—¿Y por qué no? —pregunto enfadada.

—Lo sabes de sobra.

—No me da la gana de que un hombre me acoquine, me diga lo que tengo que hacer. Y, aun sintiendo su amenaza, su poder físico sobre mí, no estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer.

Jared permanece en la misma postura, con el mismo gesto y sus ojos no pestañean.

—Desde que mis hermanos me hicieron eso, decidí que ningún hombre o mujer me anularía, que nadie abusaría de mí. Y a excepción del sopapo que me dio Pacheco, nadie ni nada me ha vuelto a afectar.

Callo.

—Tienes muy claros los recuerdos, todo lo que pasó. No hay lagunas.

«¿Qué estás insinuando, Jared? ¿Que está todo preparado?».

—Ni una sola. Recuerdo todo lo que pasó, como si hubiese ocurrido ayer.

Los ojos grises viajan por mi cabello, que ya se ha secado, por mi frente, por mis ojos, quedándose durante un tiempo en mi boca.

—Podría haberte matado.

—Pero no lo hizo.

—He visto tu rostro. He visto tu cuerpo. He visto el estado lamentable en el que te dejé. —Hace una pausa y, en ese momento, lleva una mano hasta mi cara y me acaricia la barbilla, deslizándose por la mejilla y llegando hasta la oreja.

Un calambre recorre mi cuerpo. Retira la mano, se acaba la caricia... Siento el vacío.

—Admiro tu valentía, admiro tu astucia, pero esa actitud es muy peligrosa. Debes controlar tus impulsos, debes saber hasta dónde puedes llegar, y hasta dónde pueden llegar los demás. Muchas veces no sabes cómo es tu contrincante o, lo que es peor, te crees que lo sabes y te buscas la perdición.

Me dan ganas de decirle, de gritarle, que sé hasta dónde puedo llegar, que siempre lo he sabido, que no doy palos de ciego, que cuando actúo es porque todo está estudiado, calibrado, que yo no me dejo llevar por impulsos.

Pero nada de eso sale por mi boca.

Opto por ser sumisa...

No demasiado...

Un poco.

—Sí. Tienes razón.

Nuestras miradas siguen enganchadas y en ese momento... suena su móvil. Se levanta, pues lo tiene en la barra de la cocina. Escucha durante unos segundos, casi un minuto, mientras me mira. Me pregunto si es ahora cuando entrarán por la puerta y me leerán mis derechos.

—Voy ahora mismo —dice y cuelga.

Coge la chaqueta, guarda el teléfono en el bolsillo y se dirige hasta mí.

—Tengo que irme. Volveré cuando termine.

Me coge la cara entre sus grandes manos y... Veo venir esa boca, veo cómo sus labios se entreabren, veo cómo los posa sobre los míos. Es un beso profundo, con lengua, con lamida de labios... ¡Madre mía! ¡Qué rico! Me dejo

hacer, pues quiero que sea él, el que lo haga todo. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, el placer que me da esa experta boca.

Cuando creo que un suspiro va a salir por mi boca, noto el aire entre nosotros, noto la ausencia de sus manos. Abro los ojos, como si despertara de un profundo sueño, mientras oigo sus largas zancadas y la puerta al abrir y cerrarse.

# SEIS

He recogido todo. He dejado la cocina limpia, brillante, cada cosa en su lugar mientras mi mente no ha parado de trabajar, de pensar, de atar cabos y de desatarlos. No creo que me traicione, no, pues sé, siento, que si hemos llegado hasta aquí, es por algo. Pero ¿por qué un policía va a pasar por alto un homicidio de cinco personas?, ¿del asesinato de un policía y toda su familia a excepción de la hija pequeña? Porque Pacheco era corrupto y mejor no remover la mierda, porque Pacheco no le caía bien y que le den por donde la espalda pierde su nombre. O porque me ama y está dispuesto a lo que sea por mí.

Miro a mi alrededor y decido seguir limpiando, aunque no es necesario. Estoy en bragas y sujetador. El vestido está tirado en el sofá y mi pelo sujeto con una goma para que no me moleste.

Limpio sobre limpio. Le doy un repaso a los muebles, al suelo de madera, a la escalera y, por último, al baño del fondo. Recojo todos los enseres de limpieza y los guardo en el armario correspondiente; igual que hace Clarita, solo me falta canturrear.

Paso una mirada, abarcando toda la planta baja, comprobando que todo está en orden, que todo está perfecto, al tiempo que admiro la simpleza del diseño y la armonía de colores. Es un salón acogedor, es bello, en el cual puedes recibir a un grupo de amigos íntimos o dar una cena formal a personas que no conoces tanto. Pero Jared no hace ese tipo de cosas. En su casa solo entra gente conocida, gente muy cercana a él o, en su defecto, gente conocida a la que fue su pareja. Como cuando acudimos Burton y yo.

Mi mente no deja de trabajar, de pensar en lo que él pensará; si se ha dejado convencer por mis palabras o si admite mi versión porque ese es su deseo, no porque considere que todo sea cierto. Apago luces y cojo el vestido para dirigirme arriba, darme otra ducha y acostarme.

Han pasado varias horas desde que se fue, mientras permanezco en la cama dando vueltas. Algunos momentos, duermo, un sueño ligero, para despertarme bruscamente con el sonido de una sirena y sentir la casa vacía, el ruido de mi respiración, los lejanos sonidos de la calle... Mi mente sigue dando vueltas y más vueltas, sintiendo que estoy en una encrucijada, sintiendo que no voy a

salir airosa de esta situación, sintiendo que todo se puede ir a la mierda.

Es miedo lo que siento. Miedo a perderlo. Miedo a que me abandone, sin haberlo tenido.

Me despierto de golpe. No sé cómo me he dormido, profundamente, además. Para despertarme con su voz, con sus palabras...Y sus caricias.

—No te asustes. Soy yo... yo —murmura con esa voz sensual, mientras acerca sus labios a mi cuello y su mano se desliza por mi cadera.

Llevo puesto un camisón de encaje, corto, escotado, negro, con unas braguitas a juego. La prenda está subida, casi hasta la cintura y su mano está tocando el encaje de las bragas.

¿Quieres que te explique lo que siento? Me faltan las palabras... o tal vez me sobran, me inundan. Jamás he sentido deseo semejante por un hombre, pues lo de Burton fue una mentira, una meta, un deseo de algo insustancial, de algo pensado de manera calculada hasta el mínimo resquicio y sin sentimientos; de una mujer, yo, que, en esos momentos, era fría como el hielo más profundo del Ártico. Pero, ahora, mi cuerpo tiembla, haciendo que me sienta débil, tímida, inexperta. Me dejo invadir por sus palabras.

—Te deseo, Alejandra. Te he deseado siempre —murmura junto a mi oreja mientras sus dedos se deslizan entre mis muslos y se van metiendo por debajo de las bragas—. Eres tan preciosa, tan bella...

Ya estoy jadeando, y no ha hecho más que tocarme. Pero su boca, sus manos y esa voz hablando en la oscuridad de la habitación, me ha puesto a mil por hora. Abro mis piernas y dejo que él me quite las bragas en un momento, para no tener estorbos de ningún tipo.

Sus dedos acarician mi sexo, despacio, sin prisas, mientras su boca besa la delicada piel del cuello, y noto su miembro contra mi culo. Está duro, pues lo siento total y plenamente acomodado entre las nalgas, en toda la hendidura, esperando el momento adecuado; sin impacientarse, esperando su turno.

Cuando toque, pues se ve que no tiene prisa, que se lo toma con calma, pues ahora estamos ocupados con esas manos maravillosas y esa boca enloquecedora. Y dejo que él marque la pauta... Que, por una vez, sea otro el que lleve la voz cantante. Y me abandono, dejo que me masturbe, que penetre mi cuerpo con un dedo, con dos y con tres; que acelere los movimientos, que aumenten mientras mis jadeos hacen lo mismo.

Estoy húmeda, estoy tan mojada que sus hábiles dedos no necesitan saliva ni otro tipo de lubricación y, siendo así las cosas, su miembro se encabrita

contra mi trasero, se excita como un potro salvaje que desea entrar en mi cuerpo, pero se conforma con dar empujones contra mis nalgas mientras sus dedos entran y salen, entran y salen.

Y cuando me viene, cuando ahogo mis gritos en el vacío, él captura mi boca, cogiéndome de la barbilla y volviéndome la cara hacia él, para chupar mis labios hasta dejarlos enrojecidos, hinchados y satisfechos.

Y yo le correspondo.

Pero quiero más, mucho más, y él lo sabe. Y como lo sabe..., sabe lo que tiene que hacer.

Baja los tirantes del delicado camisón y deja los pechos libres, para llevar sus manos a los costados y comenzar el juego con los sensibles pezones, que piden a gritos su boca, su lengua, mientras noto de vez en cuando el pene que roza mis muslos.

Cierro los ojos y suspiro largamente, sintiendo esa lengua experta, golosa, que lame despacio; esa boca que chupa, que succiona los pezones poniéndolos tiosos, duros, que provoca estremecimientos en todo mi cuerpo, jadeos constantes...

Mis manos han permanecido quietas, sin tocarlo, pero ya no puedo más, ya no puedo mantener los brazos quietos y las manos agarrando la sábana, estrujándola y retorciéndola a más no poder. Y, por primera vez, toco su cabello y las yemas de mis dedos acarician su cabeza y enredo mis dedos en su pelo, mientras él sigue martirizando mis tetas, mientras noto su miembro bailando entre mis piernas. Y tengo que pedírselo, pues no aguanto más:

—Por favor, por favor —estoy suplicando, yo, Alejandra Pacheco Cortés, estoy suplicando a un hombre.

—¿Por favor, qué? —Esas palabras entran en mi mente—. ¿Qué quieres, qué deseas...?

No contesto. No quiero decirle que me folle. No quiero esa palabra vulgar entre nosotros... en nuestra primera vez. Él parece notarlo.

—¿Deseas que te haga el amor? —Esa pregunta me llega hasta lo más profundo de mi ser.

—Sí —contesto, entre tímida y acelerada.

—¿Lo deseas tanto como yo, Alejandra?

—Más, mucho más. Lo deseo con toda mi alma.

Y es entonces, cuando sus brazos se colocan a ambos lados de mi cabeza, su cuerpo se eleva y el miembro que no veo, pero siento, comienza su camino.

No tiene prisa, no es necesario. Y me gusta. Me gusta que no se apresure. Me gusta que controle su cuerpo, pero, sobre todo, su mente.

Siento que va entrando despacio y, en ningún momento, noto que invada mi cuerpo, al contrario, es como si me faltase una parte, y él está llenando ese vacío. Oigo su respiración, siento su contención, noto cómo ejerce el poder de su mente, para controlar su cuerpo, cómo hace todo lo posible para que yo disfrute, para que obtenga mi recompensa antes que él.

Mi vagina está dilatada, ofreciéndose por completo, abrazando su miembro y deleitándose con sus jugos para que no haya fricción, para que se deslice una y otra vez de la manera más placentera. De repente, pienso en si lleva condón, pues no lo sé, no lo noto y, sinceramente, no deseo quedarme embarazada y, a pesar de romper el encanto de ese momento, tengo que preguntárselo.

—¿Llevas... llevas condón? —La pregunta ha sonado anhelante y cohibida, y él, me contesta enseguida:

—Sí, mi amor. No te preocupes, no te preocupes, mi vida.

¡Oh, Dios! ¿Has oído alguna vez palabras tan hermosas?

Mi amor, mi vida...

Se me hace un nudo en la garganta. Me atraganto con las lágrimas, mientras él empuja, embiste una y otra vez... y yo, después de tragarme las lágrimas, esas lágrimas tontas y bobas, llevo mis manos a su culo, duro como una piedra, para que siga empujando hasta notar cómo me viene y sentir su boca sobre la mía.

Es en ese momento cuando él se corre, cuando su cuerpo se tensa como un cable de acero sobre el mío y, a pesar de ello, su boca no deja de besarme, de amarme con la lengua, con los labios, hasta que la tensión abandona su cuerpo y se deja caer sobre mí. Mis pechos se aplastan bajo ese poderío físico, ese tórax duro como todo su cuerpo, pero a la vez, suave como la mejor de las sedas, y su boca vuelve a besarme el cuello, la oreja, la clavícula.

Pero todo tiene un fin. Y ese fin llega.

Se separa y se deja caer en la cama. La penumbra nos envuelve y yo me quedo quieta. No sé qué hacer.

Si estuviera con otro hombre, con Burton, por ejemplo, me pegaría a él, lo abrazaría y le diría cualquier milonga, por ejemplo, lo bien que lo ha hecho, lo feliz que me siento o cualquier otra cosa. Pero con Jared... es otra historia, es otro mundo.

—¿Estás bien? —Esa voz grave y profunda me inunda.

—Sí.

De repente, alarga un brazo y enciende una de las lámparas, la que tiene a su lado, y clava la mirada sobre mí.

Mis ojos le corresponden y de repente sonrío.

Veo cómo baja la mirada y sus manos van hasta el pene, que todavía mantiene parte de la dureza. Se quita el fino condón, se levanta, me mira y se dirige al cuarto de baño. Oigo la cisterna y lo contemplo cuando vuelve.

Observo su perfecto cuerpo, sin pudor alguno. Mis ojos se deslizan por las marcas de los abdominales, por los oblicuos, que son como flechas que indican el territorio de la virilidad masculina.

Él me mira, yo lo miro y el pene se pone otra vez en movimiento, como si mis ojos manejasen una cuerda invisible, un hilo, como si de una marioneta se tratara.

Abre un cajón de la mesita de noche y saca otro condón. Rompe el envoltorio con los dientes y se lo pone al momento. Se agacha y me quita el camisón, para dejarme desnuda y mirarme a placer; y cuando considera que sus manos tienen que entrar en movimiento, se acuesta y comienza a deslizarlas por los pechos, por el vientre, por los muslos... Hasta volverme loca.

Loca de pasión.

Loca de amor.

Sí, sí, sí... Óyelo bien, estoy enamorada de este hombre, estoy tan enamorada que siento miedo por dentro, estoy tan enamorada que, por primera vez en mi vida, tengo miedo de perder a alguien, a esa persona que necesitas para seguir viviendo, para seguir respirando. Me concentro en sus manos, pues su boca me enloquece, me abrasa, me aturulla.

Esas manos me tocan, me acarician, me excitan, mientras esa boca no deja de tocar la mía; su lengua recorre el interior, inundando hasta el último rincón, al tiempo que calienta todos los rincones de mi cuerpo. Sus labios agarran los míos como si quisiera tragárselos... y yo... yo le correspondo de la misma forma.

Momentos después, estoy encima de él, su miembro me inunda, me llena y manda la orden para que cabalgue, para que me mueva como una valquiria, para que gruña de placer, para que estruje mis pechos y grite mi nombre al llegar al orgasmo.

Me siento poderosa, me siento plena y satisfecha, porque sé que tengo a

todo un hombre, porque sé que me protege y me protegerá, porque sé que sabe, y no me traicionará.

Durante unos momentos, permanezco encima y me inclino, apoyo la cabeza en el hombro y arrebujó la cara en su cuello, inundándole con mi mata de pelo, mientras él me acaricia la espalda y su miembro sigue dentro de mi cuerpo.

Pasan dos, tres, cuatro minutos... y, entonces, noto que se pone duro, me agarra por la cintura y me tumba en la cama, sin salir de mi cuerpo, pues parece que la vagina lo abraza con suavidad, pero con determinación. Y me folla a lo bestia. Tarda en correrse dos o tres minutos y, para mi sorpresa, yo voy con él; al mismo tiempo.

No me he dado cuenta, pero me he dormido, abrazada a él, por él, sintiendo su respiración sobre mi pelo, sus brazos alrededor de mi espalda y nuestras piernas entrelazadas. He soñado, y ha sido una pesadilla...

Alguien mataba a Jared, parecía el rostro de Burton, pero luego... aparecía otro, más oscuro de piel, con los ojos marrones, más latino.

Me despierto de golpe, abriendo los ojos de par en par, justo cuando él está terminando de vestirse. Ve el miedo en mi mirada, en la expresión de susto que debo mostrar.

—¿Qué ocurre? —pregunta sin retirar sus ojos de mi cara, de mi cuerpo.

—Nada. He tenido un mal sueño.

—Cuéntamelo.

—He soñado que te mataban.

—Bueno, soy policía. Entra dentro de lo normal. —Sonríe ante ese comentario—. Mientras no fueras tú la que me quitaba la vida...

—No, no digas eso. Eso nunca.

Nos miramos durante un instante. Me acaricia la mejilla, agacha ese cuerpo poderoso y me besa con lentitud.

Le correspondo con ansia. Él sonrío y se separa, da media vuelta y se va.

Sigo durmiendo y dos horas más tarde me levanto. Me doy una ducha relajante y me pongo ropa cómoda, con intención de prepararme un succulento desayuno.

Bajo y me dirijo a la cocina, pero en seguida mis ojos se fijan en algo que no estaba anoche, al acostarme. Está apoyado en la pared, debajo de la escalera. Sé que es un cuadro y creo que sé cuál es. Me acerco y veo la nota, el sobre: «Para Alejandra».

Lo cojo, lo abro y leo las palabras del sueco:

Mi adorada Alejandra:

Ya sabes que, ahora, gracias a ti, soy un pintor famoso y, por ende, más rico cada día. De manera que este cuadro no podía ser para otra persona que no fueses tú. Es mi regalo, por tu regalo.

Espero que lo disfrutes, que lo contemples y te sirva de inspiración.

Con todo mi amor.

Ans

Sonríó mientras rompo el vasto papel y descubro el cuadro del paisaje. Lo contemplo durante un largo minuto y lo llevo hasta la estantería donde está el televisor. En la leja superior, a la derecha, hay un hueco que parece estar destinado para el lucimiento de esa obra de arte y que, si no recuerdo mal, en ese lugar había unos gruesos libros de San Francisco, el valle de Sacramento y la ciudad de Nueva York que, ahora, están en otro estante. Sé que esto ha sido obra de Jared, que ha movido sus libros de sitio para que coloque esa belleza.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me dirijo a prepararme el desayuno.

# SIETE

He visto *El Fantasma de la Ópera* diez veces, once..., no, no he perdido la cuenta, tengo una memoria prodigiosa y todos los datos están ahí. Han sido exactamente quince veces y esta noche, será la decimosexta. Todas las anteriores fueron por trabajo, pero en todas ellas he disfrutado de cada momento, de cada segundo, de uno de los mejores musicales del mundo. Sus dos horas y media, más los quince minutos de intermedio, jamás me han resultado pesados, y las personas que he llevado conmigo han quedado tan entusiasmadas que las expresiones de sus rostros, al salir a la 44, daban buena cuenta de ello.

Si Gaston Leroux levantase la cabeza, seguramente se volvería a morir, tal vez de un síncope por ver su novela convertida en un musical o, tal vez, de puro placer por haber convertido su obra literaria en un musical.

El Teatro Majestic es el encargado de acoger tamaño espectáculo desde 1988 que comenzó la singladura, y sin ser un gigante de los teatros, tiene una capacidad para mil seiscientas cuarenta y cinco personas, resultando de lo más acogedor y a la vez hermoso. La decoración sigue siendo la misma que cuando se creó en 1927, las lámparas, los artesonados de los techos que a su vez forman el suelo del anfiteatro, el gran rosetón del techo principal, eso sí, con unos focos añadidos para una iluminación acorde a los tiempos que corren. Ese gran rosetón en el centro del techo ligeramente abovedado, me recuerda a muchos teatros europeos, llamados bomboneras, y cuando te instalas en platea o patio de butacas o en uno de los siempre admirados palcos, parece que te transportas a otra época.

He estado con franceses, alemanes, suizos, italianos, españoles, argentinos, mexicanos, belgas, suecos..., y todos han salido igual de satisfechos. Pero ahora vengo por puro placer, recordando las explicaciones que les daba a los turistas antes de entrar en el teatro; que es el musical que más tiempo lleva en Broadway o que ha recibido más de cincuenta premios en su historia, entre ellos siete Tony y tres Olivier.

Más de uno, en especial cuando eran familias o grupos de parejas que se contenían menos y mostraban enseguida sus estados de satisfacción o insatisfacción, quedaban algo desilusionados al ver el exterior del Majestic,

pues su arquitectura externa no es nada del otro mundo, no es para dejarte con la boca abierta, a pesar de ser denominado por su arquitecto: Herbert J. Krapp, como estilo moderno español, por su fachada de terracota y sus adornadas ventanas en arco, aparte de los particulares balcones; y eso que ver un edificio de poca altura, de principios del siglo XX, con unas balconadas voladizas, entre rascacielos, resulta un tanto chocante, y más si estás en pleno centro de Manhattan, pero, a pesar de ello o por todo ello, quién sabe, al ver la marquesina con el título de la obra y la máscara blanca, ya se oían ligeros murmullos. Algo así como cuando tu estómago hace cositas raras y esas cositas raras explotan todas de golpe al entrar en el interior del edificio, cuando los ojos se fijan en el rojo telón y en toda la ornamentación dorada y oscura que forma el marco que ensalza las funciones, una tras otra, noche tras noche. Y en los cientos de butacas que parecen querer rodear el escenario, envolverlo, así como ese anfiteatro que da la sensación de que se desliza por encima del patio de butacas. Y si eres una persona curiosa, tus ojos no dejarán de observar las lámparas y molduras de las paredes y en especial la del techo, recordando los teatros europeos, tan coquetos, tan recargados, tan hermosos, igual que buscarás dónde se esconde la orquesta y te dejarás invadir por su música cuando se levante el telón y puedas ver la anchura y altura de ese escenario.

Puedes ver la obra perfectamente, desde cualquier punto, cualquier butaca, pues todo tiene la inclinación necesaria, la altura conveniente para que estés donde estés, lo veas bien. Y, aunque estés un poco más lejos, en esa zona más alejada como es el anfiteatro, cuando comience la obra, cuando te dejes llevar por esa puesta en escena impecable, por esas preciosas voces de los actores cantantes, acompañados de esa orquesta que no ves, pero sabes que está ahí, abajo, escondida... y favorecidos por una perfecta acústica, sin olvidarse del vestuario, efectos especiales y una escenografía perfecta, quedarás embrujado o embrujada y sentirás que estás al lado de ellos, que formas parte de ellos.

Porque tú... Tú estás ahí.

Perdona, no lo puedo evitar, me sale sin querer.

Si no me conocieras, pensarías que solo soy una vulgar y corriente guía turística.

En fin... Soy así, qué le vamos a hacer. Volvamos al tema que nos ocupa.

Se puede decir que no hay código de vestimenta para ir a los teatros de Broadway, pero como les decía a mis clientes, ropa informal pero elegante.

Vamos a un teatro, por favor. No vamos a ver la Estatua de la Libertad o a subir en helicóptero para sobrevolar Manhattan y alrededores. Sepamos discernir una actividad de otra. De manera que, llevando a cabo el consejo que les daba a mis clientes, y subiéndolo varios puntos, esta noche me he puesto un traje pantalón negro con camisa blanca. Tanto el pantalón como la camisa son entallados y la americana algo más suelta. Llevo unos salones negros con tacón de aguja; y de joyas, un reloj de oro y unos pendientes de diamante que pertenecieron a Olivia. El cabello lo llevo recogido en un moño bajo, de esos que parecen a punto de soltarse, pero que algo así no va a ocurrir. Ya se ha encargado la peluquera, que ha ido a peinarme, de poner todas las horquillas necesarias para que algo así no ocurra.

Voy con el sueco y cuando ha subido al apartamento, mientras una limusina nos esperaba en la calle, el silbido ha sonado largo y profundo en toda la planta baja del dúplex.

Está entusiasmado de llevarme con él y, teniendo en cuenta lo que le gusta la prensa y que todo el mundo ya da por hecho que soy la modelo de los famosos cuadros, más entusiasmado todavía.

Me ha dicho que después de ver la función iremos a cenar a un sitio... sorpresa total si voy, y yo me dejo llevar. Qué quieres que te diga, el sueco me cae tan bien que no me importa que me luzca como si fuese una muñeca, un trofeo o su obra de arte personal. Es lo que tiene cuando sientes algo especial por alguien y no tiene nada que ver con el sexo.

En pocas palabras: nos adoramos.

Doug Calder es un tipo asquerosamente rico, o eso aparenta, y asquerosamente machista. Es el padre de Nicole. Se acerca a los sesenta o tal vez ya los tenga, tiene el cabello rojo oscuro, Nicole ha heredado el tono exacto, los ojos verdes, idéntico color papi e hija, es alto, no excesivamente y entrado en carnes; a ver, aclaremos ese concepto, al ser alto y pasado de peso, es lo que muchas personas llamarían un tipo grande, pero, en realidad, está gordo y debajo de ese traje cortado a medida, que le disimula el estómago prominente, repito, está gordo. Su rostro, pecoso y arrugado, más de lo normal, muestra la delicada piel de los pelirrojos, aunque sean oscuros como la mejor de las caobas.

Se encuentra en el palco al lado del nuestro, rodeado de una camarilla de amigos, hombres y mujeres, y no ha parado de mirar hacia nosotros ni un instante. En realidad, me mira a mí y de una manera que roza la mala

educación. Y mientras eso ocurre, el sueco me dice quién es y añade que me lo presentará en el intermedio.

Nicole ha salido en una revista de decoración, enseñando la última mansión que ha decorado en las Bahamas, mansión, todo sea dicho, de un socio de su padre. El caso es que, aprovechando que mostraba las impresionantes salas, dormitorios, cocina, biblioteca y demás estancias rebosantes de lujo por doquier, pues ha contado algo de su vida privada, y como quien no quiere la cosa, ha dicho que su relación anterior está rota porque se dio cuenta de que eran muy diferentes y, a pesar de tenerle mucho cariño, ha reconocido que no estaba enamorada del enigmático teniente Jared Morgan, y que, en estos momentos, está comenzando una nueva relación con un político muy importante del país y que está muy ilusionada.

Se nota que la entrevista está pactada, por lo menos yo lo noto, haciéndole una publicidad descarada a todos los niveles. Me parece bien, pues a mí no me interesa quedar como la mala de la película, no es que me importe, pero teniendo en cuenta los últimos acontecimientos es mejor intentar pasar desapercibida; algo bastante difícil.

Porque a estas alturas, la prensa ya sabe que me alojo en casa del teniente y... dos más dos, son cuatro. Huelga decir que han escrito y dicho de todo, y que unas cosas son ciertas y otras no, pero a Jared le trae al fresco y a mí también.

Así que, estando las cosas así, cuando la prensa y la televisión, que está por todos los lados, han puesto los ojos en el sueco y en mi persona, los disparos fotográficos no han parado y las cámaras de grabación nos han seguido, haciendo que mi compañero mostrara una sonrisa de oreja a oreja, pues le encanta ser el centro de atención, aun sabiendo que el centro soy yo.

Mis piernas son kilométricas vayan desnudas o enfundadas en un pantalón de corte impecable por encima del tobillo, y mis pechos, tapados por la camisa blanca, dan cuenta de que están ahí, de que se ven, se notan y como los han visto en los cuadros, más de uno piensa si son tan perfectos como en la pintura del sueco. Los tacones resuenan contra el asfalto y durante un momento se oye la risa de mi pintor favorito y el comentario que hace.

—Andas tan bien con tacones que parecen una prolongación de tus piernas. Recuérdame que te pinte desnuda y con esos salones negros.

La risa que sale por mi boca hace que se disparen más los flases y esa fotografía riéndome, antes de entrar en el Majestic, será la portada al día

siguiente de más de una publicación.

«La risa de la viuda del Doctor Burton, la risa de la felicidad».

Ese será el titular de una publicación sensacionalista de la mañana siguiente.

Por suerte, cuando me presentan al señor Calder no hay prensa, pues estamos en el intermedio de la obra y tanto sus amigos como otros conocidos de Ans y míos, nos llaman por distintos lados. Pero noto cómo me mira y cómo se queda con ganas de decir algo, que, al final, no llega a su boca, pues un caballero de edad similar lo reclama.

La obra acaba y nos vamos al hotel Marriot, justo a la Terraza Broadway a tomar una copa antes de cenar. Tal vez no te acuerdes, pero no te preocupes, te refresco la memoria; esta elegante y elitista terraza, donde estás viendo los rascacielos de Times Square a través de su mampara transparente y por encima de ella, era la misma donde Burton tomaba una copa con un amigo y yo aparecí con el árabe, sus guardaespaldas y la pareja de homosexuales con los que estábamos esa noche. Y mientras contemplo la pequeña barra blanca con sus ordenadas copas y la hilera de botellas, pienso en tiempos pasados que, ahora, me parecen muy lejanos. Estábamos sentados en los coquetos sofás blancos de dos plazas, con sus cojines azules y blancos, el árabe y yo mirando hacia la barra y la pareja de gais, de espaldas; y Burton, devorándome con sus ojos verdes, desde esa coqueta barra que es para servir y no para acomodarse.

Mientras estamos en la terraza, cruzamos conversaciones con unos y con otros, mientras noto cómo el padre de Nicole me sigue con la mirada, y llega un momento en que se acerca hasta mí, provocando con un gesto que los que están alrededor nos dejen solos.

Ya sabes que soy alta, cerca del metro ochenta, y con los tacones que llevo, rozo el metro noventa; el señor Calder debe andar por el metro ochenta y cinco, y parece no hacerle mucha gracia tener que echar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos, aunque en más de una ocasión desplaza su mirada por el resto de mi anatomía, dejándola más tiempo de lo correcto, sobre mis pechos.

Menos mal que no llevo escote, ni siquiera un botón desabrochado de la preciosa camisa, si no, se le quedarían los ojos pegados. Su mirada resulta descortés, incluso ofensiva, aunque la suaviza y disimula cuando hay gente que se acerca, que pasa a nuestro lado, mostrando una sonrisa más falsa que Judas. Pero en el momento en el que nos quedamos a solas, suelta sin miramientos lo

que piensa:

—Así que tú eres la golfa que le ha quitado el novio a mi hija —lo dice con una sonrisa, en un tono bajo, para que solo lo oigan mis oídos, pero sus ojos lanzarían flechas y puñales si pudieran.

Y lo que no espera, sucede.

Rompo a carcajadas echando la cabeza hacia atrás y él mira fijamente mi boca, mis dientes, mi garganta, pues no me corto en absoluto y río de manera llamativa. Y, en ese momento, se acerca el sueco, sabiendo que más de uno está pendiente de nosotros, en especial, al verme carcajear de esta manera.

—¿Qué es eso tan gracioso, Alex? —pregunta sonriendo, al tiempo que desplaza la mirada al padre de Nicole y luego la dirige otra vez a mi persona.

El sueco, cuando estamos solos, me llama Alejandra, Alex, cariño o lo que le sale de las narices, pero en público, siempre o casi siempre, Alex, pues dice que es más corto y más sencillo y que ese empeño que tengo en que pronuncien mi nombre en castellano, me va a traer problemas.

—El señor Calder es muy gracioso.

Ya no río y, mientras hablo, miro al papá de Nicole, que mantiene su mirada enganchada a la mía.

—¿A que no sabes lo que me ha llamado en menos de diez segundos?

El sueco me sigue la corriente, pero ya sabe que esto no va por derecho.

—No. No lo sé. Por el momento, la telepatía no es lo mío.

—Pues mira, me ha llamado ladrona y golfa. En la misma frase. ¿Qué te parece? —Pero no le dejo que conteste y no despego la mirada de Calder, al tiempo que más personas se fijan en nosotros y parecen estar pendientes de la conversación—. Y yo pienso, ¿cómo se atreve un hombre a llamar golfa o ladrona a una mujer, cuando él engaña a su mujer desde el comienzo de los tiempos y, seguramente, habrá robado más de una esposa, prometida o amante a sus amigos, socios o ajenos, sin la más mínima consideración?

Nos miramos fijamente, y noto cómo aprieta los dientes, pero yo sigo metiendo el dedo en la llaga, sin importarme que las personas que nos rodean estén al tanto de las palabras que acabo de soltar. Pues, a pesar del tráfico de Times Square y del murmullo de las conversaciones de todos los que estamos en el mismo lugar, parece que han bajado los decibelios de toda la zona, y solo nuestras voces permanecen por encima de los demás sonidos, ruidos o palabras.

—Le diré una cosa, señor Calder, la integridad y la decencia son adjetivos

que mucha gente desconoce, pero para mí, forman parte de mi ADN.

¡Toma ya!, a mentirosa no hay quien me gane, y si el soplapollas este se piensa que tiene delante a una muñequita linda y tonta, la lleva clara. Pero ahora soy yo la que me sorprende, pues el rostro del pelirrojo se afloja y comienza a mostrar una sonrisa que se convierte en una carcajada, mostrando unos dientes algo amarillentos pero sanos, haciendo que los que nos rodean, sonrían entre tímidos y confusos.

—He oído muchas cosas de usted, pero tengo que decirle que ninguna, absolutamente ninguna, le hace justicia. Es la primera mujer que conozco que no me hace la pelota o que no se ríe de mis chistes, y lo que es todavía peor y que me hiera hasta lo más hondo, que no coquetea conmigo.

Nos miramos, nos calibramos, nos observamos.

—Y usted es el primer hombre que conozco que reconoce algo semejante. —Lanzo mi mano hacia delante, de manicura impecable y libre de joyas—. Alejandra Pacheco Cortés, señor Calder.

Calder sonrío y, mirando mi mano que permanece en el aire, tal vez piensa que la voy a bajar, pero no es así, la toma entre las suyas y, por supuesto, no corresponde al saludo como si fuese un igual; no. La tiene entre sus manazas blancas y pecosas y, antes de acercarla hasta su boca, me dice:

—Es un placer conocerla, Alejandra —para mi sorpresa, pronuncia la erre correctamente y, entonces, besa mi mano y a los pocos segundos la suelta despacio.

Me pregunta si he venido sola, y cuando miro al sueco y el sueco lo mira a él, añade entre risas:

—Me refiero si está con usted algún otro... varón. Lo digo porque me gustaría sentarla en mi mesa esta noche. Estoy seguro de que a mis invitados les gustará enormemente conocerla, por lo menos a los que aún no tengan ese placer. Por supuesto —mira al sueco—, tú también estás invitado.

—Será un placer, señor Calder —contesto en nombre de los dos.

Ans me mira, dudando por una milésima de segundo, y después sonrío a placer.

La cena es en The View, el único restaurante giratorio de Nueva York y, por supuesto, seguimos en el Marriott Marquis, por si desconoces ese detalle. Todos los comensales presentes, todos, son invitados de Calder y, mientras cenamos la exquisita comida, nos deleitamos con las majestuosas vistas. Calder no se siente interesado por los rascacielos que nos rodean, y menos por

el movimiento rotatorio del restaurante, él solo tiene ojos para su plato de comida y... para mí. De manera que cuando un hombre de negocios de Silicon Valley, de unos cuarenta años, entabla conversación conmigo, no tarda en darse cuenta de las miradas del anfitrión y dándose por vencido, o más bien, no queriendo molestar al omnipresente Calder, entabla conversación con la mujer de uno de los invitados. Al sueco lo han colocado en la mesa de al lado y no para de parlotear con dos hombres del mundo del arte y de las subastas.

—De manera que es usted la modelo de los cuadros del sueco —afirma mientras lleva el tenedor a la boca, sin dejar de observarme.

—¿Eso le han dicho? —A pesar de no tutearnos, lo trato de igual a igual.

—Bueno, ya no es un secreto. Todo el mundo lo sabe. Pero hay una cosa que me desconcierta, usted tiene un tono de piel casi dorado y es trigüeña con unos impresionantes ojos azules... ¿Es natural ese tono o va un día sí y otro también a darse sesiones de rayos uva?

No lo puedo evitar, y rompo a reír mientras él contempla mi boca. Otra vez.

—Lo que ve, es lo que hay, señor Calder. Es mi color natural.

—Doug, por favor. Ese «señor Calder» me hace sentir como si fuese un anciano.

—Doug —repito de manera seductora, mientras él clava sus ojos verdes sobre mis labios, que apenas llevan carmín.

—¿Sangre indígena? —pregunta sin dejar de mirar mi boca, para subirla hasta mis ojos cuando escucha la pregunta que sirve de contestación a la suya.

—¿Se refiere usted a los nativos de América?

Ahora es él, el que ríe.

—Sí, podríamos decirlo así.

—Desciendo de mexicanos y españoles, y ya sabe que en México y en España, pelirrojos no son legión.

Vuelve a sonreír mientras ataca un entrecot chorreante y yo doy cuenta de un delicioso pastel de salmón.

—Cierto, cierto. Igual que hay que decir que los españoles se mezclaron con las indígenas desde el principio. Las violaron, ¿no?

—Pues siento defraudarlo, pero no. En la mayor parte de los casos, los españoles se casaron con ellas.

—Conozco a algunos, y sí, suelen ser muy... ¿cómo se dice..., quiijotes, no?

—Bueno, ¿sabe qué quiere decir qui jotada?

—Pues no —contesta entre risueño y sorprendido, tal vez por mantener este tipo de conversación con una mujer que desea llevarse a la cama.

—Pues una qui jotada es una acción noble y desinteresada. O, también, dichos o hechos de quien defiende causas que no le incumben. Y los conquistadores españoles que se casaron con nativas, no lo hicieron por nobleza, lo hicieron por amor, por deseo. —Mantiene los cubiertos en el aire mientras observa mis labios vocalizando las últimas palabras.

—¿Y ese color de ojos? —La voz sale algo apagada, pero no su mirada, que no puede ser más admirativa.

—Mi padre me lo regaló.

—No es muy común, ¿no?

—¿Ha estado en España?

—No.

—Pues hay de todo: ojos marrones, azules y verdes como los suyos.

Ahora ha dejado los tenedores en el borde del plato y me mira fijamente.

—Es usted una preciosidad, pero eso ya lo sabe, ¿no?

Estamos en una mesa redonda, para seis comensales y, aunque las cuatro personas restantes, dos hombres y dos mujeres, están hablando entre ellos, sé que están pendientes de nosotros, igual que los que están en las mesas adyacentes.

—Sí. Lo sé desde que tengo uso de razón.

Vuelve a sonreír y ya no despega sus ojos de mi cara.

—¿Sabe cuál es la mejor combinación de cualidades en una mujer?

—Tengo mi teoría, pero prefiero oír la suya. —No para de sonreír, de mirarme con ansia, de calibrar todo lo que está al alcance de cualquier ojo.

De sus ojos.

—Una belleza suprema, combinada con una inteligencia brillante.

—Creía que le gustaban las mujeres hermosas y tontas.

Ya lo sé. Esas cosas no se le dicen al anfitrión, es de mala educación, pero qué quieres... Me lo pone a...

No contesta al momento.

Su mirada no se retira ni un instante de mi rostro, observándolo minuciosamente y yo me fijo en las hebras canosas que adornan su cabello, pero que, al ser solitarias y repartidas, tienes que tenerlo cerca para darte cuenta de ello.

—Esas, solo para follarlas —casi murmura, para que no puedan disfrutar oídos ajenos.

—¿Y las otras? —pregunto curiosa, para regalarle los oídos, aunque la verdad, me importa un pimiento.

—Para mantener una conversación inteligente y en los ratos en los que nuestras mentes se cansen de tanto parlotear..., se relajen y hagan que los cuerpos se agoten de tanto hacer el amor.

—Usted se agotará pronto, ¿no?

Lo sé, lo sé. Algo así no se debe decir a un hombre de cierta edad, y menos si ese hombre es poderoso, orgulloso y altanero como el que tengo delante. Y ese comentario no le ha gustado, eso está claro y, aunque la sonrisa permanece en sus labios, los ojos no sonríen.

—Cuando quieras, te puedo demostrar hasta dónde puedo llegar. Te puedo asegurar que quedarías satisfecha como nunca, que te daría placer hasta que tu cuerpo y tu mente no pudieran aguantar más. —Tengo que morderme el interior de la boca para no soltar una carcajada. Y, ahora, baja el tono, acerca la cabeza y añade en el tono más bajo posible—: De todas las maneras posibles e imposibles, te lo haría. Y te puedo asegurar que no es un farol.

—¿Sin estimulantes de ningún tipo, señor Calder?

¡Uy! Otra vez. Lo siento, no lo he podido evitar.

Está más que enfadado y se le nota.

—Te haría el amor de tal manera que gritarías de puro gozo, tendrías que pedir clemencia. —Baja más el tono, para que solo lo oigan mis oídos—. Te dejaría escocida durante días y, a pesar de ello, irías detrás de mí como una perrita juguetona, pidiendo más.

Ahora sí que se ha pasado.

Se ha pasado de la raya.

Pero como estamos donde estamos... Lo dejaré pasar, aunque tengo que morderme el labio para no reír a carcajadas, o mandarlo a tomar viento, y él clava la mirada en esa mordida mientras saca la punta de la lengua y se humedece el labio inferior. Este tipo no sabe nada de mí, no sabe qué clase de mujer soy.

—No se esfuerce. Pierde el tiempo.

—¿Estás segura? ¿Realmente segura?

—Totalmente segura.

—Hay que probar las cosas para hablar con conocimiento de causa.

—No se esfuerce, señor Calder. No necesito probar... lo que no me interesa.

A pesar del gesto duro que muestra en ese momento, el rostro pecoso, arrugado y blanco, no resulta desagradable, pues todavía sigue siendo un hombre atractivo y seguramente en su juventud lo fue mucho más.

—Bueno, no sé de qué me extraño. Pues por boca de mi hija supe que ese policía la tenía bien cubierta. De manera que tú también lo estarás, aunque, si en algún momento te apetece probar algo distinto...

Me dan ganas de mandarlo a paseo o preguntarle cuándo ha sido la última vez que se ha mirado en el espejo. Si piensa que me han molestado sus palabras, es señal de que no me conoce.

Termino de dar cuenta del pastel de salmón y agradezco que la conversación siga por otros derroteros, pues los otros comensales intervienen preguntándole al anfitrión cosas de negocios. Mientras doy cuenta del postre, una deliciosa y esponjosa tarta de queso, soy consciente de cómo el anfitrión, a pesar de estar hablando de datos bursátiles a todos los que quieren escucharle, mira cómo me zampo la sabrosa tarta, sin dejar ni una miga y, cuando acabo, tengo la osadía de rectificarle un dato acerca de la cotización en bolsa de una empresa y recordarle que ha hecho una ampliación de capital valorado en más de novecientos millones de dólares que ha inclinado la balanza a su favor. Añado que desde su salida a bolsa en el mes de abril, dicha compañía se ha movido en una franja comprendida entre los dieciséis con seis y los diecinueve con un dólares por acción y que pienso, creo, que el valor alcanzará los veintiuno con nueve o los veintidós dólares. Todos se quedan callados, mirándome sin pestañear, y es el papá de Nicole el que rompe el silencio:

—No sabía que la bolsa fuese de tu interés, Alejandra.

Mantiene el tuteo y no parece que vaya a volver al «usted». Le muestro una esplendorosa sonrisa.

—Normal. No tiene por qué saberlo.

—Eres la primera mujer que conozco que le guste la Bolsa.

—Entonces conoce pocas mujeres, Doug.

Hace como que no ha oído ese comentario y sigue con lo suyo.

—¿Inviertes?

—Sí.

—Vaya, tal vez deberías llevar mis inversiones, no todas, por supuesto —

añade con una media sonrisa.

—Ni todas ni algunas. Eso no es factible. Solo juego con mi dinero, jamás con el de los demás. Soy tan egoísta que lo que gano lo quiero solo para mí.

Ahora no lo puede evitar y suelta una rotunda carcajada que provoca las miradas de todos sus invitados. El sueco mira al pelirrojo, para deslizar la vista hasta mi cara. En esos ojos claros como el agua, veo una advertencia, algo así como no le toques lo cojones al papá de Nicole.

Cuando acaba la cena, el sueco y yo nos despedimos de Calder, pero antes de eso, insiste en que me quede en el hotel y disfrute de una de sus lujosas *suites*. Los dos sabemos que ese no es su deseo, que lo que quiere es que me quede para follar conmigo en mi habitación o en la suya.

Pero pronto se da cuenta de que eso no va a ocurrir y cuando tenemos la intención de largarnos, veo cómo Calder entabla conversación con un hombre que acaba de llegar y cuando Ans y yo estamos saliendo de la sala, reconozco al árabe.

Este me ve, deja a Calder plantado con la palabra en la boca y se dirige hasta mí con paso ligero, algo que no es necesario, pues me he quedado quieta, como esperando.

—¡Alejandra, cuánto tiempo! ¡Qué placer volver a verla! —Sus negros ojos brillan de una manera muy atractiva—. Me alegro mucho, muchísimo de que esté bien. Leí por la prensa cosas horribles.

—Gracias, señor Najum. —Toma mi mano y se la lleva a los labios, pero esa boca no la toca ni la roza, soltándola al momento.

—Por favor, Ghiyath. Ya no eres mi traductora, ya no trabajas para mí. Me harías un honor llamándome por mi nombre de pila. —Ha dejado el «usted» y entra de lleno en el tuteo.

Su oscura y penetrante mirada oscila por todo mi rostro, a fin de cuentas, estamos casi a la misma altura gracias a los doce centímetros de mis tacones.

Debe de tener la misma altura que Jared. Un poco menos que el difunto Burton.

—De acuerdo, Ghiyath. Me alegro de que usted también esté bien.

No pestañea. Me mira fijamente y parece disfrutar con ello, pero, sobre todo, disfruta al ver que no le retiro la mirada. Y, mientras el sueco nos mira a los dos, aunque yo diría que mira más al árabe, aprovecho para presentarlos y, a pesar de que menciono el nombre completo y añado que es el famoso pintor, el árabe no le presta demasiada atención, saluda con una inclinación de cabeza

y vuelve toda la atención hacia mí.

—Tengo que decirte que mis estancias en la ciudad ya no son lo que eran; no son como cuando estabas a mi lado, protegiéndome y salvándome de esos acentos horripilantes, iluminándome el camino para no cometer una estupidez. —Muestro una sonrisa y él hace lo mismo. Sus dientes son tan blancos que en esa piel aceitunada resultan llamativos—. Voy a estar unos días en la ciudad, sería un placer volver a verte, invitarte a comer o cenar en cualquiera de los maravillosos sitios que tiene esta ciudad, a la vez que recordamos tiempos pasados pero cercanos.

Resulta un tanto rimbombante, ya no me acordaba de cómo era. El que está extasiado mirándolo, es el sueco.

—Me temo que no será posible. Parto mañana de viaje. —Parece que sus ojos negros no se han retirado de mi cara, pero no es así, pues durante segundos se desplazan por la pechera de mi impoluta camisa, llegan hasta los pies y vuelven a subir rápidamente. En estos momentos, miran mi cabello que se mantiene en su sitio y, en un instante, nuestras miradas se vuelven a juntar.

—Qué pena, Alejandra. Cuánto lo siento. Me hubiera gustado mucho hablar contigo..., pero bueno, otra vez será. —Coge mi mano y la acerca hasta su boca para dejar un beso en el aire, un beso que no hace contacto en ningún momento. Antes de soltarla, añade—: Me alegro infinitamente de que estés bien.

—Gracias. Muy amable.

Unos minutos más tarde, estamos acomodados en la limusina camino de casa, y el sueco no aguanta tanta tensión y me suelta de golpe:

—Pero ¡qué hombre más atractivo! ¿Desde cuándo tienes contactos con árabes así?

—De mi época de intérprete. Habla el inglés mejor que muchos estadounidenses, como has podido comprobar y, sin embargo, siempre que venía a Nueva York solicitaba mis servicios.

—No me extraña. ¿Te sedujo? —pregunta bajando la voz y sonriendo de manera morbosa.

—No. Siempre mantuvo las distancias y yo, por supuesto, también. —No tengo por qué contarle toda mi vida y no le voy a decir que ese árabe tan atractivo me ofreció matrimonio.

—¿Y entonces?

—Digamos que me usaba de escudo. Siempre era por negocios, y siempre

decía que ciertos acentos, en especial los sureños o los del medio oeste, se le resistían. Nunca me lo creí, pero tal vez le daba más confianza tenerme y no llevar a equívoco a nadie, o a él mismo. Quién sabe. Siempre me pareció un tanto misterioso.

—Por Dios, misterioso, interesante, atractivo, elegante... ¡joder!

Ans se relame de gusto; lo cierto es que le gustan mucho los cotilleos, y si son en primera persona, mejor que mejor.

—¿Y no te sedujo? —pregunta, sintiendo que hay algo más.

—Nooooo, pesado.

—¡Venga ya! No me lo creo. Si no fue así —baja el tono y añade—, es que es homosexual.

Lo miro con cara de sorpresa y mostrando una sonrisa.

—Ya sabes que los árabes no son homosexuales.

Suelta una carcajada que hace que el chofer de la limusina mire por el espejo retrovisor.

—Tiene no sé cuántas mujeres y vete a saber cuántas concubinas —añado a modo de explicación.

—Me da igual, puede tener cientos, sigo diciendo lo mismo.

Miro a través del cristal, notando el contacto de su codo sobre mi cintura.

—Venga, cuenta. No me dejes con la miel en los labios.

—Bueno, está bien. Me ofreció matrimonio.

—¡No me jodas!

—No, no pienso hacerte eso.

Ríe ante ese comentario, pero le puede más la curiosidad.

—¿En serio? ¿Y lo rechazaste?

—Por supuesto. ¿Me has visto cara de ser la decimoquinta esposa o la número cien de su harén?

—Madre mía, Alex. Eres una caja de sorpresas.

—¿No me digas?

—¿Sabes que Calder tiene negocios con él?

Se nota que está disfrutando de esta conversación.

—¿Y cómo sabes eso, si lo acabas de conocer?

—Porque Nicole comentó, hace bastantes meses, que su padre se había asociado con un árabe muy rico para no sé qué negocios. No lo recuerdo exactamente, si fue para invertir con él, o él con Calder. Pero lo que sí sé es que Calder andaba muy justo de *cash*, así que bien puede ser que ese amiguito

tuyo lo financie.

—No es amigo mío.

—¿Te lo imaginas vestido de árabe? Con esas ropas blancas y un turbante escondiendo su cabello negro como el carbón.

—No te equivoques, Ans.

—No me equivoco, cariño. Pero qué quieres, no todo es blanco o negro.

Lo miro fijamente.

—¿Te dejarías seducir por ese hombre? ¿Que te diera una y otra vez? —  
Bajo el tono mientras entrecierro los ojos y él sonrío satisfecho.

—Bueno, de vez en cuando, un cambio de postura no le viene mal a nadie.

Soltamos unas carcajadas, siendo conscientes de lo que estamos hablando.

—Tu amigo está buenísimo.

—Te repito que no es amigo mío. Jamás tuvimos intimidad de ningún tipo y te puedo asegurar que siempre me respetó.

Hace como que no me oye y sigue con su cháchara:

—¿Te has fijado en cómo le quedaba el traje? ¡Por Dios! Tiene unas caderas estrechas y seguro que su culo es duro como una piedra.

—Ajá.

—Y esa camisa tan blanca, contrastando con su tez oscura y el comienzo de esa barba...

—Humm...

Dejo que hable mientras me dejo deslumbrar con las luces del exterior.

—Si lo ve mi chico, seguro que tiene que hacer esfuerzos sobrehumanos para no babear sobre la pechera de la immaculada camisa de tu amigo.

—Te vuelvo a repetir que no es mi amigo.

Mi voz suena severa y el sueco las caza al vuelo.

—Vale. De todos modos, no le voy a decir nada a Jared.

—Por mí le puedes decir lo que quieras. No tengo secretos para él.

—Ya lo sé, cariño. Era una broma.

Acaricio su mano, y nos ponemos a hablar de otras cosas antes de que la limusina pare en MacDougal Street, como, por ejemplo, la pasta que se va a gastar Calder esta noche, pues todos los que no viven en Manhattan van a pernoctar en el Marriott y ha reservado la *suite* presidencial para él y diez habitaciones para sus invitados.

Cuando me despido, con un par de besos, y entro en el edificio donde el amable conserje sujeta la puerta al tiempo que me da las buenas noches, no

dejo de pensar en qué tipo de negocios tendrán el padre de Nicole y el árabe.

# OCHO

Pasa el tiempo y sin querer nos hemos metido en el invierno. Jared y yo estamos unas temporadas en mi casa de Brooklyn y otras en su apartamento, y todo discurre de la manera más placentera. Me dedico a llevar mis finanzas y voy a las reuniones quincenales de las fundaciones que se han formado con la herencia de Olivia. Por otra parte, ya conozco a toda la familia de Jared, su madre, primas y primos, tíos y tías y muchos más. Vamos cada dos o tres semanas a comer o cenar con la señora Morgan y siempre hay alguien más por la casa, que se une a nosotros. Su madre es encantadora, prudente y una excelente cocinera, de manera que me siento cómoda y no me resulta un muermo tener que acudir a esas citas. No deja de ser algo importante, pues cuando alguien no te cae bien y tienes que ir por narices a su casa, a la larga, traerá problemas. Pero no, no tenemos nada de eso. Para empezar, Jared no es un hombre apegado a mamá, la quiere muchísimo, la respeta, pero es de los que piensan que, a ciertas edades, todos, padres e hijos, deben hacer su vida y no incordiar la de los demás. Y la señora Morgan parece opinar lo mismo, con lo cual nunca hay preguntas fuera de lugar, como, por ejemplo, cuándo os vais a casar o cuándo vais a tener hijos o por qué haces las cosas así o de la otra manera.

Nuestra relación va estupendamente, a todos los niveles; en la cama nos compenetramos a las mil maravillas y en el resto de las cosas, o nos adaptamos el uno al otro o nos dejamos espacio para no sentirnos agobiados.

Ya sabes que soy asquerosamente guapa, asquerosamente inteligente, asquerosamente fría, y él, también lo sabe y sabe cómo manejarme. Para empezar, me adula pocas veces, pero no me importa, no es necesario, ya que su mirada lo dice todo; por otro lado, sabe que tengo una inteligencia muy superior a la media y que se me dan igual de bien las letras como los números, de manera que más de una vez me pide opinión con relación a temas diversos y no lo hace por darme coba y, por último, la frialdad que muestro más de una vez, no le pillá de nuevas, pues está claro que una no mata a toda su familia y años después al marido, siendo una mujercita tímida y asustadiza. Esos temas no los ha vuelto a tocar y, por supuesto, yo tampoco.

Borrón y cuenta nueva.

Pero más de una vez me siento observada por esos hermosos ojos que quieren profundizar dentro de mí, que le gustaría saber todo, absolutamente todo, y sabe que algo así no va a ocurrir. ¿Por qué?, te preguntarás. Bueno, la pura verdad es que sigo siendo como he sido en los últimos años y que la frialdad y el pragmatismo imperan por encima de todo lo demás.

Y sin querer, la duda persiste, está ahí. La duda sobre si yo estaré a la altura... Pero también, si él lo estará. Ya sabes, el mundo está lleno de parejas que se amaban locamente y locamente acabaron haciéndose pedazos. No es que desconfíe de él, tal vez desconfío de mí... No sabría decírtelo. Pero lo que sí sé, es que hay que disfrutar del presente.

He salido a correr por Central Park y lo disfruto de manera salvaje, y esa manera es castigándome el cuerpo mientras la música llena mi cerebro. Corro de manera continuada, como si tuviera un automático en mi cerebro y pusiera una velocidad constante. Mis piernas me obedecen y el resto del cuerpo se amolda a ese ritmo preciso y metódico. Soy experta en la carrera; no galopo, de manera que en cada zancada no me despego demasiado del suelo, para que el impacto sea suave y evitar lesiones. Si no lo sabes, te lo digo, brazos pegados al cuerpo, nada de estar haciendo aspavientos, hombros bajos y relajados, nada de gastar energía extra moviéndolos, cuerpo recto, vertical, lo más que puedas, y si te inclinas por cualquier circunstancia, controla que comience en el tobillo y no en la cintura y, por último, lo que he dicho al principio, aterriza como si pisaras una nube blanca y algodonosa.

Cuando corro por Central, no contemplo lo que me rodea, no muestro interés por lo que voy dejando atrás, solo corro, corro, corro... Siendo consciente de mi cuerpo, de cada zancada, de que estoy haciendo algo que debe ser preciso y calibrado, pues no deseo lesionarme ni caerme.

Conozco el parque a la perfección, y que no te engañen tus ojos si solo lo has visto en fotos o en las pelis y demás..., es enorme, más de tres kilómetros cuadrados; aunque si quieres un parque más grande, vete al de Filadelfia, mucho más grande que Central Park, casi nueve kilómetros cuadrados; ese sí que es enorme.

Evito las avenidas norte a sur, pero todo lo demás lo hago mío y, mientras sigo corriendo, pienso en los años en que este hermoso parque era centro de vandalismo y otras actividades, a cuál peor. Eran los años setenta, nada que ver con lo de ahora.

Nada de nada.

Estoy bordeando The Lake, cuando soy consciente de que alguien me sigue y, sin pensarlo dos veces, freno en seco, mal hecho, y me vuelvo a ver quién demonios es. Me quito los auriculares, cuando un tío enorme pasa corriendo por mi lado, al tiempo que mira y me sonríe, sin parar, sin disminuir la velocidad. Veo cómo su figura se va haciendo más pequeña y me cabreo por haberme dejado llevar por una intuición desmesurada.

Exagerada.

Me coloco los auriculares de nuevo y hago estiramientos durante unos minutos para continuar con la carrera y dejarme de paranoias; pero sin querer, me viene a la memoria hace unos días, cuando corría por el puente Bow, y sentí otra vez esa sensación mientras veía el tejado del Dakota, o lo poco que puedes entrever entre las copas de los árboles. Muevo la cabeza para desechar esos pensamientos y seguir dando caña a mi cuerpo, y pienso en cuando llevaba a los turistas por todos estos rincones.

Las praderas de Central Park, sí, ya sabes, esas donde ves a gente tomando el sol en verano, a niños jugando o a parejas o *hipsters* haciendo *pícnic*. O las estatuas, la Fuente Bethesda, el corazón del parque, o el Paseo de los Literatos, entre Bethesda y la calle 65, donde te codearás con estatuas de poetas y escritores. O la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, a la altura de la calle East 74th... Pero dejo de pensar en estatuas, lagunas, puentes y arcos de Central Park, pues sigo sintiendo esa sensación extraña.

A la hora y media salgo del parque y me dirijo hacia el sur. No voy a tomar un taxi, voy a ir andando a paso ligero hasta MacDougal Street, si no, ¿qué sentido tiene correr como una máquina para luego tomar un taxi que te lleve a casa? Y sigo... con esa extraña sensación.

Llega la Navidad y, tanto la Nochebuena como el día siguiente, lo pasamos en casa de mamá Morgan, igual que pasamos el día de Acción de Gracias, y después, nos vamos a la cabaña que tiene al norte del estado. Está al lado de un lago, la construyó su abuelo, la reformó su padre y Jared le ha dado otros toques hasta dejarla confortable y sumamente agradable para pasar unos días en invierno; unos días o una temporada, pues tiene todo lo necesario y es preciosa. No solo tiene una hermosa chimenea, sino que dispone de calefacción y, aunque no la ponemos a destajo como para ir medio desnudos por la casa, sí tenemos un agradable calorcito después de hacer el amor, cuando la noche se cierne sobre nosotros. Te preguntas si soy feliz, pues te diré que sí. Lo soy.

Muy feliz.

Estoy con el hombre que amo, el único hombre que he amado y que amaré. Ese hombre me respeta y me corresponde, no se mete en lo que hago o dejo de hacer, está dispuesto a complacerme en todo, aunque yo no le pido nada, y lo que es más importante, no me tiene miedo y confía en mí, sabiendo lo que he hecho. ¿Qué más puedo pedir?

Tal vez te preguntes... ¿no quieres hijos?

Pues no. No los quiero. Al menos de momento.

«¿Y si él te lo propone?, ¿y si él te lo pide?, ¿y si él los desea?, ¿tendrías hijos?». Sí. Ya está. Sí. Los tendría.

Ahora mismo estoy pensando en ello, mientras veo cómo corta leña para pasarla en pequeños fardos a la cabaña. Se ha quitado el grueso jersey de lana y luce una camiseta blanca de manga larga que se le pega a ese tórax perfecto y casi hace que babeo.

Si en este momento me dijera: «Vamos, nena, vamos a hacer un bebé», lo seguiría como una tonta, le bajaría la cremallera de los pantalones, me abriría de piernas y, después de penetrarme, después de corrernos los dos, de gozar como locos, cerraría mis muslos con fuerza y pondría los pies sobre el cabecero de la cama para que no se escapase ni una sola gota. Sus palabras me sacan de mi ensoñación.

—Vamos, nena, está empezando a nevar.

Me agarra por la cintura y casi me lleva en volandas, para cerrar la puerta a nuestras espaldas y besarme con pasión. Cómo disfruto de estos momentos. No sabes hasta qué punto. Y no sabes hasta qué punto me gustaría volver al pasado y que la mujer que soy ahora, le dijera a la pequeña Alejandra: «No te preocupes, mi amor, en el futuro estarás con él».

«Él será tuyo». «A pesar de todo, será tuyo».

Pero bueno, eso es imposible, de manera que nos dejaremos de pensamientos fatuos, que no sirven para nada y disfrutaremos del presente.

La cabaña es preciosa, ya te lo he dicho, pero te lo repito, y si te estás acordando de la otra, de la Catskill, no tiene nada que ver. Esta es una cabaña en toda su expresión; de troncos, con el tejado a dos aguas y con mucha inclinación. La madera se ha ido oscureciendo con el paso de los años y tiene un color marrón oscuro por muchas zonas y algo más claro por otras, eso en el exterior. En el interior se ve limpia, luminosa, acogedora; no hay ni una sola rendija, y las ventanas y puerta de entrada cierran a la perfección para que el

calor no se escape por ningún sitio.

Al entrar, te encuentras con un salón y una cocina, al fondo hay un cuarto de baño con ducha, es pequeño, pero te deja libertad de movimientos. Una escalera con forma de caracola, parte desde donde acaba el salón y esconde en parte la vista del corto pasillo que lleva al baño. La escalera, estrecha, toda de madera, sube directa a un dormitorio grande que ocupa el mismo espacio de las estancias de abajo. Tiene una chimenea y un gran ventanal que da al frontal de la cabaña y la madera que recubre esas paredes es más oscura que la de abajo. Jared dice que es la original, madera de pino en unas zonas y de abeto en otras, la que puso su abuelo y que se ha mantenido y cuidado para conservarse así de bien. Esta habitación, en un principio eran tres, la de los papás, y otras para los niños, pero Jared la reformó y dejó una amplia y hermosa alcoba para que la disfruten los amantes. Le pregunto si ha traído a Nicole y, sin pensarlo ni un instante, dice que no, que a ella no le gusta lo rústico.

Es una habitación acogedora y en ella pasamos mucho tiempo, la mayoría; toda la noche, parte de la mañana y de la tarde. Hacemos el amor constantemente, pero también pasamos mucho tiempo abrazados, sin hablar, solo mirándonos, acariciándonos con las manos, con los labios..., excitándonos lentamente, como viendo, comprobando, cuánto aguantamos, quién va a claudicar antes. No me canso de contemplarlo, de tocarlo, perdiéndome en esa mirada plateada, dibujando el contorno de su rostro, el perfil de su boca, el trazo de sus cejas. Disfruto deslizando las yemas de mis dedos contra la barba saliente, esa barbita entre rojiza, rubia y castaña. Cuando hago eso, él entreabre la boca, queriendo morder mis dedos y yo, entre risas, contemplo esos fuertes y blancos dientes y no puedo evitar la tentación, le meto uno en la boca y dejo que me lo chupe, y lo hace tan bien, tan lento y sin dejar de mirarme con sus bellos ojos que siento cómo mi cuerpo se encoge y mi sexo palpita. Es entonces cuando vamos a lo derecho, cuando nos quitamos la poca ropa que llevamos y él se sube encima, o yo soy la que lo cabalga, qué más da quién esté arriba o abajo si disfrutamos de la misma manera.

Hablamos de todo, de temas que no nos afectan para nada, hasta otros más íntimos. Quiere saber cosas de mi infancia, qué clase de niña era y cómo llevaba mi familia que fuese tan inteligente. Le contesto de la manera más franca, incluso desde un punto externo, como si esa niña no fuese yo. Él no

pierde detalle y sus ojos me analizan constantemente; yo lo sé, él lo sabe. Es probable que tenga una ligera desconfianza hacia mí, es probable que se pregunte hasta dónde puedo llegar, hasta qué punto de no retorno soy capaz de llegar..., pero en ningún momento presenta esa duda. En ningún momento la verbaliza. Me pregunta por la familia de mis padres, mis abuelos y tíos. Le digo la verdad, que no conocí a mis abuelos, pues cuando nací, los padres de Pacheco habían muerto en un accidente de coche. Y los de mi madre se separaron, él murió de una larga enfermedad y ella se casó con otro y desapareció del mapa.

¿Tíos? Una hermana en Portland, y por parte de Pacheco nadie, pues solo sé de uno que murió de sobredosis. Tampoco deseo ampliar la información, pues hay detalles que no conozco y no voy a hablar de ellos.

También me pregunta por Burton, quiere saber detalles de nuestro comienzo, quiere saber si conocía a Olivia o a la amante. Por supuesto, le digo que no. Una tarde después de hacer el amor, le pregunto:

—¿Te has parado a pensar que si hubieses aparecido en mi vida antes de conocer a Burton, él estaría vivo?

Suelta una carcajada. Masculina. Atrayente.

—¿Ahora soy el culpable de que Burton esté muerto? —Eleva una ceja, sin retirar la mirada de mi rostro.

—Por supuesto que no. Simplemente lo digo.

Estamos desnudos, en la cama, de lado y de frente.

—Tuve muchas veces la tentación de verte —suelta de sopetón, mientras contemplo su boca—. Pero después de unos segundos, a veces unos minutos, me quitaba esa idea de la cabeza.

—¿Por qué? —Me muero de curiosidad, al tiempo que controlo la mala uva que se me ha puesto.

¿Por qué no contactó conmigo? ¿Por qué? Maldita sea. Todo habría sido diferente. Todo.

—Porque yo no pintaba nada en tu vida. No te conocía y estaba convencido de que te ibas a casar con algún ricachón con los que trabajabas.

—Uno no sabe las cosas hasta que no ocurren, hasta que no las descubre.

—Cierto. —Sus palabras me resultan frías y cálidas.

¿Eso es posible?

—¿Ya sabías o sospechabas de mí, de lo que ocurrió en Baja?

—Sí. —No lo ha dudado ni un solo momento.

—¿Y nunca tuviste la tentación de delatarme?

—No. —Tampoco lo hace ahora.

Sus afirmaciones y sus negaciones son rotundas, y nuestras miradas son tan intensas que si alguien nos viera sabría en el acto que algo muy fuerte nos une.

—Ahora lo puedo entender, pero entonces... —planteo la duda, pues no entiendo cómo me protegió, cómo no me delató.

—Cuando te vi por primera vez, aquella en que llevé esos expedientes a tu padre... —hace una pausa y parece soltar una especie de gemido, pero muy leve— me llegaste hasta aquí. —Y se da unos toques en el centro del pecho, en el corazón, y mis ojos siguen ese largo dedo y contemplan hipnotizados esos toques que da en ese tórax fuerte y varonil, trabajado a duro gimnasio, como si sucediera a cámara lenta—. Ví a una cría preciosa por fuera, pero fueron tus ojos los que más me llamaron la atención. Los sentí sobre mí, y me parecieron perdidos, ausentes y, al mismo tiempo, anhelantes. Me parecieron tan inteligentes como hermosos y me tocaron el corazón. Soñé muchas veces con los ojos de esa chiquilla, muchas veces. Igual que pensé muchas veces en ti, en si eras feliz, si tu familia te quería como yo pensaba que deberían quererte, pero, sobre todo, si te protegían.

Hace una pausa y, ante esa declaración, esa confesión, no puedo evitar que una lágrima salga de un ojo y luego otra del otro. Él las recoge con sus dedos y se las lleva a los labios, las lame mientras nuestras miradas no se separan.

—Cuando fui a darte el pésame, te encontré cambiada; no tanto en el físico como en las sensaciones que me provocaban esos ojos tan extraordinarios que posees. Te vi más mujer y te encontré muy segura de ti, muy preparada para irte al otro extremo del país y comenzar otra etapa de tu vida, a pesar de tener dieciocho años y estar sola en la vida.

Ya no se deslizan lágrimas de mis ojos. No intervengo, no le hago preguntas. Solo quiero que siga hablando.

—Podría haberte poseído hasta atragantarme con tu belleza, con tu perfección, pues después de besarte, después de probar tus pechos, habría sido lo más lógico, lo más natural. No te puedes imaginar lo mucho que me costó. —Hace una pequeña pausa y suelta el aire que ha retenido—. Habría sido tan fácil y tan placentero... Pero sentía que algo no funcionaba bien, que tú estabas en otra cosa y que tener sexo habría sido un error. Un error enorme.

No dejamos de observarnos. Nuestros ojos se desplazan por nuestras facciones, sin tocarnos. Nuestros cuerpos están muy cerca, pero no nos

movemos ni un milímetro.

—Fue entonces cuando decidí saber de ti, conocer todos los pasos que dabas. Especialmente al principio, por si tenías contacto con las amistades de tu padre, con los mexicanos, antes de irte a Nueva York. Me alegré de que no fuera así, de que tu padre hubiese sido lo suficientemente inteligente como para no estrechar lazos entre su familia y los narcos. Más de una vez te imaginé siendo secuestrada por ellos, para ser la amante de alguno, o para venderte al mejor postor. —Vuelve a hacer otra pausa y continúa—: O para desaparecer como tantas mujeres mexicanas. De manera que, cuando ya estabas instalada, estudiando en la universidad, trabajando en ese hotel y encima te habías comprado esa casa en Brooklyn, me dije que ya no debía preocuparme por ti, que eras suficientemente madura para cuidarte y para canalizar tu futuro.

Sigo sin decir nada. Él me observa sin hablar.

—Pero... tiempo después, pensé que tal vez... estabas canalizando demasiado bien tu futuro, o muy fríamente.

—Por casarme con Burton —afirmo con contundencia.

—Sí. Tal vez elegir a Burton era igual o parecido, como cuando hacías una operación mercantil, una de esas inversiones que se te dan tan bien y, en ese momento, decidí que no te conocía, que nunca te conocí, que no tuve tiempo para ello, que eras una caja de sorpresas y que realmente, no sabía cómo funcionaba tu mente.

—¿Y ahora lo sabes?

—Creo que sí.

—¿Y cómo funciona?

No deja de mirarme mientras parece meditarlo unos segundos.

—Eres fría como el hielo, capaz de hacer cualquier cosa. Tienes una mente brillante, muy inteligente y si a eso añadimos tu físico, tenemos una bomba de relojería. Creo que después de la universidad, tendrías que haber entrado en la CIA, habrías sido un arma de matar.

—¿Lo dices en serio?

Me siento halagada y, al mismo tiempo, sorprendida. Pero tiene razón. Mucha razón.

—Sí, muy en serio.

—Y, todo eso, ¿afecta a nuestra relación?

—Si así fuese, no estaríamos aquí.

Sus dedos se dirigen a mi cara y acaricia con delicadeza el pómulo, bordea mi boca, para llevar la mano a la nuca y acercarme para besarme tiernamente.

Tengo que decirte que en estos momentos me entran ganas de llorar, pues es tanto el amor que veo en esos ojos que la dicha me invade, el gozo me llena y la felicidad rebosa a raudales.

Sí, sí. Sé de sobra que yo no era así, pero qué quieres..., las cosas han cambiado. Todos cambiamos. ¿No? ¿No lo crees?

Al día siguiente, vamos al pueblo y traemos más provisiones, especialmente latas, pues, aunque nos vamos mañana, la mayor parte de esas conservas valen para la próxima vez que vengamos.

Hemos comido una rica, sana y deliciosa comida, carne asada con patatas y ensalada, y ahora estamos tirados encima de la cama, después de hacer el amor. Se levanta, desnudo, paseándose por la habitación, mientras observo esa masa de músculos, ese cuerpo perfecto trabajado al milímetro, que se dirige a su chaquetón, y saca algo de un bolsillo. Es interesante admirarlo detenidamente, pues resulta tan gratificante, tan estimulante, tan tentador... que tan pronto piensas que estás viendo una escultura del museo de arte de Nueva York o una película porno.

Pero cuando lo veo avanzar hacia mí, con el miembro elevándose, endureciéndose por momentos y una cajita azul entre sus dedos, mi corazón comienza a correr como un caballo de carreras y creo que voy a hiperventilar de un momento a otro.

Y no sé si es por lo que imagino o por esa maravilla que tiene entre los muslos. Será por las dos cosas. Se arrodilla ante mí, mientras yo me incorporo y me siento de medio lado para no mostrar el sexo.

—Ya sé que posees joyas muy caras, y que has llevado toda o parte de esa colección tan valiosa que se ha subastado, y también sabes que igual que no soy dado a valorar el arte en ese baremo loco que existe hoy en día, tampoco soy dado a gastar barbaridades extremas, aunque tuviera dinero para ello. — Muestra la pequeña caja azul, pero no la abre—. Doy más importancia a otras cosas que a lo material, aunque reconozco que se vive mejor con más que con menos. —Ahora abre la caja y muestra un precioso diamante que, aunque no sea de un millón de dólares, es el más precioso que han visto mis ojos—. ¿Quieres casarte conmigo?

Creo que soy la mujer más feliz del mundo. Y creo que me he quedado muda por varios siglos. Se derraman lágrimas de mis ojos mientras afirmo con

la cabeza y él saca el anillo de su cajita, la deja encima de un pequeño baúl, que hace de mesita de noche, y lo coloca en mi dedo.

Esto es la felicidad suprema, Alejandra Pacheco Cortés.

Ahora, tal vez, te llames Alejandra Morgan. No suena tan potente, pero tampoco está mal. Por una vez en mi vida, creo que todo está en armonía.

Que tengo lo que merezco.

# NUEVE

Estamos a mediados de enero del 2017 y, como no nos corre prisa casarnos, hemos decidido que lo haremos dentro de unos meses, y no será en Estados Unidos, no. Tenemos otros planes.

O... a lo mejor sí. Quién sabe, tenemos tiempo para cambiar de idea, pues algo que está claro como el agua, es que será una ceremonia muy íntima.

A Jared lo han ascendido a capitán y con ese nuevo puesto ya no está callejeando ni poniendo en peligro su vida, de lo cual me alegro; pero pasa muchas horas en la comisaría, aunque eso no resulta molesto para nuestra relación.

Seguimos viviendo en su dúplex y los fines de semana nos vamos a Brooklyn y otros los pasamos en casa de mamá Morgan y también hacemos escapadas a la cabaña, cuando él junta tres o cuatro días, que no ocurre casi nunca.

Mi vida está muy ocupada, tanto que no paro mucho por casa, pues entre correr, las inversiones, la fundación y el nuevo cuadro que está pintando el sueco, estoy muy entretenida. A ver, ¿cómo lo llamamos? ¿Creída, altiva, petulante, presumida?

No, no se trata de eso, yo soy lo que soy; ya debes saberlo. Y si tengo un cuerpo perfecto, y mi amigo el sueco lo quiere pintar desnudo y calzado con unos salones negros de diez o doce centímetros de altura... Pues que lo pinte.

A mí me encanta posar, pues Jared le ha dicho que de fotos nada, de manera que el cuadro va tomando forma poco a poco y el resultado será este:

Mujer trigueña, de pie, de espaldas, cabello largo y suelto, brazos en jarras, ligero movimiento de cintura para mostrar un vago perfil.

Toda la importancia se le da al cuerpo en su totalidad, a la cabellera, a las nalgas, a las piernas kilométricas y a esos tacones de aguja, que el pincel del sueco los hace más finos y más altos.

Ahora no hay tapujos de ningún tipo, pues el color de piel es de un ligero dorado, la melena castaña clara con matices dorados y el color de ojos que no se ve, pues el párpado permanece caído, la mirada al suelo, acentuando de manera exagerada las negras pestañas. Solo se ha tomado una libertad o dos, el famoso tatuaje que sale en los otros cuadros, vuelve a aparecer en mi

tobillo.

Y yo, no luzco tatuaje alguno.

La otra licencia pictórica es la melena, pues la ha reproducido con una longitud exagerada y acabado en punta, de manera que ese pico del final de la abundante cabellera, queda en el centro de la espalda, justo donde termina y casi rozando la larga hendidura del trasero.

Es como una flecha que indica el camino, que llama la atención sobre las nalgas redondas, respingonas y fortalecidas con el deporte que practico desde hace años. Esa punta de flecha de cabello castaño dorado consigue que el ojo humano se clave en la separación de las redondas nalgas, y siga mirando la ligera separación de los muslos, para ver ese rombo erótico que forman un potente culo y unos muslos en consonancia con ello.

Un rombo o dos triangulitos, que más de uno mirará fijamente, incluso puede que se acerque para ver algo más, para vislumbrar un poco más de carne, de esa carne de pecado.

Si ves una fotografía de este tipo, tanto en blanco y negro o en color, llamará la atención, pero si lo que ves es un cuadro, a tamaño natural y con esos colores precisos y preciosos, te quedarás con los ojos clavados, absorbiendo cada trazo, cada color, cada sombra, para después valorar todo lo que has visto.

A tamaño natural quiere decir que con los tacones mido casi uno noventa, más los espacios que le da en la base y en la altura, más la prolongación de esos tacones que pasan de ser de diez centímetros a quince, nos encontramos con un cuadro de casi dos metros de altura, por setenta centímetros de ancho.

Tengo que añadir que Ans es un pintor excepcional y que, si lo desea, puede tomarse las libertades que quiera para plasmar su obra, no me importa, pero lo cierto es que, salvando el tatuaje, el aumento del tacón y la exageración de las pestañas o la terminación de la melena, todo lo demás, es real como la vida misma.

Llevamos varios días y, aunque el sueco es un pintor de trazo rápido, todavía queda ultimar detalles, de manera que mientras permanezco subida en los tacones, de espaldas y torciendo el cuello para mirarlo, me río constantemente por los comentarios que hace.

—De la que te libras, cariño. Por todos los santos de todas las religiones, si no fuese lo que soy, ya te habría cogido, te habría tirado en el suelo y te habría follado mil veces.

Mi carcajada hace que mi cuerpo vibre, se mueva y lo que suelta por esa boca, remata la situación:

—Oh, Dios mío, todo tu cuerpo vibra y la musculatura se mueve de la manera más suave, remarcando cada glúteo de una manera perfecta. —Dejo de reír y mantengo la postura correcta, para oír las siguientes palabras de mi amigo—: Claro que, con esas nalgas tan hermosas, tan perfectas, podría hacer muchas cosas, hasta puede que te gustara y llegásemos a un acuerdo.

Estoy a punto de girarme, de ir hacia él, cuando me ordena que ni me mueva. Obediente, mantengo la posición y, durante los tres minutos siguientes, no se oye ni el vuelo de una mosca. Suena mi móvil, que está encima de una silla, a su lado, y lo coge.

—Sí, estamos aquí. Sube.

Doy por hecho que es Jared. Parece una tontería, pero siento cómo mi corazón late más deprisa y aparecen las mariposas en mi estómago. Siento que debería hacer lo que cualquier mujer haría. Moverme. Taparme. No mostrarme así. Ante dos hombres, aunque uno de ellos sea homosexual. Pero no me muevo, ni me cubro. Es mi cuerpo y me enorgullezco de ello, de ser lo que soy.

Abre la puerta y lo veo aparecer. Permanezco en la misma postura, como si fuese una estatua, pero mis ojos lo siguen. Él, tampoco dice nada, pero desde el momento que entra, no me quita los ojos de encima.

Se quita la parka y la tira encima de una silla, apoya la cadera sobre una mesa llena de utensilios de pintor, sin importarle si ese pantalón de más de cien dólares se le pueda manchar. Y gastar cien dólares en un pantalón, para él, es casi un derroche.

Mientras apoya ese culo duro como la piedra sobre la mesa, miro lo bien que le queda, marcándole esas caderas estrechas y ese paquete que no puede esconder, aunque lo desee. Cuando eso ocurre, él no retira la mirada de mi cuerpo. ¡Qué guapo está el cabrón! Ahora siempre va con traje al trabajo y le queda como un guante.

Desde la americana hasta las camisas que se le pegan a los abdominales, como ahora, al estar cruzado de brazos, y los pantalones..., ya te lo he dicho. Está para comérselo.

¿Te acuerdas de esa novela, esa que el protagonista mataba a mujeres en la Francia del siglo XVIII, para obtener aceites esenciales de los cabellos y del resto del vello de sus cuerpos; y luego, al final, cuando él vierte sobre su

cabeza todo el perfume que le queda y la plebe que lo rodea enloquece y se lo come?, ¿te acuerdas? Pues eso es lo que siento cuando veo a Jared, me dan ganas de devorarlo, de comérmelo.

Pero como no he llegado a ese punto, al canibalismo, me conformo con devorarlo con la mirada, para después, cuando la ocasión lo permita, utilizar mis labios, mis dientes y mi lengua, para producirle el mayor de los placeres, a la vez que me lo produzco a mí misma. Y mientras... Ans sigue pintando, pero es consciente del momento que estamos viviendo, aunque no lo sea de mis pensamientos.

Conoce de sobra a Jared, como para saber que cuando no habla, no desea que nadie se dirija a él.

Pasan dos, tres, cuatro minutos y desde donde estoy, y con el giro de cabeza que tengo, lo veo perfectamente, igual que también observo, con el rabillo del ojo, cómo el sueco no pierde detalle del comportamiento de mi hombre.

Y mi hombre tiene un empalme de tres pares de narices.

Yo lo veo y Ans también.

Y cuando pasan otros dos minutos, se incorpora, despacio, sin dejar de observarme, o diría, devorarme y va hasta mí.

Tengo que morderme el labio para no reír, pues veo cómo los ojos acuosos del sueco están clavados en la fuerte erección de Jared, que tensa la tela del pantalón en todas las direcciones.

Pero a Jared, no le importa, es más, creo que actúa como si el sueco no estuviera y le importa una mierda que no deje de mirarle el paquete. Se acerca, se pega a mí.

Lleva una mano a mi nuca, me gira y clava su boca sobre la mía, succionándome los labios, lamiéndome y enganchando mi lengua con la suya. No sé lo que hace el sueco, pues he cerrado los ojos mientras disfruto de este morreo en toda regla, que dura un par de minutos.

Dos minutos colosales que me hacen gemir sin parar mientras agarra mis labios, primero el inferior, lo lame, lo chupa. Luego el superior, haciendo lo mismo, volviéndome loca mientras me pregunto cómo puede conseguir algo así. Cómo logra que mi vagina se humedezca tanto, haciendo que ese fluido resbale, que se escape de mi cuerpo y notándolo entre los muslos. Y si eso lo consigue lamiendo y chupando mis labios, cuando penetra con su avariciosa lengua, obtengo un orgasmo en toda regla y mis gemidos se convierten en

soplidos.

Jared se separa, sin retirar esa mirada que me atonta, que me perturba hasta dejarme sin aliento, dejándome con la boca entreabierta, con la respiración acelerada, mientras se quita la chaqueta, la corbata y desabrocha los primeros botones de la camisa, para quitársela por la cabeza y dejar esos pectorales a la vista.

Mientras eso sucede, oigo en la lejanía:

—Bueno, os dejo. No me importaría quedarme y ver cómo os lo montáis, pero me temo que querría unirme y sería un desastre —esto lo dice con un hilo de voz, pero ese hilo suena ronco y algo excitado—. Volveré dentro de un rato. Iré a la escalera a cascármela.

Oigo el sonido de la puerta al cerrarse mientras la boca de Jared me está devorando otra vez y sus grandes manos abarcan mi trasero. Esos dedos se meten en medio, separando las nalgas y acariciando toda la hendidura, deslizándose por toda su largura, al tiempo que aprietan con ganas.

Sé que le gusta mucho mis pechos, y sé que también le gusta mi trasero, pero todavía no hemos practicado el sexo anal. ¿Tal vez es lo que desea ahora, en estos momentos? ¿Se ha excitado tanto, al verme así, que quiere probar otra parte de mi cuerpo? ¿Sabes cómo se llama la excitación conseguida mediante el contacto con las nalgas de una persona?

Pigofilia, *pigo* del griego, que significa nalga, y *filia*, amor.

En la época en que las mujeres no tenían ni voz ni voto, y mucho antes, los hombres adoraban las nalgas femeninas, pues estaban tan cerca de los genitales que todo ello era un paquete de lo más caliente y excitante. Y no entremos en los azotes o la Disciplina Inglesa, pues ya nos vamos a temas más delicados o más interesantes, según para quién.

Por supuesto, en estos momentos, mi mente está repleta de imágenes de todo tipo, que hacen que me excite más, si eso es posible; y cuando noto una cachetada y luego otra, me sorprende un poco, no es que me haya dolido.

No.

Me ha sorprendido.

Y su voz ronca por la excitación, me sorprende más.

—¿Te hago daño? ¿No te gusta?

No tardo ni medio segundo en contestar:

—No, sí.

Y eso lo enciende más todavía.

—¿Me dejas que té de unos azotes? —La pregunta sale entrecortada, excitada, mientras sus labios me rozan el cuello y la clavícula, y noto esa protuberancia, presa en su envoltorio de tela, contra mi sexo.

—Sí.

Entonces se separa, me coge de la mano y se sienta en una silla, para colocarme encima de sus piernas como si fuese una niña pequeña que va a recibir un castigo.

Primero acaricia las nalgas, despacio. Las dos reciben el mismo trato, el mismo cariño.

Noto el contacto perfectamente, noto esas manos grandes que abarcan mucha piel, cómo la suavidad de la caricia es placentera, es excitante, cómo va presionado más. Las yemas de los dedos presionan con más fuerza, los dedos se meten entre las dos nalgas y hacen todo el recorrido interno, llegando al ano, acariciándolo y rodeándolo, y siguen hasta el perineo, para acariciarlo con lentitud. Instintivamente elevo la cadera, para que llegue a mi sexo, pero eso no ocurre, pues hace el recorrido a la inversa y saca los dedos de ese lugar. Y entonces...

Suelta el primer azote.

No ha dolido, pero ha sido contundente. Y pica.

Otro. En la otra nalga, para que vayan parejas. Y repite.

Da otras cuatro más en cada una. Se para y yo... Noto el trasero caliente, muy caliente.

Imagino que debe estar colorado, enrojecido, aunque mi sexo está caliente. Tanto o más que mis nalgas, y él parece notarlo. Lleva los dedos a ese rombitito, ese camino que conduce al centro de palpitación, al lugar que estoy deseando que toque... Y toca, ya lo creo que toca.

Me masturba de tal manera que gimo de placer. Me agarro con la mano izquierda a la pata de una silla y con la derecha a su pierna izquierda, a sus endurecidos gemelos, mientras elevo las nalgas para que sus dedos vuelvan a acariciar el perineo y seguidamente toquen los genitales, jueguen con la vulva de una manera enloquecedora, haciéndome esperar y haciendo esperar al clítoris.

Pero todo llega, y ese momento, ese deseo mío, se cumple.

Y martiriza ese pequeño capullo una y otra vez, y cuando noto que me viene, deja de tocarlo para penetrar en la vagina mientras su mano libre pellizca una nalga y oigo cómo ruge de placer, mientras a mí me deja a dos

velas. Pero sé que lo ha hecho a propósito. Sé que ese es su deseo. Y cuando esos dedos, que entran y salen, van a lograr que mi cuerpo reaccione, que se exalte al máximo, lo hace otra vez, pero con un pequeño regalo, pues deja que obtenga un orgasmo, pero sin llegar a disfrutarlo, pues me agarra por la cintura, me levanta como si fuese una pluma, y baja la cremallera de la bragueta para sacar el miembro endurecido, rodeado por gruesas venas, venas que parecen a punto de explotar.

Hace que me siente sobre él, de espaldas y noto que entra, cómo ese miembro grueso y largo va penetrando mi cuerpo despacio, saboreando el momento. Y lo siento a conciencia, pues ese grosor hace que experimente el placer desde el principio, pues, aparte del clítoris, las mujeres tenemos el principio de la vagina muy sensible y cuando el miembro es grueso, esos puntos de placer se expanden, produciendo el preámbulo de lo que se avecina, de lo que vas a conseguir o de lo que tu pareja va a lograr para ti.

Me tiene sujeta por la cintura y, aunque no lo vea, sé que sus ojos están clavados en mis nalgas mientras su miembro penetra hasta el fondo y se desata la bacanal. Cabalgo sobre él.

Él me dirige.

Él me agarra.

No deja que salga de su cuerpo, pues con cada elevación, viene una carga hacia abajo, impidiendo que se rompa la unión.

Se muestra salvaje, pues parece que tarda en correrse, que le cuesta. O tal vez, es que no quiere. Todavía. Y nuestros gemidos retumban en todo el *loft*. Y la silla cruje bajo nuestros cuerpos... Pero aguanta. Y cuando me viene, clavo las uñas sobre sus muslos, a través de la tela del elegante pantalón. Sé que le hago daño, aunque no me importa y estoy segura de que a él tampoco.

Ahora es él, el que descarga dentro de mí su líquido seminal, pues no se ha puesto condón.

Me agarra con fuerza, rodeando mi cintura, mientras apoya la cara en el hueco del cuello, notando cómo termina de convulsionar su cuerpo. Notando los pequeños besos que deja caer en mi hombro, en mi cuello, mientras esas manos grandes me acarician el vientre, el estómago, los muslos, oigo su hermosa voz que me susurra al oído:

—Eres mía.

Y un temblor recorre mi cuerpo.

Pues así me siento.

Suya.

Y, a pesar de haber practicado este sexo salvaje, con azotes incluidos, siento su amor, su enorme amor.

Y la dicha es tan grande que me recorre una sensación extraña y peligrosa; es la sensación de la pérdida, de que desaparezca algo que tantas veces has deseado, algo tan valorado y tan amado. Intento que ese pensamiento hostil se vaya.

«No seas tonta —me digo— solo son malos pensamientos».

Pero no lo consigo.

# DIEZ

¿Cuántas veces sacará el tema a colación? Hasta que llega un momento en el que le digo enfadada que lo deje estar, que no pienso decirle nada de nada, pero el sueco insiste:

—Por lo menos, podías decirme si la tiene muy grande... o muy gorda... o si es gorda y corta.

Lo miro con detenimiento y sonrío con descaro.

—Voy a satisfacer tu curiosidad. —Abre unos ojos como platos y no pestañea, simplemente espera—. La tiene gruesa y larga. Es grande en toda su expresión. La delicia de cualquier mujer, o de cualquier hombre.

Se hace un silencio. Espero con un principio de sonrisa.

—En estado flácido es grande. —No pregunta, afirma mientras me mira embobado.

—Síiiiiii. —Me río a carcajadas y comienzo a vestirme mientras contemplo su rostro. Muestra una expresión satisfecha y parece deseoso de que le cuente más cosas, mientras me pongo la ropa que he traído en la bolsa de plástico.

Vamos a una exposición, por suerte, en otra galería que no es la de Adele; aunque Ans me ha dicho que es probable que me la encuentre, que haga acto de presencia, pues suele acudir a exposiciones de la competencia, incluso Nicole puede aparecer con su nuevo novio. ¡Bah!, no me preocupa.

Cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana. Y mientras, el sueco sigue dale que te pego.

—Dime más cosas. Cuéntamelo todo. Sabes que soy tu amigo, sabes que guardo tus secretos y los guardaré hasta la muerte —le interrumpo elevando un brazo.

—¿La muerte de quién?

Mi risa se deja oír por todo el estudio.

—La mía, cariño. La mía.

Cuando habla así, es cuando delata su condición sexual, es cuando se pone en plan mariconas amiga. Pero le dura poco, pues parece como si lo hiciese aposta o, por el contrario, se da cuenta de ello y rectifica.

—Ni lo sueñes. Tienes de sobra para dejar volar tu imaginación durante

varios meses.

Se ríe a carcajadas y mis oídos se llenan ante ese sonido profundo y varonil. Ahora, en este momento, nadie diría que es homosexual, tienes que saberlo, te lo tiene que haber dicho él o alguien, o haberlo visto con su pareja cogidos de la mano o besándose en la boca. No es amanerado, no tiene pluma, al contrario, es muy vikingo..., pero cuando hace este tipo de preguntas, cuando quiere saber cómo la tiene de grande el hombre que amo, entonces se le nota una especie de deseo, una connotación femenina. Porque no es solo curiosidad, es deseo. Y sí, sé que desea lo que yo tengo. Sé que le gustaría jugar con Jared, pero también tengo claro que él sabe que algo así es imposible.

Minutos más tarde, salgo del cuarto de baño, vestida, ligeramente maquillada y peinada. Él me recorre entera con esos ojos acuosos, esa mirada casi líquida... y suelta un silbido.

—¡Qué barbaridad! ¡Estás espectacular!

Estoy acostumbrada a los halagos y, prácticamente no me afectan; pero que quieres, me gusta que este hombre, este homosexual, este artista, me alabe, me mire con esos ojos de adoración.

Coge mi abrigo del perchero y me lo coloca sobre los hombros, con cuidado de no despeinar la coleta alta que me he hecho en un par de minutos.

Llevo un minivestido negro, ajustado, de manga larga, y cerrado al cuello, pero es tan mini que la longitud de mis piernas apabulla. Debajo del vestido llevo unas braguitas negras y un sujetador haciendo juego. Si el vestido se eleva medio palmo, se verán el comienzo de las preciosas bragas, pues no llevo medias; procuraré que algo así no ocurra, ya que sé cómo llevar este tipo de vestidos. No es que me importe que se vean las bragas, el problema es que se verán el comienzo de mis nalgas, antes que las braguitas brasileñas y, algo así, para la prensa sería muy jugoso.

El abrigo es blanco y contrasta con el negro brillante del vestido y los salones negros de alto y fino tacón. Por descontado, Ans no desentona, pues se ha puesto una americana granate de diseño, con unos pantalones y camisa negros, de otra firma, pero que mezclan fenomenal y los luce de la misma manera.

Subimos al taxi, que espera desde hace unos minutos, y nos dirigimos al Soho, uno de los barrios más caros y exclusivos de la ciudad, para ver la exposición de un viejo amigo del sueco, uno de su época francesa, que como

él es pintor y también escultor.

Ya sé que se trata de un amigo, que tuvieron sus más y sus menos, pues los dos son del mismo gusto y en una ocasión se enamoraron de la misma persona. Ans fue el vencedor y cuando se cansó, el pobre abandonado se refugió en los brazos del otro. Pero años después y en la cosmopolita Gran Manzana, ese episodio no deja de ser anecdótico; por lo menos es lo que dice el sueco. Me gustaría saber la opinión del pobrecito abandonado por dos veces. Cuando estamos llegando, suena el móvil, avisando de un mensaje. Lo miro y comento con Ans:

—Jared tiene una reunión de última hora. No cenará con nosotros.

—Bueno, ya nos buscaremos la vida —murmura con una sonrisa.

El novio del sueco está en Filadelfia y no volverá en dos o tres días. Miramos la clásica fachada de los edificios del Soho, con sus escaleras de emergencia en la parte exterior de la fachada y nos cogemos de la mano. La zona de entrada, a varios escalones de la acera, está pintada en un verde oscuro y el resto de las plantas tienen ese color rojizo, característico del barrio. Cuando hacemos acto de presencia, la prensa que se encuentra en las diversas salas de la parte baja, fotografía discretamente a los que van entrando en la sala principal, pero sabiendo que en poco tiempo tendrán que abandonar la exposición para que los invitados se queden a sus anchas.

Dejamos en el guardarropa mi abrigo, y el pequeño bolso de mano me lo cuelgo al hombro con la fina y corta cadena.

Entramos en la sala y, al verme, noto cómo me siguen y disparan sus cámaras desde todos los ángulos. Me da exactamente igual. Cojo una copa de vino blanco de la bandeja que lleva un guapo y fuerte camarero, y me paseo por la sala mirando los cuadros y las esculturas, mientras el sueco se va por otro lado. Hemos quedado en que me presentará a su amigo más tarde, de manera que voy a mi aire. Mis pies pisan con firmeza y, como dice el sueco, los tacones parecen una prolongación de mis piernas. Igualo a los hombres más altos y rebaso al resto, hombres y mujeres.

Cuando era adolescente y ya tenía la estatura de ahora, tuve que aguantar más de una broma, y algunas de mal gusto. Y eso que yo no era de las más altas, pues había algunas compañeras que me superaban en tres o cuatro centímetros, pero daba lo mismo, una vez que pasabas del metro setenta y tres o setenta y cinco, para muchos y muchas ya eras una jirafa. Pero como en esos años ya padecía de ausencia, me traía al fresco, y como no utilizaba tacones,

pues no ponía en evidencia a ningún capullo, a no ser que fuera un retaco gilipollas.

Ahora, mi aspecto físico no me provoca nada en especial, pues llevo conviviendo con ello desde siempre; pero sé lo que provoca en los demás. Y claro, como desde que dejé de trabajar como intérprete ya no llevo ropas anodinas, de una talla mayor y nada *sexys*, pues entiendo que a más de uno y de una se le vayan los ojos detrás de mí.

He dejado la copa sin tocar, en una pequeña barra y me dirijo a la planta superior, mientras soy consciente de las miradas, en especial de las de abajo, pues más de una cabeza masculina se eleva para mirar, ya que la baranda es transparente. Unos lo hacen de manera discreta, pero otros no se cortan un pelo.

Y sé que yo, desde lo más alto y ellos en lo más bajo, ven el final de mis muslos y el comienzo de las nalgas, pero como mis pasos están controlados y mis piernas no se abren más de lo necesario, tienen la sensación de que ha sido tan breve que les parece un sueño y se quedan con ganas de más. Algo así como el cruce de piernas de Sharon Stone, pero con ropa interior.

Para ese momento de ensoñación o de excitación, ya estoy en la planta superior, alejada de la mayoría de los invitados que se agolpan en la planta principal para cuchichear, observar y esperar que les presenten al pintor escultor.

Miro un cuadro abstracto, de dos metros de alto por tres de ancho. Es una barbaridad y no me lo llevaría a casa ni aunque me lo regalasen. Es entonces cuando noto una presencia y él se pone a mi lado. La prensa ya se ha ido. Lo doy por hecho, pues, en ese momento, he notado que el sonido bajaba unos decibelios. Es ahora cuando la gente se siente a gusto y solo observada por los demás invitados. Y este hombre parece que me ha seguido.

—¿Qué le parece?

La voz del padre de Nicole llena mis oídos. No mira el cuadro, me mira a mí. Me giro y le devuelvo la mirada.

—¿La verdad? —Clavo la mirada en su rostro, de igual a igual.

Echa la cabeza hacia atrás, pues le disgusta, igual que en nuestro primer encuentro, que sea un poquito más alta que él, debido a los tacones.

—Por supuesto. —Muestra una pequeña sonrisa.

—No me gusta —contesto con franqueza.

Me observa amusgando los ojos verdes, haciendo que la multitud de

arrugas que tiene alrededor se hagan más profundas, dando la sensación de que esa piel fina y delicada se vaya a romper en mil pedazos.

—¿Por qué? —La pregunta parece sincera, pues, a pesar de que me ha seguido, de que quiere darme coba, le resulta chocante que haya contestado de esa manera.

—Un imitador de Gorky.

Me mira como si le hablara en chino. Tal vez se arrepiente de haber preguntado. Sus apenas pobladas cejas pelirrojas, se elevan haciendo un pico.

—¿Ruso?

—Sí, armenio, en lo que es ahora territorio turco. Pero se instaló en Estados Unidos alrededor de 1920.

—Y este pintor imita a ese... Gorky.

Lo dice como si algo así fuese horrible o todo lo contrario.

Intrascendente.

—Sí, a mí me lo parece. Una mezcla de cubismo en esta parte del cuadro —señalo con el brazo para determinar la zona—, y en el resto, surrealismo. Se ve que es una especie de homenaje al pintor, por eso lo ha titulado *Gor*.

Se hace un silencio mientras el papá de Nicole me mira sin pestañear.

—Cuánto sabe... —Esa frase sin terminar, es irónica.

No le doy importancia y sigo ampliando información, aunque sé que a este hombre le importa un comino.

—Se ahorcó en Sherman, Connecticut, en 1948, cuando contaba con cuarenta y cuatro años.

—Vaya, menudo desgraciado. —Eleva un poco el tono: para darle más énfasis al calificativo.

—Sí. Su estudio se incendió, tenía un cáncer de colon, tuvo un accidente de coche donde se fracturó el cuello y el brazo con el que pintaba, quedando temporalmente paralizado; y si eso fuese poco, su esposa lo abandonó y se llevó a sus hijos.

—Me deja sin palabras.

No hago ni caso a esa ironía, y sigo soltándole el rollo:

—Sin embargo, las esculturas me parecen buenas, muy buenas. También son abstractas y tienen una textura colosal, y las formas tan marcadas, tan matizadas que te hacen mirarlas fijamente. Y el color extremo hace que esa textura sea más llamativa, que todo el conjunto sea más colosal. ¿No le parece?

Ese comentario hace que deje de mirarme y fije la vista en las obras de arte.

La escultura está cercana al cuadro. Para captar con la misma mirada las dos obras; o pasar del cuadro a la escultura y no atragantarte con las dos, lo cual parece imposible, pues este autor es apabullante. Como el sueco, pero en abstracto.

—¿Me aconseja que compre una estatua en lugar de un cuadro?

Ahora desplaza la mirada de un sitio a otro, pero sin llegarse a crear su propia pregunta. Cuadro, estatua, cuadro, estatua... y, al final, mi cara, mi cuerpo.

—Sin lugar a dudas.

—¿Sabe cuánto vale esta? —Sé que él lo sabe, pero quiere saber si yo lo sé.

—No, pero creo que oscilará entre los cien y los quinientos —eso me lo ha dicho el sueco.

—Doscientos —afirma contundente.

—Si la compra por doscientos, dentro de un par de años, tres, cinco como mucho, podrá venderla por un millón.

Vuelve a elevar las cejas mientras el rostro se le enrojece ligeramente.

—Sí. O por nada. Y tendría esta cosa en alguna de mis casas, ocupando espacio, y cada vez que la mirase, me acordaría de lo estúpido que fui al comprar semejante... escultura.

Hago esfuerzos para no reírme mientras él no retira los ojos de mi cara.

—Esta cosa, como usted la ha llamado, son dos figuras haciendo el amor.

Calder deja de mirarme y clava sus ojos en la escultura de un gris oscuro casi negro. La mira con detenimiento, mientras yo veo lo que él observa minuciosamente. Dos figuras, una encima de la otra, en las que no se distingue nada, ni masculino ni femenino. Simplemente están tumbadas, donde sus cabezas, sin rasgos de ningún tipo, se juntan y sus pelvis también.

—Maldita sea —murmura por lo bajo—. ¿Qué son, dos hombres?

—Cada uno lo interpretará como quiera. En eso consiste lo abstracto.

—Ya, ya —parece que está cansado de hablar de arte, pero, aun así, mira las figuras a conciencia.

—¿Se ha fijado en esas protuberancias? —le pregunto muy seria.

—Sí.

—Son diversos materiales que ha mezclado con el principal para obtener

la textura de la que antes hablaba. Puede ser que haya utilizado arena o yeso, harapos tal vez, incluso serrín o madera.

Miro detenidamente la escultura de bronce pintado y otras aleaciones, alterado una y otra vez, hasta conseguir lo que el escultor se proponía y, al ver que Calder no dice nada, me giro. Nos contemplamos fijamente, pero de diferentes maneras.

—Eres una sorpresa continua —dice sin mover sus ojos de mi cara.

Ha dejado el «usted», y esa mirada es de puro deseo.

—Solo es estudio, señor Calder. Estudio, curiosidad y buena memoria. Nada más.

—Por favor, llámame Doug. —Es un ruego en toda regla.

—Doug —repito y sé que mi voz lo martiriza.

—La más bella de las femeninas y, para colmo, la más inteligente. Por todos los santos, qué combinación más explosiva.

—No exagere, Doug.

Mantengo la postura, le mantengo la mirada y le regalo una sonrisa que parece afectarle demasiado, pues su rostro muestra una expresión como la de un gato cuando está de cacería.

—Qué más quisiera que estar exagerando. Qué más quisiera que estar llenando de cumplidos una cabeza de chorlito. Pero nada más lejos de la verdad. ¿Qué tendría que hacer para llevarte a la cama?

No me río, no me hace gracia, mi sonrisa ha desaparecido, porque sé que no lo dice para echar unas risas.

—Sabe que eso es imposible. Jamás me acostaría con usted.

—Soy demasiado viejo para ti —afirma entre dos aguas.

—No, no se trata de edad. Se trata de piel, de sentido, de sensaciones, pero, sobre todo, de fidelidad.

—¡Ah!, el que iba a ser mi yerno te tiene absorbido el seso y todo lo demás. ¡Menuda suerte tiene ese cabrón!

No hago caso del insulto, pues sé en qué sentido lo dice. En ese momento gira la cabeza y yo muevo la mía en la misma dirección. El árabe se dirige hasta nosotros y, antes de que llegue a nuestro lado, la voz rasposa de Calder me pregunta:

—Y con ese, ¿te acostarías?

—No, Doug. Ni con ese ni con usted ni con ningún otro.

Le satisface esa contestación. Mal de muchos, consuelo de tontos. En el

país de los ciegos, el tuerto es el rey.

El árabe ha llegado hasta nosotros, clava sus ojos negros en mi rostro, y de una pasada, evalúa mi pelo, mis ojos, mi boca y todo el contorno. El resto de mi cuerpo, ya ha pasado el examen mientras se acercaba hasta nosotros. Adelanta sus manos y me veo obligada a ofrecerle una de las mías, para verla desaparecer entre las suyas.

Son grandes.

Son hermosas.

Como las de Jared, pero más oscuras.

—Querida Alejandra, qué placer volver a verla.

—El placer es mío, señor Najum.

Esta vez sí besa mi mano, sí noto el contacto de sus labios contra mi piel. Y ese contacto dura demasiado. Pero, al final, deja mi mano libre, lleva las suyas a la espalda y me mira con una sonrisa encantadora, sin dejar de observarme, le dice a Calder que se largue, no con esas palabras, pero sí con ese mensaje.

—Calder, te esperan en la planta baja.

El aludido se envara, permaneciendo estático durante unos segundos, mientras nos contempla a los dos.

Entonces la cabeza morena se gira hacia él, manteniendo la misma sonrisa que me ha dedicado, hace tan solo un instante, pero, esa sonrisa, es interpretada de manera correcta por el papá de Nicole.

—¡Ah! Sí, sí. Me espera Morris, lo había olvidado. —Me mira, me coge una mano, me la besa, parece que le quiere hacer la competencia al árabe y me sonrío al hablar—: Espero verla en la cena que damos en el Delmonico's.

Muevo la cabeza en señal de asentimiento y veo cómo se marcha. Clavo la mirada en los ojos del árabe, que quedan un poco más altos que los míos, solo un poco, y nos miramos fijamente.

—¿Vive ahora en Nueva York? —pregunto por llenar espacios, para no sentirme observada de esa manera.

Sonríe mostrando una dentadura perfecta, unos dientes grandes y fuertes, y de un blanco deslumbrante en ese rostro oscuro. El cabello lo tiene negro como el carbón, espeso y brillante. Lo lleva ligeramente largo y se le ondula por la parte que roza el cuello de la camisa y la chaqueta.

—Se me pasó por la cabeza comprar un apartamento. Pero qué quiere que le diga, en el Plaza me encuentro como en casa, o casi, y la única casa que

tengo en este país está en California. Pero eso ya lo sabe, ¿verdad?

—Sí. Creo recordar que es en Sonoma.

Sus ojos no pestañean. Me miran fijamente.

—Sí, eso es. Cerca de Sonoma.

—Los caballos que compró en una ocasión, se los llevaron a California; si no recuerdo mal.

Entrecierra esos oscuros ojos, sin dejar de contemplar mi rostro y, al mismo tiempo, parecen o quieren penetrar en mi cerebro.

—Sí, exactamente. Y si yo no recuerdo mal, esa noche, en la terraza del Marriot, estaba el que sería su marido. Su fallecido esposo. —Baja el tono.

Nos quedamos callados durante unos instantes y él, viendo que no voy a añadir nada, dirige la mirada a la escultura.

—¿Le gusta? —me pregunta, dispuesto a entablar una conversación del tipo que sea.

—Sí. Más que los cuadros.

—Estamos de acuerdo. Aunque estoy seguro de que estos alcanzarán precios astronómicos.

—Seguramente.

No sé por qué, pero este hombre me hace sentir incómoda.

Ahora. En el pasado, algo así no sucedía.

«Claro tonta, en el pasado tenías ausencia, y todo lo que los hombres te dijeran o te hicieran, te resbalaba como el agua».

«Pero, ahora, cuando notas esas miradas de deseo o de admiración o de lo que sea en hombres... especiales».

La voz oscura y grave del árabe interrumpe mis pensamientos.

—¿Cenará en Delmonico's?

Sabe de sobra que sí, pues ha sido testigo de la pregunta que me ha hecho Calder y de mi afirmación silenciosa.

—Sí. —Llevo una mano para apartar una hebra de mi cabello, un fino mechón escapado de la cola de caballo, para colocarlo detrás de la oreja, y cuando acabo y mi mano va a volver a su posición inicial, él la coge a medio camino, agarra mis dedos y se queda mirando el pequeño diamante.

Me molesta que haga eso, que se tome esas confianzas.

—¿Está comprometida? —Hace la pregunta sin soltar la mano y mirando mis ojos.

En estos momentos, esa mirada negra como el carbón, no es cálida. No. Es

gélida como un bloque macizo de hielo.

—Sí.

—¿Tan pronto? —Noto sarcasmo en la pregunta y siento calor en la mano, donde él la tiene cogida. «Uy, qué ganas tengo de mandarlo a la eme». Me sorprende esa pregunta, me molesta el tono y no me importa que lo note.

—No creo que sea de su incumbencia.

Me mira fijamente, pero no suelta la mano, y yo no voy a dar un tirón como si fuese una damita ofendida. De eso nada, aunque la mano me arde.

—Oh, perdóneme. —Vuelve a sonreír, pero esa sonrisa se queda en su boca, no llega a los ojos—. No me interprete mal, por favor. Es que no sabía que estuviera...

Ahora sí suelta la mano, con delicadeza, con mucha delicadeza, pero sus ojos siguen mirándome de una forma analítica y algo más.

Tiene una nariz un tanto aguileña, una mandíbula cuadrada, pómulos marcados; lo único que tiene femenino en ese rostro tan varonil, son las pestañas, negras, espesas, largas, rizadas. Está recién afeitado, seguramente una hora o tal vez algo más, poco más, pero sus mejillas comienzan a oscurecer.

—¿Con el policía? —pregunta, como si algo así no fuese posible. Y añade, ¿con desdén?—: El novio de la hija de Calder.

No digo nada, pues nada tengo que añadir.

—Bueno, el exnovio. ¿Cómo es el mundo, verdad? —Está en plan cínico, y tengo que decir que, habiéndolo conocido en tiempos pasados y, teniéndolo en, digamos, alta estima, estoy un tanto sorprendida.

Supongo que me guarda rencor por no haber aceptado su propuesta de matrimonio. No digo nada. No le voy a dar el gusto.

—Hoy aquí, mañana allá. Hoy con uno, mañana con otro.

Si cree que voy a entrar al trapo, como un toro bravo, la lleva clara. Mis ojos no se separan de los suyos, mientras lo miro desafiante. No sé si le gusta o le disgusta, sin embargo, me da exactamente igual.

—Pero ¿qué se puede esperar de una mujer como usted? Una vez que salió de ese cascarón donde estaba metida, todo estalló. ¿No le parece? Mientras se dedicaba a ser intérprete y a disfrazarse de mujer seria, arisca incluso, masculina más de una vez, vistiendo ropas grandes y anodinas, escondiendo esos hermosos ojos que me miran desafiantes, ojos bellos como ningunos, detrás de unas gafas sin graduar, para frenar las miradas impertinentes... de

unos y de otras... —Hace una pausa mientras seguimos taladrándonos con las miradas—. Perdóneme, querida Alejandra, pero parece que fue ayer, pues el recuerdo está vivo en mi mente. Tan vivo que asusta.

No sé a qué demonios está jugando este tío, pero ya me está hinchando.

—Es bueno tener buena memoria —contesto sin pasión, para que note, que sienta, que sepa, que sus pensamientos me importan un comino.

—Es imposible no recordar todo lo que se relaciona con usted.

Vuelve a cambiar el gesto, y ese rostro tan varonil, tan atractivo, se suaviza. Sus negros ojos se muestran cálidos y esas pestañas los hacen pícaros. Pero no te lo creas, pues yo no me lo creo. Este hombre, de pícaro no tiene nada.

—Mi más sincera felicitación, Alejandra. Creo que el capitán Morgan es un hombre muy afortunado.

—Yo soy la afortunada.

Hace un gesto de sorpresa al oír esa afirmación y sus ojos brillan de forma llamativa.

—Me voy a quedar sin palabras, Alejandra. No es normal que un comentario de ese tipo salga por boca de mujer. Una mujer como usted.

—Es la realidad. Nada más. Una mujer como yo, simplemente reconoce la suerte que ha tenido en la vida, al conocer a un hombre como él.

Volvemos a quedarnos en silencio, contemplándonos con fijación. Esa mirada me abrasa y yo se la devuelvo, pero la mía es fría y calculada.

Estoy pensando en mover mi cuerpo, dejar de sostener esa oscura mirada e irme, pues esta situación ya resulta incómoda, es entonces cuando la voz del sueco llena el ambiente y resuena como un pequeño eco por la gran sala.

—Querida, estás aquí. Todo el mundo está abajo, o casi —suelta al tiempo que muestra esa sonrisa que tiene, grande y sincera.

Se acerca hasta nosotros y lanza una mano para saludar al árabe. Con poderío, con energía.

—Encantado de volver a verlo, señor Najum.

—Lo mismo digo. Es un placer.

Las dos manos grandes y fuertes, se estrechan. Una blanca, con ligeras manchas por el dorso, que anuncian el principio de una vejez próxima; la otra, morena, como si hubiese estado al sol unos días y hubiese adquirido un bronceado saludable, atractivo. El sueco se gira hacia mí, y me sonrío a conciencia.

—Tengo que presentarte a Maurice antes de que nos vayamos a cenar.

—Claro, por supuesto. —Miro al árabe y le sonrío de la misma manera que el sueco me ha sonreído a mí—. Nos veremos en la cena, señor Najum.

—Desde luego, será un honor.

Nos alejamos. El sonido de mis tacones, se deja oír por toda la sala. El sueco me lleva cogida de la cintura y, con ese gesto, ha subido un poco el vestido, justo hasta el borde, hasta la zona peligrosa; y yo... yo no hago nada para bajarlo.

Y siento la mirada de ese hombre...

Siento que me taladra la espalda.

Desaparecemos de la sala, sé que ya no me ve y, a pesar de ello, lo sigo sintiendo.

# ONCE

Muchas noches, cuando Jared está trabajando y el sueco no se encuentra en plena inspiración pictórica, cenamos en un pequeño restaurante del West Village, donde nos comemos una hamburguesa con un precio base de dieciocho dólares. Pero las nuestras van con los extras: huevo frito y *bacon*, para hacerla más contundente, más pecaminosa. Cada vez que me la ponen delante, me acuerdo de Burton, qué le vamos a hacer.

Te lo explico: la llamativa hamburguesa te la presentan con un cuchillo clavado en todo el centro, para sujetar los pisos, traspasando los dos medallones de ternera, cebolla, pepinillo, queso americano, además de los extras, que nosotros siempre pedimos, como es el huevo frito y el *bacon*.

Y ver ese cuchillo apuñalando las hamburguesas y el huevo frito chorreando, me hace ver el cuello de Burton apuñalado por mi mano, con las tijeras del costurero de la casa de la playa.

De verdad que lo siento, pero no puedo evitar una sonrisa cada vez que contemplo esa hamburguesa y abro la boca al máximo para pegarle el primer bocado y relamerme de gusto. Ans piensa que es de puro placer y, realmente, es así.

Placer.

Sumo y dulce placer de haberme quitado de en medio a ese hombre que en un momento de mi vida, creí perfecto.

«Por Dios, Alejandra, no seas así».

«No seas tan mala».

Esta noche, después del evento, pensábamos ir y juntarnos con Jared, pero teniendo en cuenta que no viene, en Delmonico's nos pueden poner unas hamburguesitas muy monas y muy sabrosas, pero nada que ver con la del Village.

Después de algo más de quince minutos en coche por West St., el tráfico está en todo su apogeo, ya estamos allí, en la intersección de las calles Beaver, William y South William, donde, en 1837, los hermanos Delmonico abrieron el primer restaurante de alta cocina de Estados Unidos. En exclusiva, esta noche, para un gran número de los invitados a la galería; los más selectos, los más ricos, los más esnobs.

Antes de sentarnos a la mesa, me encuentro con Adele y nos saludamos de manera correcta, sin embargo, a ella le cuesta sonreír y cuando la sonrisa aflora en ese rostro envejecido, es falsa y artificial. Pero en ese momento aparece Nicole, que se acerca hasta mí, hace que me agache, cosa que hago de manera discreta para no enseñar más de lo debido, y me suelta un par de besos en las mejillas, con cuidado de no mancharme con el lápiz labial.

Rojo oscuro. Haciendo juego con su pelo.

Me presenta a su acompañante, un hombre de treinta y tantos, alto, atractivo, pero de rostro blando, fofo. No se trata de un político, como contaba en esa entrevista, este es un empresario que tiene negocios de diversa índole, en diferentes estados.

Este, no le llega ni a la suela de los zapatos a Jared. Y ella lo sabe. Peor, todos lo saben. A veces, no es cuestión de dinero.

«¡Ay, cariño! Qué mal lo tienes que estar pasando, cuando el recambio que has encontrado tendrá mucho dinero, pero nada más».

Un rato después, estamos sentados en la mesa del árabe y, para mi sorpresa, una mujer le acompaña. Es una guapísima morena, con los ojos oscuros como él. Y para más sorpresa todavía, me la presenta como su esposa. ¡Vaya! Una vez que estoy al tanto de ese detalle, no puedo evitar fijarme en ella detenidamente, aunque procuro hacerlo de manera disimulada.

Realmente es una belleza.

Algo más baja que yo, pero no mucho. Figura escultural, pues lleva un vestido entallado, largo, sin escote y de manga larga. El brillante y oscuro cabello lo lleva recogido en un moño elaborado y sus lóbulos muestran unos grandes diamantes.

Muy grandes.

Tienen que costar una pasta.

Y me viene a la memoria, la pulsera de esmeraldas que rechacé de ese hombre que es su esposo, y siento que parece que haya pasado un siglo.

Un rato después, estamos sentadas una al lado de la otra. A mi derecha tengo a mi amigo, y a la izquierda de ella, está el esposo; los otros comensales son Nicole y su acompañante, Calder y Adele. El amigo de Ans, Maurice, está en otra mesa con el galerista y otros invitados.

Me fijo en el padre de Nicole y en su tía Adele, en su comportamiento, que resulta una mezcla de frialdad y confianza; una relación de familia, de años y de algo más. No deja de ser curioso, pues Adele es la hermana de la esposa de

Calder, y no sé por qué motivo, creía que los cuñados no se llevaban bien. Sí, ya recuerdo, el sueco me lo contó.

Hace muchos años, Calder y Adele se liaron, estuvieron manteniendo una relación ilícita durante meses, casi un año, hasta que la esposa se enteró, o más bien, lo correcto sería decir que los descubrió. Se llama Ava, no, Eve, sí, eso es.

Eve se fue a ver a su hija, que estaba de campamento y como su esposo no pudo acompañarla, pues tenía una reunión de negocios inamovible, decidió que pasaría el fin de semana con una antigua amiga que vivía en una ciudad cercana al lugar donde estaba su hija, pero, al final, volvió un día antes, pues el marido de la amiga se puso enfermo o algo por el estilo y ella no pintaba nada en esas circunstancias. Según el sueco, se olía algo, creía que su esposo la engañaba, pero no sabía con quién, y si en algún momento sospechó que podía ser con su hermana, no quiso dar crédito a esos pensamientos. Entonces vivían en un lujoso apartamento en la Quinta y el servicio tenía la tarde libre; Eve dejó las maletas abajo y le dijo al conserje que las subiera más tarde.

Abrió de sopetón la puerta del dormitorio y lo que vio la dejó paralizada durante unos segundos, pero solo unos segundos, pues al momento comenzó a coger objetos del tocador y a lanzarlos sobre ellos, que estaban de la siguiente guisa: Calder en pelotas, sentado en un precioso y floreado sillón orejero y Adele, en combinación de raso, con la cabeza metida entre los blancos y pecosos muslos del hombre, succionando sin parar.

Paró de chupar cuando escuchó el abrir de la puerta, la ahogada exclamación y el lanzamiento de objetos, pues para la pura verdad, todo pareció suceder en el mismo momento.

Un pequeño joyero de porcelana, uno de esos para dejar las joyas que te quitas por la noche y volver a ponértelas por la mañana, se estrelló contra la frente de Calder, abriéndole una ceja; y una polvera de cristal le dio en el hombro a Adele. Cuando iba a lanzar un enorme frasco de perfume, Chanel nº5, Calder la agarró y la inmovilizó mientras gritaba como una posesa. Adele agarró sus ropas, los zapatos los llevaba puestos, y desapareció de la habitación mientras Eve seguía gritando sin parar, maldiciendo a su hermana y a toda la estirpe de su marido, que desnudo como estaba, la amarraba para evitar que le diera un golpe en sus partes sensibles.

El sueco me explicó que Adele, hace algo así como veinte o veinticinco años, era una mujer atractiva y que, sobre todo, como llevaba trabajando

desde los veinte años y se movía en un mundo tan particular y peculiar, tenía muchas solicitudes. Pero ella, en secreto, siempre estuvo enamorada de Calder y cuando este se mostró interesado en tener relaciones, aun siendo ilícitas, aun tratándose del esposo de su hermana, accedió de buen grado.

Resultado, las hermanas estuvieron sin hablarse más de diez años.

En la actualidad, se ven de vez en cuando y poco más. Ya que a Calder no le interesa mujer alguna que rebase los cuarenta, sin embargo, Adele sigue enamorada de Calder. Se lo noto, en la forma en que lo observa cuando cree que nadie la mira.

Patético.

Igual de patético lo de esta hermosa mujer que tengo a mi lado. Me dan ganas de preguntarle si ella es la número uno o la dos o la tres. ¿Cuántas esposas pueden tener?, ¿cuatro? Sí, creo que son cuatro, siempre y cuando las pueda mantener como corresponde y nada de favorecer a una más que a otra.

Qué bien.

Bueno, recuerda, y si no lo sabes yo te lo digo, el profeta Salomón tuvo setecientas esposas que eran libres y nobles, y trescientas más que eran esclavas. Así como quien no quiere la cosa; un poquito de todo, variado. La poligamia en las tribus árabes es de sobra conocida, pero con la llegada del islam, se aconsejaba que si tenían más de cuatro esposas, eligieran cuatro y se divorciaran del resto.

Dejo mis pensamientos y atiendo a lo que me pregunta mientras voy comiendo mi langosta Newberg que, como es de esperar, está cocida en su punto, y la ligera salsa no camufla el sabroso sabor, al contrario, potencia la deliciosa carne del crustáceo.

—Tengo entendido que habla usted árabe. ¿Es así? —me pregunta esta hermosa mujer.

Tiene una voz dulce, femenina, con un ligero acento. La miro detenidamente y le muestro una sonrisa. Ella mantiene sus ojos oscuros clavados en los míos.

—Sí, así es.

—Algún día tenemos que tomar un café o un té y hablar un rato.

—Claro, será un placer. ¿Va a estar muchos días en la ciudad?

—Tres o cuatro. Mi esposo tiene citas de negocios y nosotras aprovecharemos para hacer algunas compras y visitar ciertos lugares.

La curiosidad me puede. Sé que no debo hacer la pregunta, pues puede

resultar invasiva, pero bueno, es ella la que ha comenzado la conversación, la que ha dado pie.

—Perdone, no quiero ser impertinente, pero ¿a quién se refiere con nosotras?

Espero que no sean ella y las otras esposas. Me mira con esos ojos tan impresionantes, tan llamativos. Lleva un potente sombreado y *kohl* remarcando todo el contorno y el interior y, realmente llaman la atención.

—Mis hijas y yo. Tengo tres hijas.

—Ahh, no lo sabía.

¡Anda, listilla!

—Sí. La mayor tiene diez años, la segunda ocho y la tercera cuatro.

No sé qué decir. No me lo esperaba. Por otro lado, el árabe debe ser de la edad de Jared más o menos.

—Parece usted muy joven para tener una hija de diez años —lo digo como cumplido, pero también lo creo y lo digo para llenar espacios.

Mis oídos oyen cómo el resto de los comensales hablan de arte y preferiría participar en esa conversación, y no en esta.

—No, no soy tan joven. Tengo treinta y dos años, la juventud está desapareciendo a pasos agigantados.

Bueno, lo que me faltaba. Esto es el acabose. Cuando las mujeres se ponen en ese plan... En la época en que vivimos... Me fastidia, no sabes hasta qué punto. «Sí, lo sé, Pacheco, lo sé».

—Permítame estar en desacuerdo. Algo así, en siglos pasados, bueno, pero hoy en día...

—Depende en el mundo en el que viva.

Me da que esta mujer es la esposa número uno y que la dos y la tres deben tener veinte años o menos. ¡Puf, qué asquito!

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Depende en el mundo en el que se viva.

Ella también ha pedido lo mismo que yo, y sus largos y delicados dedos manejan los cubiertos con pericia, pero sin prisas.

—Es usted una belleza. Creo que no he visto ojos con ese azul tan esplendoroso. —La miro fijamente, un tanto sorprendida de ese halago.

—Gracias. Yo puedo decir lo mismo. Los suyos son tan oscuros que parecen negros, y tan bellos que tiene que causar estragos entre los hombres.

Ella suelta una risa cantarina, suave, como no queriendo llamar la atención, aun así, la mirada del esposo se recrea en ella, durante unos segundos, para

volver a prestar atención a los otros comensales.

—Qué amable. Los ojos oscuros, de donde yo procedo, son de lo más normal.

—No creo que todas las mujeres árabes tengan unos ojos tan impresionantes como los suyos.

Sus manos siguen manejando los cubiertos, para llevar diminutas porciones de la deliciosa langosta a la boca. Y yo hago lo mismo. Es inaceptable hablar y comer a la vez. Por lo menos, que la boca tenga tan poca cantidad que no se note.

—¿Conoce los países árabes?

—No. Conozco toda Europa y el norte de África, pero no he visitado Oriente Próximo. En una ocasión iba a ir a Dubái con un cliente, pero sufrió un infarto y se suspendió.

—¿Con un cliente? —La pregunta sale entre sus labios, con un punto de sorpresa y curiosidad.

Dejo los cubiertos y la miro sonriente. Ella me devuelve la sonrisa.

—Hace algún tiempo trabajaba como intérprete.

—Ah, claro claro. Como con mi esposo.

—Exactamente.

—Ya, ya.

Terminamos nuestros platos y nos ponen el siguiente: huevos Benedict.

—Me va a perdonar la curiosidad, pero...

La miro fijamente y espero a que me pregunte. Soy consciente de las miradas curiosas de Nicole y de Adele.

—¿Cómo se le ocurrió estudiar árabe? —Ha bajado el tono de voz, y ahora tengo que poner más atención a sus palabras, pues el vozarrón de Calder se deja oír con ganas.

—Pues... cuando opté por ello, ya hablaba varios idiomas y pensé que el árabe debía formar parte de mi currículo. La verdad es que los idiomas se me dan bien, muy bien. No me cuesta aprenderlos y, aunque el árabe es un idioma muy diferente al inglés o a los latinos y su escritura también entraña cierta dificultad, todo ello fue un aliciente más que un problema.

Baja el tono de voz. Más todavía.

—Eso es una maravilla, bella dama —dice en árabe.

Y en el mismo idioma, le contesto:

—Muchas gracias, señora Najum.

En ese momento, oigo la voz de Calder que se eleva más de la cuenta, requiriendo mi atención y contesto a las preguntas del padre de Nicole, sobre pintura y escultura abstracta.

La noche transcurre de manera más o menos lenta, más o menos entretenida y, a pesar de las sonrisas de tía y sobrina, noto a Nicole algo envarada, y a Adele un tanto incómoda; no sé si será por mi presencia o tal vez por el hecho de estar los tres juntos: padre, hija y tía-examante-cuñada. Llega un momento en el que deseo que acabe, y el sueco y yo nos vayamos de este precioso restaurante.

Pienso en las veces que he estado en Delmonico's mientras escucho a Calder hablar de una pintura que compró hace muchos años, un Picasso, y explica que antes de adquirirlo pensó que era una falsificación. He venido en numerosas ocasiones, pero casi todas han sido por trabajo. Acompañando a clientes europeos en su mayoría. A excepción de esta noche, hace tres años que vine con un tipo de Wall Street y cuatro veces que vine con Burton, todas las demás, por trabajo.

A los europeos les encantaba cuando les contaba la historia del restaurante, considerado como tal en 1830 y que antes fue una pastelería. Algunos, al principio, podían sentirse un poco incómodos ante el lujo y el exceso de su decoración, sobre todo, esas personas, que boyantes de dinero, pero faltos de educación, no estaban acostumbradas a frecuentar restaurantes elegantes, clásicos, con tanto abolengo y cargados de historia. Pero una vez acomodados en la mesa y atendidos de manera perfecta, atenta y servicial, se daban cuenta de que, a pesar de estar en el Delmonico's, no se encontraban con el típico servicio rancio y estirado como puede ocurrir en otros restaurantes de características semejantes; y cuando probaban la comida y terminaban con los postres, todo eran alabanzas, una detrás de otra. Normalmente, cuando entrábamos les decía que las columnas a ambos lados del portal de entrada, podían haberse traído de Pompeya, más de uno y de una, se quedaban con la boca abierta; pero a veces, me olvidaba y lo decía a la salida, y entonces, me miraban con cara de sorpresa, para soltar unas risitas, producidas más por el alcohol que por el comentario mismo.

También les contaba que los huevos Benedict se habían creado en las cocinas de Delmonico's, aunque más de uno, entendiéndose experto, lo negó, lo niega y lo negará. Y justo en ese momento, Calder suelta una risotada y, como si me leyera el pensamiento, comenta mirando al sueco:

—No, amigo mío. Mr. y Mrs. Benedict vivían en la ciudad y comían cada viernes aquí. Un día la mujer le dijo al metre que si no tenía algo nuevo, algo diferente, pues se ve que estaban cansados de comer siempre lo mismo y, entonces, el metre les dijo: «¿Qué tal unos huevos escalfados sobre una tostada de *bagels* ingleses, con una tira de jamón y todo recubierto de salsa holandesa? Y así fue como surgieron. Aquí. —Toca con un dedo sobre la mesa, varias veces—. En Delmonico's.

Suelta otra risotada y se le nota que lleva unas copas de más.

—Bueno, no importa quién lo inventara. Están buenos y son famosos, eso es lo que importa —replica el sueco, mientras coge su copa de vino y da un sorbo, al tiempo que contempla su plato vacío.

—De eso nada —añade con cierta brusquedad—. Siempre importa quién inventa o no una cosa. Lo que sea. ¿O te gustaría que uno de tus cuadros se quedase sin firmar y, luego, años más tarde, alguien dijera que era de otro?

—Ten por seguro que eso no me pasaría nunca —añade mostrando una de sus hermosas sonrisas.

—¿Por qué?

Calder lo mira fijamente, esperando la respuesta.

—Porque antes de dar el primer trazo, pongo mi firma.

La risa de Calder resuena entre nosotros, provocando las miradas de otros comensales, pero como todos formamos parte de la misma fiesta, no importa.

—Cuando pintaste esos desnudos tan impresionantes, ¿también estampaste tu firma primero?

El sueco mueve la cabeza para afirmar, y yo siento las miradas de los hombres.

—Sí. Siempre. Es un ritual.

—¿No te afectó tener tanta belleza ante tus ojos y olvidarte de la firma? —Intenta dejar la mirada en el sueco, pero no lo consigue, pues me mira constantemente.

—Si te soy sincero, esa belleza me sigue afectando y la estaría pintando toda la vida. Pero, a pesar de ello, lo primero que hago es firmar el cuadro en blanco.

—¿Quién los compró? —pregunta voraz mientras clava sus ojos en el sueco y luego los desplaza hacia mí.

—Creo que un ruso, pero, sinceramente, no lo sé.

Calder mira a su cuñada.

—¿No sabéis quién compra qué? —interroga de manera enfadada, algo así como: «¿Sois tontos? ¿No sabéis a quién vendéis?».

Adele lo mira muy seria. Se limpia con delicadeza la comisura de la boca, y deja la servilleta sin retirar la mirada del rostro de su cuñado.

—Lo que importa es el dinero. Nos da igual que el cuadro o la escultura, la compre un particular, una empresa, un representante, sea en el acto, por teléfono o por sobre. La venta es lo que cuenta. Una vez que el dinero está en nuestro poder, la obra ya no nos incumbe. El resto es historia, o si lo deseas, curiosidad. Nada más.

—Sí, sí, todo eso está muy bien. Pero esos cuadros estuvieron esperando al mejor postor. Podías haberlos vendido rápido y, sin embargo, dejaste que subieran los precios, aprovechando todo lo que se estaba hablando.

Noto la mirada del árabe durante unos segundos. Solo unos segundos.

Su esposa está pegada al respaldo de la silla y nosotros nos podemos ver perfectamente..., pero ello entraña un movimiento de cabeza y todo el mundo se da cuenta. Entonces, es su profunda voz la que se deja oír.

—Algo muy lógico y normal. Siempre hay que aprovechar el momento, para que los precios suban como la espuma y, antes de que se desinflen, vender. Los negocios son así, todos, sin diferencias.

Cada vez que lo oigo hablar, estoy más que convencida de que nunca necesitó intérprete alguno.

—Sí, claro que sí —vuelve a intervenir Calder—. Además, está visto que os movéis de la misma forma que cualquiera. Que cualquier negocio.

Adele mira a su cuñado como si fuese tonto.

—Por supuesto, Doug. El arte es un negocio.

—Bueno, es un negocio cuando cae en tus manos, pero antes —mira al sueco—, cuando se está creando... ¿Qué es para ti? ¿Un negocio, un placer? ¿Qué?

—Es mi vida. Es todo lo que soy. Es un placer desde el primer segundo hasta que doy la última pincelada.

—A eso voy. —Todos lo observamos, esperando la continuación—. Es un placer para ti. Es un negocio para los galeristas —añade mirando a su cuñada, que le devuelve la mirada, seria—, y para nosotros, los que vemos esos cuadros, los posibles y futuros compradores... —mira de pasada al árabe, evita a la esposa, no pierde el tiempo en su hija, pasa de refilón por el acompañante y por el sueco y, por último, clava la mirada en mí— vemos una

maravilla, una obra maestra, en el caso de los cuadros de Ans. —Este sonrío ante ese comentario, pero los ojos verdes siguen clavados en mi rostro—. Pero Burton..., no debió de ver lo mismo. No debió de sentir ningún placer cuando supo que su esposa era... —La voz oscura y grave del árabe se deja oír:

—Eso está fuera de lugar, Calder.

No necesito que nadie me defienda, y menos el árabe.

—Le diré una cosa, señor Calder. Las mujeres somos muy dueñas de hacer lo que nos plazca, igual que los hombres. Eso fue lo que yo hice, y lo que seguiré haciendo. Lo demás... es historia.

Se hace un silencio en la mesa.

La esposa del árabe mira su plato, el árabe me contempla sin cortarse un pelo, al igual que el resto de los hombres y de las mujeres. Y, en ese momento, la voz de Nicole se hace oír:

—Muy bien dicho, Alex —exclama cogiendo su copa de vino blanco y, levantándola mientras su padre la observa y su tía mira al vacío—. Brindo por las mujeres.

Ans coge la suya y la eleva.

—¡Lo secundo! —replica con una gran sonrisa.

Y, de esa manera, todos brindamos cuando el camarero llega con el postre.

El famoso Baket Alaska es colocado en el centro y el chef sale para flambearlo mientras otros camareros hacen lo propio en el resto de las mesas. Los han hecho más grandes, para cortarlo en raciones. Siempre me ha maravillado el flambeado del *soufflé* y encontrarme debajo el helado de plátano y la compota de albaricoque sobre esa base de galleta en su interior. Es ese tipo de postre que prefieres comértelo sola, en tu casa, viendo una peli y poniéndote las botas, sin tener miradas indiscretas. Realmente delicioso. La voz de Calder se deja oír otra vez:

—Ves, Ans, otra cosa que es del Delmonico's. Podrán hacer imitaciones, todas las que quieran, pero el único, el genuino... es este. —Muestra los dientes en una sonrisa lobuna y con la mirada señala el goloso postre. Pero, al momento, eleva la vista y añade—: Como tus cuadros. Únicos y genuinos.

Ahora los ojos, un tanto vidriosos, se centran en mi rostro y sonrío de manera boba, para, al siguiente momento, mirar al árabe y dejar de sonreír.

Cuando estamos a punto de irnos, siento que alguien coloca sobre mis hombros el abrigo y, creyendo que es el sueco, muevo la cabeza y me

encuentro con los ojos de Jared. Nuestras miradas se enganchan durante un tiempo que parece eterno. Su boca se acerca a la mía y acaricia mis labios, sin importarle que la gente nos mire.

Clava los ojos en el sueco y, con esa mirada, lo despide y le dice que se busque la vida, que se lleva a su mujer de ese nido de avispas, que se la va a follar en cuanto estén solos; todo eso, se lo comunica con la mirada, con esos ojos tan preciosos que tiene.

Mira al resto de los invitados, hace un ligero movimiento en señal de saludo y, cogiéndome por la cintura, me saca del restaurante, siendo conscientes del amargo rictus de Nicole, el semblante enfadado de Calder, la mueca de Adele, la sorpresa de la mujer del árabe y la fijeza de los oscuros ojos de Ghiyath Najum.

# DOCE

Subimos al taxi, que está esperando, y una vez dentro, me coge de la nuca y me besa a conciencia. Casi me quita el aliento, casi me deja sin respiración. Casi casi...

Su boca me atrapa, sus labios me vuelven loca y su lengua abrasa todo lo que toca, todo lo que acaricia, todo lo que succiona. Siento una miríada de sensaciones, al tiempo que una mano resbala por entre los muslos, y esos dedos largos y expertos llegan hasta mi sexo y lo acarician por encima de las bragas.

He soltado un suspiro profundo y, aunque mantengo los ojos cerrados, seguro que he asustado al taxista o, lo que es peor, lo estamos excitando.

Pero Jared... Para. Deja de besarme y de tocarme, aunque su mirada no se retira de mis ojos.

—Estás preciosa. Eres preciosa. Lo más bonito de la tierra —murmura, sin dejar de observar mi expresión.

—Gracias.

—No hay que darlas.

No dejamos de mirarnos.

—Gracias por venir a buscarme. Estaba deseando salir de ahí.

El tono de mi voz es bajo, susurrante.

—¿En serio? Creía que Delmonico's era uno de tus preferidos.

Le gusta tomarme el pelo.

—Y lo es. Pero contigo, no con esa gente.

Me acaricia el rostro. Lleva otra vez su mano grande y cálida a mi cuello, y vuelve a besarme. Despacio. Muy sutilmente.

Coge mis labios entre los suyos y los lame, los chupa una y otra vez. Saboreo su lengua y él... la mía. Despacio al principio, pero a continuación... nos desbordamos. Nos estamos pasando, pues el comernos así las lenguas, nos excita por igual. Y sabe que tenemos que parar, que tiene que parar. Deja de hacerlo y me murmura al oído:

—Vamos a poner cachondo al conductor.

Río por lo bajo.

—Vamos a lograr que se le ponga dura como una manguera de bomberos a

toda presión y tengamos un accidente.

Sé que el hombre no nos oye, que solo escucha murmullos. Pero estos sonidos indescifrables dicen más que una película porno. Vuelve a besarme y, entre risas, me separo.

—Para ya. —Pongo una mano en su pecho, riéndome de sus palabras.

Por fin hemos llegado. Bajamos y paga al taxista, que echa una larga mirada a mis piernas, para después mirar a Jared y resoplar, ante la sonrisa de mi hombre. Cuando entramos en casa, su casa, aunque ya la siento como mía, no da lugar a tregua.

Me quita el abrigo de una, lanzándolo a una esquina del sofá, me engancha por la cintura y me sube el vestido por encima de las caderas, dejando al aire lo poco que tapa este vestidito.

Me toca.

Me palpa.

Me mira con ansia.

Se sienta en el sofá y me coloca entre sus piernas. La boca queda enfrente de mi sexo, todavía tapado por las braguitas. Sus bellos ojos se desplazan lentamente por mis caderas, por el borde ondulado de la prenda de encaje negro.

De golpe, me gira, para que mi culo quede delante de su cara. Lo oigo respirar profundamente, resoplar mientras sus manos siguen en la parte alta de mis muslos, donde comienza la cadera.

Tengo los brazos elevados, los codos doblados y las manos cruzadas a la altura de los pechos, pues no quiero obstaculizar lo que él haga y, entonces, esas manos que me hacen enloquecer, dejan de tocar los laterales y se deslizan por los glúteos, por encima del encaje, acariciando con lentitud, recorriendo toda la carne. Lo hace tan despacio que resulta un placer y un martirio, pues deseo que me arranque las bragas, que magree mi culo y que meta la mano por entre los muslos para llegar al sexo; pero no hace nada de eso. Me sigue acariciando y, despacio, va bajando las bragas. Yo no me muevo. Sé que no le gusta, que si quiere algo, lo pide, ya que cuando él empieza, él lleva el mando.

Y las bragas llegan hasta mis tobillos y ahí se quedan, pues no voy a hacer nada que él no ordene con sus manos, con su cuerpo o con un gesto... o con su voz. Entonces, hace el camino a la inversa, con esas adorables y expertas manos, con esos dedos que encienden cada terminación nerviosa de mi piel.

Y suben.

La palma de la mano izquierda, por el exterior de mi pierna izquierda. La parte dorsal de la derecha, por el interior de mi pierna derecha. Dios, estoy haciendo esfuerzos sobrehumanos para no sentarme encima de él y restregarme contra su polla.

«Aguanta, Alejandra».

«Aguanta».

Está llegando a lo más alto de mis muslos que, sin poderlo evitar, mantengo tensos y duros y, entonces, la mano que va por dentro, la coloca fuera, encima del glúteo, y la otra también, rodeándolos, queriendo abarcarlos, para acariciarlos, para pellizcarlos con suavidad. Y, al momento, noto cómo posa su boca sobre una nalga.

Notando el calor de esos labios. La humedad. Sintiendo un placer extremo, besa y lame durante un largo e intenso instante. Hace lo mismo con la otra mientras esas manos grandes y cálidas están en mis caderas, más cerca del sexo, pero no lo tocan, porque no se acerca más. Al contrario. Hace algo que sé que lleva tiempo deseando.

Y, así, sin más, coloca una mano sobre mis riñones, hace que me doble y que apoye las palmas de las manos sobre la mesa baja que está enfrente del sofá. Esa mesa donde cenamos muchas veces, donde ponemos las palomitas que nos comemos viendo una peli o una sesión de deporte, y las cervezas que él se toma.

Imagínatelo, estoy con el vestido enroscado en la cintura, las bragas en los tobillos, con mis tacones de aguja, el cuerpo doblado y mis manos apoyadas en la mesa, mientras él..., vestido con su camisa blanca y el pantalón oscuro, mete la lengua por la raja y recorre todo el camino mientras sus dedos separan los glúteos para que su boca y su lengua puedan..., lleguen más profundamente.

Estoy en el paraíso.

Pero tan excitada que tengo ganas de gritar como una loca. Sé lo que va a venir. Sé lo que se avecina. Lo espero. Lo deseo. Y, notando su lengua alrededor del ano, siento sus dedos ensalivados, enredando, jugueteando... Algo así como esperando mi consentimiento, y se lo hago saber. No estoy para tonterías ni pérdidas de tiempo.

Inclino más mi cuerpo y abro las piernas, todo lo que me dejan las bragas o más. Para eso está la licra... Y sí ceden... Que se rompan. En estos momentos el placer me nubla.

«No exageres, Pacheco».

No exagero.

«Vale, lo que tú digas».

Casi... casi me nubla.

«Eso es otra cosa».

Y, en esa postura de gimnasta, espero, mientras una mano se desliza por toda la raja y oigo el sonido metálico de la hebilla del cinturón, el bajar de la cremallera y el sonido del tejido de los calzoncillos al sacar el pene. Oigo también su respiración, y sé qué la provoca.

Yo la provoco.

Yo, que estoy moviendo las nalgas como una hembra caliente y experta, para que el macho actúe cuanto antes. Para envolverlo en el morbo, para que reviente de lujuria. Estoy oyendo un sonido. Conozco ese sonido. Son sus dientes rompiendo el envoltorio de un condón.

Y es rápido, muy rápido. Entonces, una mano agarra mi cadera y la otra guía ese ejemplar hacia esa zona oscura. Espero que no me haga daño, pues sí, estoy excitada, pero tal vez no lo suficiente dilatada para ese torpedo que tiene entre los muslos. Aunque no es brusco, al contrario. Además, los condones que usa llevan una buena lubricación y eso... siempre viene bien. Noto cómo se controla, cómo se frena. De qué manera sujeta su fuerza, su anhelo, su afán de poseerme de esa forma.

Y oigo su voz susurrante, ronca de deseo, que me pregunta si me hace daño, a lo que contesto que no, que siga, que soy toda suya. Me penetra, despacio, pero sin pausa, mientras resopla, rugiendo por lo bajo.

Y sé que está mordiéndose el labio, que sus bellos ojos miran lo que está haciendo, lo que me dejo hacer, que contempla mi precioso, redondo y carnoso culo, haciendo esfuerzos para no ser violento y para no correrse en el acto.

Ya está dentro.

Todo.

Lo siento por completo, pues me inunda.

Pero no siento dolor, al estar en esa postura, mi cuerpo se abre por completo y eso nos beneficia a los dos, pero no pienso estar así mucho tiempo, pues, al final, lo que es placentero se convierte en algo incómodo si se alarga demasiado. De manera que me muevo, dando pequeños topetazos contra su pelvis y eso hace que sus movimientos sean más rápidos, que sus dedos se marquen en mi carne, que sus pulgares abran los glúteos y que se corra de

golpe. Ahora no se controla. Ahora grita mi nombre. En inglés, en corto.

—¡Alex!

Y todavía dentro de mí, lleva una mano hacia delante y me toca el pubis, me acaricia el sexo y coloca el dedo corazón en todo el centro, friccionando, arriba y abajo, deslizándose, metiéndolo y sacándolo. Una y otra vez, una y otra vez. Haciendo que todas las terminaciones nerviosas del clítoris se pongan en marcha, que el resto de mi vulva se inflame, se altere, se enfurezca. Provocando que mueva las nalgas contra su pelvis y que aumente el movimiento de mis golpes, al mismo tiempo que él aumenta el ritmo de su mano, provocándome un orgasmo que me deja sin respiración, que me tensa todos los músculos del cuerpo, que mis uñas arañan la superficie de la mesa, teniendo la sensación de que voy a quedarme rígida, en esta posición, de que me voy a romper. Como si fuese un hilo de cristal. Pero no soy tan delicada. No ocurre nada de eso. Al contrario.

Me pongo a reír mientras él sale de mí y me sujeta por la cintura para incorporarme, mirándome entre extrañado y feliz. Sin dejar de observarme, se quita el preservativo y lo tira al suelo. Hace algún tiempo que no los usa, pues estoy tomando la píldora; pero ha debido de pensar que para hacer lo que hemos hecho, el condón muy fino y lubricado, era lo más adecuado para no ocasionarme mucho daño. Este hombre está en todo.

Me quita el vestido, el sujetador, me acaricia los pechos, por la base, por los lados, los junta y besa, y lame los pezones mientras yo no dejo de mirar esa lengua, esa boca, esa cara, y me excito con solo contemplarlo.

Se agacha, se arrodilla y me quita las bragas, para que no me caiga, primero un pie y luego el otro. Ahora estoy desnuda y subida en los tacones de aguja. La mirada de mi hombre, me recorre entera. Me analiza tan lentamente que el vello de mi cuerpo se eriza como si hubiesen abierto mil puertas de golpe.

Entonces me besa. Un beso lento, largo, sabroso. Un batir de labios, unas caricias de lengua... Mientras sus manos se deslizan por mi espalda y su pecho, cubierto por la camisa, se pega a mis pechos, los aplasta, cuando su pene baila juguetón contra mi bajo vientre contra los ricitos del pubis. Y ya no aguanto más. Quiero tenerlo dentro de mí. Y él se da cuenta, sin yo decir nada.

Se sienta en el sofá y me lleva con él. Se baja los pantalones hasta medio muslo y me coloca encima, al tiempo que entra en mi cuerpo o yo entro en él, sin dejar de mirarnos. Y las palabras que salen por su boca, penetran en mi

cerebro:

—Te amo, Alejandra. Te amo más que a nada, más que a nadie.

Siento que mi cuerpo tiembla.

Siento que los dioses se han puesto de mi parte.

Siento que por una vez... Para alguien...

Para él... Soy lo más importante del mundo.

No quiero llorar, pero sin poder evitarlo, una lágrima se escapa de un ojo y luego otra y otra, hasta que los dos ojos se ponen a la par. Y no importa, porque no dejo de moverme, no dejo de saltar encima de él, mientras me agarra de la cintura, para marcar el ritmo, sin dejar de mirarme.

Y mis palabras salen susurrantes.

Calientes... Cuando las lágrimas desaparecen.

—Soy la mujer más feliz del mundo. —Él no deja de observarme—. Solo te necesito a ti —añado entre suspiros—. Solo a ti. Nada más.

Lleva una mano a mi nuca y me besa con pasión. Con furia, mientras nuestros cuerpos se vacían y nuestras almas se unen.

«Uy, ¿no te parece que estás siendo un poco ñoña...?».

En estos momentos..., sí.

Sí, sí, sí, sííííí.

# TRECE

De nuevo, otra vez, nos vamos a la galería de Adele.

El sueco expone sus últimas obras y le sigue siendo fiel a su amiga, a su mentora. Me parece bien; como dicen por muchos lugares: «Es de bien nacido, ser agradecido».

No pensaba ir, pues no me apetece demasiado y, además, se expone el último cuadro que Ans me ha pintado. Pero en cuanto lo he dicho, Jared me ha dicho que ni hablar, que tengo que estar y él estará conmigo. Bueno, siendo así, está bien..., pues no me apetece ir sin pareja.

No me apetece ir sin él.

De manera que ahí estamos, por segunda vez. Y no puedo evitar los recuerdos: del brazo de Burton, todo el mundo fijándose en nosotros, y lo más importante, reencontrarme con Jared. Algo así no podré olvidarlo nunca.

Ya te he dicho que con él no tengo ningún tipo de problema. Visto como quiero, me comporto como quiero, hago lo que quiero..., en fin, me deja ser yo misma.

A pesar o por ello, de eso que me dijo, cuando lo hicimos en el estudio del sueco, delante del cuadro sin acabar: «Eres mía», a pesar de ello, como digo, no es un hombre posesivo, ni celoso ni nada por el estilo. No fisgonea en mi móvil, ni en el bolso ni el portátil, nada de nada. Confía en mí al cien por cien y todo lo que hago le parece correcto, y cuando quiere que haga algo en particular, ya mueve las piezas que haya que mover para que yo haga su santa voluntad. Yo me doy cuenta, él se da cuenta de que yo me doy cuenta, y los dos tan contentos.

Esta vez, ha sido él, el que ha dicho lo que debo llevar puesto. No me lo ha ordenado, para nada, simplemente ha ido al armario, a su armario que ha hecho mío, ha cogido un vestido y me ha dicho:

—Me gustaría verte con este vestido.

Y yo, por supuesto, me lo he puesto.

Es de raso, verde esmeralda, drapeado y con un solo hombro. Sencillo y precioso. Es corto, pero no tanto como el que llevé a la exposición del Soho; ya sabes la norma, si enseñas por arriba, tapa por abajo.

Lo llevo sin sujetador, no hay problema, mis pechos están en su sitio,

tiosos, duros y firmes. Tampoco llevo medias, ya sabes que mi piel es impecable y mi tono ligeramente dorado es... simplemente perfecto. Como el vestido es drapeado, no hace falta llevar tanga, con unas braguitas está bien. Me pongo unas sandalias en un tono oro viejo, donde destaca la pedicura color vino borgoña. Las manos solo lucen mi pequeño diamante de compromiso y las uñas, ni cortas ni largas, con un ligero brillo, pues no necesitan más. El cabello me lo he recogido en un moño francés, dejando algún mechón suelto, por la parte del rostro.

A ver, qué quieres que te diga... Estoy perfecta.

Soy perfecta.

Y que conste que te lo digo sin ánimo de presumir, ni nada por el estilo. Simplemente constato un hecho, una realidad. Si tú fueras yo, y yo tú, te lo diría de igual manera.

«Sí, Pacheco, no te repitas».

Bajo las escaleras, llevando en la mano una caja bordada en tonos pastel, una caja bolso y un mantón de Manila.

¿Te sorprendes? ¿A que no adivinas quién me lo ha regalado?

Jared.

Lo vio en un mercadillo de Brooklyn, un domingo que salió a buscar fotos antiguas de ciudades de Estados Unidos o de donde fuese. Lo encontró cuando se dirigía a un puesto determinado y, a pesar de estar apretujado con otros pañuelos de señora, le llamó la atención, por los flecos, dijo él. Se lo compró a un hombre que vendía de todo, por treinta dólares.

Una ganga.

Yo creo que ese mantón perteneció a alguna dama ya muerta, y este tipo compraría las pertenencias a los herederos, o igual serían de alguna subasta, donde compran lotes enteros sin saber qué es lo que se van a encontrar. Bueno, el caso es que el mantón estaba en perfectas condiciones, si omitimos un ligero olor a naftalina y moho, y un pequeño agujerito, que la preciosa Clarita remendó de maravilla.

Después de que Clarita lo arreglase, lo llevé a mi casa y como no había previsión de lluvias en varios días, lo dejé colgado en el jardín para que se orease todo lo habido y por haber. Días más tarde, estaba perfecto. Es de seda, en un tono albaricoque muy claro y los bordados..., por Dios Santo, qué bordados más hermosos. Hechos a mano, grandes y hermosas flores y preciosos pájaros volando encima de ellas, dispuestos con sus picos para

absorber todo el néctar. Los tonos rojos, rosas, granates de las flores destacan como llamaradas, y los verdes, azules y algún punto de negro, se deslizan por las plumas de las aves. Si a eso le añadimos que los flecos son largos, muy largos, el mantón brilla por sí solo.

Por descontado, te diré que la mujer que lleve un mantón de este tipo, tiene que ser alta, pues esos flecos son tan llamativos como los bordados, y si no eres alta..., una de dos: o desapareces debajo del mantón o peor, arrastras los flecos por el suelo, recogiendo todas las pelusas. En fin, una auténtica obra de arte.

Bueno, como te decía, bajo las escaleras, y Jared clava los ojos en mí. Yo solo lo miro un segundo, pues con las sandalias de fino tacón, mis ojos van más a la escalera que al hombre que amo. Cuando llego a su lado, le doy la cajita y me coloco con mucho salero, como las españolas, el mantón sobre los hombros. Él no pierde detalle, no deja de observarme.

—Faltan calificativos para definir tu belleza.

—Deja mi belleza en paz. Mira el mantón, esto sí que es una belleza. ¿Has visto qué maravilla?

—Sí, desde luego. Una auténtica belleza.

Pero no mira el mantón, no quita los ojos de mi rostro y luego de mi cuerpo.

—Menos mal que no soy celoso, si no, estaría perdido.

No lo dice en tono jocosos, tampoco dramático, simplemente... lo dice.

—Sí, eso es cierto. Pero ¿por qué no eres celoso?

—No lo sé. Nunca lo he sido. Nunca he tenido ese sentimiento.

Nuestros ojos se miran, se acarician, se aman.

—Mejor, ¿no? —Muestro una sonrisa.

—¿Y tú?

—Ahora no. Antes sí.

—Antes, ¿cuándo? —La pregunta sale un poco arisca, pues, tal vez piense que me refiero a épocas pasadas, a cuando estaba casada con Burton.

—Cuando te conocí y cuando estabas con Nicole.

No dice nada. No deja de taladrarme con esos ojos, con esa mirada. Esa mirada que... me derrite.

Lleva un traje oscuro, de esos que le sientan como un guante, aunque no valgan cientos de dólares. Tiene ese cuerpo tan perfecto que todo le queda impecable. Nos separa menos de medio metro. Se acerca, me quita el mantón y

lo deja caer en el sofá, junto a la cajita bolso. Acerca sus grandes manos a mi rostro y me acaricia los laterales del cuello.

—Tal vez no he dicho la verdad. Tal vez no sentí celos cuando supe que te casabas con Burton, pero sí noté algo parecido a la rabia, a la envidia. Y cuando te vi en la galería...

Sus manos siguen acariciando mi cuello. Sus ojos me abrasan.

—¿Qué? —pregunto con un murmullo.

No contesta al momento, pero sé que lo va a hacer.

—Deseé que estuviera muerto. Que desapareciera de la faz de la Tierra. — Siento el calor de esas manos en mi cuello, el deseo en cada una de esas palabras.

Entonces, una mano se despega de mi piel y se dirige al bajo del vestido, a la unión de mis piernas, de mis muslos.

—No sabes cuánto te deseé esa noche. —La mano ya está entre los muslos, tocando mi sexo, y yo, no tardo ni un segundo en abrir las piernas para me toque a placer. Para que haga lo que le dé la gana. Para que sus dedos penetren entre la costura y mi piel mientras nuestras miradas no se despegan.

—Me toqué pensando en ti.

Me masturba, así, de pie, mirándonos, tocándome sin parar. A través de la braga y por debajo, lo mismo da, pues el placer es intenso y, en cuestión de un par de minutos, me hace jadear, me hace gritar su nombre y me muerdo el labio de puro placer.

—Me provoqué un placer supremo, recordando la visión de la mujer más hermosa y misteriosa del mundo.

En todo este tiempo, su mirada no se ha retirado de mi cara, contemplando mis ojos, mi boca, el enrojecimiento de mis mejillas cuando llego al clímax mientras oigo las últimas palabras.

No sentimos vergüenza de lo que hacemos, no nos importa que estemos en el salón, que las luces nos iluminen desde cualquier ángulo, que estemos vestidos de punta en blanco para ir a la galería, que él me mire mientras me corro, que me toque hasta correrme; no importa en absoluto, pues somos libres, somos tal para cual, estamos hechos el uno para el otro.

Ahora sé que él sabe. Sabe que provoqué la pelea con Burton, que busqué su muerte, aun a riesgo de perder la vida. Lo sabe. Y me gusta, porque sé que jamás lo utilizará en mi contra.

Jamás.

Retira la mano del interior de mis muslos, huele sus dedos y los lame... Y yo, no retiro la mirada de todo lo que hace. Pero como siga así, me va a poner caliente, otra vez... Parece darse cuenta y me da una palmada en el trasero.

—Venga, vámonos.

Miro su entrepierna y veo que está empalmado.

—¿No quieres que te haga algo?

Me sonrío.

—No —niega mostrando sus preciosos dientes.

Se dirige al baño y oigo el sonido de la cremallera de su bragueta, y el chorro de orina al chocar contra el inodoro. El grifo al abrirse y lavarse las manos, el frufrú de la toalla.

Cuando sale, ya estoy compuesta, con mi precioso mantón a los hombros, esperándolo con una sonrisa, mientras contemplo ese espécimen de hombre que está para relamerse los labios hasta dejarlos custridos.

Y ahora estamos en la galería.

Nos encontramos con muchos conocidos, y con otros muchos que, al menos yo, solo los conozco de vista, pero que sé que eran del círculo de Burton y de Adele y, por supuesto, con un buen número de desconocidos. Los que no son desconocidos para una servidora, son los periodistas y los cámaras de televisión, quienes después de un rato se van, casi obligados, y será una persona cercana a Adele, quien haga la fotografía del último cuadro que me ha pintado Ans.

Se encuentra en el piso superior, en una de las zonas más vistosas, pero, con la iluminación apagada, esperando que llegue el momento, para encender los focos que se proyectarán sobre la obra. Porque el cuadro está cubierto con una seda negra, para que nadie lo vea antes de tiempo, y dar la campanada.

Según vamos recorriendo la sala de abajo, saludamos a unos y a otros, y somos conscientes de que más de uno murmura por lo bajo, chismorrea cuando nos alejamos. Es normal, están viendo a una pareja, que ella ha matado en defensa propia a su marido, que a su vez fue sospecho del asesinato de la primera esposa y que fue investigado por el policía que ahora me acompaña, que es mi pareja.

Como para no murmurar.

Según van pasando los minutos, y voy viendo caras y más caras, me alegro de no ver el rostro de Nicole; no por nada, no por mí, pero sé que le incomoda vernos juntos, sé que sigue enamorada de Jared, y sé que no puede evitarlo. De

manera que es mejor así.

Según ha dicho Adele, que nos ha recibido nada más llegar y que ha admirado con detenimiento el mantón de Manila, su sobrina se encuentra en Los Ángeles, redecorando una mansión de alguien famoso.

Después de llevar media hora, veo al padre, a Calder, justo en el momento en que estamos hablando con el sueco. Presto atención a las palabras de Ans y me olvido del resto. Está contento, está pletórico y su novio, que está a su lado, sonrío bobaliconamente, de verlo tan feliz.

—Mañana se subasta el cuadro —explica mirándome fijamente.

Le devuelvo la mirada y no la despego de sus acuosos ojos.

—Esta noche queremos que se vea, que se hable, que comience la fiesta. Mañana estará la fotografía en toda la prensa y..., por la tarde, a las cinco, comenzará la subasta.

—No te hagas muchas ilusiones —añado con una sonrisa—. Tú siempre eres una maravilla, un artista sin igual, pero..., tal vez, repetir modelo te perjudique.

Sabe que lo digo en serio, que no bromeo.

—Cariño. —Me pone una mano encima del antebrazo—. No va a ser por mí por lo que se dispararán los precios. Va a ser por ti y solo por ti. Cuando caiga esa seda negra, todo el mundo te va a reconocer.

Es cierto, porque, aunque solo se ve un ligero perfil de mi rostro, se adivina que soy yo, si a eso añadimos el cabello, el tono de piel, incluso la altura, pues ya sabes que es tamaño natural... Ahora es Jared el que interviene:

—Mañana, muchos tipos forrados estarán deseando tener ese cuadro y estarán dispuestos a pagar una pasta innombrable. Y seguro que a más de uno le gustaría pagar por tener a la modelo al natural en lugar del cuadro.

El sueco se ríe, el novio también.

—Es mejor el cuadro, Jared —añado después de las risas—. El cuadro va a envejecer mejor que yo. Eso seguro.

Pasa el tiempo y, entre unas cosas y otras, por fin llega la hora.

Todos nos encontramos en la planta superior. Todos alrededor del cuadro, menos nosotros que estamos alejados, pero como somos altos, no tenemos problemas de visión.

Las luces se encienden, unos empleados se acercan y se colocan a ambos lados de la enorme tela.

La seda negra va cayendo desde la altura de más de dos metros, que aún es más alto, pues está situado encima de un bloque de mármol negro, de un metro de alto por otro de ancho.

Lo primero que vemos los ahí congregados, es el cabello suelto y el perfil delicado. El pelo presenta unas tonalidades brillantes de castaño claro y rubio, con unas ligeras ondulaciones. Después la espalda que deja libre el cabello, y seguidamente...

Se escucha un murmullo, pues las nalgas han quedado al descubierto y realmente... Son una maravilla.

Continuamos con la largura de los muslos, con esa separación provocadora. Seguimos por las torneadas pantorrillas y terminamos en los altos tacones. La seda ya está encima del mármol y el murmullo de la gente continúa. El fotógrafo dispara desde todos los ángulos, para mandar esa misma noche las fotos a la prensa. Y, en ese momento, mis oídos escuchan las palabras de Jared:

—Maravillosa. Colosal. Simplemente perfecta.

—Sí —afirmo como si la que está ahí, no fuese yo—. Si un millonario caprichoso quiere gastar una millonada como con los otros cuadros, mañana lo sabremos.

—No lo dudes, nena, ni por un momento. —Me mira y me coge por la cintura—. A más de uno le gustaría comprar el original.

Me da un beso en la boca y, al terminar, me lleva lejos de donde están todos. Esa zona no la conozco.

Abre una puerta y nos metemos en el despacho de Adele, o de alguien. Abre otra y entramos en un pequeño baño, blanco y rosa. Echa el cerrojo y clava su intensa mirada en mi cara, en mi cuerpo.

Se acerca, deja el mantón y el bolsito sobre la repisa de mármol blanco y me sube el vestido hasta la cintura, me baja las bragas y me las quita.

Mientras hace eso, mientras yo coopero elevando una pierna con mi preciosa sandalia para que la braguita se deslice y repito lo mismo con la otra, me fijo en que tiene una erección tremenda, y eso ha empezado antes de entrar en el despacho.

No se desabrocha el pantalón, solo se molesta en abrir la bragueta y sacar el pene hinchado, venoso, que mis ojos recorren y mis dedos se deslizan en toda su longitud, abarcando su grosor, al tiempo que oigo la respiración acelerada de mi amado.

Se sienta en el inodoro rosa y hace que me siente encima de él, que me vaya clavando despacio, notando cómo entra, cómo inunda mi vagina, cómo me llena, cómo me expando para que todo me quepa. Dios..., es una maravilla sentirlo así. Y mientras eso ocurre, me dice cosas al oído, cosas ordinarias, vulgares, soeces, palabras que me encienden más todavía y que logran que yo me comporte igual y le corresponda de la misma forma.

Su pene ha llegado al final y ahora permanece quieto, no se mueve, se dedica a comerme la boca de una forma salvaje y yo le correspondo de la misma manera. Somos dos locos.

Actuamos como dos enfermos. Dos necesitados... El uno del otro.

Y, en ese frenesí, llegamos al clímax, mientras me agarro a su cuello y él me atrapa las caderas, para permanecer unidos.

Para que nadie nos separe. Pero todo tiene un final y no podemos quedarnos ahí eternamente.

Me eleva y mis tacones suenan en el suelo de mármol blanco. Sin moverme, sin dejar de mirarlo, coge un trozo de papel y limpia el miembro que todavía está hinchado, todavía podría darle otro meneo. Al darse cuenta de que no le quito la vista de encima, me mira y sonrío.

—Porque no estamos en casa, que si no..., no sabes las cosas que te haría.

Yo sigo en la misma postura. No me he movido ni un milímetro desde que él me ha levantado de su regazo. Veo cómo tira ese papel a la papelera que está al lado y coge otro trozo. Alarga el brazo y me acerca hasta él. Lleva una mano al interior de mis muslos y limpia el semen que se dirige, sin nada que lo frene, hacia abajo, hacia el interior de mis rodillas. Cuando ha terminado, coge otro trozo y lo lleva a mis genitales. Lo limpia, despacio, lentamente, sin dejar de observarme, mientras siento esos dedos frotando los pliegues de mi sexo, notando el recorrido descarado que está haciendo, pues no limpia y ya está, no, está tocando, acariciando, rozando cada elevación, cada pliegue, cada hendidura. Y el muy cabrón... me está excitando. Y lo sabe, pues por eso lo está haciendo.

De manera que cuando coloco las manos sobre sus hombros y comienzo a gemir, él sonrío y lleva esa manipulación de sus dedos a lo más sublime, a lo más alto. Haciendo que grite, haciendo que mueva las caderas con cada frotada, con cada toqueteo, con cada pellizquito y, por fin, me viene otra vez, me corro contra sus dedos, agarrada a sus poderosos hombros y gritando su nombre.

Minutos más tarde estamos fuera, y todos nos miran. A los dos, de la misma manera.

A mí por ser la protagonista de ese cuadro.

A Jared, por ser el dueño de esa protagonista.

Todos han notado la ausencia, pues se han preguntado unos a otros, dónde estábamos. Y ahora, más de uno, se imagina lo ocurrido. Es entonces cuando vemos a Calder, que se acerca, que muestra una sonrisa de oreja a oreja y me pregunto por qué.

—¡Maravilloso! ¡Simplemente perfecto! —exclama cuando llega a nuestro lado y mira fijamente mi boca.

No llevo carmín, Jared se lo ha comido. Mis labios están ligeramente inflamados y enrojecidos.

—Mañana, ese cuadro entrará en el libro de los *récords* —añade como si lo supiera todo.

—¿Vas a pujar? —pregunta Jared.

—Sí, no lo dudes. Aunque me temo que habrá algún que otro con más poder que yo.

—Seguramente —añade Jared, sin mucho entusiasmo.

—Pero bueno, el único que tiene el premio gordo... eres tú. El que se lleve el cuadro, se llevará esa perfección pictórica, pero la perfección carnal la tienes tú, todos los días.

El muy gilipollas habla de mí como si yo no estuviera delante. Jared no contesta. Me coge de la cintura y nos alejamos de Calder y todo lo demás.

—¿No venís a cenar?

Oímos a nuestras espaldas. No contestamos. Nos alejamos mientras la gente se hace a un lado para vernos pasar. En la planta baja, más de lo mismo. Adele se acerca rápido, pues ve que nos vamos.

—No podéis iros ahora —replica con una sonrisa, pero está molesta.

Jared la mira desde su altura y está dispuesto a continuar, llevándome por la cintura.

—Jared, no me puedes hacer esto.

Entonces dirige la mirada a mi rostro.

—Alejandra, no le puedes hacer esto al sueco. Es tu amigo, contamos contigo para la cena.

Entonces veo a mi amigo, cómo lo ha llamado Adele. Y realmente es así. Miro a Jared y mis ojos se lo dicen todo. Él comprende, entiende... y acepta.

—Está bien, pero en cuanto acabe la cena, nos vamos.

—De acuerdo. Perfecto —añade la galerista, mientras Ans me da un par de besazos en las mejillas.

Dos días más tarde, la noticia está en toda la prensa. El cuadro se ha vendido por cincuenta millones de dólares. A quién, no se sabe. Unos dicen que es el mismo millonario que compró los otros, el ruso, otros dicen que es un brasileño o argentino que está forrado y uno de sus *hobbies* es el arte, otros dicen que es un saudí que nada en petróleo, otros que un inglés que vive en Sudáfrica..., en fin, sea quien sea, ha gastado una cantidad descomunal por un cuadro, que como dice Ans: «Un cuadro pintado en unas cuantas sesiones, y todo el material no supera los mil dólares».

Y como dice Jared: «Mientras haya chalados que no les importe pagar esas cantidades, el mundo del arte seguirá siendo un negocio redondo».

Esa comidilla sigue durante unos días, una semana como mucho, después otras noticias copan los titulares artísticos y el cuadro pasa a un segundo plano.

Pero el caché del sueco, se ha disparado por completo. Tiene tantas ofertas que no da abasto, y lo que más le asusta es la cantidad de mujeres que, en secreto, le han pedido que las pinte desnudas; algo a lo que se niega. Dice que no se encuentra capacitado para ello, que después de pintarme a mí, tiene el cupo cubierto y cerrado.

Y de esa manera va transcurriendo el tiempo. Jared y yo somos felices, y no necesitamos de nada ni de nadie, cuando por fin, coge unos días de vacaciones y nos vamos a la Riviera Maya. Y es ahí, donde todo se tuerce, donde todo se va por el desagüe. Donde mi vida pega un giro radical por culpa de alguien que hace lo mismo que hice yo.

Usar el libre albedrío.

Conseguir lo que quiere, a cualquier precio.

De cualquier forma.

Más o menos, como yo he actuado durante los últimos años.

# CATORCE

Hemos disfrutado del mar, del buceo, de los tiburones, del sol, de la comida mexicana. Hemos hecho el amor constantemente, varias veces al día, varias veces a la noche...

La Riviera Maya en el estado de Quintana Roo, en la península del Yucatán, es un lugar especial, es un paraíso para disfrutar de muchas cosas y todas buenas. Playa del Carmen es la cabecera del municipio de Solidaridad; ¡qué nombre tan bonito, y cuánto me voy a acordar de todo esto!

Ya lo creo.

Estamos en un complejo turístico, pero la villa que ocupamos está en una de las zonas más alejadas para tener intimidad; pero ya se acaba el placer y tenemos que volver a mi querida Nueva York. Este complejo turístico está delimitado y cuenta con accesos controlados, playas a la mano y hasta un campo de golf, que ya hemos probado y, por descontado, nos hemos comportado como cualquier turista que visita este sitio tan hermoso. Nos hemos hecho fotos debajo de esa enorme escultura de bronce, que da acceso a Playa del Carmen, escultura para celebrar el inicio de la nueva era maya, por eso lo llaman el Portal Maya, y por eso se inauguró el 21 de diciembre del 2012. Sesenta toneladas, dieciséis metros de ancho, por dieciséis de alto, en el parque Fundadores, ubicado en la zona costera de Playa del Carmen. En la parte alta de la escultura, dos gigantes de nueve metros cada uno, se dan la mano, un hombre y una mujer, alineados con los astros y representando la humanidad que se alinea con un nuevo ciclo de luz y de esperanza.

Hay opiniones para todos los gustos, pero a mí me gusta; es como una puerta que enmarca el precioso turquesa del mar Caribe, uniéndose con la arena dorada de la playa. Y sí, es una mole, una mole grandiosa que te invita a pasar por debajo, o a rodearlo si quieres, para verlo desde otra perspectiva, o a contemplarlo desde arriba como las preciosas postales que venden, donde ves a los gigantes unidos por las manos, el hermoso mar y la redondez de la tierra.

Tengo que decirle al sueco que venga, que tiene que ver con sus propios ojos la escultura y que me diga qué es lo que piensa de ella.

También nos hacemos fotos en las cercanías de la iglesia Nuestra Señora

del Carmen, para que se vea bien el sencillo, blanco e histórico edificio donde se celebran decenas de bodas al año, incluso se nos ha pasado por la mente casarnos ahí, pero no, desistimos de ello, pues nuestra boda será solo civil. Hemos paseado amarraditos por el paseo del Carmen, hemos ido a la isla Cozumel, que se encuentra a cuarenta y cinco minutos en *ferry*, y también nos acercamos a Tulum, zona arqueológica maya a sesenta y cuatro kilómetros al sur de Playa del Carmen. Visitar y nadar en los cenotes, majestuosos, mostrando ese interior, como si la tierra abriera la boca y dejara ver esos escondites salvajes y hermosos y, por supuesto, nadar entre tiburones, eso ya te lo he contado.

Y, a pesar de estar pasándolo tan bien, de sentirme plena, viva y, sobre todo, profundamente enamorada, todos y cada uno de los días, he sentido un bullir en las tripas. Al principio lo achaqué a estar en México y, a pesar de estar alejada de Baja California, imagínate, para que no tengas que mirar el mapa; Baja, entre el Pacífico y el mar de Cortés; y Yucatán, en el Caribe, bueno, pues eso, tenía y tengo un come come que, para ser franca, me hace desear irme ya, inmediatamente. Por supuesto, a Jared no le digo nada, principalmente porque no quiero sacar el tema de mi familia y el resto de cosas.

No quiero que sepa, que imagino a compinches de mi padre siguiéndome los talones, para vete a saber qué. No, no quiero.

De manera que, cuando estamos preparando las maletas para abandonar la villa e irnos al aeropuerto, estoy la mar de contenta, pues esa sensación ha ido en aumento y me resulta de lo más incómoda.

Será que tengo un sexto sentido...

Maldita sea. Ya lo creo que lo tengo. En Central Park, me equivoqué...O tal vez no. Quizá me seguían, me controlaban. Para la próxima vez, si es que la hay, tengo que dejarme guiar por lo que diga mi instinto.

Estoy en el dormitorio, recogiendo unas prendas para meterlas en la maleta, cuando me paro, me miro en el espejo y me contemplo. Solo llevo un vestidito de nada y unas bragas que me acabo de poner. Estoy bronceada, y eso que he ido con cuidado, pues no he querido ponerme muy oscura. El cabello se ha puesto más claro, especialmente en medios y puntas, y los mechones que enmarcan mi rostro están rubios de tanto sol. Sin acercarme al espejo, mis ojos llaman la atención, como dice Jared, de una manera escandalosa.

Como un faro en una tormenta.

Como una sirena llamando a un marino.

Como una pecadora, incitando al pecador.

Cuando quiere es muy zalamero, pero solo cuando quiere.

Él también se ha bronceado y se han acentuado las arrugas alrededor de esos bellos ojos. Pero no puede estar más atractivo.

Está para tocarlo de arriba abajo y de abajo arriba, para comértelo de una y atragantarte con tanta belleza, con tanta masculinidad. Y, en ese momento, oigo un golpe.

Un golpe seco.

Un golpe que ha sonado como cuando le dan a alguien un mamporro en la cabeza. Me sobresalto, me asusto, pero intento mantener la calma. No sé por qué, pero no grito el nombre de Jared. No grito.

«Haces bien, Pacheco. No hay peor cosa que un grito histérico de una mujer histérica».

Nada.

No emito sonido alguno.

Pero la respiración se me ha puesto a mil. Siento que el corazón palpita desbocado. Si Jared hubiese tropezado o se le hubiese caído alguna cosa, habría salido un exabrupto por su boca, un «hostia», un «cojones», algo, lo que fuera. Y no ha sido así. No sé por qué, pero sé que le ha pasado algo. Y ese algo... no es bueno.

Respiro profundamente y salgo de la habitación. Voy despacio hacia el pequeño salón y veo a Jared tirado en el suelo. Tiene un golpe en la cabeza y una pequeña mancha de sangre cubre el suelo de terracota.

Mis ojos se desplazan hacia un lado, para ver a un tipo moreno, no muy alto, pero fuerte como un toro, y a su lado, otro, más delgado y algo más alto que yo. Este, que no tiene el cabello tan oscuro, pues es un castaño medio, se acerca despacio, sonriente.

—Me gustan las mujeres así. Como tú. Que no se ponen histéricas ante una situación violenta. —Sonríe enseñando unos dientes blancos, fuertes, con los incisivos algo torcidos—. Nada de gritos, ni llantos ni pataletas.

Está hablando en español, y tiene acento mexicano. Mierda. Al momento, pienso que tiene algo que ver con mi padre, con su familia, con los narcos... Esa sensación que he tenido durante todo el tiempo. Maldita sea. Pero callo, no digo nada.

«Deja que hable, Alejandra». «Deja que esponga». «No te adelantes a los

acontecimientos». «No descubras tus cartas». «Aunque no las tengas».

Nos miramos, y él vuelve a sonreír mientras sus ojos se deslizan despacio por todo mi cuerpo, recorriéndolo de arriba abajo, y recreándose en mis pechos y en las piernas.

—Me dijeron que tenías sangre fría, que no eras una chamaca blandota y llorona, que no ibas a armar un pancho. Pero yo me dije, ¿qué puta tiene la sangre tan fría como para no alterarse cuando vea a su hombre en el suelo, con la cabeza abierta?

No replico. No pienso entrar en su juego, y le mantengo la mirada.

Es una ventaja ser alta y, aunque estoy descalza, soy más alta que el toro y casi pillo al otro.

A ver, pensemos fríamente, si Jared está muerto o moribundo, pues he visto que todavía respira, no sirve de nada montar un numerito; y si está vivo y con muchas posibilidades de seguir así, tampoco es cuestión de montar numeritos. Intentar escapar es del género tonto, pues, ¿a dónde voy a ir? Estoy en un recinto privado, una villa cerrada, la única parte abierta es la que da a la playa privada y antes de que llegase allí ya me habrían cogido. Soy rápida corriendo, pero no soy estúpida, además, lo único que conseguiría sería que le pegasen un tiro en la cabeza a Jared y, además, lo más normal es que haya más de estos dos, eso sin contar con que a la gente de por aquí, los tengan comprados.

—Me habían dicho que eras cuero, pendeja, y sí lo eres. Puta madre.

Conozco algo del argot mexicano, del caliche o caló que emplean sectores más marginales de la sociedad mexicana. Una jerga que no todos usan. No eleva el tono, ni siquiera cuando dice tacos. Sigue mirándome, pero la pregunta va dirigida al otro:

—Es guapa la niña, ¿eh, chaparro? Guapa de cojones.

Ahora no emplea la expresión caló. Ahora la frase le ha salido más española, si no fuera por ese «chaparro». El «chaparro», me mira descaradamente.

—Está bien sabrosa..., sí. Esta hembra no es para tener chamacos, es para cogerla sin parar, sin soltarla. Pero para cogerla sin impermeable (preservativo). Y de chaparrita no tiene nada —no se corta un pelo y suelta todo lo que le viene a la boca, sin retirar la mirada de mi cuerpo.

Saca de vez en cuando la punta de la lengua y se relame el grueso labio inferior.

—Sí, sobre todo, para ti, cabrón.

El aludido sonrío de oreja a oreja.

—Y no parece güera (estadounidense). Bueno, por el pelo y los ojos sí, y por la estatura, pero por esa piel doradita... ¡Híjole, qué buena está! Esos volcanes (pechos) que tiene, están pidiendo una boca que los mame.

El más alto sonrío y clava la mirada en mis pechos que, a pesar de estar tiesos, se nota que no llevan sujeción.

—Es güera de nacimiento, nada más, pirujo (mujeriego). Hija de mexicanos, descendiente de españoles.

—Una chicana. De Gringolandia —suelta el bajo entre risotadas.

—Tal vez a ella no le guste ese adjetivo.

—¿No te gusta, chamaquita? ¿No te gusta que te llamen chicana? —pregunta el chaparro moreno, con cara de salido.

—Me importa poco cómo me llamen o me quiera llamar.

Sonríe mostrando unos dientes amarillentos.

—Hablas muy bien el español. Sin acento, como si vinieses de allá, de Madrid o de por ahí —sigue el más bajo mientras los dos me miran como si no hubiese otra cosa en el mundo.

—Sí, puede estar seguro de que lo hablo mejor que usted —suelto con desprecio.

—Jinetera (prostituta) pretenciosa —dice, por lo bajo, al tiempo que suelta un escupitajo que se queda a medio camino entre los dos.

—Vale ya, pendejo —dice el alto.

Los tres no dejamos de mirarnos. Llevo un vestido ligero, fino, de tirantes, de verano y los pezones están tiesos, todo el rato. Y él mira ahí. Y el otro mira ahí. A pesar de que ha dicho: «Vale ya, pendejo», hace un comentario que da lugar para que el otro vuelva a intervenir.

—Un cuerpo para estar chingando hasta el día del juicio final.

—Ya lo creo —dice el bajo, y añade con voz ronca—: Si tu pierna derecha fuera viernes y la izquierda domingo, me gustaría pasar todo el sábado contigo. —Sin retirar la mirada de mi persona, vuelve a chuparse el labio, con más descaró, mientras el otro contiene la risa.

Esto se está poniendo muy negro. ¿Pensarán violarme, antes de llevarme con ellos? ¿O me violarán y luego me matarán? O las dos cosas.

—¿No vas a preguntar nada? —inquiére el que manda. Ese que no sé si es de aquí o de allá. No contesto al momento.

Mis ojos se desplazan por la figura tirada en el suelo, luego miro al más bajo y después al tipo que manda, al que tengo enfrente.

—Estoy esperando que sea usted el que explique esta situación.

Abre los ojos, sorprendido y suelta una carcajada.

—¡Putra madre! —Ahora sí eleva el tono.

Esa expresión me suena más a español que a mexicano, pero no estoy segura, la verdad.

—Qué sangre fría tiene la cabrona —añade el otro.

El acento del bajo es más acusado, más del interior del país; sin embargo, el otro lo tiene más suave, a veces me parece que no es mexicano, que puede ser español. Un español que lleva mucho en México o tal vez no tanto. El que da las órdenes, ese que puede ser de aquí o de allá, o más bien de allá, se gira y mira al otro tipo.

—Si despierta, le das otro golpe. Pero no demasiado fuerte..., por el momento, no queremos matarlo. —Me mira y, con una señal de su cabeza, me dirige hasta el dormitorio.

Obedezco y oigo cómo entorna la puerta, sin llegar a cerrarla.

—Siéntate. —En pocos momentos eleva el tono, si acaso, cuando suelta las palabrotas y cuando se ríe.

Me siento en el borde de la cama. Él, se queda de pie y, antes de hablar, me observa con detalle.

—Verás, la situación es la siguiente. Si quieres que tu hombre viva, si no quieres que lo chinguemos de por vida, tienes que venir conmigo. Todo vale cuando la situación lo requiere.

La conversación transcurre en español, todo el tiempo, no sé si habla inglés, pero él sí sabía que yo hablo español.

—¿Adónde? —contesto sin retirar la mirada de sus ojos oscuros.

—Eso es lo de menos en estos momentos. Qué más te da. Si no obedeces, matamos a tu hombre y te llevamos de igual manera. Si cooperas, lo dejamos vivo y cuando despierte no sabrá dónde estás, te buscará durante un tiempo y después... se buscará otra. Seguramente, no tan especial como tú, pero bueno, algo encontrará que le guste.

—¿Para quién trabajas? —No parece sorprenderse ante las confianzas, ante el tuteo.

Es un hombre atractivo y tuerce la boca ante esa pregunta.

—No es de tu incumbencia. No estás en disposición de hacer preguntas.

Solo de cooperar.

—¿Tiene que ver con los narcos? ¿Con la gente del norte?

Él sonríe.

—No hagas preguntas, mi reina. No te voy a decir nada.

—Voy a cooperar. No voy a poner resistencia, pero, por lo menos, dime para quién trabajas.

Se acerca a mí, me coge la cara con una mano, clavándome los dedos en las mejillas.

—Obedece, dulzura. No hagas preguntas, y el pinche poli seguirá con vida. No hay nada más que decir.

Me suelta de golpe, y muevo la boca para aliviar la molestia del apretón.

—Hablo claro, ¿verdad?

—Muy claro.

No pestañea, no retira la mirada.

—Cogerás tus cosas y, de paso, te pones otra ropa más discreta.

Echo la cabeza hacia atrás y proyecto los pechos hacia delante.

—¿Alguna sugerencia?

Ahora no sonríe, pero esa mirada es tan penetrante y entraña tantos mensajes que sé que este tío es capaz de cualquier cosa.

—Te voy a decir una cosa, no ironices, no te pases de lista, porque te saldrá caro. Y no intentes seducirme con ese cuerpo de puta chingadera, porque lo único que puedes conseguir es que te coja y después te lo haga mi amigo, y después... irás al mismo sitio que vas a ir.

Surge un momento de silencio mientras pienso que algo así no puede ocurrir, sencillamente porque no les está permitido, porque si yo digo que ellos me han violado, ellos... mueren.

—No ironizo, no me paso de lista. Simplemente he preguntado qué debo ponerme. Tal vez vamos a un sitio más frío que este y la ropa que tengo no será suficiente.

—No te preocupes por eso. Ponte sujetador para que los tíos no se pongan tan cachondos con tus tetas que no puedan manejar sus garrotes, y vístete de manera informal.

Va hasta la puerta y habla con el otro. Al momento trae una caja tipo sombrerera.

—Ponte esto.

Abro la caja y me encuentro con una peluca morena, media melena, con

flequillo.

—No pierdas el tiempo. Nos vamos en dos segundos.

Diciendo esto, sale de la habitación, dejando la puerta entornada. Bueno, una cosa está muy clara. No me va a decir a dónde me llevan. Y si es lo que pienso, si son los narcos, para los que trabajaba mi padre, es posible... ¡Uf!, no lo quiero pensar. Pero ¿ahora... por qué?, no lo entiendo. Podrían haberme echado el lazo hace tiempo, cuando pasó lo de Baja.

Me pongo un pantalón ligero, tipo chándal y una camiseta de tirantes anchos, por supuesto, con sujetador. Todo negro. Unas sandalias planas de cuero marrón, que Jared me compró en un mercadillo días atrás, y comienzo a enroscar mi pelo para ponerme la peluca.

Hace muchos años que no me pongo una cosa de estas. Sara tenía postizos y una peluca parecida a su color de pelo, que se ponía cuando pensaba que su cabello no estaba en condiciones. No le gustaba que jugase con ella y así me lo hizo saber.

Cuando me pilló con esa mata de pelo acrílico encima de mi pequeña y rubia cabeza, me dio dos azotes en el trasero, me la quitó de golpe y me dijo que como volviera a tocar sus cosas, me daría una paliza que la recordaría toda la vida. Yo sabía que ella no haría semejante cosa, pero le gustaba amenazar. ¿Cuántos años tenía por aquel entonces...? Seis o siete.

Me miro en el espejo y termino de retocar el flequillo oscuro. Con ese color y tan cerca de los ojos, hacen que estos se vean más llamativos y que me endurezca el rostro.

El tipo entra de golpe y se para en seco. Le devuelvo la mirada.

—¡Vaya! Ahora podrías pasar por una mexicana auténtica, si no fuese por esos ojos tan azules.

—De eso se trata, de que pase por mexicana. No hay problema, guey. Hasta el acento lo puedo calcar. Como usted o mejor todavía. —Vuelvo a marcar las distancias.

El semblante del tipo se endurece.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no es mexicano. Español. Seguro.

—Eres muy lista. —No añadido nada—. Pero eso a ti, ni te va ni te viene. Tu situación no cambia nada, sea yo de aquí o de allá.

—Cierto.

—Dame el celular. —Se lo doy. Lo tira al suelo y lo aplasta con la bota—.

Toma, mételo en tu bolso. —Me entrega un pasaporte.

Falso, por supuesto. Pero me sorprendo al ver la fotografía. Mi rostro con la peluca que llevo.

—Muy bueno. Yolanda Pasos Negrete. Qué original.

Me mira achinando los ojos.

—No te comportes como una puta, y no serás tratada como una puta. No te comportes como una estúpida, y no serás tratada como una estúpida.

—Eso es de... ¿Confucio?

Me engancha del brazo y clava los dedos con fuerza. Me hace daño, pero aguanto.

—No me toques los huevos o le meto un plomazo en la cabeza a tu puto novio ahorita mismo. ¿Está claro?

—Como el agua —contesto sin dilación.

Me suelta.

Me mira.

Me engancha la mano y me quita el anillo de compromiso.

—Esto no lo necesitas —dice mientras se lo guarda en el bolsillo del pantalón.

La marca del brazo queda patente y recuerdo cuando Burton comenzó a pegarme mientras veo cómo sale de la habitación.

Le sigo, y veo a Jared con las manos atadas a los pies por la espalda. Posición muy incómoda, y difícil de soltar esas ataduras. Sigue inconsciente y es probable que tarde en despertar. Su móvil está en el suelo, roto, cerca de su cuerpo. Ni el mío ni el suyo van a emitir más señales.

Lo sé, estarás pensando que si tan enamorada estoy de él, cómo puedo mantener la sangre fría. Pues porque creo que vuelvo a ser la de antes, la privada, la ausente, y como lo que más deseo en este mundo, lo que más quiero, está tirado, atado e inconsciente, no debo mostrar mis sentimientos, es más, debo alejarlos de mí hasta que esto se arregle, hasta que pueda saber todos los detalles y haga una valoración exacta de lo que ocurre y de cómo puedo solucionarlo.

Suponiendo que pueda.

Pero una cosa está muy clara. Si me tengo que ir con estos tipos al fin del mundo para que Jared viva, me iré.

Cuando vamos a salir de la villa, veo dos coches y un tipo dentro de un Ford, que me mira de arriba abajo y sigue observándome mientras el más alto

se acerca hasta él, se apoya en la ventanilla y le dice algo que no logro oír.

Me indica que suba en el asiento del copiloto, de un Toyota oscuro.

Obedezco.

Estos tipos tienen contactos en las instalaciones. Seguramente han entrado sin problemas y, ahora, salimos de la misma forma. El Toyota, que tendrá más de diez años y pasa desapercibido, es conducido por el que lleva el mando, yo a su lado y el toro detrás. En algún momento me sopla en el cuello y me susurra frases que se suponen son piropos: «Si así está el pecado, cómo estará el infierno».

Y luego:

«Dichoso el clavo que ponche esas llantas».

Y luego:

«Te comería con todo y ropa, aunque pasara un mes cagando trapos».

Vuelve a soplarme y cuando lo lleva haciendo como tres veces, no me callo:

—Como me vuelva a soplar o a decir estupideces, le doy un codazo y le parto los dientes. —No levanto la voz, no vuelvo la cabeza, pero ese tipejo se echa a reír como si le hubiese contado el chiste más gracioso del mundo.

—Deja de chingar —ordena el que lleva la batuta, sin elevar el tono.

Y el otro obedece. La jerarquía se respeta.

Salimos por una de las entradas sin problema. El guarda de seguridad, no hace movimiento alguno, pero me doy cuenta de que su mirada se cruza con la del conductor, y sé que es un compinche o ha recibido dinero para dejarlos entrar y salir sin miramientos. Cada vez estoy más convencida de que los narcos están detrás de esto. No hago preguntas, simplemente miro la carretera y pienso. No conocí a nadie de la familia de mis padres. Qué cosas, ¿no?

Los padres de Antonio murieron en un accidente de tráfico cuando él estaba en la academia de policía, como le conté a Jared. Tenía un hermano, pero no se podía hablar de ello, pues según dijo Sara en alguna ocasión, era un drogadicto que no servía para nada. Tiempo después, dijo que había muerto de una sobredosis; sería, más o menos, cuando yo tenía ocho o nueve años.

Pero sí recuerdo que, en una ocasión, los pillé hablando de un tío de papá que vivía en Tijuana y otro en Ciudad Juárez, cuando se dieron cuenta de mi presencia, dejaron de hablar y cuando pregunté si teníamos parientes en México, Antonio, dándome una palmadita en la cara, me dijo que no, que estaban todos muertos.

Los padres de Sara sí los conocí; el abuelo Cortés, Mauricio Cortés, murió de cirrosis cuando yo contaba once o doce años, antes de lo de las Torres Gemelas, y para la buena verdad, nunca lo vi borracho. La abuela, a los pocos meses de quedarse viuda, se largó con un tipo diez años más joven que ella, y Sara cortó la relación. Así, sin más.

Sara tenía una hermana que vivía en Portland. Se enteró de lo ocurrido después del entierro, y en un acto de solidaridad me llamó para decirme si necesitaba algún tipo de ayuda, aunque ella no estaba en condiciones de darla, pues tenía tres hijos propios y otros tres de su actual pareja. También me informó que la abuela Cortés vivía en Hawái con su nuevo esposo, que no era el mismo con el que se largó, y que no contara con ella para nada.

Por descontado, todo eso me dio igual, al contrario, me venía genial que cada uno estuviese ocupado con sus cosas y me dejaran en paz.

Sigo con mis pensamientos mientras oigo los ronquidos del tipo que va detrás y soy consciente de las miradas que me lanza el mexicano-español. Tal vez le llame la atención el que no haya intentado entablar conversación ni hacerle preguntas incómodas.

Porque en el tiempo que dura el viaje, siento una congoja enorme, pues me voy alejando de Jared y lo único que deseo es que esté bien, que respeten lo dicho, que no lo maten, que no esté muerto. En menos de una hora llegamos al aeropuerto de Cancún, y entonces el jefe habla:

—Vamos a coger un avión privado. Huelga decir que no harás ninguna tontería, porque si algo así sucede, tu novio morirá. Y como eres una chica lista, sabes que no bromeo.

Se me queda mirando y añade:

—Lo sabes, ¿no?

—Sí.

No tengo ganas de hablar. Sé que no me va a decir nada.

—Muy bien, así me gusta.

Cuando aparca el coche, bajamos y el más bajo saca mi equipaje, mirándome de la manera más sucia. Noto el calor al bajar y prescindir del aire acondicionado, pero, sobre todo, siento el calor que me da la peluca, logrando que la nuca se me humedezca.

Nos dirigimos al interior del aeropuerto y vamos hacia una zona donde los turistas habituales jamás pisan. Después de pasar los controles, de que el mexicano-español sonría a todo bicho viviente mientras entrega los pasaportes

y poco menos que nos hagan reverencias, llegamos a una sala donde el que manda se despide del bajo y, hablándole al oído, le da instrucciones.

Diez minutos más tarde estamos en un avión privado, un Bombardier Global 5000, conozco estos aviones porque he montado más de una vez en ellos. El lujo nos rodea por completo, los asientos de ejecutivo, se reclinan y giran trescientos sesenta grados, un monitor HD de veinticuatro pulgadas, en una esquina para no molestar y dispuesto para poner alguna película o cualquier otra grabación. Veo la puerta entreabierta del baño, y supongo que habrá otro en la cabina o camarote; dejamos la primera cabina y penetramos en un comedor o área de conferencias. Un ancho y mullido sofá a la izquierda, donde podrías echarte una siesta o dormir ochos horas, si es tu deseo; cuatro sillones enfrentados con una mesa en medio, al lado derecho. Al fondo, una mesa ovalada, con sus sillones, que puede dar cabida a diez personas. Este avión vale sesenta millones de dólares, o puede que los supere. No sé si es alquilado o propiedad de los jefes de este tipo, pero lo que sí sé es que quieren que viaje a todo confort.

Nos quedamos ahí, pero si continúo, llegaría al camarote, que será tan lujoso o más que todo esto.

El hombre me señala uno de los sillones y él se sienta enfrente; la pequeña mesa abatible nos separa. Nos ponemos los cinturones de seguridad y, momentos después, siento el movimiento del aparato mientras mis ojos miran por la ventanilla. Dejamos atrás el aeropuerto, enfilamos la pista de despegue y el avión se eleva y asciende de la forma más suave y placentera.

Me desabrocho el cinturón, cuando una azafata trae una cubitera con champán y dos copas, la deja en la mesa, al lado de una pequeña caja de caoba, mostrando una sonrisa al hombre y después, me sonrío con simpatía. Mi secuestrador no hace por servir el champán y a mí, me importa un bledo.

—Tengo que hacer algo, y espero que no se ponga violenta.

Me envaró al oír ese comentario. ¿Qué más me va a hacer? ¿Le parece poco secuestrarme?

—Soy toda oídos. —Miro a mi alrededor y añado—: He llegado hasta aquí y no he utilizado la violencia.

—Tampoco le habría servido de mucho.

—Me habría servido para acabar molida a golpes, pero usted, también se habría llevado alguno.

—Estoy seguro de ello.

El hombre mueve despacio la cabeza, sin dejar de observarme, al tiempo que entrecierra los ojos. Parece que ahora que estamos en el avión, volvemos a los formalismos y al «usted».

—Verá, necesito hacerle unas preguntas y quiero que conteste a todo lo que le pregunte, absolutamente a todo y, por descontado, que me diga la verdad. Pero, como no confío en ello, tengo que inyectarle una droga.

¿Por qué será que no me extraña?

—¿Alguna que yo conozca?

El tipo no muestra sorpresa ante mi frialdad, pero sé que lo está.

—Escopolamina.

Elevo las cejas, rozando el flequillo de la peluca que llevo.

—Espero que sepa lo que hace. No me gustaría irme al otro mundo. Aún tengo muchas cosas por hacer, cuando todo esto acabe.

El hombre muestra una sonrisa, sin enseñar los dientes.

—No se preocupe. Sé lo que hago, puede estar muy tranquila.

Nos miramos despacio y, a pesar de que estoy preocupada, tal vez asustada, mis palabras salen en un tono jocoso, algo que hace que la mirada del hombre se agrande.

—Estoy en una situación en la que no sé de qué preocuparme; si de usted, de la escopolamina o de la persona o personas para las que trabaja.

Sonríe, otra vez, sin mostrar los dientes y saca una jeringa de esa pequeña caja caoba que hay a su derecha, coge el vial, que está al lado, y pincha, extrayendo el contenido. No pierdo detalle de todo lo que hace y, para mi sorpresa, no estoy nerviosa, a pesar de que me va a inyectar una droga de las más fuertes, esa que llaman «la droga de la verdad».

Le ofrezco el brazo y veo cómo pincha en vena, de manera rápida y eficaz.

# QUINCE

No sé cuánto tiempo llevo inconsciente, pero cuando intento abrir los ojos, me duele la cabeza como si hubiese pasado el séptimo de caballería por encima. Al pensar en el dolor, al ser consciente de ese dolor, llevo una mano hasta la coronilla y me doy cuenta de que no llevo la peluca, de que mi pelo se esparce por la superficie donde estoy acostada. Recuerdo perfectamente que subí a un avión privado, y llevaba la peluca morena, pero lo recuerdo de una manera vaga, como si yo... no fuese yo.

Los pensamientos surgen como flases y pasan rápidos, muy rápidos por mi cabeza, todo lo ocurrido en Playa del Carmen, el trayecto en coche hasta el aeropuerto, el avión, los dos tipos, el bajo se queda en tierra y el otro sube conmigo, el otro que se quedó con Jared.

«Jared, Jared, ¿dónde estás?».

Pero lo recuerdo como si fuese una película, una película que he visto hace mucho mucho tiempo.

Intentando despejarme, intentado recordar todo lo pasado, la imagen de Jared tirado en el suelo se magnifica en mi pensamiento. ¿Dónde está? ¿Estará vivo? ¿Habrán respetado nuestro acuerdo?

Los tipos que invadieron la villa, el resort de lujo donde se supone que los turistas deben estar seguros, ese hermoso recinto donde entraron los tipos que golpearon a Jared, tan fuerte que lo dejaron inconsciente.

¡Uf!, creo que me va a reventar la cabeza. ¿Qué diablos echarían en el champán?

Muevo la cabeza, me la agarro con las dos manos. No, no bebí champán.

Intento despejarme... Me siento drogada. Claro, eso es.

Tengo la vista nublada, pero sé que hay poca luz en el sitio donde estoy, como también sé, porque lo noto, que donde mi cuerpo descansa es mullido y confortable.

Muy confortable.

Y el olor..., el olor es delicado, muy agradable. Dan ganas de seguir durmiendo. Me hago un ovillo y me coloco en posición fetal.

«Despierta, Alejandra Pacheco, despierta de una vez».

«¡Espabila!».

Eso quisiera, pero me siento como si tuviera una borrachera de mil demonios, como cuando mis hermanos me emborracharon..., no... no..., qué va. Más, mucho más. Los párpados me pesan, me cuesta Dios y ayuda abrirlos. Lo cierto es que no puedo abrirlos, si acaso, una rendija. Oigo pasos, y juraría que son pisadas masculinas por la zancada y por el sonido, o eso creo.

Y entonces oigo la voz. Y puedo decir que distinguiría esa voz en la oscuridad más absoluta, en la borrachera más loca, en la marabunta más agitada.

—¿Cómo estás, Alejandra?

Esa pregunta está dicha con suavidad. Mucha suavidad. Y pienso lo equivocada que he estado, pero también cómo ha ocurrido esto. Y, sobre todo, ¿por qué?

Una mano grande me acaricia el pelo, la cabeza y, a pesar de las náuseas que siento, me resulta agradable, como si tuviera poderes y me aliviara el dolor. Intento despegar los párpados.

«Venga, Alejandra, abre los ojos».

«Abre los putos ojos».

Y, por fin, lo consigo. Como si estuvieran pegados con pegamento, logro abrirlos, ayudada con las manos. Los froto, intentando enfocar la mirada. Y lo veo.

Está sentado a mi lado. Me observa con esa mirada oscura, profunda y algo más. Logro que salgan algunas palabras de mi boca pastosa.

—¿Dónde... estoy?

Él me mira, sonrío y, entonces, me doy cuenta de que lleva ropas orientales.

—Estás en mi casa, querida. Ahora duerme, duerme un poco más y te despertarás como nueva.

Yo no quiero, pero el caso es que estoy medio grogui.

—Anda, duerme. Duerme y descansa.

Como si esa voz tuviera poderes, hago lo que pide. Cierro los ojos y, en unos segundos, estoy de nuevo dormida.

Dormida y encerrada.

Despierto de golpe, con unas ganas atroces de ir al baño. Miro alrededor y veo una habitación lujosa, muy lujosa; grande, muy grande. Me levanto con cuidado por si acaso me mareo, pero no, mis piernas tienen estabilidad y mi cabeza también.

Observo la cama enorme, como las de los hoteles de superlujo y desplazo la mirada a mi alrededor para localizar las puertas. Voy hacia la primera, a la izquierda de la cama y, al abrir, me encuentro con un cuarto de baño grande. No pierdo el tiempo y me siento en el inodoro mientras pongo cara de satisfacción. Por todos los santos, la vejiga me iba a reventar. Y mientras me voy aliviando, me fijo en esa sala de baño.

Lo primero que contemplo es una piscina que se eleva unos treinta centímetros del suelo, con forma de U. Escaleras en los dos laterales, talladas en la misma piedra, y ocupando toda la anchura, para ir entrando de manera suave y luego desplazarte al centro de la U, que es más ancha, y más tarde comprobaré que es más profunda. Sin dejar de mirar esa pequeña piscina, me limpio, me recompongo la ropa y aprieto un mando para que salga el agua. Todo es de mármol, en tonos pastel, y la grifería dorada, y algo me da que es más que eso, que es de oro.

Me contemplo en el gran espejo que hay encima del lavabo, y miro mi rostro. Los ojos están de un azul resplandeciente, brillante, y el pelo revuelto. No creo que quede mucho de la escopolamina que me inyectó ese tipo, pues ahora los recuerdos me vienen por oleadas.

Mis ojos miran la sala a través del espejo y me vuelvo de una.

Madre mía, hay una base de mármol, cerca de esa piscina, con la altura necesaria para que te den un masaje y, en la otra esquina, una ducha con todos los lujos, de manera que tú decides el tipo de chorro que desees, y eliges el jabón o gel o champú, tocando otro mando.

Me estoy enfadando por momentos.

Salgo del baño y me quedo parada mirando todo lo que me rodea. Me dirijo a otra puerta que no es un armario y, cómo no, está cerrada, no se puede abrir.

Me giro y voy hacia la luz diurna, atravieso una puerta doble de cristal; un pequeño, pequeñísimo patio donde entra algo de sol, pero las paredes son tan altas que es imposible escalarlas, y el techo es de cristal o similar. Un diván mullido, de seda, una mesita auxiliar, todo de gusto exquisito.

Un limonero en un gran macetero. Nada más.

Vuelvo adentro. Estoy que rabio. ¡Cabrón, hijo de puta! Pero... ¿cómo ha podido hacer algo así? Él... Maldita sea.

Pasa media hora y ya he revisado todo. Los armarios y otra vez el baño.

«Relájate, Alejandra». «No pierdas el norte». «No pierdas los nervios».

De repente, una puerta se abre. Una mujer entra, vestida con ropas orientales, dos tipos grandes como torres, se quedan en la puerta. La mujer, criada o lo que sea, me sonríe mientras deja la bandeja encima de una mesa.

En  rabe, me dice que me aproveche. Le doy las gracias en su idioma y me mira con timidez; le digo que quiero ver al señor, pero no contesta. Se va, se van. Cierran la puerta y contemplo el contenido de la bandeja.

Me dan ganas de lanzarla por los aires y manchar todo ese lujo que me rodea, pero yo no soy así. Soy pragmática. Soy meticulosa. Soy fría en las situaciones límites. Lo mejor es comer y ver qué pasa.

Tiene que volver. Tiene que exponer sus deseos.  Podr  hacer lo mismo?

Desde que he despertado, han pasado tres días, con sus tres noches y no ha hecho acto de presencia.

Todos los días me doy un baño en esa piscina de mármol, después un masaje a cuatro manos, y luego una ducha vigorizante. Me traen de comer todas las delicias, dulces y saladas, pero solo como lo que necesito, nada de más caprichos, ya me vale con los baños y masajes. Ya no visto ropas occidentales, pues llevo gasas y tules, encima de mi cuerpo desnudo.

Hace algo más de calor en ese patio pequeño, por los rayos solares que penetran durante las horas que el sol est  en lo más alto, pero aquí dentro no, pues pequeños conductos de aire hacen que la temperatura sea de unos veintidós o veintitrés grados.

No tengo televisión, nada de tecnología, solo libros. Est n esparcidos por toda la habitación. Novelas, todas recientes, autores europeos y americanos, del sur y del norte. Pero los últimos, los que me han traído esta mañana son  rabes, Ghassan Kanafani, Ghada Samman, Tayeb Salih, Ibrahim Aslan y Naguib Mahfouz. Y para redondear, *Las Mil y Una Noches* y el Corán en  rabe. Esto se pone interesante.

Si se piensa que voy a leer el Corán, va listo. Pero después de cinco días, me lo leo todo.

Todo.

Es una manera de mantener los pies en la tierra, los nervios controlados. Una forma de no gritar como una loca, y agarrar a la pobre criada, doncella o lo que sea, por el cuello y zarandearla hasta que uno de los gigantes me coja a mí por el  dem.

Estoy leyendo la trilogía de *El Cairo*, de Mahfouz, cuando entran unas criadas y me llevan al baño con mucha sutileza. Me dejo hacer y una hora más

tarde, me han lavado, me han embadurnado con aceites secos y han secado mi cabello entre sus manos. No han dicho nada, pues nada tienen que decir, pero creo que esto es una preparación, que él ya viene.

Pero no, él no viene.

Yo voy a él.

Se abre una puerta que siempre está cerrada y que da a un ancho y lujoso pasillo. Al fondo, otra puerta doble, idéntica a la que he traspasado. Voy acompañada por dos criadas, y uno de los gigantes va detrás.

Las puertas se abren, me indican que pase, el gigante las cierra a mi espalda y yo me quedo mirando el lujo que impera en esa sala. Es más oscura que la habitación donde estoy, terciopelos y sedas en tonos rojos y borgoñas invaden divanes, sofás y cojines; caras alfombras tapizan el suelo de madera, molduras doradas adornan paredes enteladas de seda y oro. El techo, color crema con rosetones enredados unos con otros, para enmarcar una araña de cristal, que lanza destellos por doquier. Una gran arcada da continuación a esa sala y, ahí, una cama grande, con su dosel de gasa. Miro a un lado y a otro. Como no hay nadie, sigo ese camino y penetro en ese dominio. Y de repente...

Me quedo parada.

Cuasipetrificada.

Enfrente de la enorme cama, están los cuadros; los tres.

Y siento un escalofrío que hace que mis pezones se pongan erectos, y el poco vello que tengo, también. Entonces su voz llena mis oídos.

—Alejandra. —Es casi un susurro.

Me vuelvo, y ahí está. Magnífico, ¿por qué no decirlo?

Lleva una túnica larga y ancha, blanca; sencilla de algodón, llamada *suriyah*, *thobe*, o *thawb*, demasiados nombres para una túnica. Le queda suelta, pero, a pesar de ello, marca con potencia esa anchura de hombros; hombros igual de anchos que los de Jared. O tal vez algo más.

«Jared, Jared, ¿dónde estás? Y, sobre todo, ¿cómo estás?».

Miro mis ropas, sabiendo que esos oscuros ojos me escrudiñan sin reparo. Y yo dejo que me mire. Que disfrute con la visión, si ese es su deseo. Que mire mis pechos a través de la gasa. Que desee apretar con sus dedos los gruesos pezones.

El Corán dice que la mujer no debe vestir con prendas ajustadas ni transparentes ni colores llamativos. Pues lo que llevo, se ha saltado todas las normas. Un vestido de gasa pegado al cuerpo de un rojo llamativo y, encima,

una túnica suelta, abierta y transparente de un rosa encendido.

El cabello suelto y los ojos ribeteados con *kohl*, que los hace tan llamativos que yo misma me he sorprendido al verlos.

—Estás más bella de lo que recuerdo, y mira que te recuerdo.

Estoy tan enfadada que no puedo evitar soltar lo que suelto:

—Serán las ropas del cuento de *Las mil y una noches*, y el negro de los ojos.

Rompe a reír, a carcajadas, mostrando esa dentadura perfecta. Se acerca, pero mantiene una distancia prudencial. Tal vez, porque así ve mejor mis pechos, mis pezones, que parecen querer atravesar las dos capas de suave gasa. Estoy descalza y él también.

Tengo que saberlo, tengo que preguntarlo.

—¿Está vivo?

No contesta al momento. Me traspasa con esa mirada oscura. Maldita sea. No quiero, de verdad que no quiero. Pero este cabrón me está excitando.

Será por las ropas que llevo, será por estar cerca de esa cama, será por tener como testigos esos cuadros que pintó el sueco... o será porque esta situación me sobrepasa. No lo sé.

—Claro que sí.

Pero no dice nada más. No deja de mirarme.

—¿Por qué?

Sonríe, sin retirar la mirada de mis ojos, de mi boca. Pero no mira mis pechos. En este momento, no.

—¿Es necesaria esa pregunta?

—Por supuesto que es necesaria. No quiero estar aquí, no quiero estar con usted. No quiero ser su esclava.

No levanto la voz, pero la forma de decirlo, da cuenta de mi estado, de mi negación.

—Eso me duele. —Ha pasado del inglés al árabe y eso me enfada, todavía más.

—No me hable en su idioma, no pienso utilizarlo con usted.

—¿Por qué te pones así? —sigue hablando en árabe y yo le contesto en inglés.

—Está loco, loco de remate —mis palabras salen susurradas y mis ojos se amusgan al decirlas.

—Puede que esté loco —ha vuelto al inglés—, tal vez un poco. Pero esa

locura es por ti. Solo por ti.

—No diga estupideces. —Me vuelvo, le doy la espalda y miro los cuadros.

Ha colocado en el centro, el que estoy tumbada, cuando estaba embarazada del hijo de Burton; a la izquierda, el que abrazo la cortina con el culo ligeramente empinado; y a la derecha, el último, el de los tacones kilométricos, el de las piernas separadas, el de los brazos en jarras y la melena cubriendo la espalda, el de las nalgas pidiendo guerra.

Vertical, horizontal, vertical.

Me siento estúpida, me siento enfadada... Él se acerca y se coloca a mi espalda. No me muevo, pero la respiración se me altera, y no sé si es de rabia o de deseo.

«Por todos los diablos del infierno, Alejandra». «Contrólate». «Te ha secuestrado y, ahora, ¿qué vas a hacer, abrirte de piernas como si tal cosa o dejar que te viole?».

Me vuelvo de golpe y casi toco con los pechos su tórax.

—¿Qué diablos quiere? ¿Follarme? ¿Eso es lo que desea? ¿Para eso me ha secuestrado?

No contesta.

No deja de mirarme.

No sonrío.

—Pues muy bien. Follemos, follemos hasta que se canse de mí, hasta que se aburra de mí y, entonces...

—Calla. No hables así.

Esa mirada me traspasa. Jamás he visto ojos tan oscuros, parecen negros.

—Hablaré como me dé la gana.

—No, no harás eso.

No eleva el tono. No pestañea.

—¿Por qué? ¿Me pegará?

No tarda ni dos segundos en contestar:

—Tal vez. Y no deseo hacerlo.

Lo peor de todo es que no ha levantado la voz en ningún momento. Y peor que eso, es que sería muy capaz de pegarme. Lo sé con total certeza. Y lo peor de lo peor, de lo peor, es que lo haría y no le gustaría hacerlo.

Y tú dirás, te preguntarás, ¿y cómo sabes eso?; pues porque lo noto, lo siento. Este hombre ha sido capaz de secuestrarme, montando todo ese

tinglado en México. ¿Hasta dónde puede llegar? Paga una millonada por esos cuadros. Organiza mi secuestro y ordena dejar malherido a mi prometido. ¿Y ahora..., qué? Y esa es la pregunta que sale por mi boca, haciendo esfuerzos por no decir barbaridades.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunto de manera insolente, más que nada porque no quiero claudicar ante él.

—Lo que quiero ya lo tengo. —Muestra una templanza que llama mi atención.

—Me ha secuestrado —le hablo como si él no fuese consciente de los hechos, como queriendo remarcarlo.

—Lo sé.

Está satisfecho, se siente satisfecho y no parece molestarle mi enfado, es más, lo considera lógico y normal.

—No puede actuar así, y esperar que yo pase por el aro como si fuese un animal salvaje que ha domesticado.

—No lo pretendo.

—Entonces...

Me mira detenidamente. Solo el rostro.

—Sentémonos, Alejandra.

Obedezco. Es mejor actuar con cabeza. Este tipo es demasiado inteligente y, además, estoy en sus manos.

Delante de los cuadros, hay unos preciosos sillones de un marrón dorado, cómodos, mullidos. El ligero aire acondicionado hace que la temperatura sea agradable, que al estar sentados sobre esa tapicería no tengamos calor. Enfrente uno de otro, nos observamos y, ahora... ahora sí mira mis pechos, pues al estar sentada, se empinan, se proyectan hacia delante y, para colmo, los pezones no se esconden. Bueno, normalmente no se esconden, pues tienen un tamaño..., digamos considerable. Me da igual, si ellos no se esconden, yo no los voy a esconder, no voy a encoger los hombros para que parezcan más pequeños y, si quiere mirarlos, que los mire, que los devore, si ese es su deseo. Y eso es lo que está haciendo. Dibujándolos con esos ojos negros, recorriéndolos despacio, imaginando cómo será cogerlos con sus manos. Miro sus manos que descansan sobre los apoyabrazos. Manos morenas, con ligero vello oscuro, no mucho para lo negro del cabello. Grandes, de dedos largos.

Maldita sea, me gustan sus manos, me gusta él, pero es un cabrón.

—Bueno, ¿en qué va a consentir el juego? —Eleva los ojos hasta los míos

y muestra cierta sorpresa ante la pregunta—. ¿Le voy a tener que contar una historia todas las noches, como en el cuento?

Rompe a reír otra vez. La verdad es que tiene una risa hermosa, varonil.

«Pero ¿qué te pasa, Alejandra Pacheco, estás idiota, estás caliente...?».

«Te ha secuestrado, te ha separado de tu amor, lo han podido matar y ahora te está engañando, haciéndote creer que él vive, para que tú pases por el aro».

—Quiero una prueba de vida —suelto de golpe—. Si no es así, ya puede esperar lo peor de mí.

El silencio se adueña del espacio mientras su mirada permanece clavada en mis ojos.

—Si te muestro una prueba de vida, ¿cumplirás mis deseos?

—Sí.

Se levanta y va hacia la puerta por donde he entrado. No lo veo, pero lo oigo. El tipo que hace guardia le da algo y la puerta se vuelve a cerrar. Veo cómo aparece y me sorprendo al ver en sus manos una *tablet*. La enciende, me la muestra, pero no me la deja. Estoy viendo la portada de un periódico, con fecha cuatro días después de mi secuestro. Es Jared, entrando en la comisaría del distrito 20, y el titular que reza:

«La viuda de doctor Burton abandona al capitán Morgan».

Sigo leyendo:

«La señorita Alejandra Pacheco Cortés, pues nunca usó el apellido Burton, se ha enamorado de otro hombre. Según se dice por ahí, ha abandonado al capitán de homicidios por un hombre muy rico y no es que ella necesitara más de lo que posee, recordemos que renunció a la mayor parte de la fortuna heredada; pero parece ser que otro ha puesto el mundo a sus pies y ha huido con él. Quién será ese hombre misterioso..., no lo sabemos. Qué le ha ofrecido, tampoco lo sabemos. Dónde está, tampoco lo sabemos. Lo que sí sabemos es que el capitán Morgan ha dicho a personas muy cercanas a él, que ellos ya no están juntos y que ella ha iniciado una nueva vida fuera de Estados Unidos».

Dejo de leer y miro a ese hombre, mientras apaga la *tablet* y la deja encima de una mesa baja, cerca de donde estamos.

—¿Así que no estoy secuestrada?

—Exactamente.

—¿Puede ampliar la información, si no es mucha molestia? —Sonríe ante esa pregunta.

Sonríe ante la ironía de mis palabras.

—Me gusta mucho tu forma de ser, esa personalidad tan apabullante. Pero, sobre todo, me gusta la falta de miedo. Porque... no me tienes miedo,

¿verdad?

—Por supuesto que no —casi escupo las palabras y me muerdo la lengua para no reírme en su cara.

«Precaución, siempre precaución, no sabes hasta dónde puede llegar». «No te pases de lista, Pacheco». «No conoces a este hombre...». «No lo conoces, en absoluto».

—Verás, solo voy a hablar de esto una vez, ahora. Una vez hecho, no quiero volver a oír el nombre de Morgan ni de nada que se relacione con él, igual que tampoco quiero oír el nombre de Burton. —No digo nada. Quiero que hable—. Cuando Morgan se despertó y fue consciente de lo ocurrido, se le informó muy claramente. Y como es un hombre inteligente y, sobre todo, te ama por encima de todas las cosas, supo desde el minuto cero, que no trataba con novatos, y que tu vida estaba en juego. —Hace una pausa. Espero—. Si en algún momento, ponía en marcha la maquinaria para buscarte, si decía que te habían secuestrado..., tú morirías.

—Así de simple —añado.

—Eso es —dice él, sin pestañear, sin dejar de observarme, estudiándome en todo momento.

—¿Y qué puede pensar? ¿Dónde cree que puedo estar o con quién?

—Yo no estoy dentro de su cabeza.

—Alguna idea tendrá.

—Las mismas que tú.

—¿Que son...?

Vuelve a reír, pero esta vez, es una risa más suave.

—Puede pensar que estás en manos de algún cártel de México, de Colombia..., también puede pensar que estás en Europa del Este... —Otra pausa—. Pero te diré una cosa —calla durante diez segundos—, tanto tu vida como la de él corren el mismo peligro. Si él intentara buscarte, yo lo sabría y, eso, daría lugar a que apareciese con un tiro en la cabeza. Porque, por supuesto, él moriría antes que tú.

Nuestras miradas permanecen enganchadas, sin pestañear, sin retirarnos. Como si fuésemos dos pistoleros del antiguo oeste, a punto de sacar las armas.

—¿Es un terrorista?

Ahora sí que ríe con ganas.

—No, en absoluto. Pero en el mundo en que vivimos, a veces, hay que hacer ciertas cosas que a lo peor no nos gustan. —Permanezco callada—. O a

lo mejor sí —añade sin retirar la mirada de mis ojos. No retiro la vista y oigo lo siguiente—: Tú, no eres una terrorista, ¿o sí?

Me muerdo la lengua, no sé lo que sabe, no sé lo que presupone, no sé lo que da por hecho. No tengo ni puta idea qué preguntas me hizo el español mexicano, y lo que es peor, lo que yo contesté.

«Control, Alejandra Pacheco».

Sigo escuchando esa voz oscura, grave, *sexy*.

«¿*Sexy*?».

Sí, joder, sí. Lo es y punto.

—Ya me entiendes. La vida se presenta de una manera... que, a veces, hay que hacer lo más correcto o lo más adecuado, o lo que nosotros pensamos, creemos que debe ser lo más adecuado. Y a veces nos equivocamos. —Hace otra pausa, clavando esa mirada oscura como su preciosa voz, en mi rostro—. ¿No es así, Alejandra?

—No sé de qué me habla. No tengo ni la más remota idea.

Se hace un silencio. Yo espero mientras él permanece en la misma postura, con el mismo gesto.

—Claro que lo sabes. Con el médico te equivocaste. Totalmente. Y podías haberlo evitado. Podías haber evitado ese matrimonio, pero no estuviste con los sentidos alerta o no quisiste. Ese maravilloso cerebro que tienes, que te hace hacer una cosa u otra, tal vez..., se adelantó, se aceleró... o, tal vez, no tuviste paciencia y te dejaste llevar por una atracción física que anuló lo que tu inteligencia te marcaba.

—Lo que me faltaba. Ahora resulta que va a saber de mi vida más que yo.

Ahora no se ríe, solo muestra una sonrisa torcida.

—No, eso sería algo muy difícil, pues creo que eres muy complicada. Pero bueno, ya te he dicho antes que tu vida pasada no me interesa. El presente y el futuro, solo eso.

Se levanta, coge la *tablet* y, de pie, me observa con atención.

—Pero no olvides lo que te he dicho. Sí haces cualquier tontería, Morgan morirá. —Se aleja de mí y oigo su despedida—. Me ha gustado mucho hablar contigo, Alejandra. Creo que hemos prosperado mucho y que nuestro próximo encuentro será más... placentero.

Me levanto de una y voy detrás de él.

—¿Ya está? ¿Ya se va?

Se vuelve hacia mí y su fría mirada recorre mi cuerpo en unos segundos,

para fijarla en la boca.

—Sí. Ya está.

Siento ganas de golpearlo, de insultarlo, de comportarme como una gata salvaje y deslizar mis uñas por esa cara tan atractiva.

Tengo los dientes enclavijados, y casi me muerdo la lengua mientras soy consciente de que él se da cuenta de mi estado y no hace nada por remediarlo; al contrario.

Sonríe, da media vuelta y se dirige a la salida.

La doble puerta se abre y desaparece.

Un minuto más tarde, hacen acto de presencia las criadas y el gigante, y me devuelven a mis habitaciones.

# DIECISÉIS

La mayor parte del tiempo lo paso leyendo, pero como no puedo ir a sitio alguno, hago todos los días una tabla de gimnasia; estiramientos, flexiones, sentadillas y demás. No necesito aparatos, pues sé cómo trabajar mi cuerpo de manera correcta, aplicando la fuerza y resistencia necesarias; pero echo de menos salir al mundo y correr.

Eso me hace pensar, cada vez que doblo el cuerpo, cada flexión, estiramiento... ¿dónde diablos estaré? Sé que no estoy en Estados Unidos, no va a ser tan tonto como para eso, tampoco creo que estemos en Europa, más que nada por el aire acondicionado puesto a todas horas; me da que tiene que ser el norte de África o, tal vez, Oriente Medio, Próximo o Lejano.

No, Lejano, no.

Estas habitaciones solo tienen ese pequeño patio de muros cerrados y altos, y creo que la habitación donde estuve con él tiene otro; pero para la buena verdad, no lo he visto. Ni más ventanas ni nada que pueda mostrar un atisbo de paisaje circundante. Es probable que estemos en un sótano, muy lujoso.

O tal vez no. Tal vez sean unas habitaciones que están más protegidas, más aisladas que el resto de la edificación, para ciertos fines.

Tiene una casa en California, una mansión, una finca con viñedos en el valle de Napa, en Sonoma. Viñedos que compró estando en la ruina, los reflotó, y mantiene a los antiguos dueños como gerentes de todo, pagándoles un sueldo y una parte de los beneficios anuales. Me acuerdo bien de eso, pues mi antiguo jefe me lo explicó antes de trabajar la primera vez para él, aunque le hice creer que no lo recordaba muy bien, cuando lo vi en Nueva York; creo que fue por fastidiarlo, y no me preguntes por qué, pues no sabría decirlo. Y me parece recordar que también tiene algo en Londres, no sé si en la ciudad o en los alrededores, o en los dos sitios. Pero, siendo árabe y muy rico, ¿cómo no va a tener algo en los Emiratos o en Arabia Saudí?

Bueno, te diré que tengo preparado un plan, mi plan, pues no pienso quedarme aquí eternamente. Ni loca. Por lo pronto, me estoy adaptando a la perfección, no pongo pegatas a nada; eso sí, pido todo lo que se me antoja y, al poco tiempo, me lo traen. Hasta tengo un portátil, sí, sí, como lo oyes, pero sin

conexión, por supuesto. El árabe quiere darme placeres, caprichos, sin embargo, no es tonto.

¡Ay! Lo que daría yo por tener wifi. Todo se andará.

La enorme habitación tiene armarios para dar cabida al mejor guardarropa, y en uno de estos hay una cantidad de vestidos, túnicas, pantalones, velos y demás parafernalia, todos del mismo estilo a los que llevé para el encuentro. En otro se encuentran las vestimentas decentes, las mías.

Por lo pronto, yo me visto con mis ropas y, alguna que otra vez, me pongo una túnica ligera de algodón, pero no de gasa; todo lo que eché en Nueva York, para viajar al Caribe, lo tengo aquí.

Te preguntarás para qué quiero un portátil sin conexión, bien, tiene distintos programas por si quiero escribir, dibujar o hacer fotos con la cámara y luego hacer montajes y todas esas cosas. Pero, también, me han traído una serie de discos para aprender cultura e historia árabe en ese idioma. Y sí, los estoy viendo, muy atentamente, pues imagino que cuando lo vuelva a ver es capaz de hacerme un examen.

Pero lo que me causa sorpresa, mucha sorpresa y puede que hasta haya puesto cara de tonta al ver la visita que tengo, porque... ¿quién está secuestrada por un hombre y recibe la visita de la esposa de ese hombre?

Yo no lo he visto ni en las películas.

Así que me dispongo a organizar mi lectura de la tarde, cuando una criada aparece con una bandeja. La coloca sobre una mesa baja y contemplo el servicio de té, dispuesto para dos personas y una bandeja de dulces. En un principio pienso que él viene, pero me extraña, pues no me han preparado para ello.

Y a los dos minutos, entra ella.

Espectacular, como si fuese la reina del lugar.

Nos miramos.

Ella me devuelve la mirada con cierta timidez, como queriendo pedir disculpas.

Se acerca y me ofrece su mano, yo no la rechazo.

Ya sabes que tengo un plan y, tal vez, esta mujer forme parte..., todo depende.

—Querida, Alejandra. —Emplea el inglés—. Cuánto me alegro de verla.

—Aunque sea en estas circunstancias. —Sonrío, pero mi sonrisa es falsa y ella lo nota.

Lo sabe. Como para no saberlo.

—Cualquier circunstancia es buena para verla, para poder hablar con usted. Siempre es un placer.

—¡Qué bien!

La ironía es palpable, pero ella, muy educadamente, hace como que no la nota. No cabe duda de que es una mujer exquisita, educada al máximo y, como me pareció la primera vez que la vi, extremadamente prudente y correcta.

—¿Nos sentamos? —pregunta señalando unos asientos bajos al lado de la mesa.

Así lo hago y así lo hace.

Me fijo en sus ropas de estilo árabe, lujosas, de seda, de un azul pavo real. La única piel que muestra son las manos, cuello y rostro, pero las mangas de ese precioso conjunto que viste son de gasa, dejando entrever el contorno de unos brazos delgados. Está tan bella como recuerdo, el cabello recogido, el maquillaje exuberante, recargado y sus dedos, muñecas, cuello y orejas muestran una colección de oro blanco o tal vez platino, diamantes y zafiros, para atragantarse.

Estamos solas y, sin más preámbulos, sirve el té negro en unos preciosos vasos de cristal.

Después de todo ese rito, se nota que está acostumbrada a hacerlo y no le molestan las pulseras ni el sonido que producen al chocar unas con otras, al sonar los dijes, mostrando una esplendorosa sonrisa.

Hoy estoy un poquito de mal humor, noto que me va a bajar la regla, y tengo ganas de pegar cuatro gritos o cuatro sopapos. Pero me controlo, me marco tiempos y no dejo que mi naturaleza de mujer, mis hormonas imperen a su aire.

—Amina —suenan mi voz mientras mis ojos no pestañean y se clavan en los de ella.

—Sí. Cuánto me alegro de que recuerde mi nombre.

—Mujer calmada, sincera, leal... —hago una pausa y ella espera, mostrando un principio de sonrisa—, fiel..., de toda confianza. Su nombre quiere decir eso, ¿verdad?

Ahora sonrío abiertamente.

—Sí. Exactamente.

—Por eso está aquí, claro. Porque su esposo confía en usted plenamente.

—Así es.

Coge su vaso por el asa metálica y así evita quemarse los dedos. Sopla un poco y da un pequeño sorbo al té. Muy caliente.

Y no deja de mirarme.

Y yo, le devuelvo la mirada.

Me gusta el té, mucho. Pero lo deseo caliente en invierno, no cuando el aire acondicionado sale por los conductos, no cuando fuera de estas paredes, de este edificio, casa, mansión o lo que sea, arde el sol a destajo.

—Bueno, Amina, ¿y a qué debo su visita a mis aposentos? —Sé que ha sonado repelente y falsa mi pregunta, pero, a pesar de lo dicho anteriormente, que tengo un plan, aunque todavía no sé cuál, me estoy mordiendo la lengua para no gritarle cuatro cosas a esta mujer y, de paso, agarrarla de los pelos y darle una paliza. Pero... ¿por qué?, ella no tiene la culpa de nada, ella está bajo el mando del esposo, ella es la obediente, la leal...

—Doy por hecho, Alejandra, de que debe estar muy enfadada, aunque sabe controlar sus sentimientos, y también doy por hecho que en su cultura, en lo que usted ha vivido, ha sido educada, no entra que un hombre la secuestre.

—Gracias, gracias por entender algo tan sumamente complicado. Gracias por entender que no estamos en la Edad Media.

—No se muestre irónica. Solo quiero ayudarla.

La miro como si estuviera loca, tonta o fuese estúpida. ¿Que me quiere ayudar? Pues venga, ¿a qué esperas para abrirme las puertas y llevarme de vuelta a casa?

—¿En serio? ¿Me va a sacar de aquí? ¿Va a poner un avión a mi disposición? ¿Voy a poder volver a Nueva York?

—Me temo que no, al menos de momento —lo dice con suavidad, con lástima, pero no lo siente.

—Pues, dígame, Amina. Si está aquí, es por algo.

Junta las manos enlazando los enjorados dedos y las deja caer suavemente en su regazo, al tiempo que suenan las pulseras.

—Me casé muy joven. Soy la única esposa de Ghiyath y, eso, en el mundo árabe, no es algo muy habitual. Hace un tiempo, no mucho, me dijo que deseaba otra esposa, yo lo temía, pues como ya le conté, tengo tres hijas y no he logrado darle un heredero, de manera que lo acepté de buen grado y esperé a que esa mujer fuese de trato agradable, para que las cosas fuesen lo mejor posible. Pero poco tiempo después, no hubo esposa. Me dijo que ella lo había rechazado. Y yo pensé: «¿Qué mujer en su sano juicio rechazaría a un hombre

como él?». Y más tarde, mucho más tarde, supe que esa mujer era usted. Y también supe que estaba soltera, pero después se prometió con ese doctor. Pensé que, seguramente, ese hombre la habría cautivado y realmente estaba enamorada de él.

No digo nada. Me tengo que morder la lengua para no decir lo que pienso.

«Calla, Alejandra». «Calla la boca».

—Entonces lo entendí. Una mujer como usted, independiente, inteligente, bella como ninguna, libre como un pájaro. Y pensé que si yo hubiese sido igual, viviendo en su cultura, siendo dueña de mi vida, sin depender de nadie, sin haber otro hombre por medio, ¿habría rechazado a Ghiyath?

Hace una pausa. Sin dejar de mirarme y yo miro esos ojos oscuros como la noche, llamativos con ese maquillaje exagerado, pero estoy segura, igual de preciosos cuando estén limpios, sin una gota de sombra, *kohl* o máscara de pestañas.

Entonces, mueve sus manos para dar más énfasis a las palabras, y el tintineo se mezcla con su voz.

—Y mi respuesta habría sido, no. No lo habría rechazado. Jamás. Incluso creo que habría dejado a ese doctor, que después todo el mundo supo que no era trigo limpio, y habría aceptado a Ghiyath. Porque me habría enamorado de él, desde el momento en que él pusiera sus ojos en mí, desde que él, me dijese la primera palabra.

Sigo en silencio.

Que hable. Que cuente lo que quiera.

Ya sabes: el saber es poder. Y me acuerdo de Olivia.

—Me casé muy joven y le puedo decir que he sido la mujer más feliz del mundo. —Mira sus manos, que vuelven a descansar en su regazo azul, y les da vuelta a los anillos; anillos y pulseras que más tarde recordaré—. Me hubiera gustado darle más hijos, en especial varones..., muchos, pero no pudo ser, por desgracia... no pudo ser.

Ahora no me contengo, no quiero contenerme, es superior a mis fuerzas.

—¿Su esposo me ha secuestrado para que le dé hijos?

Ella abre los ojos, escandalizada, o eso me parece.

—No, no, no es tan sencillo como parece, como pueda pensar, no, no. Mi esposo está enamorado de usted. La ama, la desea desde que la conoció, desde que trabajaba para él, desde la primera vez que la vio. Cuando lo rechazó, él lo llevó mal, estuvo de muy mal talante durante mucho tiempo, en especial

cuando supo lo del psiquiatra. Siempre me dijo que ese hombre no era para usted, que se equivocaba totalmente. Luego, se fue calmando. Por esa época me quedé en estado otra vez, y pareció animarse, pero aborté a los cuatro meses y después, otra vez, otro aborto de dos meses.

Deja de hablar y me mira con ojos suplicantes.

—Mire, Amina, no creo que su esposo me ame ni que se enamorase de mí en esa época, y menos, la primera vez que me vio. Simplemente me deseó y, como fue rechazado le molestó, pero nada más.

Amina muestra una sonrisa de oreja a oreja. Me molesta, me molesta que sonría así. Es una sonrisa de superioridad. De que sabe más de lo que cuenta. De que sabe más que yo.

—Alejandra, ¿realmente cree que un hombre va a secuestrar a una mujer, como se hacía antiguamente, sin estar enamorado de ella? ¿Acaso piensa que usted está aquí por un capricho? Si así lo cree, está muy equivocada. Ghiyath la ama, la ama como no ha amado a nadie. —Esa frase me causa escalofríos—. Ghiyath no se ha enamorado nunca, hasta que la conoció —afirma por si acaso no me ha quedado claro y siento que se me revuelven las tripas.

Ha bajado el tono, y sus palabras son casi susurros, como si alguien pudiera oírnos y ella no quisiera que algo así ocurriese.

—No puede imaginar cómo, de qué manera se enfadó cuando se enteró de lo que pasó entre usted y el psiquiatra. Tiene muchos contactos y cuando supo en qué estado quedó usted, cuando supo que podría haber muerto en manos de ese hombre... —me mira con los ojos abiertos de par en par, como si estuviera viendo una película de terror—, dijo que usted fue una mujer valiente, fuerte, poderosa..., pero estuvo muy preocupado, hasta que se enteró que volvía a estar bien.

La miro entre fascinada y cautivada. Sus palabras me producen sorpresa y, al mismo tiempo, temor; temor por todo lo que implican.

Yo he manipulado, he alterado las cosas en la medida de lo posible o de lo imposible, para conseguir mis fines y, ahora, me encuentro con la horma de mi zapato; ahora, soy yo la que estoy sumergida en una situación que han provocado otros. Solo hay una diferencia, que lo que yo consigo con malas artes, lo escondo, no lo descubro y, sin embargo, el árabe y esta mujer ponen las cartas sobre la mesa.

Parece que fue ayer, cuando estaba sentada al lado de ella, comiendo la famosa langosta de Delmonico's. Sentada a su lado y al lado de ella, él. Y ese

él sería capaz de secuestrarme, y ella, de aceptar semejante situación.

Tengo la mente abierta, soy consciente de las cosas que pasan por el mundo, pero jamás se me habría pasado por la cabeza, ni en mis sueños más locos, que meses después, iba a estar hablando con ella, aquí, en estas malditas circunstancias.

El sonido de su voz penetra por mis oídos.

—La ama, la ama profundamente.

Madre mía, esto es demasiado.

—¿Y usted? —suelto a bocajarro.

La pregunta le pilla de sorpresa.

—¿Yo?

—Sí. ¿Usted ama a su esposo?

—Con todo mi corazón. Nuestro matrimonio fue acordado y él siempre me ha respetado, y me ha querido y me quiere, pero no está enamorado de mí. Qué más quisiera yo. Si algo así ocurriera, moriría feliz. Pero ya sabe que el amor no surge por contemplar algo bello, un rostro, un cuerpo o por tener una voz bonita u otras cualidades. El amor es algo que aparece, que nace de no se sabe dónde, que vibra, que estalla en tu cerebro, que hace que algo se remueva por dentro de tu cuerpo haciéndolo temblar y que invade tus pensamientos constantemente..., y ya no puedes dar marcha atrás. Es imposible, pues no se te pasa por la cabeza. Es impensable, pues no estás dispuesto a ello.

»Lo quieres tener, lo quieres saborear, lo quieres retener por siempre y gozarlo eternamente. ¿Ha sentido algo así, Alejandra? ¿Algo así ha invadido su mente y su cuerpo? ¿Algo tan intenso fue lo que sintió por el doctor? ¿O tal vez por ese policía?

No pienso contestar. Puede estar hablando del amor durante horas, que no pienso abrirme a esta mujer ni de broma. Ahora el té está templado, casi frío y me lo tomo de una. La bandeja de succulentas delicias árabes sigue intacta.

—¿Y cuál es el propósito de su visita? ¿Soltar toda esa información y largarse?

—Yo quiero que sepa. Que valore las cosas en su justa medida. Que tenga claro que no va a salir de aquí, si él no quiere. Que jamás ha hecho algo así por una mujer.

La observo detenidamente y sé que ese hombre es capaz de todo.

—¿Y usted sabe que me hace chantaje? Que si no accedo a sus requerimientos, matará a mi prometido.

—Sí. Lo sé.

—¿Y le parece bien? —Mi pregunta suena a reprimenda; como cuando riñes a un niño por coger una golosina antes de comer.

—Lo que él haga me parece bien. Siempre me parecerá bien.

Alucinante. Eso es amor y lo demás cuento. O estupidez. O locura.

«¿Pero de qué te extrañas, hipócrita? ¿Acaso Jared no sabe que te cargaste a tu familia?, ¿acaso no sabe o sospecha que planifiqué el final de mi matrimonio con Burton, de la manera que lo hice?».

—¿Lo cree capaz de algo así? ¿De dar la orden para matar a mi prometido?

Sé lo que va a contestar, pero quiero oírlo.

—Sí. De dar la orden o de hacerlo él mismo. No lo dude ni un segundo.

Nuestras miradas están clavadas, y sé que cree en sus palabras. Y lo que es peor, yo también.

—Bien, entonces está todo dicho —sentencio y llevo mi mano a la bandeja para coger un pastelito de hojaldre y crema.

Me lo llevo a la boca y lo como con deleite.

—¿Acepta las cosas?

—Qué remedio me queda —contesto al tiempo que me relamo y veo la sorpresa en ese bello rostro.

Se mueve nerviosa en el asiento.

—Le aconsejo que cuando esté con Ghiyath sea cariñosa.

—¿Ah, sí? ¿También va a decirme cómo me tengo que comportar en la intimidad?

Parece escandalizarse ante esa pregunta, incluso se sonroja ligeramente y pestañea varias veces.

—No, no, perdone. Solo quiero que sepa que tiene muy mal genio y que si usted se muestra de una forma pasiva..., ya me entiende, le molestará.

—¿Y me pegará?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Tenga en cuenta que, aunque sea un hombre que se mueve por el mundo occidental, sus costumbres son árabes y las mujeres deben ser obedientes.

—¿A usted le pega? ¿O le ha pegado?

—No, jamás.

—Ah, perfecto. Entonces, me dice que debo ser activa, muy activa en la

cama, a no ser que él me diga lo contrario.

—Bueno, sí, pero tenga cuidado.

No sé si deseo que se vaya y me deje con mis pensamientos o que siga conmigo y me hable durante horas.

—Cuidado —repito, mirándola fijamente.

—Sí. Le aconsejo que no se comporte como una prostituta. —Al ver la expresión de mi cara, parece asustarse—. Perdome, perdome, no me interprete mal, no quiero decir que usted sea así en la intimidad, sino que a él le gusta que la mujer participe, pero que no se pase de la raya, pues, al final, el hombre siempre es el hombre, siempre será el que marque las pautas. ¿Lo entiende?

No sé si coger otro pastelito y comérmelo o lanzar la bandeja contra una de las paredes o encima de su laborioso peinado.

—Y ya que estamos con estas intimidades, ¿puede decirme qué es pasarse de la raya?

Me mira durante unos segundos, baja la vista y se toca con la mano derecha, las pulseras que adornan la muñeca izquierda, mientras yo sigo todos sus movimientos.

—Pues que no haga cosas que él no le pida o le indique..., ya me entiende. Una mujer se debe adaptar al hombre, complacer al hombre, para sentirse complacida.

Se hace un silencio mientras nos miramos detenidamente. No me lo pienso y le suelto la pregunta:

—Dígame una cosa, Amina. ¿Me ayudaría a escapar?

Ella tampoco se lo piensa. Ni un segundo.

—No. Nunca. Me debo a mi esposo y jamás le traicionaría.

—Amina, en la que se puede confiar.

La miro fijamente y sé que le molesta. Se levanta y se dirige hacia la puerta. Antes de abrir, se vuelve.

—Usted también puede confiar en mí.

—¿En serio? —Estoy a punto de troncharme de risa.

—Claro.

Y antes de que salga, que desaparezca, le pregunto:

—¿Volverá?

—¿Yo? —pregunta con sorpresa.

—Sí.

—Pues claro. Si mis visitas no le molestan, si así lo desea, si mi esposo no

lo prohíbe, volveré cuando mis obligaciones me lo permitan.

—¿Tiene usted obligaciones?

—Claro, Alejandra. Todos tenemos obligaciones.

De repente, al quedarme sola, vuelvo a oír el tintineo de las pulseras, pero solo en mi mente. Entrecierro los ojos y las vuelvo a ver, claramente, y me doy cuenta de que una de las pulseras que llevaba, un brazaletes cuajado de diamantes, con la cabeza de una pantera cubriendo el cierre, es igual a uno que tenía Olivia, uno que perteneció a su madre y que fue encargado en exclusividad para ella, a un joyero italiano. Lo sé, porque Burton me lo dijo.

¿Puede haber otro igual? ¿El árabe también compró las joyas que se subastaron? ¿Tan rico es ese hombre, y tan loco está por mí para hacer tal derroche de dinero en cuadros, en joyas...? Solo pensarlo, hace que me tiemble el cuerpo y no de placer, precisamente.

De repente, noto que estoy manchando.

Me dirijo al baño y sigo con mis sombríos pensamientos.

# DIECISIETE

Cuatro días más tarde, vienen a por mí. Las criadas saben que he terminado con la menstruación y voy a recibir una sesión de belleza completa. Baño, masaje, pelo, cara, cuerpo, uñas..., un completo, vamos. Y yo estoy dispuesta a todo, con tal de salir de aquí.

Creía que iba a tener paciencia, pero no es verdad. Él no ha venido y Amina tampoco. Esta situación me supera, me subleva y me enfada a partes iguales.

Tengo tanto tiempo para pensar que pienso demasiado; y yo nunca he creído que pensar demasiado sea malo, al contrario. Pero analizando todo esto, se me pasan muchas cosas por la cabeza, y una que sobrevuela constantemente es el comportamiento de Amina. Hasta tal punto lo ama que es capaz de participar en semejante acción, es capaz de aceptar a otra mujer, secuestrada para más inri, que va a ocupar o que el esposo desea que ocupe el puesto de esposa, de nueva esposa.

Durante miles de años, salvo excepciones, la mujer ha estado sometida, humillada, vejada, dominada por el hombre; hasta filósofos y sabios discutían si la mujer tenía alma o no y, en caso de tenerla, vamos a ser benevolentes, ¿sería humana o animal? Y si era humana ¿qué posición social debería ocupar, en relación al hombre? ¿Como una esclava o algo más elevada?

Sí, como lo oyes, para que luego te quejes de menudencias.

En el Imperio Romano, que duró casi diez siglos, la mujer permanecía toda su vida bajo la tutela de un hombre: padre, hermano, marido, tutor; y si te parece, pegamos un gran brinco, pues, a fin de cuentas, en todo ese espacio de tiempo, las miserias y atropellos contra la mujer siguieron la misma tónica, y nos plantamos en la Revolución Industrial, cuando las mujeres eran explotadas por ser mano de obra más barata que los hombres. Bueno, no nos olvidemos de los niños... que también recibían lo suyo, pobrecillos.

Pero... ahora estamos con esto, con la mujer, dejemos a los infantes fuera y, entonces... ¡oh, qué suerte!, en 1882 se decretó en la legislación de Gran Bretaña, que las mujeres se podían quedar con el sueldo que ganasen. Bueno, las cosas como son, eso fue un gran adelanto, dando por hecho que se cumpliese, que el marido o el padre, no le exigiera el sueldo a riesgo de

soltarle una somanta de palos si no lo hacía. Porque una cosa era lo que marcaba la ley y otra muy distinta que se cumpliera.

Por algún sitio he leído que en Arabia, antes de llegar el islam, el nacimiento de una niña era considerado una desgracia, una gran vergüenza y las enterraban vivas. Bueno, digo yo, que dejarían algunas, si no, no habría Aminas, ni otras parecidas y, por ende, ni un solo árabe. También se quitaban de en medio a los hijos que tenían lepra, eran discapacitados o nacían con cualquier defecto.

El único honor que se le brindaba a la mujer antes del islam, era la protección de su persona, familia y, por supuesto, la venganza contra aquellos que osaran deshonrarla o humillarla, pero no nos engañemos, era algo que se hacía más por demostrar poder, orgullo y mantener el honor intacto, no por la propia mujer.

Por favor, no puedo con tanta ignorancia.

Entonces, las que corrían esa suerte, no ser enterradas vivas, cuando llegaban a la edad adulta, la palabra «adolescencia» no estaba en uso, así que adulta igual sería trece años o doce, u once, vete a saber, seguramente cuando tuvieran la primera regla, y si eso ocurría a los diez años, pues ya eras adulta; después, pasaba a ser un objeto sexual que podía venderse, comprarse o heredarse, para el disfrute del hombre.

Pero llegó el islam. Y dijo que el hombre y la mujer eran iguales.

El Corán dice: «Nunca despreciaré el trabajo de quien obre de vosotros, sea hombre o mujer, ya que lo uno es de lo otro». (Corán 3:195)

El Corán dice que Adán y Eva desobedecieron, los dos; nada de que Eva tentó a Adán. El Corán alaba a las mujeres, las pone en un alto pedestal. Pero... ¿el árabe se ha leído el Corán y los capítulos que hablan sobre la mujer se los ha saltado? Por otra parte, el islam prohíbe golpear a las mujeres, aunque...

Volvemos a los peros. Una y otra vez.

Si la esposa, pues se supone que hablamos de eso, no se porta como es debido, hay que actuar como cuando uno está muy enfermo y se debe aplicar una medicina o un tratamiento que puede ser molesto, pero necesario para la curación. Me explico, que la cosa tiene su miga:

Primera etapa:

El consejo, la orientación y la advertencia sobre el castigo de Dios.

Si esto tan simple, no funciona...

Segunda etapa:

No dormir con la esposa, o dormir con ella, pero dándole la espalda, sin tocarla, nada de relaciones sexuales y, muy importante, combinar rigurosidad y bondad al mismo tiempo.

Y si primera y segunda no han funcionado...

Tercera etapa:

Darle una palmada, sin lastimarla y sin dejarle marcas en su cuerpo, evitando dañar su rostro u otras partes delicadas. Algo así, solo como último recurso y solo como modo de corrección, no como represalia.

¡Qué maravilla! Parece que en lugar de una esposa, tienen un zopenco.

Ya lo dijo el Profeta: «Ninguno de vosotros debe golpear a su mujer como si fuera un esclavo y luego tener relaciones con ella al final del día».

¿Qué opinión tendrá el árabe al respecto? ¿Me va a aplicar la misma medicina? ¿O, como yo no soy musulmana, el tema no va conmigo? ¿O, simplemente, es un loco que se ha obsesionado conmigo?

Es la hora de la cena y mi séquito me acompaña hasta los aposentos de mi secuestrador. Entro y me paro para oír cómo se cierran las puertas detrás de mí. Mis ojos recorren el espacio.

Silencio total.

Penumbra en las dos habitaciones.

Me dirijo a la zona de la alcoba y me planto delante de los cuadros. Una lámpara de pie, en una esquina, los alumbraba lo suficiente, para ver los cuerpos a la perfección, insuficiente para calibrar la mezcla de colores y la brillantez del trazo.

Pienso que los tres juntos resultan excesivos... Dos..., vale, pero los tres..., separados entre sí por medio metro escaso.

¡Ay, sueco, si supieras quién compró los cuadros, si supieras dónde están, si supieras que en estos momentos los estoy contemplando, seguro que pensarías en pura locura!

¡Ay, Jared, si supieras dónde estoy!

Una puerta se abre y entra una criada que trae una bandeja y la deja sobre una mesa baja. Apenas me mira, pero me hace una pequeña inclinación. Se va por donde ha venido y yo voy detrás, pues esa puerta comunica a estancias que no conozco, que no sé a dónde conducen. Pero una voz a mi espalda me para en seco.

—No te molestes, Alejandra. Las puertas están cerradas para ti.

Me vuelvo con lentitud. Maldita sea, tengo que hacer esfuerzos para no decirle que está como una puta cabra, que no quiero saber nada de él y que me devuelva mi vida. Y lo que es peor, tengo ganas de llorar, de patalear, de suplicar... que me la devuelva.

«Pero no vas a hacer nada de eso, Alejandra Pacheco Cortés, porque tú, no eres una cobarde, porque tú puedes con todo... y, porque de una forma o de otra, vas a salir de aquí».

«Y a poder ser, que no sea con los pies por delante».

—Oh, claro, lo olvidaba. No soy una invitada, estoy secuestrada.

Me vuelvo hacia él y lo contemplo.

Joder, está impresionante.

Es impresionante.

Lleva una túnica, aunque parece más ligera que la del otro día. El comienzo de la barba ya oscurece sus mejillas, su mandíbula, y esa oscuridad, junto a esa boca..., le da un morbo especial.

«Alejandra, contrólate, por el amor de Dios».

Sí, lo intento, de verdad que lo intento.

Pero llevo el mismo conjunto que el otro día, y eso es peor que nada; porque soy consciente del roce de mis pezones contra la gasa, del poco vello púbico que adorna mi monte de venus, de la longitud de mis piernas y de las nalgas acariciadas por esa tela impúdica. Y él también es consciente, muy consciente de ello. Se lo noto en la mirada. Esa forma de mirar es igualita a la de Jared, pero más oscura, más amenazante.

Se acerca a mí y ahora no se molesta en focalizar la mirada solo en mi rostro como hizo el otro día. No. Ahora mira descaradamente lo que sabe que le pertenece.

Porque esa es la pura realidad. Le pertenezco y tengo que hacerme a la idea de que tengo que estar un tiempo aquí, para lograr salir de la mejor manera.

Mueve una de sus elegantes manos, indicando los asientos al lado de la mesa.

—Por favor, Alejandra.

Obedezco. Total, no me queda otra.

Me siento y él no lo hace hasta que me acomodo, manteniendo el cuerpo lo más recto posible. Aunque de esta manera, mis pechos se muestran más erguidos, más provocadores. Qué le vamos a hacer, es lo que hay.

Él los mira continuamente, pero también desliza la mirada al vientre y a los ricitos castaños claros de más abajo. En la mesa, en la bandeja, hay varias suculencias de comida árabe y él no se molesta en preguntar ni nada por el estilo, simplemente coge entre sus dedos un rollito de hojaldre y me lo acerca a la boca.

Al principio, echo el cuerpo hacia atrás, pero él no se inmuta y espera; sabe que voy a obedecer. Y así es, abro la boca y dejo que el alimento penetre y que esos dedos morenos rocen el interior de mis labios.

Muerdo ese bocado y el contenido explota en el interior de la boca; carne muy picada y una salsa muy especiada, se desliza por mis papilas gustativas.

Está bueno, muy bueno. El hojaldre es tan delicado y tan crujiente que por sí solo es una delicia; y el contraste con la carne y las especias, aun lo vuelve más exquisito. Me da de comer, pero él se alimenta solo. Un bocado para mí, otro para él.

No dice nada.

No digo nada.

Pero todo sucede lentamente, mirándonos mientras comemos, tocando mi boca cuando me da de comer.

Podría pegarle un bocado en un dedo, clavar mis dientes hasta que dieran en hueso, podría enfadarlo hasta límites extremos, pero no es eso lo que deseo.

Así seguimos, hasta que me da un dulce, se llama *chebakia*, es un rollito de masa filo, rellena de almendras. Sé qué sabor tiene, sé lo que es, pues ya me los han traído más de una vez, sé que notaré la almendra picada, mezclada con el azúcar, la miel y una pizca de canela...

Me sorprendo ante lo que hago, pues cuando él lo lleva a mi boca, cierro los labios y mojo sus dedos. Lo hago, con toda la intención, mientras mis ojos no se retiran de los suyos. Ese acto lo ha puesto caliente, más de lo que estaba desde antes de comenzar a cenar.

La túnica no puede esconder lo que su miembro hace. Y yo, no puedo evitar mirar de vez en cuando. Trago el pequeño bocado y, sin dejar de mirar mi boca, me da otro, más pequeño. Minúsculo. Y sé qué quiere decir eso.

Sus dedos vuelven a entrar en mi boca y los capturo. Los chupo, con todo el descaro, ya lo creo, lentamente, pero a conciencia.

Despacio.

Muy despacio.

Él toma el mando, pues no es de los que permanecen pasivos, y recorre el

interior de mi boca, tocando, acariciando la parte interna de los labios, la punta de la lengua, los dientes, mientras me fulmina con esos ojos negros, me traspasa con esa mirada tan profunda, tan misteriosa. Una mirada que no sé lo que esconde. ¿Qué estará pensando? ¿Qué tramará? ¿Qué demonios puedo esperar de este hombre?

Pero la realidad es que estoy excitada como lo está él, o tal vez no, tal vez son excitaciones distintas, placeres enfocados desde ángulos diferentes, pues, a fin de cuentas, no sé cuán retorcido pueda llegar a ser, no sé qué tendrá en mente, no sé si realmente está enamorado de mí, como dice Amina, o simplemente es una locura, una obsesión que ha tenido conmigo, desde que trabajaba para él, desde que lo rechacé pensando que era poco más que una broma, un capricho, a pesar de ese regalo tan caro que no acepté.

Retira los dedos y me quedo con la boca entreabierta. La mira. Fijamente, pero no baja la cabeza para besarme. ¿Le darán asco los besos?

No creo.

He visto el deleite en sus ojos cuando he lamido sus dedos, cuando los he chupado. ¿Por qué no le van a gustar los besos?

Se levanta y me da la mano para que yo haga lo mismo. Sobran las palabras, al menos de su parte, y yo, como le sigo la corriente, hago lo propio.

Me lleva a los pies de la gran cama y acaricia los costados de mi cuerpo. Noto cómo sus dedos se deslizan con suavidad y, a pesar de ello, alguna dureza de las palmas se engancha en la gasa. Pero es solo un momento, un segundo, pues esas palmas llegan a las caderas y se dirigen a las nalgas mientras sus ojos no dejan de mirarme y nuestros cuerpos se pegan sin pudor.

¡Uf!, noto su miembro duro como una estaca y grande como tal, chocando contra mi pubis, contra el vientre, mientras me acaricia las nalgas, mientras las abarca, pero no puede, pues le faltan manos, mientras las toca, las amasa, las recorre en todo su perímetro. En este momento se está restregando contra mí y yo ya no puedo más.

No puedo permanecer pasiva.

«Lo siento, Jared, jamás te habría hecho algo así, pero estas circunstancias no son normales».

De verdad que no son normales.

Entreabro la boca y comienzo a jadear mientras él sigue tocándome el culo y frotando su miembro contra mí, sin dejar de mirarme, y algo que no pensaba pedir, que no pensaba hacer..., lo hago.

Mojo mis labios, una y otra vez. Y eso es una manera de decir «bésame». «Devórame la boca». «Chúpame hasta aspirar mis entrañas». Y parece leerme el pensamiento..., baja la cabeza y captura mi labio inferior.

Lo coge entre los suyos, y lo besa con delicadeza. Lo lame una y otra vez, haciéndome suspirar y gemir.

Un momento, ¿he lloriqueado?

«¡Joder, Pacheco!». Y eso que no me gusta decir palabrotas.

Ahora me devora, su boca envuelve mis labios y quiere tragarme. Su lengua se enreda, baila, juega, se arremolina con la mía y vuelvo a gemir como si fuese una perrita lloriqueando por su amo. ¡Santo cielo!, no quiero ser tan débil, pero este tío hace que mis piernas sean de gelatina, que me tiemble el cuerpo como si fuese la primera vez, que me ponga tan caliente que puedo implosionar de un momento a otro.

De repente, para.

Se separa, y de una, arranca las gasas que llevo puestas y las tira al suelo, dejando mi cuerpo desnudo, sin velos que nublen la realidad. Se sienta en la cama y me sienta en su regazo.

Él sigue con la túnica, pero ese mástil que tiene entre las piernas, levanta el fino algodón como una tienda de campaña. Estoy sentada encima de sus poderosos muslos, pues los noto duros como piedras debajo de mi trasero, mientras su miembro se apretuja entre mi cadera y su vientre, y mis ojos no pierden detalle de todo lo que hace.

Toca los pechos como si fuesen del más fino y delicado cristal y se pudieran romper de un momento a otro. Los acaricia con las yemas de los dedos, con un contacto tan ligero que me da la sensación de que una mariposa se ha posado sobre esa piel tan sensible. Rodea un pezón, pero sin tocarlo, mientras los mira fijamente, sin pestañear, mostrando un rostro serio, como enfadado, pero tan atractivo que dan ganas de tocarlo, de acariciarlo, de bordear sus ojos y seguir con la boca.

Madre mía.

Pienso que va a tocar uno y lo estoy deseando. Lo deseo a muerte. Y lo hace.

Frota el pezón entre el dedo corazón y el pulgar, y lo hace durante un largo rato, logrando que yo mueva los pechos como si fuese una fulana cualquiera, logrando que los menee para su disfrute y mi disfrute. Creo que los va a chupar, y cierro los ojos, esperando ese placer..., pero cuál es mi sorpresa, al

notar que ese pezón se queda huérfano y el otro no recibe el mismo trato.

Pero antes de abrirlos, siento esa mano entre los muslos y los dedos que juegan con mis rizos.

Por Dios, no sé si voy a poder aguantar tanta presión.

Sigo con los ojos cerrados, pero los muslos los abro de par en par.

Qué quieres. Estoy caliente. Estoy encendida como una perra callejera. Y, al notar esa mano en mi sexo..., se forma un ruego en mi mente.

«Por favor, por favor, que sepa masturbar como es debido».

Y, en ese momento, noto el vacío entre los muslos y abro los ojos para mirarlo.

Y lo que veo es ese rostro oscuro, tan atractivo que asusta, que me mira mientras lleva los dedos hasta su boca y los moja con ganas, llenándolos de saliva, para volver al mismo sitio que lo espera con ansia, mientras nos miramos con lascivia.

Sí, sí.

Estoy con los muslos abiertos y me he tomado la libertad de llevar un brazo a su hombro para rodear con mi mano su fuerte cuello y enredar los dedos en el largo cabello, sintiendo cómo esa mano juega y juega con toda la vulva, cómo los expertos dedos friccionan el clítoris, cómo recorren el perineo provocando que me contraiga, sin llegar más allá, para volver otra vez al sexo.

Y lo está haciendo con la izquierda, pues su brazo y mano derecha me sujetan por la cintura, ya que mi cuerpo se balancea, se inclina hacia atrás, al compás de ese dulce martirio. Esa mano izquierda se mueve como si fuese diestra, y me está dando tanto placer que me muerdo el labio para no gritar, para no seguir comportándome como una puta, pero qué más da, si esto es imposible disimularlo, imposible manejarlo, imposible calificarlo.

Cuando me viene el orgasmo, sus dedos no han entrado en mí, todo lo ha logrado tocando, acariciando, frotando, de manera rápida, de manera experta, de manera magistral, todo mi sexo; pero esos toques que ha dado en el clítoris, una y otra vez, han sido el sumun, ha sido la guinda al pastel, logrando que me corra en el acto, sin poder aguantar más, sin poder controlar mi cuerpo.

Cierro los muslos y atrapo su mano, y él no hace nada para sacarla. La deja mientras intento normalizar la respiración, mientras intento recomponerme.

Me da no sé qué decirlo, pero siento vergüenza al abrir los ojos y clavarlos en los suyos. Me devuelve la mirada, pero, en la oscuridad de esos

hermosos ojos, no veo prepotencia, no veo maldad. Solo veo deseo. Un deseo tan fuerte como el mío. O tal vez más.

Me levanta. Me coloca entre sus piernas, con la túnica por medio y ahora... Ahora sí se come mis pechos. Los abraza con sus manos, los junta, para lamer los pezones de manera lenta al principio, para devorarlos después.

Uno, otro, uno, otro.

Dios, los irrita de una forma colosal, los succiona como si fuese una ventosa, pero en momento alguno me lastima o me molesta, al contrario, me vuelve a excitar tanto como antes, deseando que me dé más, que vayamos a lo otro. Y con esa maestría, que parece que haya escrito el p... Kama Sutra, comienzo a jadear, otra vez, en unos segundos, en milésimas de segundo, y pienso que quiero que entre en mí, que quiero clavarme en él, que deseo unirme, pegarme a él.

Y, otra vez, como si me leyese la mente...

Se sube la túnica y deja ver un falo enorme, o eso me parece, pero como estoy medio aturdida, borracha de placer, igual mis ojos lo han amplificado. Pronto me doy cuenta de que no es así. En el momento en el que me sienta encima y esa verga va entrando despacio, pues él me sujeta por el talle, para no penetrar de golpe, para no hacerme daño, sin dejar de observar todos mis gestos.

Y así ocurre. Mi vagina se abre, se dilata para adaptarse a ese pollón, joder, porque es un pollón con todas las letras. Y mi vagina lo envuelve, lo abraza, lo acaricia hasta hacerlo rugir como un león. Pues sus dedos se clavan en mi cintura, haciendo fuerza hacia abajo, mientras su pelvis hace todo lo contrario. Me embanasta, me perfora, me enviste... Y todo ello es puro placer, es frenesí continuo, es deleite supremo.

«Perdóname, Jared, perdóname...». «Siento hacerte esto, de verdad, es como si te traicionara ». «Pero tú harías lo mismo en mi lugar... ¿o no?».

Pues claro que sí.

Harías lo mismo.

Y no me arrepiento de lo que estoy haciendo. Soy sincera. Es la realidad.

Me viene otra vez. Por todos los demonios del infierno. Un orgasmo intenso que provoca que cierre los ojos con fuerza, que eche la cabeza hacia atrás y acaricie con el cabello las piernas de mi secuestrador mientras clavo las uñas en su cuello, y siento cómo le viene también. En esos momentos, nuestras voces se oyen, nuestros gritos se juntan, como si nos hubiésemos

puesto de acuerdo, y para no seguir gritando, me agarra con una mano la nuca, para capturar mi boca, y nos tragamos los gemidos de ambos, mientras nuestros cuerpos se calman y nuestras lenguas se lamen.

¡Madre mía!

Esto ha sido bestial.

Yo lo sé.

Él lo sabe.

# DIECIOCHO

Noto las mejillas calientes, igual que el resto de mi cuerpo, pues, a pesar de haber tenido dos orgasmos, sigo febril. ¿Me ha pasado esto alguna vez? ¿Con Burton? ¿Con Jared? Ellos eran buenos amantes, pero esto... ¿Qué tiene este hombre en las yemas de los dedos, en las palmas de sus grandes manos, en esos labios sensuales, expertos y manipuladores, dispuestos a hacerte gozar y gritar como una auténtica golfa? Estaba dispuesta a dejarme seducir, a fingir todo lo que hiciese falta, pero no ha sido necesario, pues algo así ha sido imposible. Tal vez se debe a que estaba receptiva y por eso... «No, no, Alejandra Pacheco, te has corrido dos veces y eso no ha sido fingido. Déjate de pamplinas. Has disfrutado, te ha gustado, has participado y, lo que es peor, te has quedado con ganas de más».

«Puta».

¿Puta? ¿Por qué?

«¿Por hacer lo mismo que los hombres?».

¡Venga ya!

Estamos acostados en la gran cama, pero nuestros cuerpos permanecen pegados como si compartiésemos un estrecho camastro, mientras notamos la ligera humedad que nos recubre. Un sudor cálido, sensual, adormecedor... Mi trasero descansa encima de su miembro, que en ningún momento ha desfallecido, permaneciendo medio erguido, como preparado para saltar, para elevarse a su máxima potencia. Mis piernas, dobladas y pegadas a las suyas. Mi espalda, junto a su tórax.

A eso le llaman la cucharita.

Lo he contemplado después de llevarme en brazos a la cama, sí, sí, estás oyendo bien. Cómo se ha quitado la túnica y ha mostrado su cuerpo desnudo; y qué cuerpo, por Dios santísimo..., no debería mencionar a Dios ni a los santos, pero si no es así, las palabras que saldrían serían: ¡la hostia puta qué cuerpo tiene el cabrón!; y ya sabes que no me gusta decir tacos.

Está algo más musculado que Jared, y eso que vestido no lo parece; será porque lleva los trajes a medida, pero sin entallar. Por otra parte, tiene un color dorado, por cualquier lugar que mires, incluido el culo duro y cincelado que posee.

Joder.

Y no quiero decir palabrotas.

El cabello lo lleva ligeramente largo, y ese negro zaino brilla como un espejo de plata. ¡Uf! Su rostro es oscuro, misterioso, con esa barba incipiente que aún lo oscurece más, hace que lo mire como si no hubiese visto nunca un hombre.

«¿Pero qué demonios te pasa, Pacheco?».

No lo sé. ¿Te lo puedes creer? No sé qué demonios me está ocurriendo.

«Es el mismo árabe para el que trabajabas, al que acompañabas porque, a pesar de hablar inglés, decía que los diversos acentos de los estadounidenses le podían confundir. Y, en ningún momento, pensaste que podía estar mintiéndote. Te lo creíste, pues tu jefe te dijo que era un saudí muy rico y que había que tenerlo contento».

Y, ahora, en esta posición, no veo su rostro, pero siento su cuerpo que me envuelve de una manera... que hace que los ojos se me llenen de lágrimas mientras pienso en el pasado sin saber a qué atenerme. Y esa voz grave, seductora, pronuncia una frase en árabe, que me hace temblar:

—Eres mía, solo mía.

Y esas palabras dichas en ese idioma que conozco a la perfección, me provocan un escalofrío.

Pero al mismo tiempo. Siento algo distinto... Algo oscuro. ¿Qué me está pasando? ¿Porque me ha provocado un orgasmo tras otro, ya voy a ser suya? Lo que es peor, me siento suya... No, no, no afirmo, pregunto, ¿me siento suya?

«Pues claro que no, *so tonta*».

«No eres suya, no eres de nadie».

¿Tampoco de Jared?

«Y yo qué sé».

Maldita sea. ¿Y si cuando vuelva a su lado, él ya no me espera, ya no tiene un hueco en su vida? ¿Y si no vuelvo? Esa voz interrumpe de golpe mis pensamientos, al tiempo que noto cómo sus brazos me abrazan con más fuerza.

—La primera vez que te vi, ya sentí algo especial, algo que ninguna mujer me había provocado. —Vuelve al inglés y su voz es igual de profunda que cuando se expresa en árabe—. Me llamó la atención tu aspecto, tu belleza, por supuesto, a pesar de querer esconderla, pero lo que más me cautivó fue oír tu voz. Primero en inglés y luego en mi idioma. ¿Te acuerdas cuáles fueron esas

palabras?

No contesto. Espero en tensión y él lo nota.

—Me dijiste: «Me llamo Alejandra Pacheco, señor Najum». Y luego, en árabe: «Bienvenido, espero que se sienta complacido y espero ser de su agrado».

Hace una pequeña pausa mientras comienza a acariciar delicadamente mi vientre.

—Y pensé: «Cómo no voy a estar complacido, cómo no vas a ser de mi agrado, con lo que ven mis ojos, con lo que oyen mis oídos». Pero lo que dije, en inglés, fue: «Encantado, señorita Pacheco, es un placer conocerla».

Sigo callada, sintiendo esa palma acariciando mi barriga, esas palabras llenando mis oídos.

—Qué pena que no lo recuerdes —ahora me sobresalto, pues lo ha dicho en español.

Y mi cuerpo se envara, se tensa, y se pega más a él, aunque es imposible, pues ya lo estamos.

—Me acuerdo perfectamente —le contesto en español, para probarlo, para comprobar si sabe hablarlo o es un pegote que se está marcando para engatusarme.

—Me alegro, no sabes cuánto me alegro —sigue en español y compruebo que, a pesar del fuerte acento, lo habla perfectamente—. Porque desde ese momento, ya no pude quitarte de mi pensamiento.

—¿Desde cuándo hablas español? —En estas circunstancias, es una tontería que siga con el «usted».

Ríe con fuerza, al tiempo que presiona la palma de la mano contra mi bajo vientre.

—¿Eso es lo que te preocupa, lo que deseas saber? ¿No prefieres que te diga todo lo que te he deseado, todos los pensamientos que te he dedicado en estos años? —Agacha la cabeza y frota mi cuello, lo roza con la boca, con la nariz, haciéndome temblar—. ¿No quieres que te cuente lo que sentí cuando me diste calabazas, cuando rechazaste mi oferta de matrimonio y esa pulsera que te regalé?

Por favorrrrrrr... Que alguien me rescate de sus garras, que deje de hablar en español, pues su voz resulta cien veces más seductora que en inglés, que en árabe.

—No sé si lo quiero saber.

Vuelve a reír y vuelvo a sentir su boca sobre el lateral del cuello.

Esa risa, esa risa... ¡Dios, cómo me gusta! Es tan varonil. Tan misteriosa...

—Me sentí ofendido, humillado, dolido en lo más profundo de mi corazón.

Cuando no habla, me acaricia con la boca, el cuello; con la mano, el vientre. Y esa verga que siento detrás, se encabrita.

—Nunca en mi vida había deseado algo o a alguien, como te deseé a ti. Distes una patada a mi orgullo, pero, sobre todo, a... mi corazón.

No puedo estar oyendo algo semejante. ¿Qué es esto...? Una declaración de amor. Por Dios, sí, Dios, con mayúsculas. Por primera vez en mi vida, me he quedado sin palabras.

«No te preocupes, Alejandra, seguramente es por la situación en la que estás». «Secuestrada, en una cama, desnuda... y pegada, literalmente, a tu secuestrador». «Notando ese falo que, por arte de magia, se coloca en medio de tu trasero».

«Que te ha provocado dos orgasmos sublimes».

«Y que puede que te provoque otros a lo largo de la noche».

«Que te está declarando su amor».

Pero eso no es lo peor, lo peor es... lo que me hacen sentir esas palabras.

«¿Y qué sientes?, ¿qué te hacen sentir, Alejandra Pacheco?».

Eso es lo peor: que no lo sé... Pero me dejan obnubilada.

Su voz rompe mis pensamientos, y tengo que reconocer que, a pesar de estar caliente por dentro y por fuera, esa voz masculina, grave, pero al mismo tiempo acariciadora, logra que un escalofrío recorra mi cuerpo. Él parece notarlo y cierra el abrazo un poco, como queriendo engullirme con su cuerpo, queriendo protegerme de mis pensamientos y de los suyos.

—Tal vez me equivoqué, tal vez debería haber insistido. Pero te vi muy segura, muy fuerte y pensé: «No es mujer para mí, no está hecha para seguir a un hombre, está hecha para que la sigan a ella».

Sigue hablando en español y me muerdo el labio con fuerza. No quiero que mi cuerpo tiemble. Pero tiembla.

No quiero que esas palabras lleguen al fondo de mi ser. Pero llegan.

No sé qué demonios me está pasando y odio sentirme así. Me provoca inseguridad, ansiedad. Aunque siento tanta curiosidad por todo lo que va a decir que no se me ocurre interrumpirle.

—Cuando supe que estabas con ese... —hace una ligera pausa— con ese tipo, con el psiquiatra...

Ahora resopla y noto el aire sobre el cuello, y la presión de esa mano debajo del ombligo, y el ancho y duro pectoral sobre mi espalda, sobre mis hombros. Es como si quisiera aprisionarme..., no es como, es que me aprisiona con esa mano apretando la barriga y esos pectorales marcándose en mi espalda. ¿Será capaz de maltratar? ¿De maltratarme? Amina no me ha parecido que entre en ese grupo de mujeres, pero nunca se sabe.

—Cuando te casaste con él, después de eso, de esa boda, de tu boda —lo repite como si le doliera—, no fui a Nueva York ni una sola vez. Arreglaba las cosas por teléfono o mandaba a alguien. No aguantaba estar en esa ciudad, en la que te conocí, en la que tú vivías con ese tipo.

Vuelve a callar. El miembro está duro, tieso entre las dos mitades de mi trasero, pero es como si no fuese con él, pues, a pesar de las pausas que hace, sigue hablando.

—Con el tiempo, me fui haciendo a la idea, pero tus bellos ojos seguían grabados a fuego en mi mente. Y en mi corazón.

Madre mía, ¿será cierto que está enamorado? ¿De mí?

Otra pausa.

Me maravillo de que no titubee, de que no le falten palabras, de que no tenga que pensar qué decir, de que el idioma de Cervantes fluya de manera natural, de que conjugue los verbos divinamente, y pienso que tal vez aprendió español en California; o igual ya lo sabía de antes. Seguramente el muy cabrón habla un montón de idiomas y yo sin saberlo.

Pero no digo nada, solo me dedico a escucharlo, aunque resulta un poco especial, estando así, tan juntos... Por eso, en los espacios vacíos, en los momentos que calla, intento controlar el temblor que me invade mientras siento, otra vez, la caricia de esa mano.

—Nunca estuve enamorado. Nunca. —Ahora la voz se vuelve más velada, con un matiz doloroso—. Algo así jamás me ocurrió, y cuando desconoces algo, no lo echas de menos. Amina es una belleza, una mujer fiel, buena, que hará cualquier cosa por mí, pero ella sabe que no la amo, que nunca he amado a una mujer, a ninguna, hasta que te conocí.

Madre mía. Esto explica muchas cosas. Esto explica el acto delictivo.

—Cuando me enteré de lo ocurrido, de que ese cabrón estaba muerto y que tú estabas en el hospital, mi mente estalló, mi cuerpo se encendió y deseé matar a alguien.

Su voz se vuelve ronca, por momentos, y hablando en español se hace más

expresiva en todos los sentidos, pues él le da la entonación acorde a cada sentimiento y...

¡Joder! Lo habla de maravilla. No puede ser que lo haya aprendido en California; más bien, parece aprendido de pequeño.

La pausa que hace, mientras pienso en lo bien que habla el español, es más larga, y la palma de esa mano grande presiona como si me agarrase para no caer. Pero no digo nada, no me quejo, porque quiero que continúe, que siga hablando, que me lo cuente todo para que pueda comprender el porqué de las cosas.

—Lo leí una mañana muy temprano. Un pequeño artículo en el *Chronicle* de San Francisco. Dejé el periódico, me quedé mirando los dos cuadros, los primeros, ya eran míos por aquel entonces, y pensé... que tal vez todo eso era una señal. Que debía ir a por ti.

Vuelve el silencio. ¿Una señal de Alá? En serio, no quiero tomarme esto a broma, porque de broma no tiene nada, pero estoy sin palabras.

Esa dureza pegada a mí, no ha disminuido ni un ápice, a pesar de las palabras, a pesar de los sentimientos. Parece como si su cuerpo fuese por libre, mientras su voz transmite sus pensamientos, incluso el dolor.

—Pero tardé demasiado, o tú fuiste demasiado rápida para buscarte a otro.

Silencio. Largo largo silencio. Sin embargo, ese cuerpo grande, duro, bello, no se despega de mí y su mano vuelve a acariciar.

—Luego pensé que tal vez no fue rapidez por tu parte, sino una consecuencia tras otra de tus deseos.

Maldita sea. ¿Cómo puede saber tanto de mí? ¿Tanto rajé con la escopolamina? ¿Tan certeras fueron las preguntas?

—De tus muchos deseos —repite, bajando el tono.

El silencio nos envuelve.

La escopolamina, inyectando la dosis correcta para que no te tumbe y hagan contigo lo que sea, por ejemplo, violarte, dará lugar a que te hagan preguntas de toda índole y las contestes una por una. Tal vez de manera titubeante, tal vez de forma lenta, pero irás largando todo lo que sepas.

La mano vuelve a quedarse quieta, debajo del ombligo. Y la boca, los labios, ya no se deslizan por mi cuello. Pero permanecen al lado de mi oreja. Y noto su respiración, produciéndome una especie de temblor, una especie de desasosiego. ¿Qué es lo que sabe de mí?

Seguramente todo.

Vuelvo a tener otro *flash* de ese viaje, de ese avión superlujoso, y veo el rostro del español o mexicano, pero su boca no se mueve, y alguien habla, alguien pregunta, pero esa boca no se mueve. ¿Estaba él en el avión? ¿Era él, el que hacía las preguntas? Casi doy un respingo, cuando las palabras fluyen otra vez.

—Y mi mente me susurró una y otra vez: «No es mujer para ti, no es para ti, Ghiyath. Demasiado complicada, demasiado perversa, demasiado insensible...». ¿Me equivoco, mi bella Alejandra?

No contesto. Siento esa palma abierta sobre mi vientre. La siento como una losa. Se me pasan mil pensamientos por la cabeza... Y todos malos.

Estoy deseando que hable otra vez, que diga algo, pues yo no quiero abrir la boca. No quiero decir nada.

—Pero, al final, no hice caso a mi sentido común. —Vuelve el silencio y tengo la sensación de que la única respiración que se oye es... la mía—. Y aquí estás.

De nuevo me acaricia, de manera lenta y delicada. Y suelto el aire retenido. Despacio, para que él no lo note, pero lo nota, claro que lo nota.

Si está pegado a mí, si tiene todos los sentidos alerta. Si es como un zorro en el desierto. ¿Hay zorros en el desierto? ¿Estoy, estamos en el desierto?

—Y no voy a dejar que te separes de mí. No voy a consentir semejante cosa.

Comienzo a suspirar, pues noto que ardo, que el miedo se mezcla con el placer y la perversión del momento.

—Y si es necesario, te mantendré cautiva de por vida, con tal de no perderte. Aun a riesgo de morir entre tus manos.

Tiemblo al oír esas palabras, pero más tiemblo cuando me mueve y se coloca encima, haciendo que abra las piernas para acoplarse despacio, mientras lo miro hipnotizada. O idiotizada..., no sé con qué termino quedarme.

Me observa, me analiza con esos bellos ojos, mientras entra en mí. Mientras jadeo entrecortadamente, adaptándome a su miembro, mientras se sujeta con los poderosos brazos para no dejarse llevar por el momento, para no hacerme daño, para no fastidiar lo que va a venir. Y es como magia.

¡Sí..., no me interrumpas ahora! Es magia, pura magia.

Me abro a él como una flor, pero una flor de esas que está esperando a una mosca o a otro insecto, y que cuando se posa sobre ella... ¡zas!, se cierra y engulle al insecto. Así estoy, así me muestro.

Lo recibo con ansia. Y entra, poco a poco, despacio, cuando mi vagina se dilata, adaptándose a él. Muevo los músculos, los contraigo para envolver ese pene, para darle placer, para que él lo note. Y lo hace, pues su mirada me lo dice, esos ojos negros que no se han cerrado ni un segundo, que no se han despegado de los míos, cuando contraigo el suelo pélvico, mueve ligeramente los párpados. Los mueve de puro placer, al tiempo que esas largas y espesas pestañas que posee, se baten como ligeras mariposas.

«Pero ¿te estás oyendo, Alejandra Pacheco?».

¡Cállate y déjame disfrutar de este momento!

Ahora... Ahora, ya está dentro. Todo.

Es grande, todo él es grande y su miembro no podía ser menos, de manera que sufro una invasión, pero es una invasión perversa, gozosa; y como me siento generosa, como estoy frenética de puro y máximo placer, decido pagarle de la misma forma, dándole el mayor gusto, moviendo las caderas, elevándolas, zarandeándolas, para que sienta lo mismo que yo.

Calla.

No digas nada.

Esto es lo que hay. Cuando una está en situaciones extremas, hay que adaptarse o morir; y si esas adaptaciones son placenteras... mejor. Llámame puta, furcia o fulana, fresca o casquivana si quieres, me da igual. Ni la más puritana ni la más remilgada ni la más delicada, podría rechazar algo así.

¿Qué está pasando, qué ha pasado? Yo estaba receptiva y por eso no ha tenido que utilizar la violencia, pero ¿habría utilizado la violencia? No lo sé y, en estos momentos, no me importa. Solo quiero gozar, disfrutar de este hombre, disfrutar de lo que me está haciendo y de lo que yo le hago.

Nuestros cuerpos se mueven con violencia, él me agarra de las nalgas con una mano para marcar el ritmo, pues siento que desfallezco, pero no, no es así, porque esa mano me impulsa, me lanza contra él una y otra vez, mientras la punta de su miembro se aplasta contra mi carne, contra el final de mi vagina, alterando cada punto nervioso, haciendo que cada sacudida se convierta en un calambrazo, mientras se desliza en un loco frenesí, entrando y saliendo, una y otra vez, cuando mi sexo palpita hinchado y caliente con cada embestida de este hombre, provocándome pequeños gritos de placer. Mis piernas se endurecen, se doblan y mis pies se apoyan en el colchón para que esa unión no acabe nunca y para que él no haga todo el trabajo.

Y cuando no puedo más, cuando siento que tengo que estirar las piernas,

que debo tensar todo el cuerpo, pues el orgasmo llega como un vendaval, él no abandona, sigue dándome placer mirando de qué manera aprieto los párpados al sentirlo, gimiendo de puro placer y me muerdo el labio de puro vicio...Y ahora se deja caer sobre mí, pero no de golpe, con suavidad. Para mi sorpresa, no se ha corrido.

Me besa con delicadeza, cogiendo el labio mordido entre los suyos, para lamerlo, para acariciarlo, por lo que le ofrezco el otro, para que reciba su premio, y lo lame de la misma forma. Descaradamente, abro la boca para que me la coma entera.

Otra vez.

«Golfá más que golfá». «Tanto querías a Jared, tanto tiempo lo habías esperado...». «¿Y ahora?». «¿Ya te has olvidado?»

Cállate y déjame en paz. Quiero disfrutar de este momento. Cuando él no esté, ya analizaré la situación. Ahora, cierra la puta boca, y deja que siga con la fiesta.

Y ya lo creo que sigo.

Se tumba en la cama sin soltarme y, al tiempo, con un movimiento rápido, quedo encima de él que se incorpora hasta quedar sentado, pero no me suelta ni un momento, y su pene vuelve a estar dentro de mí. Volvemos a estar unidos, pero de una manera muy especial.

Conoces La Unión de la Abeja. ¿No? ¿No has leído el *Kama Sutra*? ¿No lo has ojeado siquiera?

Yo estoy sentada encima de él, su miembro dentro de mí, mi espalda pegada a su tórax, sus piernas están estiradas y yo, como si me pusiera en cuclillas, me elevo y me bajo con la ayuda de sus manos. Él hace toda la fuerza y, además, no está apoyado al cabecero, de manera que noto la tensión de sus brazos, el endurecimiento de sus pectorales..., pero es lo más..., yo controlo la profundidad de la penetración, noto cómo la parte delantera de la vagina y el punto G están muy estimulados en esta postura, todo se estimula, el abecedario entero si fuese necesario.

Él mantiene su cuerpo en esa posición, me sujeta los muslos con sus manos y deja que yo haga el resto, entrando y saliendo, dejando que esa maravilla de miembro resbale por mi vagina, hasta que me canse, hasta que vuelva a tener otro orgasmo y esa postura sea demasiado incómoda para mí y en especial para él. Pero esta vez no espera, y cuando me viene, él también se deja llevar, pues me agarra con fuerza por las caderas y hace que me clave hasta el fondo

mientras noto su boca en mi hombro, en el cuello..., dándome mordiscos.

Mordiscos de placer. Mordisquitos que no me dejarán señal, como mucho, una pequeña o gran rojez, que se irá con el tiempo. Y, de repente, volvemos a corrernos, al mismo tiempo.

Y, al aplastarme contra él, como si me dejase caer en un profundo y placentero sillón, me viene a la mente una cosa...

¿Sabes cuál? ¿Sabes que es el síndrome de Estocolmo? Pues eso.

«Estás loca, Alejandra Pacheco Cortés».

Creía que me vendrían a buscar, creía que él llamaría a las criadas, para llevarme a mis habitaciones, pero no es así. No ocurre nada de eso, y después de haber hecho la postura de la Abeja, se levanta y se dirige al baño, mientras yo me quedo mirando y dudando, notando el semen entre mis muslos, mientras pienso en el que está dentro, en los espermatozoides que irán a la carrera para intentar fecundar un óvulo... y yo, sin pastillas del día siguiente.

«Tal vez debería levantarme y cubrirme con algo», pienso mientras oigo el agua correr. Pero los pensamientos se interrumpen de golpe, pues él está otra vez delante de mí, y como las luces en la penumbra siguen encendidas, lo miro a mis anchas, deslizando mis ojos por todos los planos y hendiduras de su musculatura, por ese pene que, estando flácido, sigue siendo grande y no puede esconderse debajo de ese pubis de rizos negros. De repente, reparo en algo, algo que con toda la vorágine pasada no he visto o no me he dado cuenta. Tiene el cabello negro y abundante, no es liso, pero sí un poco ondulado, no es una melena, pero tampoco lo lleva corto como cuando trabajaba para él, o cuando lo vi por última vez en Nueva York. Sus antebrazos muestran un vello oscuro no abundante, para nada excesivo, los brazos no muestran nada de pelo y el pecho... está terso, liso, dorado. No tiene ni un solo pelo, y me juego lo que sea a que es natural, a que no se lo depila o rasura. Solo presenta una línea muy fina de vello oscuro, justo debajo del ombligo, que baja en línea recta hasta el pubis; es como una flecha: señoras, señoritas, aquí está lo que buscan, aquí está la perforadora.

«¿Te estás oyendo?».

Dejo esos pensamientos y miro lo que lleva en la mano. Se acerca y se sienta en el borde de la cama, sin dejar de mirarme.

Me abre las piernas y yo me dejo.

Desliza ese paño entre mis muslos y limpia el líquido viscoso, pero no toca el sexo, solo los muslos, mientras sus ojos están clavados en los míos.

Termina.

Tira el trapo al suelo, apaga las luces con un mando que hay en la mesita y se mete en la cama.

Me abraza, me besa. Me dejo. Y, en cuestión de unos minutos, me duermo como un angelito.

Mañana me arrepentiré...

Pero, en estos momentos, estoy en la gloria.

# DIECINUEVE

Estoy en una encrucijada.

Sí, lo estoy.

Todo lo ocurrido la noche pasada, ha logrado que mi mente se disperse, se descomponga, se reactualice, como los ordenadores. Tendría que resetear, que reiniciar y volver al punto X, antes de la Z.

Esto se me ha ido de las manos, totalmente.

Esta mañana, cuando he despertado, él se había ido y yo seguía en esa habitación, en esa cama y no me he enterado de nada, ni cuándo él se ha levantado ni cuándo se ha ido, ni cuándo han hecho acto de presencia dos criadas, esperando a que despertara para llevarme al baño, al mío, y hacerme un aseo completo. Mientras ello ocurría, recordé todo lo pasado, cómo me dormí en sus brazos y unas horas más tarde, en la oscuridad total de la habitación, volvió a tocarme, a darme placer con la mano hasta que grité de gozo y se montó encima. No tardó apenas en correrse, pues mi vagina estaba tan lubricada, con los restos de los otros coitos, que tuvo que ser una delicia para él... y para mí. Volvimos a dormirnos, y yo, tan profundamente que no me he enterado de nada.

No me lo puedo creer.

Pregunto a las criadas cuándo volverá el señor, pero ellas se ríen tontamente y no contestan.

Paso toda la mañana leyendo, pero sin concentrarme, pensando en cosas distintas a las que leo, viendo las imágenes de lo que sucedió anoche, recordándolo todo, absolutamente todo. El sexo, por supuesto, pues fue sublime, pero, en especial, lo que ese hombre dijo. Es posible que sepa... que sepa todo lo que soy, pues esa manera de hablar, esa forma de expresarse... ¿querrá hacerme chantaje? ¿Tendrá pruebas para poder hacerme chantaje? ¿Habrá grabado las preguntas y las contestaciones a esas preguntas?

Si es así, tarde o temprano, tendrá que descubrir sus cartas. Pero, luego está lo otro. Esas palabras llenas de dolor, de pasión, de amor, incluso de rencor.

Le sentó fatal que me casara con Burton, tanto que dejó de ir a Nueva York durante un tiempo y eso es decir mucho, porque este hombre, si no recuerdo

mal, tenía o tiene muchos negocios y de índoles muy diversas, y ya sabes lo que se dice de Nueva York: la ciudad que no duerme, la ciudad en la que cualquier cosa puede pasar..., la ciudad de las ciudades.

Y sí, habló de amor. Lo dijo bien clarito. Me ama, desde el comienzo, desde casi el comienzo. ¿Cómo puede ser? Le pasó algo así como a mí con Jared, pero con una notable diferencia, yo era una cría, una adolescente, vulnerable y receptiva a enamorarme de un príncipe azul; pero él, él es un hombre hecho y derecho, vivido, curtido y, para colmo, musulmán.

Esto es una locura, no puede llegar a buen puerto, es que no lo entiende. No se puede ir secuestrando mujeres como si estuviéramos en siglos pasados y mantenerlas encerradas para su uso y disfrute. Claro que eso se sigue haciendo en muchas partes del mundo, más civilizado o menos, da lo mismo. Secuestran a mujeres para violarlas y luego matarlas, las secuestran para prostituir las y las tienen amenazadas con matar a sus familiares, secuestran a niñas cuando salen del colegio para tenerlas encerradas durante años y hacer con ellas lo que les da la gana. Las secuestran en América, en Europa, o en África, en Oriente Próximo, Medio y Lejano; en cualquier parte del mundo puede ocurrir, ocurre y ocurrirá. Da igual el siglo en el que estemos, esas barbaridades siguen pasando.

Me levanto y el libro que tengo en las manos, que ya no leo, lo tiro encima de la alfombra. Yo también me tiro y me pongo a hacer flexiones sin parar; una, otra, otra, otra..., así, hasta cincuenta, sesenta, setenta, ochenta, noventa... y cien.

Respiro entrecortadamente, notando el sudor por el cuerpo, y me toco los muslos, los cuádriceps, presionando sobre ciertos puntos y me sorprendo, tengo agujetas, y no precisamente de las flexiones que acabo de hacer, ni de las hechas los días anteriores. Tengo esas pequeñas agujetas debido a la tensión a la que sometí las piernas, al endurecer los muslos con fuerza y durante más tiempo del normal, cada vez que me vino.

Alucinante.

Me desato la coleta, me la vuelvo a hacer, al tiempo que me levanto y paseo por la enorme habitación como un león enjaulado. Miro todo lo que me rodea, el lujo en las telas, el brillo en los muebles, grandes, pequeños o auxiliares, hechos de maderas preciosas o semi, en las molduras del techo, en las lámparas, en el revestimiento de algunas paredes. Me paro en el centro y giro sobre mi eje, para mirar otra vez lo mismo y llego a la conclusión de que

estoy en el desierto y pienso si en el desierto puede haber un palacio o similar, y tener aire acondicionado. Puede ser una zona semidesértica o un oasis. Pueden tener alternadores o transformadores, o algo por el estilo.

Cada vez estoy más convencida de que estoy en Oriente o el norte de África..., tal vez en Arabia Saudí, no creo que estemos en Irán o Irak, no. Tiene que ser en su país, seguro. «Piensa, Alejandra, repasa tus conocimientos, Arabia Saudí limita con Jordania, con Irak, con Kuwait, con los Emiratos Árabes Unidos, Catar, Omán y Yemen y... conectado con Bahrein, a través de la calzada del Rey Fahd».

¿No sabes lo que es la Calzada del Rey Fahd? Es un puente que une Khobar, en Arabia Saudí, con Bahrein. Al sur de la península arábiga está Yemen, pero no creo que estemos ahí, pues están en guerra desde el 2014. ¿Y Jordania? Podría ser, sí, como podría ser Emiratos, o Catar, o Kuwait..., maldita sea, quiero saber dónde estoy.

Y cuando llega la noche y me llevan otra vez hasta él, me planto, me pongo bélica.

Estamos solos, pues ha mandado salir a los criados. La comida está en la mesa, pero sonrío cuando ve que me levanto, que me alejo de él y lo miro fijamente.

Esta noche llevo una túnica de lamé azul intenso, que según las criadas hace juego con el color de mis ojos y al señor le gustará especialmente. No deja entrever mis curvas, pero a cada movimiento se pega al cuerpo, a los pechos, a las caderas, y no sé qué es más sugerente, si las gasas o esto.

—¿Dónde estamos? —pregunto en inglés.

No quiero que me hable en español, pues me desarma, no quiero que me hable en árabe, pues me enfada. Me mira fijamente, sin dejar de sonreír. Se levanta. Se dirige hasta mí, y me dan ganas de retroceder, pero no lo hago.

No le tengo miedo. ¿O sí? Se planta delante, y como estoy descalza, baja la mirada para enlazarla con la mía.

—¿Tanto deseo tienes por saberlo?

Me contesta en el mismo idioma y yo pienso, cada vez que lo oigo hablar en inglés, cómo me pudo engañar; aunque pensándolo bien, en ese tiempo que trabajé para él, no lo hablaba así. Ahora llego a la conclusión de que forzaba la forma de hablar para parecer más «indefenso», o puede que ya llevara intención de engañarme para valorar mi trabajo y algo más. Y, en estos momentos, parece jugar conmigo, parece divertirse, mirándome como si yo

fuese un ratón y él, el gato grande y hambriento, deseoso de llenar la panza.

—Quiero saberlo. Deseo que me lo digas.

—Estás en mi casa.

—¿En cuál de ellas? No estoy en California, no estoy en Londres...

Él no dice nada, no retira su oscura mirada, no se le borra esa media sonrisa de su atractiva boca. ¡Por Dios, qué guapo es!

«Déjate de tonterías y estate en lo que tienes que estar».

—Estamos en Arabia Saudí, ¿verdad?

Ahora sonrío abiertamente, enseñando esos dientes blancos, fuertes, demoledores, y yo, como una boba, los miro, los dientes y los labios tan bonitos, tan *sexys*, durante unos segundos, hasta que elevo la mirada y la fijo en los ojos más negros que he visto en mi vida, más que los de Amina. Son magnéticos, son lo opuesto a los de Jared, pero igual de hermosos. Esos ojos son misteriosos como una noche sin estrellas, pero brillan como si todas las estrellas estuvieran dentro de ellos.

«Pero... ¿te estás oyendo?».

Su voz llega a mí.

—Desde el momento en que crucé las primeras palabras contigo, supe que eras inteligente y después, me di cuenta de que eras más que eso, mucho más.

—Hace una pausa y yo espero que continúe sin separar la mirada, fijándome en la cantidad de pestañas que tiene, negras como el carbón y espesas como las de una mujer. Bueno, más de una quisiera tener esas pestañas. —Sí, estamos en Arabia Saudí.

—Bien. ¿En qué parte? —pregunto como si fuese un sargento de los marines.

Él me sigue mirando, pero, ahora, con sorpresa... y rompe a reír. Esa risa potente, masculina, me excita y me enfada a partes iguales.

—Mi preciosa Alejandra, ¿deseas que te haga un plano? ¿Otro también de las edificaciones donde nos encontramos? Y ya de paso, te doy tu documentación y pongo a tu disposición un vehículo para que te lleve al aeropuerto más cercano. ¿Un helicóptero, tal vez?

Ya no ríe. Pero su mirada sigue clavada en mi rostro. Y esa mirada, ya no se muestra dulce y mucho menos, burlona.

—Quiero saber qué te propones. Quiero saber qué quieres de mí y qué debo esperar de todo esto.

No nos hemos movido del sitio, ni él ni yo. Frente a frente. Y lo cierto es

que me estoy casando de echar el cuello hacia atrás para mirarlo. Lo cierto es que mirar desde arriba es mucho más cómodo y recalca más la superioridad del que posee esa ventaja. Pero no voy a dar un paso atrás, ni muerta.

—No tengo nada que explicar. Ya sabes todo lo que tienes que saber.

—No estoy de acuerdo. No sé una mierda.

—No hables así.

La sonrisa se le ha borrado de golpe y la mirada se torna fría y dura como el pedernal. Pero a mí me la trae fresca, ¿qué se ha creído, que voy a hacer lo que él diga...?

El día del juicio final.

—Hablo como me da la gana. Y no va a venir, ahora, un hombre como tú, a decirme lo que tengo que hacer o como tengo que hablar.

Me agarra de los hombros y me separó de un tirón, pero he sido tan brusca y él me ha enganchado con tal fuerza que la preciosa túnica se raja en dos, quedando mi cuerpo al descubierto.

Me enfado más de lo que estoy, y agarro los restos de la tela, que quedan sobre mi cuerpo, y los tiro al suelo mientras miro cómo él aprieta, en su puño cerrado, el trozo con el que se ha quedado.

Desnuda ante él, me muestro altiva, con el rostro crispado y plantándole cara con mi mirada más arisca. Él, sin embargo, mira todo lo que está a su alcance, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, como si no lo conociese, como si no lo hubiese disfrutado la noche pasada hasta cansarse.

Y, entonces, vuelve a reír. Ríe a carcajadas.

Deja caer el trozo de tela al suelo y se pasa una mano por la oscura mejilla, mientras disminuye la risa, pero sin dejar de observarme atentamente.

—Estás en mi casa. Estarás siempre, pues no te pienso dejar ir. Y si alguna vez descubres que puedes convertirte en mi esposa, que puedes seguirme a donde vaya, siéndome fiel y obedeciéndome, entonces podrás volver a ver mundo.

—Estás loco.

—Sí. Lo mismo que tú.

—Yo no estoy loca.

—Sí, Alejandra. Hay que estar loca o, al menos un poco, para hacer todo lo que has hecho.

Se hace un silencio, y me han entrado unas ganas locas de tragar saliva, pero no sé cómo me aguanto.

—No estoy loca —repito las palabras, y las separo una de otra para darle más intensidad.

—¿No? —Eleva las cejas oscuras y tuerce la boca en un simulacro de sonrisa.

—No.

Niego otra vez, al tiempo que clavo la mirada en esos labios.

—Entonces..., eres mala por naturaleza, eres fría como el hielo, no tienes sentimientos, eres capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que quieres.

No digo nada, solo lo miro, le devuelvo la mirada y siento un nudo en el estómago. Y, ahora, ahora sí, maldita sea. Tengo que tragar saliva. Podría llevar una mano al cuello y disimular ese acto, pero se dará cuenta y será peor, se reirá de mí.

A la mierda.

Trago ruidosamente.

Y no sé cómo, no sé por qué, se me llenan los ojos de lágrimas y comienzan a resbalar como las cataratas del Niágara. «Maldita sea, ¿qué demonios me pasa, qué me está haciendo este cabrón?». Cómo me manipula o, al menos, lo intenta; cómo sabe dónde dar, y eso no lo intenta, eso es certero.

Como un dardo en una diana.

Como una bala en una puta diana.

No deja de mirarme, contemplando cómo se deslizan las primeras lágrimas, porque las demás me las limpio de un manotazo.

—Igual que tú. Igual de frío, igual de malo y capaz de hacer cualquier cosa —logro decir.

—No. Igual que yo, no.

—Me has secuestrado.

—Me llevas ventaja. Yo, todavía, no he matado a nadie.

Ahora sé que lo sabe, que se lo he contado todo, y lo que no, lo intuye.

Termino de limpiarme los ojos y doy gracias porque no me han maquillado, si no, ahora, llevaría toda la cara llena de churretes negros.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Lo sabes perfectamente.

—No tengo ni puta idea de lo que hablas —murmuro, entre dientes, mientras le lanzo puñales con los ojos.

Seguimos sin movernos, seguimos mirándonos como si fuésemos dos

pistoleros del Viejo Oeste a punto de sacar los revólveres.

—Sabes que no me gusta que emplees ese vocabulario, y yo sé que no empleas esas palabras soeces por norma. Sé que lo haces para enfadarme, pero, por esta vez, haré como que no las oigo.

—Pues óyelas bien, porque las voy a decir de continuo. Y si quieres pegarme, pégame, pero que sepas que no me voy a estar quieta, que me voy a defender, y soy capaz de cualquier cosa.

—Así fue como lo organizaste con el psiquiatra. Fuiste tan loca que te arriesgaste a perder la vida, con tal de matar a ese hombre. A tu marido. —Sé que mi semblante no muestra sorpresa, pero por dentro tiemblo ante lo que sabe este hombre. Y lo que viene ahora, me deja paralizada, más de lo que estoy—. ¿Quién mató al niño que estaba por nacer?

«Haz algo, Alejandra». «No dejes que piense que eres una asesina».

Mis ojos se humedecen y vuelven a soltar lágrimas de cocodrilo.

—¿Lo mató él? ¿O ya lo llevabas hecho de casa?

Será cabrón. Pero no digo nada de eso.

Tal vez me hizo esas preguntas y no se las contesté; o tal vez sí, y él no llegó a creerlas por ser demasiado duras y, ahora, vuelve a preguntar. O no las contesté con suficiente claridad, igual lo hice de manera confusa y no resultó convincente.

Lloro, lloro y lloro en silencio, y me dejo caer sobre la alfombra. Pero el muy cabrón no se inmuta. Mira todo lo que quiere y deja que llore durante un rato.

Me froto los ojos y me limpio las mejillas y, en vista de que él permanece en el mismo sitio, me levanto y voy a sentarme al lado de la mesa, donde está la cena dispuesta. Cojo con los dedos una croqueta de garbanzos, la mojo en salsa de yogur y me la llevo a la boca. Mientras mastico despacio y de paso saboreo el manjar, veo cómo él se acerca y se sienta enfrente de mí.

Empiezo a estar un poco incómoda al estar desnuda, no por mí, sino por esas miradas de depredador que tan pronto me miran el rostro como que se deslizan despacio por cualquier parte de mi cuerpo.

—Cuando planeaba tu secuestro, me pregunté miles de veces... por qué. Por qué complicarme la vida, por qué te deseaba sabiendo lo que sabía, lo que intuía de tu carácter, de tu retorcida personalidad, por qué me había enamorado de ti y, peor todavía, por qué seguía amándote. Al final llegué a la conclusión de que sobre esas cosas no mandas, sobre el corazón no mandas,

aunque sepas las cosas más horribles de esa persona.

He dejado de comer.

Trago lo que tengo en la boca y... Lo miro, solo lo miro. Fijamente. Sin importarme mi desnudez. Sin importarme esa mirada que se desliza por mis pechos, llega hasta el pequeño triangulo de vello púbico y vuelve a subir, recorriendo el mismo camino.

—Algo así le debió de pasar al capitán Morgan, ¿verdad?

No contesto. Mis ojos abiertos como platos, no pestañean, no retiro la mirada de ese rostro tan atractivo, oscuro; de esa boca tan seductora, tan atrayente que dice esas cosas que cuenta esas intimidades. Que me está dejando al descubierto.

—Él también sabe mucho, pero menos que yo. Sabe lo de tu familia, pero no sabe cómo entraste en la vida de Burton. No sabe que fuiste a su consulta como paciente. Una vez, solo una vez. Con una vez te basta y te sobra para echar el anzuelo.

Sigo con la boca cerrada a cal y canto, pero sé que en la mirada se me nota la sorpresa y la incertidumbre.

—La secretaria irlandesa me dio tu historial cuando el cadáver de Burton estaba todavía caliente. No me lo dio gratis, por supuesto. Desciende de irlandeses, la secretaria de tu fallecido marido, ¿verdad?

—Sí —no sé por qué contesto, pero ya estoy harta de estar en silencio—. ¿Cuánto pagaste?

Sonríe ligeramente, sin retirar la mirada.

—Veinte mil dólares.

—Buena suma por un expediente. —Cojo otro bocado, lo mojo en la salsa, lo mastico despacio y cuando me lo trago, dirijo la mirada a su rostro—. Eso se llama tirar el dinero. ¿Qué pensabas encontrar ahí?

En estos momentos, sonrío con la boca, pero también con los ojos. Resulta llamativo que todo esto le produzca sonrisas.

—Ese historial, me descubrió muchas cosas de ti; la más importante... — se para, y qué quieres que te diga, me tiene en ascuas, estoy deseando saber, quiero saber lo que pensó, lo que piensa—, la más importante fue comprender por qué habías eliminado a tu familia.

—Mi familia murió por un accidente. Un escape de gas.

Él sonrío, mantiene esa sonrisa burlona. Es como si jugásemos al gato y al ratón. No sé qué preguntas me hizo, no sé qué contesté bajo los efectos de la

droga. Tal vez, mis respuestas no fueron claras, tal vez, balbuceaba y dije cosas incoherentes.

—Un escape de gas que tú provocaste. No, no me interrumpas, déjate de juegos conmigo. Tus hermanos te violaron, tú no se lo contaste a tus padres, porque te avergonzabas, porque temías la ira de tu progenitor contra tus hermanos, porque pensabas que tu madre podía pensar o lo que era peor, decir que no habías sabido estar en tu sitio —siento deseos de tirarme hacia él y morderle en el cuello hasta llegar a la yugular—, pero el tiempo pasó y fue germinando la idea en tu cabeza, aunque no te dieras cuenta. Tu padre, tu madre te querían, pero no de la manera que tú deseabas, suele pasar muchas veces, la gente piensa que en un hogar donde hay varios varones y una hija, esta va a estar de lo más consentida y querida, y no es así, ocurre justo lo contrario, sobre todo, si esa niña demuestra una inteligencia fuera de lo común desde pequeña. De manera que, al final, tuviste claro que todos eran iguales, todos eran prescindibles. Y en lugar de coger y largarte a Nueva York o a cualquier otro sitio, planeaste quitártelos de en medio, a todos juntos; y qué mejor sitio que la pequeña casita de la playa cerca de Los Cabos.

Calla. Ahora calla el muy cabrón. Y a mí, me ha dejado sin palabras. Pero continúa:

—Estoy seguro de que, si te vieras ahora en esa situación, no optarías por esa vía tan drástica. Le dirías a tu padre que te ibas y si él se mostrara agresivo o autoritario, lo mandarías a tomar por culo y te largarías. El problema estaba en que tu padre tenía amistades peligrosas, ¿verdad, mi bella dama?

No me interesa intervenir.

No retiro la mirada de su rostro.

—Cuando ciertas personas, tu padre, por ejemplo, tienen amistades especiales, en muchos aspectos puede venir bien, pues las utilizas para los fines que deseas. Te podría amenazar de manera velada o no tan velada, y podría asustarte de forma que hicieras lo que él quería. Que estudiaras lo que él quisiera, donde él quisiera, y ya que nos ponemos, hasta podría decirte con quién debías casarte y cuándo.

Vuelve el silencio.

Nos miramos fijamente.

—El problema, que tienen los hombres que son o han sido como lo fue Pacheco, es que quieren manipular todo lo que está a su alcance, es que se

creen con poder más que suficiente para mandar sobre la familia que ha formado, porque para eso la ha formado. Pacheco pensaba que su esposa era propiedad suya, que sus hijos eran propiedad suya, y con los varones podía levantar más la mano, pues a fin de cuentas era un machista. Pero con las niñas, con su hija, única hija, con esa niña preciosa hasta decir basta y más inteligente que sus tres hijos juntos... no, no era posible. A Pacheco le ocurría una cosa muy típica de los machistas: que jamás iba a reconocer que una mujer es más inteligente que ellos, más lista puede, pero más inteligente jamás.

»Dirá que se lo hace, dirá que lo aparenta, dirá que es astuta como un zorro, que tiene una memoria prodigiosa, pero él opinará que, por el hecho de ser mujer, eres más débil y, como eres más débil, a la fuerza eres menos inteligente, porque esa debilidad afecta a la inteligencia. Pacheco era de esos tipos que piensan que como la mujer mancha todos los meses, es más débil, que como se queda embarazada, es más débil, que como tiene que parir, es más débil, que como tiene que criar a los hijos, es más débil. Y, al final, llegó a la conclusión de que él, como otros hombres similares a él, eran los que salvaban y resguardaban a las mujeres que formaban parte de sus vidas.

No hemos dejado de mirarnos ni un instante. Mis ojos han estado clavados en sus labios y en sus ojos. Y, ahora, parece que se me ha comido la lengua el gato. Y sigo con la mirada fija, sin perder ni una sola palabra de las que pronuncia, pero no puedo evitar la ocasión.

—Pacheco era un machista como tú.

Eleva las cejas y muestra una sonrisa torcida.

—¿Piensas que soy machista?

—Por supuesto que lo eres. Solo hay que verte, solo hay que saber lo que hacéis con las mujeres.

—¿Qué hago con las mujeres? ¿Con una mujer?

—¿Aparte de secuestrar?

—Olvídate de eso. Dime otras cosas.

—Vamos, no me hagas reír. ¿La ley Sharia qué es?, ¿un juego de niños?

—Sabes de sobra lo que es. Derecho islámico.

—Claro, una serie de normas, reglas, para controlar el culto, la moral, para decir lo que está bien y lo que está mal; lo permitido, lo prohibido...

—El Corán es algo indiscutible. La Sharia es interpretable. No es un dogma.

—«El camino de la paz».

—Sí, su significado literal es ese; pero otros lo interpretan como «el mejor camino a seguir».

—Arabia Saudí la cumple a rajatabla. Las ofensas sexuales se castigan con azotes o lapidación; el robo, con la amputación de una mano; la homosexualidad es un delito grave, o si la mujer no obedece al padre o al esposo, o si no cumple con las normas de la vestimenta, hasta considerarlas culpables si las violan.

Las palabras han salido en tropel.

—Cada país tiene sus normas, sus leyes, sus costumbres, Alejandra. Dime una cosa, ¿si tuvieras que pasar un par de meses aquí, trabajando, te vestirías como lo hacías en Nueva York?, y no me refiero a la época en que trabajabas de intérprete, sino a los últimos tiempos. ¿Te pondrías esos minivestidos? ¿Irás enseñando las bragas? ¿O, tal vez, no las llevabas? —voy a contestar, pero el muy cabrón no me deja—. No, no lo harías. Porque no eres estúpida, al contrario, sabes más y entiendes más que cualquier persona, hombre o mujer. Tú eres de las que piensas antes de actuar, de las que valoras la situación, de las que no se deja llevar por la inercia. Tú sabes aplicar ese refrán: «Donde fueres, haz lo que vieres». Tú no te pondrías un vestido que deja tus largas y hermosas piernas a la vista, porque sabes que los hombres se tirarían, irían a por ti, y con razón. Porque para vestir así, en público, tienes que vivir o estar en un sitio como Nueva York, París o Madrid. Pero no aquí, o en la India, en Pakistán o en Jordania. Eso lo puedes hacer en privado, para tu esposo, nada más.

No me da la gana de replicarle. Para qué. Si lleva razón.

Si eres tan tonta o tan ingenua como para creer que en cualquier parte del mundo puedes hacer cualquier cosa, estás perdida.

—¿Qué pasó, Alejandra? Una vez que decidiste seducir a Burton fue cuando saliste del capullo donde te habías metido. ¿Sabes que la irlandesa me detalló cómo ibas vestida el día que fuiste a la consulta? Por supuesto, nada de enseñar esas piernas kilométricas que posees, tampoco era procedente, pero ese vestido entallado al cuerpo, esos tacones, ese cabello recogido, esa cara tan hermosa y, sobre todo, esa personalidad apabullante... a una vulgar secretaria la dejó impresionada, pero el hombre que se creía por encima de la mayoría de los mortales, cayó en tus redes.

No digo nada, pues siento que me conoce demasiado, que sabe todo lo que yo sé, y lo que es peor, que sabe cómo pienso, cómo siento, cómo actúo. Es

como si me hubiera estudiado al detalle, como si me hubiera diseccionado igual que a un animalito de laboratorio.

Su mirada penetrante me aniquila y esa boca seductora se tuerce de manera provocadora y autosuficiente, sintiéndose superior, sintiendo que sabe tanto como yo, tal vez más.

—No quieres hablar. No quieres contarme cosas de ti, sin estar bajo los efectos de una droga. Es una pena, pues sé mucho, pero estoy deseando oír cosas de tu boca, que tú me cuentes tus pensamientos, tus deseos, tus sufrimientos.

Ahora ya no me aguanto.

No aguanto más.

—¿Quieres que te cuente? Pues te cuento —arrastro las palabras para que vea que estoy enfadada, que me molesta lo que está haciendo conmigo—, deseo salir de aquí, quiero estar en mi casa de Nueva York, no quiero saber nada de ti ni de nada relacionado contigo. Nada de nada. Esos son mis pensamientos, esos mis deseos.

Nos miramos fijamente, nos miramos con rudeza. Ahora ya no muestra esa media sonrisa.

—Al final, vas a caer del pedestal donde te tengo puesta.

—Me importa una mierda.

Sé que le molesta ese vocabulario, pues, aunque no lo hubiera dicho, su mirada y el rictus de la boca, lo dice todo. Pero él sabe que no soy una mujer normal y que lo estoy haciendo para enfadarlo.

—Muchas veces pienso cómo habrían sido las cosas entre nosotros, si hubieses aceptado mi oferta. Viajarías conmigo, viviríamos en el lugar que más te gustase, te amaría hasta dejarte exhausta, te complacería en todo, me darías hijos...

—Pues sigue soñando.

—Tal vez, uno de mis deseos ya se haya cumplido.

Los ojos negros me traspasan, sin mostrar alegría, sin mostrar pasión. Ahora son fríos, gélidos.

—Bueno, si tu deseo es utilizarme como vientre de alquiler, cuando suelte al crío te lo quedas y yo... —hago una pausa teatral— me voy a mi casa.

—Realmente eres tan fría o es algo estudiado.

No pregunta, es como si hablase para sí mismo.

—¿Sabes por qué hice todas esas cosas?

—Porque eres fría, porque no tienes corazón, porque no tienes sentimientos...

Ha dado en el clavo, pero, para mi sorpresa, me duele que diga esas cosas de mí. Pero no se lo voy a demostrar, antes muerta.

—Más o menos. Porque he utilizado mi físico y mi inteligencia para conseguir lo que quiero, porque el libre albedrío no existe para el resto de la gente, pero para mí... sí.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que resuena en toda la habitación. No puedo retirar la mirada de él, esa boca perfecta, ese cabello negro tan brillante, ese rostro oscuro...

—Mi preciosa Alejandra, si tú tuvieras acceso al libre albedrío, no estarías aquí. Has vivido en una ilusión, en tu ilusión, creyéndote que podías manejar los hilos de tu vida y de las personas que eligieras. Pero eso no ha sido así. Tus hermanos te violaron, tus padres no te dieron el amor que tú esperabas, los eliminaste porque creías que así dominarías al mundo. Utilizaste tu maravillosa mente para estudiar, para ganar dinero en la Bolsa, para trabajar, para hacerte un porvenir. Luego, un día, por algún motivo en especial, consideraste que había llegado el momento de formar una familia y ya habías elegido al hombre que te acompañaría en esa empresa; pero, al poco tiempo y seguramente antes de que apareciese Morgan en escena, te diste cuenta de que te habías equivocado. Y decidiste que había que seguir usando a Mister Albedrío, aun a riesgo de perder la vida. Pero todo, absolutamente todo, fue una bola de humo.

Me siento descubierta, me siento tan desnuda por dentro como por fuera.

—¿En todo este tiempo pasado, te has dedicado a trabajar o a pensar en mí? —Empino mis pechos al hacer la pregunta y sus ojos se dirigen a ellos, pero por un tiempo muy muy corto.

Vuelve a reír, al tiempo que se levanta y se mueve por la habitación.

—Pienso en ti todos los momentos en que estoy despierto, y cuando duermo, sueño contigo constantemente.

Me levanto y me acerco a él.

—Por favor, deja este juego. Déjalo ya.

Sus ojos se clavan en mí. Fijos, como si no me conociesen. Coloca una mano debajo de mi barbilla, haciendo que eche la cabeza hacia atrás.

—Jamás, dulzura. Jamás.

Acerca la boca y me besa con delicadeza.

Y no sé por qué maldita razón, lo estoy deseando.

# VEINTE

Cuando lleva cuatro segundos besándome, bueno, tal vez sean seis, ya estoy jadeando y, sin pensarlo, pero sí deseándolo, agarro la túnica por los lados y tiro hacia arriba para que su cuerpo desnudo se pegue al mío.

No necesita más motivación, pues, en un segundo, lleva la mano a la nuca, agarra la tela y saca la túnica de un tirón, para quedar desnudo igual que yo y empalmado a tope. Me vuelve a besar y yo hago algo que no entraba en mis planes, pero lo estoy deseando. Llevo una mano y toco esa dureza mientras él sigue besándome. Al notar el contacto, se para durante medio segundo, solo medio segundo, pero, en ese tiempo ínfimo, no se separa de mi boca, sigue cogiéndome un labio y luego otro, mientras lo acaricio, deslizando los dedos todo lo largo de ese tronco grueso cálido, y los cierro alrededor de la base y, ahora, lo toco con las dos manos. Noto cómo bombea la sangre, cómo palpita, el ardor de ese trozo de carne y, sintiéndolo así, en mis manos, siento algo especial, algo extraño, algo... que no sé definir. No se trata de poder, no se trata de excitación, que la hay, y mucha, es algo más profundo, algo que va más allá y no lo sé interpretar.

«Pamplinas, eso son pamplinas».

Lo que tú digas.

Me separo de él, poniendo las manos en ese pecho ancho, duro y suave, y mirándolo a los ojos, deslizo las manos por los pectorales mientras pienso que es la piel más suave que he tocado nunca. Él me observa sin mover un músculo, esperando, mientras sus manos me agarran de los brazos, para no romper la unión ni por mi parte ni por la suya.

Nuestros ojos se observan y se admiran al mismo tiempo, y mis dedos pulgares circundan sus tetillas y acarician los pezones. No sé por qué estoy haciendo esto, no sé por qué no dejo que sea él, el que lo haga todo..., es como si quisiera demostrarme algo a mí misma.

Sin dejar de mirar esas pupilas oscuras como la noche, deslizo las manos por la dureza de su estómago, despacio, acariciando las planicies y las hendiduras de un tórax que parecen cinceladas como las de una escultura griega, al tiempo que me voy agachando. No parece sorprendido y sabe lo que me dispongo a hacer. Me arrodillo ante él y llevo la boca hasta su miembro.

Contempla cómo la abro, cómo saco la punta de la lengua y le pego un pequeño lametazo, para rodear con los labios el comienzo de ese falo; y ahora sí, ahora siento y veo cómo su miembro se mueve, sus muslos se tensan y las nalgas también. Pero no voy a pensar que, porque le voy a hacer una felación, lo tengo en mi poder, no.

Esto no funciona así.

Este hombre no es como los demás.

Además, por un momento he pensado que se enfadaría, que tal vez estas prácticas no le gustan en una mujer decente, en una mujer simplemente; pues, a fin de cuentas, qué es lo que sé de este hombre..., casi nada, y de lo poco que sé, he sacado mis deducciones y estas pueden ser erróneas.

De cualquier modo, tengo claro el camino que voy a seguir, a no ser que se presente algo que me haga cambiar, de manera que voy a mamársela hasta dejarlo seco... y luego, ya veremos.

Me agarro a sus nalgas, duras como rocas, mientras me trago poco a poco ese miembro.

Cuando tienes un falo de estas características en la vagina, no importa, al contrario, te agrada, te complace, pues el cuerpo es muy sabio y la una se adapta al otro; pero cuando tienes que engullir algo así, tienes que saber muy bien lo que haces y cómo lo haces. Y empleando todas mis artes, elevo mis ojos hasta su rostro comprobando el placer que siente, pues su expresión lo dice todo.

No, no parece disgustado, no parece que le moleste que le hagan una felación o que yo le haga una felación, pues su expresión lo dice todo; pero, aun así, parece que se controla, que se frena, que no se deja llevar, que no quiere perder el dominio de su cuerpo, pero, en especial, de su cerebro.

Estoy dispuesta a llegar hasta el final, pero no sé si está a punto de caramelo o tengo que esforzarme un poco más y, de repente, me sorprende cuando se retira de mi boca con cautela, y me agarra por las axilas para levantarme. Me quedo fuera de onda, porque es el primer hombre que no permite llegar al final para propia y exclusiva satisfacción.

Me lleva de la mano, sin dejar de mirarnos, y me coloca en el extremo, en los pies de la cama. Hace que me siente, que me tumbe de espaldas, para colocarse entre mis piernas, agacharse y meter su morena cabeza entre mis muslos. Lo observo con detalle, pues cada vez me tiene más intrigada, pero en cuestión de segundos tengo que apoyar la cabeza, pues es tal el placer que me

provoca, que me muerdo la lengua para no gritar como una loca; pero, sobre todo, para que no se dé cuenta de lo que me altera, pues cada vez estoy más convencida de que es el mejor amante que he tenido.

«¿En serio?».

«¿Más que Burton?».

«¿Más que Jared?».

«¿Más que Jared?»., vuelvo a preguntar.

Sí, sí, sí y sí.

Solo tarda cuatro o cinco minutos en provocarme varios orgasmos seguidos, que hacen que me revuelva como una serpiente, que coloque las piernas sobre sus hombros, y que agarre su cabello con las dos manos, para presionar su cara contra mi sexo, sin dejar de darme placer.

¡Qué barbaridad! ¡Qué delirio!

Pero esto no acaba aquí. Se incorpora. Me mira. Me abre las piernas, y entra en mí.

Siento ese pene penetrando suavemente y muy despacio, mientras desliza una mano entre mis pechos, mirándome cuando me acaricia. Tiene tal destreza que es un placer sentirlo y observarlo.

Y al moverse dentro de mí, sus ojos no se retiran de los míos. Esa mano sigue deslizándose entre mis pechos, mi estómago, mi vientre, vuelvo a oír esas palabras, esas mismas palabras de la otra vez, pronunciadas en su lengua materna:

—Eres mía.

La voz llega a mis oídos.

Una voz ronca.

Una voz posesiva.

Una voz tan atrayente como misteriosa.

Ahora no sé si siento miedo o placer.

Ahora no sé si quiero irme o seguir con él.

Esta vez tardo en dormirme, pues mi mente no deja de girar, de pensar, de especular. Estamos en la cama, sus brazos rodean mi cintura y la oscuridad es total. No veo nada, pero lo siento pegado a mí. Y cuando habla, no me sorprende, pues sé que él tampoco duerme. Nuestras respiraciones nos delatan. Nos hacen estar alerta, por lo menos yo.

—¿Tan difícil sería para ti?

Su voz es susurrante, pero la he sentido como si se amplificara y se oyera

en la enorme habitación.

—¿Qué?

—Amarme.

Parece que lo ha dicho con lástima, con pena. O tal vez son imaginaciones mías.

—Nos separan más cosas que nos unen. —Mi lado pragmático sale a la primera de cambio.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Acabarías odiándome.

Esa risa grave, suena en mi oído.

—Eso jamás.

—Pues, entonces, dejarías de amarme. Porque te darías cuenta de que amabas una ilusión, algo irreal.

—Mi dulce amor, nada de eso puede ocurrir. Sé cómo eres, cómo piensas, cómo te comportas, y lo más importante, sé tus carencias.

—Te crees muy listo.

Su miembro está pegado a mi trasero. He notado cómo me da un empujón

—Tus carencias son más grandes que todo lo demás, y esas carencias han sido las impulsoras de todo lo malo que has hecho.

—Lo que tú digas.

—Cuando estés llena de amor, entonces, estarás llena de felicidad, y esa felicidad será más que suficiente para que seas la mujer más íntegra que haya conocido.

—¿Por qué dices todo eso? He sido capaz de todo por conseguir mis deseos, y lo seguiré haciendo una vez salga de aquí.

—Solo saldrás de aquí... como mi esposa.

Suelta las palabras, como si hubiera dejado caer losas de cemento.

—¿Segunda esposa? —pregunto por preguntar, pues lo que ha dicho antes me ha sonado como: «Saldrás como mi esposa o no saldrás nunca».

—No. Mi esposa. Única. —Callo, no digo nada..., pero la curiosidad me puede—. ¿Y Amina?

—Nos divorciaremos.

—¡Venga ya!

Protesto, pero no me muevo, pues no deseo hacerlo. Me siento a gusto entre sus brazos y me gusta sentir ese mástil contra mi trasero, pero eso que ha dicho provoca mi curiosidad. Otra vez. ¿Es capaz de llegar a eso?

—Amina ya lo sabe y no se opone. Ella sabe que te amo, que he hecho todo esto por amor, de manera que no va a poner ningún inconveniente. Además, no le faltará de nada y podrá rehacer su vida, si ese es su deseo.

Me dan ganas de reír a carcajadas.

¿Te acuerdas cuando decía que no sería la esposa número tal, y menos la concubina de este hombre...? ¿Cuando rechacé esa oferta de matrimonio, a la vez que esa pulsera de oro con las esmeraldas más grandes que había visto, hasta que vi las de Olivia y sus antepasadas?

—Pero... ¿y vuestras hijas?

—Seguirán con su madre y yo las veré siempre que desee.

—¿Y dónde vivirán?

—En Londres. Donde viven desde hace años.

—¿Y por qué no viven en tu país?

—¿Y por qué tienen que vivir en Arabia Saudí?

—Porque vosotros sois árabes.

—Amina es jordana y yo nací en Arabia, pero me he criado entre Inglaterra y otros países.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, mientras digiero lo que me ha dicho y él me deja. No cabe duda de que desconozco mucho o todo de este hombre, y que el desconocimiento no es buena cosa.

—¿Puedo preguntarte algo muy personal?

—Puedes.

Su boca me ha rozado la oreja y he sentido un escalofrío de placer.

—¿Eres un musulmán extremo?

—¿Extremo? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Me preguntas si apoyo el terrorismo?

—¿Lo haces?

—No.

—Y con relación a tu religión... ¿eres muy radical?

—No.

Esas negaciones escuetas, me molestan; es como quien dice «no», vamos a la siguiente pregunta, otra vez, «no» y vamos a por la próxima; pero es una negación para no profundizar en los temas, es una negación para que parezca todo muy bien, o se trata de algo más.

—No, ¿y ya está?

—¿Qué quieres que te diga?

Ves, parece que le molestan estas preguntas.

—¿Rezas cinco veces al día, no tomas alcohol, no comes cerdo...?

—Rezo cuando puedo; si estoy en una reunión no la abandono para ir a rezar. Por hábito no tomo alcohol. Sabes que tengo un viñedo en California y pruebo el vino que produzco, igual que pruebo otros, pero ya está. En mi juventud me emborraché varias veces y no me gustó el efecto que el alcohol causó en mi temperamento. Y con relación al cerdo, no lo como.

Bueno, esas respuestas me valen, por lo menos lo he sentido franco.

—¿Y con las mujeres?

—¿Qué pasa con las mujeres?

—¿Las respetas?

—A toda la que se hace respetar, sí. Siempre.

—¿Y qué es para ti, no hacerse respetar? ¿Ponerse minivestidos, por ejemplo?

—Por ejemplo. —Tengo su boca al lado de mi oído, y me ha parecido que sonreía.

—¿Amina viste como le da la gana?

—Sí, por supuesto. Pero como te dije, se adapta al lugar donde está. Aun así, nunca ha sido mujer de enseñar mucha piel, pues no ha sido educada para eso.

—Ya. Y yo tendría que taparme porque ese sería tu deseo.

—Tú, delante de mí y en presencia de nadie, puedes estar desnuda si ese es tu deseo. Si eres mi mujer, estemos en Nueva York o en el Sahara, no voy a consentir que enseñes más de la cuenta.

Se muestra autoritario, aunque lo dice de una forma...

—¿Y qué es más de la cuenta, según tú?

—Pues muy simple. Te enumero: enseñar muslos, enseñar pechos, enseñar espalda. Tampoco es tanto.

—No, en absoluto —añado con sorna.

—No veo dónde está el problema. No quiero que mi mujer enseñe lo que solo yo tengo derecho a ver, admirar y disfrutar.

—Mi cuerpo lo ha visto todo el mundo, con eso ya te debería sobrar todo lo que dices, con eso ya puedes olvidarte de mí.

—Lo dices por los cuadros.

—Claro. ¿Te parece poco? —No espero que conteste—. Han salido en la prensa, en la tele, en la red. Los buscas con un clic y se muestran en todo su

esplendor, para ti y para cualquier ojo de cualquier lugar del mundo que esté conectado.

No dice nada y mientras siento su respiración, su aliento en mi piel. Esa voz grave vuelve a oírse.

—Eso no tiene importancia. ¿Quién dice que eres tú? En ninguno de ellos se ve tu rostro... En el último se adivina algo, pero, aun así, no deja de ser una pintura. Una pintura que puede tener el cuerpo de una y el rostro de otra. Además, los cuadros son míos. No tiene mayor importancia.

—Saben que soy yo. Mi nombre se enlaza con los cuadros, te guste o no, te parezca importante o no.

—Da igual. Eso forma parte de tu pasado.

Vaya, tiene contestación para todo.

—¿Por qué los compraste?

No contesta al momento y, para mi intranquilidad, recibo unos ligeros besos en el lateral del cuello.

—Porque no podía permitir que estuvieran en manos de otro. Porque no podía pensar que otros ojos te contemplasen a cada momento. Porque era como si una parte de ti fuese poseída por la persona que comprase los cuadros.

Quiero que deje de hacer eso, me está alterando demasiado.

Sé cómo hacerlo.

Sé cómo dar en la diana.

—¿Sabes que disfruté posando? ¿Sabes que me paseaba desnuda por el estudio del pintor como si estuviese en mi casa? ¿Sabes que el pudor no existe para mí?

Empleo un tono susurrante mientras noto cómo sus manos comienzan a acariciar mi vientre.

—Espero que no te follases al pintor.

Su tono es ronco, seco y lo siento un poco enfadado, pero sus caricias son tan suaves que no lo parece.

—Es gay.

Aprieto el trasero contra su verga.

—Lo sé. Pero tiene una polla igual que yo y la puede utilizar igual que yo.

Me muerdo la lengua para no reírme.

—Bueno, no sé si la tendrá como tú, no se la he visto, pero no creo que la utilice como tú.

Ahora me estoy frotando contra él, de manera descarada hasta que esa polla se coloca entre mis muslos, partiendo las dos mitades de mi culo juguetón.

—¿Por qué?

Ahora sí, ahora su respiración se acelera.

—Porque tú eres un auténtico maestro.

Una mano sigue acariciándome el vientre y la otra sube hasta coger un pecho y retorcer un pezón entre las yemas de sus dedos.

—¿Porque te corres en mis manos, en mi boca y con mi polla?

—Sí.

—¿Tan importante es el sexo para ti?

—Puedo pasar sin ello perfectamente, pero si lo tengo y es tan bueno como lo que tú me das... sí.

—Te lo daré siempre, siempre. —Me besa el cuello, con besos dulces, suaves como pétalos de rosa, como besos de mariposa.

Es tan embriagador, tan encantador de serpientes... ¿Será siempre así? ¿Será esto un engaño y luego desaparecerá?

Cuando me doy cuenta, me ha cogido por la cintura y me ha colocado encima de él. Su miembro entra en mí. Despacio.

Sus manos me sujetan por la cintura y ellas solas me elevan y me bajan.

Me dejo hacer. Me dejo dar placer. Me pongo en sus manos por completo.

Esta postura conlleva una penetración total. Es la posición de Andrómaca.

Andrómaca: «Aquella cuyo varón está combatiendo», es, en la mitología griega, la esposa de Héctor, hija de Eetión, rey de Tebas, que pereció, junto con sus siete hijos varones a manos de Aquiles.

Cuánta tragedia en las tragedias griegas.

La posición de Andrómaca o también conocida como caballo hectóreo, es aquella en que la mujer en el acto sexual se coloca encima del hombre, y parece ser, siempre según los clásicos, que ella y Héctor solían practicarla muy a menudo.

Bien por Andrómaca.

Es una postura de poder, para la mujer, en la que posee el control, en la que puede ejecutar los movimientos para obtener un máximo placer. Las manos del hombre están libres para tocar los pechos, las nalgas o el clítoris. El punto G lo estimulas como te da la gana y, encima, el ángulo de penetración puede resultar incómodo para el hombre, hasta doloroso, pues la verga se dobla...,

pero ya sabes, ese miembro no tiene huesos, por lo tanto, no se puede romper.

La oscuridad absoluta, le da al sexo más morbo...Y a esta postura en especial.

Eso de no verse y tocarse hace que todos los sentidos se pongan alerta y que hagas cosas que con luz no harías. Y es lo que me ocurre, y no porque yo sea mojigata, no, pues ya sabes que la luz no me coarta, no me molesta, pero jamás he estado con un hombre así, a oscuras por completo.

De repente cabalga sobre él de manera violenta; no es que le quiera lastimar, no es que quiera saber hasta dónde puede aguantar, no es que quiera mostrarme de una manera distinta a la que soy..., solo quiero disfrutar.

Él aguanta, me agarra de las caderas para que no me salga y para que, si eso ocurriera, no me deje caer sobre su verga y la aprisione de mala manera, lastimándolo.

A tientas, llevo una mano a su cara, y toco su boca, acaricio esos labios llenos y meto el dedo dentro de esa cavidad que me resulta tan golosa, sin dejar de cabalgar sobre él y disfrutando de que me chupe el dedo.

Mi dedo, dentro de su boca; su pene, dentro de mi vagina.

Y mis palabras salen como un vendaval. Ni lo pienso, pues me siento borracha. De placer, de locura.

—Me gusta mucho sentirme así. Me gusta tanto que creo volverme loca de placer con tus manos, con tu boca, con tu miembro dentro de mí.

Y esas palabras, dichas de manera susurrante, alabando todo lo que me hace, todo lo que me produce..., lo desfasan, lo vuelven loco. Oigo cómo ruge, noto esas manos en mi cintura que me agarran, que me separan de él, sintiéndome vacía, temiendo que me deje caer. Pero nada de eso sucede, pues me deja con suavidad, para dejar de tocarme y sentirme huérfana.

Sola.

En la oscuridad, oigo cómo se incorpora, cómo me vuelve a coger y, sentado en el borde de la cama, me agarra y me sienta en su regazo.

—No puedo vivir sin ti. Me volvería loco si no te tuviera. —Las palabras murmuradas en árabe, se oyen en la oscuridad mientras sus manos me tocan, me acarician por todos los lados—. Eres el agua que calma mi sed, eres la miel que endulza mi boca, eres el aire y el alimento que necesito para vivir.

Por Dios, qué cosas dice, ¿realmente será así, pensará así, o lo dice por el momento tan erótico que estamos viviendo?

—Te amo, Alejandra. Te amo como jamás pensé que podría amar.

Con esas palabras pronunciadas sin pudor, en su idioma, me agarra otra vez por la cintura, hace que abra mis piernas y me coloca encima para volver a entrar en mí.

Estoy tan excitada que agarro su cabello y acerco mi boca hasta la suya, para devorarnos con ansia, sintiendo tanta tensión que la vuelco, haciendo presión con mis muslos sobre los suyos. Pero él no parece notarlo, no parece sentirlo, pues sigue comiéndome la boca sin descanso, y yo, cuando me deja, hago lo mismo.

# VEINTIUNO

Creo que tengo un problema.

Y gordo.

«¿Solo uno?».

Ahora mismo, no sé qué pensar, no sé qué siento, no sé qué me va a deparar todo lo que está ocurriendo. Me siento perdida, confundida y es una sensación desagradable, muy desagradable. No estoy acostumbrada a esto, no estoy acostumbrada a que un hombre me maneje, a que él haga conmigo lo que le dé la gana.

Se ha ido, no sé cuándo volverá y se supone que eso, me hará pensar con frialdad. Pues al no estar cerca de mí, al no dejarme embaucar con sus artes de seducción, con esas palabras bellas, embriagadoras, que salen por esa boca, pronunciadas por esa voz magnética..., mantendré la mente fría y haré una valoración pragmática.

Como debe de ser, como yo soy.

Cuanto más lejos esté, mejor para mí, mejor para mi sentido común.

Pero unos días más tarde, vuelvo a tener la visita de Amina. Por la tarde, a la hora del té. Como si estuviésemos en Gran Bretaña. El mismo ritual.

Me fijo en sus ropas, que hoy, son de color rosa pastel y que combinan con su cabello y con su tez a la perfección. No enseña nada de piel, solo manos, cuello y cara; como siempre. El vestido que lleva es de gasa fluida y vaporosa, pero va forrado de arriba abajo, la falda ligeramente fruncida, se mueve al compás de sus movimientos. Apenas se le ve el calzado, pero cuando se sienta, vislumbro unas zapatillas de seda, a juego con ese vestido. Seguramente será el calzado que utilice para estar en «casa».

Le gustan las joyas, eso se nota, las considera una muestra de poder, y las que lleva en estos momentos, deslumbran a cualquier ojo y no voy a decir eso de que alimentarían a varias familias durante varios años, porque es algo obvio. Va cubierta de diamantes, desde los lóbulos de sus orejas hasta el cuello, muñecas y dedos.

Si la raptasen tal cual, le quitarían las joyas y la dejarían libre al momento; hasta puede que se olvidasen de violarla, pues el orgasmo de tener esas joyas superaría cualquier acto sexual. Me gustaría contarle mi pensamiento, solo

para ver qué cara pone, para oír qué diría al respecto.

Mientras sirve el té, sigo dándole vueltas a la cabeza y pienso en la vida que habrá llevado, que lleva. Todos los caprichos cubiertos, todos sus deseos satisfechos. Me pregunto si, a pesar de que él no está enamorado de ella, le dará placer, la volverá loca de pasión, igual que hace conmigo. Tal vez debería preguntarle, tal vez debería ponerla celosa, a ver qué pasa.

Coge el vasito de cristal, pero no se lo lleva a los labios. Me mira fijamente y una pequeña sonrisa, aflora a sus labios.

—Me alegro de verla así de bien.

Sus hermosos ojos me observan al detalle, al tiempo que su boca sonrío fijándose en mi indumentaria. Llevo ropa deportiva, una camiseta y unas mallas, voy descalza y el cabello me lo he recogido en un moño retorcido en todo lo alto.

—¿A qué se refiere con «así de bien»?

—Pues así. Tranquila, relajada, radiante...

—Ya.

—Me llama mucho la atención, Alejandra. Ahora mismo, por ejemplo, está vestida con esas ropas, con el cabello recogido de cualquier forma, sin maquillaje... y está perfecta. Tan bella que no necesita ningún adorno. Nada.

«¿Ha venido a hacerte la pelota?». «Dale las gracias por lo menos».

—¿Me está piropeando?

—No, en absoluto. Solo digo la verdad.

Agarro mi vaso y le doy un pequeño sorbo. Ya me voy acostumbrado a tomarlo casi quemando.

A pesar de las alabanzas, voy a meter el dedo en la llaga, voy a ser borde.

—Sabe, Amina, hay muchas cosas que no entiendo, pero una en especial es... ¿cómo su esposo no se ha enamorado de usted, siendo tan bella, tan elegante, culta y, encima fiel y cumplidora?

No dice nada, solo me mira con esos ojos tan impresionantes.

Parece que casi siempre se llevan las alabanzas los ojos claros, en especial en países donde abundan los oscuros, pero esta mujer, al igual que el árabe, posee unos ojos tan bellos y tan misteriosos que es imposible no admirar.

Como sigue sin decir nada, y parece que ese comentario le ha dolido, voy a seguir metiendo el dedo en la herida, al tiempo que observo las joyas que lleva, para ver si reconozco alguna.

—Le ha dado tres hijas, le es fiel hasta la muerte, es capaz de hacer cualquier cosa que él le pida; y él, cómo se lo paga: acostándose con otra, haciéndole cosas que tal vez a usted no le haya hecho en la vida..., y sigue obedeciéndole como un perrito faldero.

No contesta al momento, tal vez, está digiriendo mis palabras. Nos observamos como dos adversarios, pues, al final, no somos amigas, por muy civilizado que parezca todo.

—Entiendo que su mente occidental no lo pueda comprender —añade con dulzura.

—No, no lo entiendo. Por supuesto que no lo entiendo, ni como mujer ni como persona. Ni occidental ni oriental.

—Ni falta que hace, Alejandra —lo dice de manera suave, pero de forma contundente.

Vaya. Qué corte me ha dado. Pues es igual. Voy a seguir escarbando.

—En Oriente u Occidente, la estupidez es la misma cosa.

Noto cómo aprieta los dientes mientras sus ojos siguen clavados en los míos.

—¿Sabe lo que me hace cuando nos encontramos a solas?

No contesta, pero no despega esa oscura mirada de mi cara.

—¿No siente celos? ¿Es eso posible?

Por fin, suelta el aire.

—Sí. Los siento. Unos celos horribles.

—Y... ¿entonces? ¿Por qué lo consiente? ¿Por qué aceptar algo así?

Para mi sorpresa, rompe a reír. Una carcajada que hace que su cabeza vaya hacia atrás, que muestre toda la dentadura, blanca y perfecta. Es la primera vez que la oigo, es la primera vez que parece perder la compostura, por lo menos en mi presencia.

Se calma, deja de reír, pero mantiene una sonrisa. Se toca con una mano los brazaletes de diamantes de la otra. El solitario que lleva, me recuerda al que me regaló Burton; son casi del mismo tamaño.

—Querida Alejandra, no se puede luchar contra el destino. Cuando algo no está de ser, no será jamás. Vivas donde vivas. Pertenezcas a una cultura o a otra. Da lo mismo.

No digo nada mientras veo cómo juega con los anillos, cómo mira sus manos. Son bonitas esas manos de dedos largos y delgados. No lleva las uñas largas, pues, sin dejarlas crecer, tienen una buena longitud.

Recuerdo a Nicole mientras observo la manicura impecable de Amina, pero siempre en tonos discretos, tonos claros, pasteles. Bastante llaman la atención todos los pedruscos que lleva, como para adornarlos con uñas rojas o granates.

Su voz suave, cálida, se deja oír en la alcoba.

—Cuando era una jovencita inocente, pensaba que él me amaría con el tiempo. Ya sabe, esas cosas de que el roce hace el cariño. Y, sí, lo conseguí, pues me amó, me ama, pero no como yo deseo, como siempre he deseado. No como yo lo amo a él. Su amor es de respeto, su amor es porque le he dado tres hijas, aunque no haya podido darle hijos, su amor es de agradecimiento. Pero nada más.

Coge el vaso y da un sorbo, para volver a dejarlo mientras escuchamos el sonido de los brazaletes chocando unos con otros.

—Siempre rogué, le pedí a Alá, que no apareciese una mujer que lo embrujara. En todas mis oraciones estaba ese ruego, igual que estaba el quedarme embarazada y darle un hijo, y otro, y otro. —Mira al vacío mientras habla y cuando acaba con las últimas palabras, me mira fijamente—. Ve, Alejandra, como no se puede luchar contra el destino.

No digo nada. Sé que va a seguir hablando. Que, por algún motivo, quiere contarme cosas.

—Él también lo sabe bien. Él sabe que hay muchas cosas imposibles para nosotros, para los seres humanos, muchas cosas que no podremos conseguir nunca, por mucho dinero que tengas o por muy inteligente que te creas...

Recorre con la mirada la lujosa estancia. Yo no retiro la mirada de su rostro. De sus ojos. De su boca.

—Perdió a su padre y a su hermano mayor en los atentados de las Torres Gemelas. —Eso no me lo espero y agudizo mis sentidos ante lo que va a contar—. Habían quedado con alguien, para ver unos despachos en la Torre Sur, para alquilarlos. Pero Ghiyath... —se para, me observa sin pestañear—. ¿Sabe qué quiere decir Ghiyath? —Niego con la cabeza y ella continúa hablando—: Hombre protector, que socorre a quien lo necesita; y Najum..., hechizado, embrujado. Ese es el significado de sus nombres. ¿Conoce su nombre completo? —Vuelvo a negar—. Ghiyath Najum ibn Ayyaf Al Rashid. ¿Sabe algo de los nombres árabes?

—Más o menos, hijo de Ayyaf, el de buen juicio.

Su rostro se suaviza y muestra una pequeña sonrisa.

—Sí, así es. Es una ventaja que hable árabe, eso la acerca mucho más a nuestras costumbres.

—Si usted lo dice.

No hace caso de mi ironía y sigue hablando:

—Como le decía, Ghiyath llegó la noche de antes, muy tarde, de un viaje de negocios. Su padre le dijo: «No te preocupes, hijo, descansa un poco más y te reúnes con nosotros después». Cuando se estrelló el primer avión contra la Torre Norte, él estaba bajando del taxi. —Hace una pausa, con la mirada clavada en mis ojos. Me mira, pero parece traspasarme—. Su padre y hermano habían ido en la limusina... A Ghiyath le encantaba coger los taxis amarillos de la ciudad y su padre se enfadaba con él, porque decía que un príncipe no debía hacer eso.

¿Un príncipe?

Claro, en Arabia Saudí hay muchos príncipes, muchos. ¿Cuántos? Creo recordar un artículo del *New Yorker*, que hablaba de cinco mil.

—Él reía y le contestaba que iba de incógnito, que le gustaba subir en los taxis amarillos, que le hacía gracia cuando lo querían engañar y hacer un trayecto más largo, creyendo que ese joven árabe no se daba cuenta, que no se enteraba de nada. Pero esa mañana, cuando subió al taxi, no ocurrió eso, pues él no estaba para tonterías, ya que quería reunirse con su padre y hermano lo antes posible. De manera que le dejó muy claro al taxista por dónde debía ir, pues tenía prisa. Pero dio igual. No porque el taxista quisiera engañarlo, sino porque pillaron un atasco, no estaba muy lejos de la zona y decidió bajar y terminar el trayecto andando. Fue en ese momento cuando se escuchó el impacto y comenzó el desconcierto. Ya sabe, seguramente lo recordará... ¿Cuántos años tenía usted?

—Trece.

—Trece —repite de forma pensativa—. Una niña. Todavía. ¿Usted también pensó que era un accidente? ¿O era demasiado pequeña para valorarlo?

—Mi madre pensó que era la guerra, yo estaba más pendiente de las imágenes que daban en televisión.

Da un sorbo al té y continúa hablando:

—Sí, las imágenes de esos edificios... —se queda mirando a un punto indeterminado—. Un accidente, pensó mucha gente, pues quién iba a imaginar semejante barbarie. Pero él... él sintió algo en su interior, que le decía que eso no era un accidente. Entró en una cafetería, donde en esos momentos estaban

retransmitiendo las imágenes de la Torre Norte, humeando como una antorcha gigante, cuando el otro avión se estrelló contra la Torre Sur. En ese momento, Ghiyath supo que era un ataque terrorista y que el infierno se iba a mostrar en la ciudad de Nueva York. Aun así, se dirigió hacia el colapso, no sabía que una hora más tarde iba a caer la Torre Sur y que en otra media hora más, caería la Norte; pero creo, estoy segura de que, aunque lo hubiese sabido, habría ido igual.

Vuelve a callar y yo no muevo ni un músculo, esperando, al tiempo que recuerdo perfectamente que, en un principio, hubo gente que pensó que había un incendio en la Torre Norte, porque la gran humareda no dejaba ver la enorme brecha provocada por el Boing. Pero a las 8:58 a. m., hora de Nueva York, se difundió la noticia de que un avión se había estrellado contra la Torre.

La voz de Amina se deja oír, de nuevo.

—Todo fue un caos, un horrible caos. Las sirenas de los bomberos, de la policía, la gente gritando, sin creerse lo que estaban viendo y viviendo, pero sabiendo que era real. Todos esos papeles que volaban, desplazándose en la vorágine, aterrizando en el suelo, lentamente, con suavidad, no como esas personas que se tiraban de los edificios, para no arder dentro. Nosotras estábamos viendo las imágenes por la televisión, igual que usted —me mira, sin verme—, y sabíamos que ellos iban a ir a las Torres, pero no cuándo. Era imposible comunicarse con ellos, con nadie. Todo estaba colapsado.

»Y mientras nosotras no retirábamos nuestros ojos de la pantalla de televisión, mientras los teléfonos sonaban desde Arabia para saber qué pasaba, mientras retorcíamos nuestras manos y le rezábamos a Alá todo misericordioso, mi esposo iba hacia el sur, cuando la gente se desplazaba hacia el norte, cuando los únicos que iban hacia el horror eran bomberos, policías y ambulancias...

¿Nosotras? ¿Quiénes son esas «nosotras»?

Las niñas no habían nacido.

No dejo de mirarla, al tiempo que imagino la dantesca escena y recuerdo cómo los gritos histéricos de Sara me despertaron, diciendo que nos atacaban, que era como lo de Pearl Harbor y que más aviones se estrellarían contra edificios de San Francisco y de otras ciudades del país. He visto las imágenes montones de veces y la histeria de Sara era de lo más lógico; por lo tanto, no me cuesta imaginarme al árabe metido, inmerso en esa vorágine de horror,

confusión y pánico.

—Cuando le faltaba poco para llegar, la Torre Sur comenzó a caer con un estruendo enloquecedor, aterrador, con esa horrible nube de polvo y escombros, que se movía más rápida que una tormenta de arena en el desierto. Entonces se dio cuenta de que era una locura lo que estaba haciendo, que aquello superaba todo lo imaginado.

Se hace el silencio. Otra vez. Y ahora, no me contengo.

—¿Ya estaba con él?

Me mira, pero no me ve.

—Sí. Hacía unos meses que nos habíamos casado, pero no estaba en la ciudad. Mi suegra, mi cuñada y yo estábamos en Londres, esperando a que los hombres se reunieran con nosotras.

—Continúe, por favor.

Mueve la cabeza, como a cámara lenta.

—Poco más hay que contar. Se vio envuelto en esa nube de escombros y polvo, justo cuando daba media vuelta. Se metió debajo de un todoterreno y arrastró a un hombre con él, que estaba tirado en el suelo, esperando no ser aplastados por el propio vehículo, por todo lo que llovía desde las alturas.

»Me contó que en ese tiempo que estuvo ahí debajo, con ese ruido infernal, con todo el polvo que parecía asfixiarle y todos esos cascotes que caían, que todo lo envolvían, pensó que era su fin, que moriría, seguramente igual que podían estar muertos su padre y su hermano. Pero según pasaba el tiempo y el estruendo parecía aminorar, o eso le pareció, pensó que, igual que él seguía vivo, por el momento, igual su familia también. Salió como pudo y sacó al pobre hombre, pero lo único que arrastró fue un cadáver. Estaba viviendo un infierno, él y todos los que estaban ahí.

Hace una pausa y le da un sorbo al té. Yo espero que continúe.

—Nunca me dio excesivos detalles, pues no le gusta hablar de ello, pero una cosa tuvo muy clara entre todo ese caos, ese horror: que, si la Torre Sur se había desplomado, lo más seguro es que la otra cayese también, y como un efecto dominó, los edificios circundantes irían detrás, si no lo habían hecho ya. De manera que se movió lo más rápido que pudo, dirigiéndose hacia el norte y metiéndose en locales o portales, para salir otra vez y continuar la huida. Muchas personas lo siguieron como si tuviera una brújula mágica que los sacara de ese infierno, al tiempo que volvía hacia atrás para ayudar a más de uno que tropezaba y caía, pareciendo que no tuvieran fuerzas para

levantarse y continuar.

Vuelve a quedarse en silencio mientras mira un punto inexistente. Y ese silencio se prolonga.

—¿Qué pasó con su padre y hermano?

Fija la oscura mirada en mis ojos y veo cómo resbala una lágrima por la tersa mejilla.

—Murieron, Alejandra. Estaban en uno de los pisos donde impactó el avión y, según dijeron las personas que saben de esas cosas, no debieron de sufrir, pues la muerte fue en el acto.

»Pero en los meses que siguieron, Ghiyath se despertaba en plena noche, cubierto de sudor y respirando agitadamente, pues veía cómo su padre y su hermano se tiraban al vacío, unas veces, y otras ardían como si estuviesen en el infierno.

—¿Se querían? —Me mira sin comprender la pregunta—. ¿Su esposo amaba a su padre y hermano?

—Por supuesto que sí. Se adoraban. El hermano era tres años mayor y nunca hubo celos ni rivalidades de ningún tipo. Mi suegro adoraba a sus hijos, a todos.

—¿Todos?

—Sí. Tenía dos hijos y cinco hijas.

—¿De la misma esposa?

—Sí. De la misma esposa.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos. No quiero ser yo la que continúe la conversación. No sé si ella quiere continuar. Pero lo hace.

—Por todo lo vivido, Alejandra, sé cómo es mi esposo. Lo conozco muy bien. Y, por eso, me asusté cuando supe que estaba enamorado de usted. Y supe, aunque esperaba equivocarme, que después de la muerte de su esposo, intentaría algo.

—¿Por qué?

—Porque desde que sucedió todo eso, ha dedicado y dedica una buena cantidad de dinero para la lucha contra el terrorismo. ¿Sabe que la mayoría de los terroristas eran saudís?

—Lo sé.

Estoy esperando, pues no sé a dónde quiere llegar.

—Y porque tiene contactos en la CIA.

Ella me mira fijamente, esperando algún gritito de sorpresa, o un «oh, no

me diga». Eso no ocurre, pero, por dentro..., por dentro me estoy acordando de todas las palabrotas que conozco.

—La CIA lo ayudó a secuestrarme. Es eso, se trata de eso.

—No se lo puedo asegurar, porque él no me habla de esas cosas, pero jugaría que sí.

—Y... ¿a dónde quiere llegar, contándome todo esto?

—No lo ve, no se da cuenta —afirma con una triste sonrisa.

—¿Que está loco? ¿Como una puta cabra?

Contrae el rostro, le molestan las palabras malsonantes.

—No, en absoluto. De loco no tiene nada. Él vivió la muerte, pudo haber muerto como los suyos, pero se salvó. Él creía que podía llevar una vida más o menos apacible, hasta que la conoció, y cuando usted lo rechazó, siguió con esa vida, aunque ya no le resultaba tan apacible. Porque ni sus hijas ni su esposa, lo llenaban, ni todas las riquezas que poseía, porque usted ya se le había metido en la cabeza y lo que era peor..., en el corazón.

Vuelve a callar y, si te digo la verdad, esta confesión me está resultando..., no sé cómo decirlo..., angustiada, asombrosa, incluso, dolorosa.

—Bueno, ya lo sabe, Alejandra. Usted no está aquí por un capricho, no está por una locura, está porque él la quiere, la ama y no quiere morir sin saber lo que es eso.

—¿Morir? ¿Se va a morir?

—Claro, como todos. Tarde o temprano.

Me muerdo el labio, sin dejar de mirar a esa mujer.

—Pensaba que tendría algún cáncer debido a la nube tóxica que respiró esos días —no lo digo en serio, pues sé que los que estuvieron trabajando para limpiar la zona cero, esos sí que respiraron día tras día toxicidad para dar y repartir.

—No, no. Tiene una salud de hierro. Después de lo ocurrido, arrastró dolor de pecho, tos continua, irritación de ojos, de garganta, pero en pocos días le fue desapareciendo.

—Mira, qué suerte. —No puedo evitar el sarcasmo, y si ella se ha dado cuenta, no da señales de ello.

Veo cómo se levanta y yo la imito.

—¿Ya se va?

—Sí.

—Espere, por favor. —Obedece. Me mira. Espera—. Tiene que convencer

a su esposo de que me deje salir, de que me deje ir. De que esto no conduce a ninguna parte. Por mucho que me tenga encerrada, no voy a enamorarme de él. Al contrario.

Ella no ha movido ni un músculo. Su rostro se mantiene serio. Y lo que dice... me deja helada.

—No creo que sea inmune a él. Dentro de unos días, le harán una ecografía. Usted es como un reloj para las menstruaciones y ya lleva cuatro días de retraso.

# VEINTIDÓS

Y, efectivamente, una semana después de esa conversación, me hacen una ecografía. En realidad, no habría sido necesaria, pues sé que estoy embarazada. Pero mi opinión no habría importado, pues creo que todo está medido al milímetro, sin dejar nada al azar.

¿Por ella? ¿Por él?

Como ella bien dijo, soy puntual como un reloj y, a pesar de estar encerrada, soy consciente del tiempo; además, tengo unas ligeras angustias por la mañana, que no me hacen vomitar, pero sí dar alguna que otra arcada.

He comprobado que tienen todo bien atado, con mis propios ojos. Una sala de partos que parece sacada o traída del mejor de los hospitales, dispuesta para cuando llegue el momento y con lo necesario por si surge cualquier complicación. La doctora que me ha hecho la ecografía es árabe y me ha mirado de todas las maneras habidas, me refiero a la cara, y por haber, lo demás también, pero sin mostrar la más mínima simpatía, sin embargo, cuando se dirigía a Amina, todo eran sonrisas y miradas cómplices.

El tiempo pasa, y él no viene.

Ella tampoco.

A ella no la echo de menos...

Ocupo el tiempo en mis cosas, pero, sobre todo, en dormir. No recuerdo que en el otro embarazo me diera tanto sueño. Será debido al encierro. Será que no está Burton para darme la lata.

Sí, lo sé. Un chiste de mal gusto.

A finales del mes de octubre, Amina reaparece.

Cuando la veo entrar, me fijo en su indumentaria de pasada, pues lo que me llama la atención es lo que lleva en la mano.

Un periódico.

Se acerca, con mucha delicadeza, lo deja encima de la mesa baja, donde yo me encuentro.

Abierto.

Mis ojos van al titular.

«Policía asesinado en Manhattan».

Cojo el periódico, notando un ligero temblor en las manos.

«El capitán de la policía de Nueva York, Jared Morgan, ha sido asesinado esta mañana a

primera hora, cuando salía de su vehículo para dirigirse a la comisaría de su distrito. Según fuentes de última hora, el asesino ha sido abatido por otro policía cuando emprendía la huida. Se ha sabido que dicho individuo era hermano de un traficante de drogas que Morgan mató en un tiroteo, dos años atrás».

Dejo de leer el artículo y miro la fecha.

Tres días antes.

—Es una broma. —Miro a la esposa de mi captor—. Una cochina mentira de su esposo y de la CIA. ¿Es eso? —Parece sobresaltarse ante mi brusquedad—. Esto es un montaje, como que me llamo Pacheco.

Mis palabras, la forma de expresarme, el tono elevado, parecen asustar a la mujer, haciendo que se separe un poco, y mirándome en la distancia.

—No, Alejandra. Recibo la prensa todos los días. Siempre, los mismos periódicos y revistas. Esto no es un montaje. Lo he comprobado.

Lo ha comprobado, hija de la gran puta. Quiero llorar, pero no sale nada de mis ojos. Nada.

—Entonces... lo han matado, y hacen creer que es un ajuste de cuentas, una venganza.

Esta vez no levanto la voz, pero la miro con odio, con asco y ella se mantiene alerta. Parece no fiarse de mí.

—Piense lo que quiera. Pero puedo decirle que él jamás ordenaría algo así.

—¿Es usted tonta o qué le pasa?! Estaban dispuestos a matarlo en México. Ahora sí se acerca, al oír el tono lastimero, al ver mis ojos húmedos.

—No, Alejandra. En ningún momento. Solo fue una actuación, una manera de asustarla y de que obedeciera. Daban por hecho que usted pensaría que eran los cárteles, y que no pondría ningún obstáculo.

No digo nada. Solo la miro. Y ella me devuelve la mirada. No pestañea, no titubea.

—Piense que si ese hubiese sido el deseo de mi esposo, su prometido habría muerto en México. Habrían echado el cuerpo a los tiburones o lo habrían enterrado en algún lugar de la selva, o tirado en algún... —duda, parece buscar la palabra correcta— un agujero de esos gigantes que hay por ahí.

—Un cenote.

—Sí, eso. O simular un accidente de yate, donde él muere en una explosión..., cualquier cosa.

«Como en las películas», pienso.

Calla mientras me mira a los ojos.

—No habrían encontrado el cadáver nunca —añade bajando la voz—. Los habrían dado por desaparecidos... a los dos. Por muertos. Él allí y usted aquí. Pero fuera del mundo. Los dos.

Me levanto y me muevo por la habitación.

Estoy nerviosa, estoy enfadada... ¿Estoy triste? ¿Estoy dolida? No lo sé.

«¿Es eso posible, hija de la gran puta?». «¿Asesinan a Jared y no sientes dolor?».

No es lo mismo que lo haya matado un delincuente, a que él haya ordenado su asesinato.

No es lo mismo.

«Pero ¿qué te pasa, Alejandra Pacheco?».

Pego un respingo al notar la mano de ella sobre mi hombro. Retira la mano en el acto. Como si le quemase. Como si ella a mí me quemase.

—Perdone, Alejandra.

—Váyase.

Mis ojos la traspasan, y los de ella... ¿qué veo en los de ella?

Da media vuelta. Dejo de mirarla y oigo sus pasos. Oigo la puerta abrirse... y cerrarse. Me tumbo en la cama y permanezco ahí durante horas. No toco la comida que me traen.

Duermo hasta el día siguiente y cuando despierto... me como todo lo que pillo, pues no se han llevado nada. La criada, que habitualmente me atiende, es muy servicial, muy atenta. Noto cómo se preocupa por mí, y algo así, me llama la atención, incluso me hace sentirme rara.

Vuelvo a mi rutina, mis lecturas, hago ejercicio moderado y escribo en el portátil. Estoy traduciendo un libro de poemas del árabe al inglés.

Léeme para que te sientas siempre orgullosa.

Léeme cada vez que busques en el desierto  
una gota de agua.

Léeme cada vez que cierren las puertas  
de la esperanza a los enamorados.

Yo no escribo la tristeza de una sola mujer.

Escribo la historia de las mujeres.

Nizar Qabbani

Lo hago por capricho, por placer. Este poeta es, era, muy amoroso, muy sexual. O tal vez era solamente sensual.

No sé qué me pasa. No he derramado ni una sola lágrima por Jared, y no sé por qué.

«Mi bello Jared, mi pobre ángel, si yo no hubiera aparecido en tu vida, ¿seguirías vivo o ese hijo de su madre te habría pegado tres tiros igualmente?»

Te amé, de verdad que te amé, pero no sé por qué motivo no acuden lágrimas a mis ojos, no sé por qué motivo, no pienso en ti, y no sé por qué motivo, no puedo dejar de pensar en él. Sin embargo, siento el dolor que padecerá tu madre, el dolor que sentirá tu familia y, también, el dolor que anidará en el corazón de Nicole.

Vivimos un tiempo bonito, dulce, hermoso, pero demasiado corto. Tal vez, no era nuestro destino, tal vez, no era para nosotros, pero lo cierto es que no lo fue para ti.

Ahora tú estás muerto. Yo estoy viva. Tengo que seguir. Pero me sigo preguntando por qué no pienso en ti. Por qué no dejo de pensar en él.»

Dos días más tarde, vuelve.

Entra con una tropa de criadas que van detrás de ella y que comienzan a coger todas mis cosas, ropa, libros..., todo.

—Deja esta habitación. —Son sus palabras.

Como si fuese una gobernanta o una guardiana de mi persona. No digo nada.

La sigo mientras contemplo su vestido largo de gasa malva y ese cabello negro como el carbón, brillante como un espejo y recogido de manera laboriosa. Me viene a la mente que ese recogido, todo ese cabello, suponiendo que no lleve ningún postizo, le tiene que pesar, incluso le tiene que producir dolor de cabeza.

Vamos a las salas donde he tenido los encuentros con él, donde están los cuadros, que para mi sorpresa los veo tapados con unas sedas blancas. Pero lo que más me sorprende es que una de las paredes ha desaparecido y en su lugar hay un enorme ventanal, prácticamente del suelo al techo, y de derecha a izquierda.

Me quedo mirando a través de ese cristal, entre los cuadros de mis desnudos y el lecho donde el esposo de Amina me ha hecho el amor. Una pared de arenisca que apenas se vislumbra, pues está cubierta de plantas trepadoras, formando un mural que parece un cuadro. La luz solar llega hasta ahí y parece penetrar en la estancia, el suelo es de baldosa árabe. A la izquierda hay una pared que, seguramente, será la misma del pequeño patio

que hay en la habitación que he estado ocupando. A la derecha se abre, pero tengo que asomarme para ver a dónde llega, cosa que no hago, pues parece que mis pies están pegados al suelo.

—Se puede salir por aquí —oigo las palabras de Amina—, pero lo haremos por el otro lado. Lo que antes había era una pared falsa —me explica ante la mirada curiosa de mis ojos. Ella me observa mientras mis ojos pestañean y se van adaptando a la luz—. Se quedará aquí. —Su tono es un tanto autoritario.

Tengo la sensación de que la brecha que siempre ha existido entre nosotras, se hace más grande, por momentos, más y más.

—¿Y eso, por qué?

Me mira de frente y su mirada parece ofendida, por mi pregunta, de mi insolencia.

—Es el deseo de él. Venga conmigo, por favor.

Dirige sus pasos hacía una puerta bellamente tallada, que está entre el cabecero de la cama y esa pared de cristal que ha quedado al descubierto, y la sigo. Veo cómo saca una llave de un bolsillo escondido de la falda de su vestido y abre la puerta. La llave se queda ahí, en su orificio.

Vamos por un pasillo, no muy ancho, pero tampoco estrecho, donde las dos paredes son armarios blancos del suelo al techo y, de repente, entramos en una sala que es todo luz. Me llevo un brazo a los ojos, pues me deslumbra esa brillantez que entra por las enormes cristaleras, que es muy superior a la de la alcoba. Cuando me voy haciendo a esa claridad, pestañeando y entrecerrando los ojos, contemplo lo que parece un enorme patio lleno de palmeras y, en el centro de ese palmeral..., agua.

Amina habla, me explica, como si ahora fuese la directora de un hotel de lujo:

—No puede permanecer encerrada todo el tiempo, y ese patio ínfimo de la otra *suite*, no es lo que usted necesita. Las palmeras dan mucha sombra, de todos modos, tiene que tener cuidado con el calor, aunque en esta época del año tampoco es excesivo. El estanque no tiene mucha profundidad, en lo más hondo, metro sesenta, de manera que puede nadar si ese es su deseo. Baños cortos, en su estado es mejor ser prudente. Estará siempre acompañada, por supuesto.

Me acerco a la cristalera y sonrío.

—¿Le gusta, Alejandra?

—Sí, me gusta.

Nos miramos y, aunque mantiene el gesto adusto, parece que quiere sonreír. Pero no ocurre, no deja que salga la sonrisa.

—¿Puedo salir? ¿Ahora?

—Claro.

A veces creo que me observa como si fuese una especie rara, y otras, que me teme, que me envidia y que desearía algo malo para mí.

Abro una de las puertas y penetro en ese precioso y gigante patio, que me recuerda a los de La Alhambra de Granada. Me voy quitando la ropa y me quedo como mi madre me trajo al mundo.

Me importa un pimiento que esta mujer se escandalice, si es que mi cuerpo desnudo o mis actos consiguen algo así, pero mi deseo es meterme en ese estanque y comprobar si el agua está tan limpia como parece.

Y sí, así es.

Limpia, cristalina y agradablemente fresca.

Me sumerjo y nado durante varios minutos, al tiempo que observo qué hay detrás de esas palmeras. Paredes de arenisca y ventanas ajimez, ventanas de dos aberturas, típicas árabes, en lo que es la planta primera, en la planta baja..., paredes ciegas; por encima de la primera planta, ornamentación simulando celosías, tal vez no se trata tan solo de ornamentación, tal vez es una terraza o zona de vigilancia. Miro hacia la zona de donde he salido y la veo esperando, quieta, mirándome fijamente. A la derecha, el camino que lleva a la cristalera de la *suite* del árabe.

Hace calor, pero no excesivo y las palmeras dan una sombra que resulta muy agradable. Salgo del agua y enseguida una criada me trae una algodonosa toalla, con la que rodea mi cuerpo. Amina me espera en el mismo sitio, no se ha movido ni medio centímetro. Cuando estoy a su lado, me observa de una manera meticulosa y profunda, mientras dejo que mi criada habitual, me siga para liarme una toalla en la cabeza; pero soy demasiado alta para ella y no le facilito la tarea. Le sonrío y le pido que me la dé, la pobre sirvienta me devuelve la sonrisa y me la ofrece, al tiempo que me hace una ligera reverencia.

Debe de ser de mi edad, y es la que más a menudo me atiende, trayéndome las comidas o libros o cualquier otra cosa. Cuando vienen a limpiar, lo hacen ella y otras dos un poco más jóvenes, y esta es la que manda. Dejo de mirar a la criada y contemplo la sala, para dirigir los ojos al fondo y ver una

televisión grande y plana. Los sofás y sillones de bambú, más las mesas de distintos tamaños llenan el espacio, convirtiéndola en una sala acogedora y muy luminosa.

—¡Qué bien! Una televisión para mí sola.

—Sí. Así podrá ver películas o cualquier otra cosa que le apetezca.

—¿Un premio por traer un bebé al mundo?

No habla en el acto y no va a contestar a la pregunta.

—Disfrute de lo que tiene, Alejandra.

¡Uy!, creo que se ha dado cuenta de mi ironía. Me está empezando a caer gorda.

Y creo que yo a ella también.

# VEINTITRES

Estamos a finales de noviembre.

Me acuesto temprano y me duermo enseguida con la ligera brisa que entra por los conductos de ventilación; pero, ahora, en estos momentos..., sueño con él, sueño con sus manos que se deslizan por mi vientre. Es una caricia lenta, ligera, delicada, pero, a pesar de ser tan ligera, casi etérea, siento que me protege, que me da vida, que me traspasa toda su energía y todo su amor.

De repente, me despierto y lo siento, su cuerpo grande, compacto, detrás de mí, su mano acariciándome el estómago, el vientre, su aliento cálido aleteando en mi nuca.

Y su voz.

Esa voz que cuando la escuchaba en nuestros encuentros de trabajo era grave, dura, a veces seca y fría, y otras, correcta y educada, igual que la mirada de esos ojos negros. Cómo iba a imaginar que esa voz que surgía en las cenas de negocios, en los tratos con otros asociados o con todo tipo de personas, se podía convertir en una voz profundamente erótica en la intimidad.

Y así es como la oigo, como suena en mis oídos, de manera lenta y sensual, como una caricia que se desplaza por encima de mi cuerpo, de mi rostro, sin tocarme..., pero deseando que lo haga. Y las palabras que pronuncia provocan que comience a temblar:

—Cuánto he deseado este momento..., cuánto te he echado de menos..., cuánto he anhelado el calor de tu cuerpo..., el sonido de tu respiración..., el palpar de tus pechos —habla en árabe y esa voz profunda, ese sonido gutural, esas consonantes pronunciadas en el fondo de la boca, al borde de la garganta, susurran las palabras que me llegan al alma.

Siento su boca en mi pelo, su aliento erizando todas las fibras de mi piel.

No lo aguanto, se me hace interminable, pues no comprendo cómo tiene tanta paciencia, cómo no se ha montado encima y me ha follado deprisa, después de tanto tiempo sin verme.

Me vuelvo de una, rompiendo el contacto.

No hay mucha luz en la habitación, pues las criadas han corrido las cortinas del gran ventanal y la luna no entra para inundarnos con su resplandor, pero no importa, es suficiente para vernos en la penumbra. Llevo las manos a

su cara y toco una pequeña barba, corta, que bordea la mandíbula. Ya tendré tiempo de observarla, de valorarla, ahora quiero otra cosa.

—Dime que no tuviste nada que ver —le pido en inglés.

Contesta al momento, porque sabe de qué hablo:

—Nada. No hice nada. Fue su destino —contesta en el mismo idioma.

Ya no digo nada más. Creo en sus palabras.

«Pues sí que te has vuelto confiada». «Quién te ha visto y quién te ve».

Sus manos se ciernen alrededor de mi cintura, mientras yo dibujo con un dedo esa barbita. Él espera, pero su respiración está agitándose por momentos. Quiere ver, quiere saber si voy a dar algún paso o si le voy a invitar para que lo dé él. Y sin más preámbulos, me acerco a su boca y cojo un labio entre los míos. Una y otra vez, jugando, abusando, mientras él se deja hacer, mientras sus manos siguen en mi cintura, sin moverse, pero con un ligero movimiento de esos dedos largos.

Saboreo su boca, me dejo picar por la barbita, mientras mis manos siguen a ambos lados de su cara, para evitar que se escape, como si eso pudiese suceder, para sentir esas mejillas rasposas, para calibrar esa osamenta poderosa, para valorar por mí misma, cómo es tocar la cara de un príncipe. Siento su miembro hinchado, aunque no lo note, porque nuestros cuerpos no se rozan, pero sé que está duro, que me necesita.

Que me desea.

Que no tardará en entrar en mí.

Y que yo... lo deseo.

Y, ahora, ahora que Jared no está, ¿por qué no quedarme con este hombre?, ¿por qué no aprovechar lo que me pone el destino, en lugar de ser yo la que lo quiera dominar?, pues después de todo, ya me he dado cuenta de que no puedes manejar tu vida como si fueses el director de una obra de teatro, el escritor de una novela o el pintor de un cuadro.

Su voz me envuelve, sus palabras me transportan a un estado letárgico mientras mis manos siguen en su cara, las suyas en mi cintura y nuestras bocas se rozan.

—Eres mi dolor, eres mi pasión, eres la lámpara que ilumina mi vida, eres la música que necesitan mis oídos, eres el alimento de mis sentidos..., eres mía.

Creo que sus palabras me emborrachan, pues salen del corazón, salen de la pasión y al tiempo con dolor. Sí, con dolor, porque piensa que no le voy a

corresponder, con dolor, porque teme perderme, con dolor, porque puede perder algo que nunca fue suyo. Lo siento, todo eso lo siento en lo más profundo de mi ser, y creo que eso significa algo, que eso ocurre por un motivo. Tal vez mi destino sea este, tal vez todas las cosas que he hecho, todo lo que he manipulado haya sido para llegar a este punto, para encontrarme con este hombre. Hombre que rechacé tiempo atrás porque no entraba en mis planes nada semejante, porque ocultaba más que mostraba, porque no me daba seguridad, porque no podría manejarlo. Y porque yo estaba en otra historia.

Y ahora... Ahora pronuncia otras palabras, palabras que no son tuyas, pero las hace tuyas.

Y esas palabras... Esas palabras me hacen temblar.

—No esperaba... cuando te besé, olvidarme los labios. No esperaba... cuando te abracé, volver sin mis manos.

Es del poeta que estoy traduciendo, de Nizar Qabbani, es como si supiera de mí, más que yo misma.

Despacio, me cubre con su cuerpo y yo, me abro para él, para sentir cómo me llena, cómo se acopla para unirnos en uno solo, para llenarme de placer, de felicidad, para deslizarse, para embestirme con la única meta de llevarme al paraíso. Y de esa manera, lo consigue, en un momento, mientras besa mi boca, se traga mi lengua, nuestros gemidos se unen y me lleva a un paraíso de dulce miel.

«¿Y ahora?». Y ahora, ¿qué?

Ahora estás presa en una jaula de oro; ahora, estás esperando un hijo de él; ahora, es la esposa, que pronto será exesposa, la que te hace compañía de vez en cuando y la que controla que todo vaya por su sitio.

«¿Eres consciente de semejante locura?». «¿Te has parado a calibrar las consecuencias de todo esto?». «¿No te das cuenta de que tú no te has criado en un país como el suyo?». «¿Que tú no estás hecha para vivir así?». «¿Eres consciente de que vas a vivir con un hombre que procede de un país donde se avala la pena de muerte?».

En Estados Unidos también.

«Decapitan a la gente en público, la mayoría de las veces; eso no se hace en los países civilizados».

Y qué más da, el caso es que se hace, se mata.

«¿Motivos?, tráfico de drogas, apostasía... ¿Eso qué es?, te preguntarás, yo te lo respondo: la apostasía es la negación, la renuncia a una religión, a la

fe». «Y tú, ¿qué eres, Alejandra Pacheco?, tú que hace tiempo que no crees en nada, ¿no seguirías la fe de tu esposo?».

Sé de sobra lo que es la apostasía, y lo que yo siga o deje de seguir es cosa mía. Si es necesario se hace un poco de teatro y ya está.

Sigue, sigue, no te cortes.

«También decapitan por adulterio, y en algunos casos, con la sospecha vale, no necesitan pruebas concluyentes. En el país de este hombre, no existe eso de una persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y qué te puedes esperar de un lugar donde se decapita al adúltero, a la adúltera, que seguramente habrá más de unas que de otros. No hay libertad de expresión y las mujeres carecen de derechos y son discriminadas, no esperes estar con tus terminales mirando, buscando por la red, haciendo y deshaciendo, entrando y saliendo, y haciendo lo que te dé la gana».

Sigue, sigue hasta que te canses.

«¡Ah!, pero no te preocupes, el año que viene, para el verano, o tal vez un poco antes, podrán conducir las mujeres, así no se tendrán que gastar un pastón en conductores o solicitar que sus parientes masculinos las lleven al trabajo o a donde sea que quiera que vayan. Pero no te hagas muchas ilusiones, lo demás seguirá igual que siempre; viajarán por el país con hombre guardián, y no podrán abrir una cuenta bancaria sin permiso de su guardián, y solo se bañarán en playas específicas para mujeres. Y tampoco podrán entrar en un cementerio, pues es territorio de hombres, y no te olvides de las tiendas, donde se comprarán la ropa, pero está prohibido probársela... y, por supuesto, la guinda de la guinda del pastel, nada de mostrar tu cuerpo; solo manos y cara. Esa túnica negra y ese velo cubriendo la cabeza, seguramente, combinarán muy bien con el color de tus ojos».

«Cuando te veas con un burka te dará la risa».

No seas inculta, el burka se lo ponen en Afganistán.

«Oh, usted perdone, entonces ese velo que solo deja los ojos libres, niqab, se llama. ¿Qué cultura de Arabia Saudí dice que la mujer no debe mostrar el rostro en público?, ah, sí, los salafís; pero, tranquila, los chiíes y los sunís, no lo utilizan de manera obligatoria, solo por amor a Alá».

«O ese otro que se llama Al Amira, que son dos piezas, una como un gorro abierto, que se ajusta a la cabeza, pues parece de licra para que ajuste bien y esconda el pelo de miradas indiscretas, y la otra pieza es como un fular o bufanda, que se ajusta al cuello y cubre la mayor parte de la cabeza».

«Ese también te quedará genial, y si te portas bien, cuando estés en Europa o en América, podrás usar un pañuelo rectangular para tapar ligeramente la cabeza, ¿cómo se llama ese?, ah, sí, shayla. Qué nombre tan bonito para un pañuelo, ¿no te parece? Pero bueno, a ti todo te quedará genial, lleves uno u otro, con lo cual, el árabe se pondrá celoso y tal vez solo recibas una paliza a la semana».

¡Oye! ¡Cállate ya de una vez!

Nosotros no viviremos aquí. No tendré que ponerme nada de eso. Y si me lo pongo, será porque yo quiera y para no dar la nota. Haré lo que me plazca, y cuando tenga que estar en Arabia, pues ya sabes..., donde fueres, haz lo que vieres..., no hay más. No pasa nada, hasta casi es una anécdota.

«¿No lo ves? ¿No te das cuenta?».

Todo es más sencillo de lo que parece, pues, al casarme con un hombre que se ha educado en el extranjero, que vive la mayor parte del tiempo en el extranjero, que valora y respeta a la mujer..., no hay nada de qué preocuparse.

«¿Qué valora, qué respeta...?». «¿Te estás escuchando?». «Te dice: “Eres mía”».

¡Bah!, es una forma de hablar. Claro que significa que soy suya, eso también me lo dijo Jared, y si comprendes bien su significado no hay problema. Yo te explico lo que ello significa: eres mía... y de nadie más; normal, un hombre no va a querer compartirte, igual que tú no lo compartirías. Eres mía... para poseerte, para jugar, para ir y venir, para hacer lo que quiera contigo; lógico, igual que tú con él. Eres mía..., no puedes hacer esto o lo otro si no es mi deseo; claro, lo mismo que tú harás con él. ¿Dónde está el problema?

Tú me das, yo te doy.

Tú me quitas, yo te quito.

Tú me ofreces, yo te ofrezco.

Tú me lastimas, yo te lastimo.

Tú me amas, yo te amo.

¡Vete, conciencia, vete, seas quien seas!

Pienso en ello mientras sus brazos me envuelven y sus manos se colocan debajo de mis pechos, mientras mi espalda se pega a sus pectorales y mis nalgas se acoplan a su cadera, mientras sus labios rozan mi hombro y vuelven a salir palabras de su boca.

Palabras de amor. Versos de amor.

No esperaba  
que me atravesaras cual flecha pagana.  
No esperaba  
que entraras en mi lenguaje, en mis palabras  
y en los gestos de mis manos.  
No esperaba que hubiera un terremoto,  
que se partiera el mar,  
y que un día, tus ojos me dividieran en dos.

Con esas palabras me duermo, y pienso que es la primera vez que un hombre me recita versos de amor.

Duermo tan profundamente que no soy consciente de nada, solo del sueño que se repite una y otra vez, que son esas palabras que he tenido conmigo misma. Esas palabras que tengo desde que comencé con la ausencia y que no desaparecieron con ella. Puede ser mi otro yo, puede ser algo que intenta gobernarme, aconsejarme o manipularme, puede ser una fantasía o tal vez una locura. Unas veces me pregunta, otras, me ordena, otras dudan, otras se cree muy lista y otras parece tonta. Pero ¿quién gobierna a quién?, ¿quién acierta y quién falla? ¿Cuántas veces me dejo guiar y cuántas veces me creo mandar? ¿Estoy cuerda o no?

Despierto de golpe, respirando deprisa, sintiendo el corazón que va a mil por hora, pero enseguida me calmo, enseguida tomo el control y vuelvo a ser la misma.

Miro el lado vacío de la cama, miro todo lo que me rodea y, de repente, me quedo quieta, estática, inmóvil, mientras escucho los ruidos en la sala de baño.

Y, entonces, aparece.

Ahí está ese hombre que me está afectando al cerebro.

El hombre que me ha secuestrado y embarazado.

El pantalón oscuro, zapatos negros relucientes, cinturón discreto, la camisa blanca, entallada a su tórax, pero sin marcarse, sin apretarse, lo que de por sí ya es hermoso imaginarlo. Contemplo su estatura, las piernas largas, las caderas estrechas, las manos en movimiento mientras se coloca los gemelos de oro sin necesidad de mirar cómo lo hace, pues sus ojos miran alrededor. Sigue con el reloj de acero y oro, de marca, carísimo; y cuando termina, clava esos ojos negros en mi cara, en mi cuerpo, y me sonrío.

¡Qué sonrisa tan hermosa tiene!

Su boca es grande, de labios llenos, pero no gruesos, no excesivamente gruesos y, al sonreír, al mostrar esa dentadura blanca como la nieve, te

deslumbra, te atrapa. ¿Por qué antes, cuando trataba con él, nunca lo vi sonreír así, de esta forma, entre placentera, agradecida y sumamente sensual? ¿Por qué, ahora, me produce tanta satisfacción el movimiento, la flexión de diecisiete músculos faciales que me dedica este hombre?

Se acerca hasta el borde de la cama y desliza el índice por el óvalo de mi rostro.

—¿Has descansado? —me pregunta en inglés.

Qué bien le queda esa barba, tan corta, tan perfilada, tan elegante..., tan oscura.

—Sí.

Dejo su rostro y deslizo la mirada por toda esa envergadura de masculinidad, de poder, incluso, de arrogancia, y no sé por qué, pero me muestro ansiosa.

—¿Te vas?

—Sí, tengo que ir al aeropuerto. El helicóptero me está esperando.

Lo miro fijamente, sin pestañear. Él nota que pasa algo, que tengo necesidad de algo.

—¿Qué ocurre, Alejandra? —pronuncia mi nombre en árabe, Alikhandra, suena: *elijeandra*. Y en esa voz varonil, las letras son sonidos musicales.

—¿Qué ocurrirá si me caso contigo?

Me mira atentamente, sin pestañear, sin mover un músculo, ni facial ni corporal. Al momento, se sienta en el borde de la cama, pero en ningún instante rompe el contacto visual.

Miro cómo la ligera camisa de algodón se mueve sobre sus hombros, su tórax, cómo se adapta a esos movimientos, cómo le remarca la anchura de la espalda, de esos hombros cuadrados, potentes; cómo el cuello blanco y prístino resalta la oscuridad de su piel. Una piel más oscura que la mía, pero tan bella y seductora que provoca mirarla y volverla a mirar.

De repente, sus siguientes palabras me sacan de la ensoñación, volviendo de golpe a la realidad.

—Ya eres mi esposa, Alejandra. —Ahora el nombre lo dice en español.

Y yo, yo me quedo bloqueada. No salen palabras de mi boca, pero mis ojos no dejan de mirar los suyos.

—Eres la esposa de Ghiyath Najum ibn Ayyaf Al Rashid. Me hubiera gustado tener una boda al estilo árabe, pero las circunstancias eran las que eran.

Me río durante unos segundos, sin dejar de mirar esos ojos negros como noche sin estrellas, y sin saber si mi risa es nerviosa, placentera o...

«¿Es miedo lo que sientes, Alejandra?».

¿Miedo de ese hombre? Yo no le tengo miedo a nada ni a nadie.

—¿Fue en el avión? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Sí.

—¿Firmé un contrato?

—Sí.

—¿Y es válido?

—Sí.

—Estaba bajo los efectos de una droga. Eso no es válido en parte alguna.

—Él me mira, permanece en silencio—. ¿Y... si no lo acepto? —No contesta, pero su mirada lo dice todo—. ¿Me tendrías encerrada aquí? ¿Para siempre?

—Sigue sin contestar, pero la ausencia de palabras es la propia contestación

—. Entonces, ahora soy tu segunda esposa —afirmo sin inmutarme.

—No, no es así. Eres mi única esposa.

Muevo la cabeza, mientras él sigue los movimientos de mi cabellera desordenada y vuelve a fijarse en la expresión de mis ojos.

—No te entiendo.

—Nos casamos en el avión, después de que contestaras a todas mis preguntas. El divorcio ya era legal. Amina ya no era mi esposa.

Vuelvo a sacudir la cabeza, y aprieto la sábana contra mis pechos.

—¿Has hecho todo esto... por mí?

—Sí.

—¿Sin saber si te iba a aceptar?

—Sí.

—¿Pero sabiendo desde el primer momento que fuera lo que fuese no me dejarías marchar?

—Sí.

Esas contestaciones lacónicas no sé qué me producen, si rabia, placer... o temor.

«¿No has dicho que no le temes a nada y a nadie, Alejandra Pacheco Cortés?». «Uy, no. ¿Cómo nos llamamos ahora, Alikhandra Al Rashid?».

¡Cállate!

—Tú dices que el libre albedrío no existe y, sin embargo, lo has utilizado, lo has manipulado.

—Y sigo diciendo lo mismo, no existe el libre albedrío. Yo te he secuestrado, te mantengo en cautiverio porque te amo, porque te quiero para mí. Eso no es libre albedrío, eso es alterar las cosas de la manera más retorcida, para tu propio beneficio, un beneficio que no será tal, si con ello no consigues lo que quieres. ¿Y qué es lo que quiero? —Su mirada me traspasa mientras sus palabras penetran en mis oídos y llegan a mi cerebro de una manera lenta—. Quiero amarte y que me ames, quiero darte y que me des, quiero tenerte y que me tengas. No concibo mi vida sin ti, no concibo trabajar, ganar dinero y no poder ofrecértelo, no concibo nada que no esté relacionado de algún modo contigo.

No tengo palabras ante lo dicho, pero me viene una pregunta a la boca.

—¿Por qué no lo hiciste antes? ¿Cuando me ofreciste matrimonio aquella vez?

—Porque creía que sería fácil olvidarte y, la verdad, en aquel tiempo, no se me pasó por la cabeza secuestrarte. Solo me dije: «Olvídala». Se supone que tiene ser fácil olvidar algo o alguien que nunca has tenido, que nunca has probado que, si lo haces, tal vez te provoque decepción e indiferencia. Pero no conseguí olvidarte... y, en un hombre como yo, era algo muy difícil de llevar.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir, con «un hombre como yo»?

—Porque cuando no te has enamorado nunca, cuando las mujeres simplemente son objetos de placer y poco más, sentir algo que te sobrepasa, que domina tu cerebro, que te condiciona día tras día, es como llevar un peso gigantesco encima de tu espalda. Es una manera de estar recordando que has dejado pasar la felicidad por tu lado, que la has dejado escapar... y que no volverá a pasar.

—Por eso, cuando me volviste a ver, decidiste que tenías que hacerlo.

—Sí.

Me mira, lo miro... Y deseo más. No sé qué me pasa, pero quiero más.

—Cuéntame más.

Mi voz ha sonado como una súplica, como el ruego de una niña pequeña.

—Otro día. Ahora tengo que irme.

—Pero... ¿vas a estar todo el tiempo así? ¿Yo aquí y tú... por el mundo?

—Ahora gimoteo de una forma ñoña.

Él sonrío ante esa forma de hablar y me acaricia la barbilla. Y siento esa caricia como el placer más supremo.

—No. Esto cambiará cuando nazca el bebé. Entonces nos iremos.

—¿Adónde?

Él sonríe, muestra esa dentadura blanca y perfecta, enmarcada en unos labios que deseo besar.

—¿Por qué tan impaciente?

—Porque deseo saber, quiero saber. —Ahora empleo un tono suplicante.

«¿Tú te has visto? ¿Tú te oyes?».

Cierra la puta boca.

La hermosa voz de Ghiyath, me habla, me explica, me cuenta.

—He comprado una casa en el estado de Nueva York, a una hora de Manhattan, en Bedford. Es una mansión de estilo holandés, del siglo XVIII. Necesita reformas, pero es preciosa. Cuando haya nacido el niño o niña, iremos a Nueva York y nos acercaremos para que la veas, para que decidas lo que quieres hacer.

No digo nada, solo lo miro, lo contemplo, lo observo..., lo adoro.

—Será un lugar hermoso para vivir en familia. Para criar a nuestros hijos —dice mientras observa mi cara y sonríe al ver mi expresión.

Me siento maravillada. Está organizando mi vida... y me gusta.

—¿Y la otra familia? ¿Tus hijas?

—En Londres, con su madre y con la mía.

—¿La tuya?

—Sí. Desde que se quedó viuda pasa más tiempo en Gran Bretaña que aquí. Tiene un dúplex en Londres y una mansión en Escocia, cerca de Edimburgo.

—Pero... ¿ella es saudí?

—Sí, por supuesto.

¡Ves, *so* lista! ¿Ves cómo en todos los sitios hay clases?

Se levanta y va a por la chaqueta que descansa en el respaldo de una butaca.

—Necesito hacerte muchas preguntas. Necesito saber. No me gusta permanecer en la ignorancia.

Se pone la americana y mueve los poderosos hombros para que se acomode a su ancha espalda.

—Lo entiendo. Y te complaceré cuando vuelva.

Se acerca, se inclina y deja caer un suave beso en mis labios, mientras me acaricia un pecho a través de la sábana.

—Te complaceré en todo —me susurra al oído—. Te lo prometo.

Vuelve a susurrar.

En árabe.

Y yo... yo me quedo con ganas de más.

# VEINTICUATRO

Estoy organizando unos papeles escritos a mano, borradores de las traducciones, cuando Amina entra en la sala como una tromba de agua, provocando que me sobresalte, pues no es su forma de comportarse, así de esa manera. Ella siempre es comedida, elegante y parca en movimientos; siempre hace una entrada discreta pero vistosa, no como ahora, que me ha parecido un tornado, moviendo su cuerpo envuelto en gasas de color violeta. No dice nada, solo mira a su alrededor, dirige sus pasos hasta una mesita y agarra con fuerza el mando de la televisión, pues me han puesto otra en esta parte de la *suite* del árabe y enciende el aparato de última generación.

—¿Qué ocurre?

Ella no contesta, ni me mira, toca el mando varias veces al tiempo que se sienta y salta un canal de noticias, parece que no le interesa lo que ve y busca más. Al final, un canal árabe se queda fijo y mis ojos se quedan clavados en la pantalla, pues sé que algo importante está pasando. Están hablando de California, de un macroincendio que lleva carbonizadas más de treinta y ocho mil hectáreas solo en la zona de Ventura y que ha forzado a la evacuación de doscientas mil personas de distintas áreas.

«Las llamas han invadido todo a su paso, no solo las zonas forestales, también las urbanas donde cientos de viviendas se han quemado, debido a los vientos huracanados que azotan la región, con rachas de ciento treinta kilómetros por hora. La agencia estatal californiana de protección contra incendios ha reconocido que, con vientos tan fuertes, los bomberos no tienen capacidad para luchar contra la virulencia de estos fuegos. El peligro es tal que las autoridades han declarado la “alerta morada” por vientos extremos, algo que no había sucedido hasta la fecha en el estado de California. Y a todo ello, se le suma los conocidos como vientos de Santa Ana, propios de esa zona en esta época del año, que hacen mucho más complicado controlar o atajar cuatro incendios que siguen descontrolados y causando destrucción a su paso».

Mientras habla la locutora, se muestran mapas de las zonas afectadas, imágenes de satélite donde se distinguen las columnas de humo que provocan los devastadores incendios. Después volvemos a la locutora y, a pesar de lo que se está contando, no puedo evitar fijarme, en detalle, en esa mujer. Es

joven, no llegará a los treinta, es muy guapa, con ojos grandes y oscuros, labios gruesos y pómulos marcados. El bello rostro, maquillado con esmero, queda enmarcado con el hiyad, el velo islámico, y su cuerpo cubierto por una abaya o túnica; todo negro. Nada se puede adivinar debajo de esa amplia túnica negra, pero, sin embargo, pienso qué pensarán los hombres cuando vean un rostro como ese, ¿se imaginarán cómo serán sus pechos?, ¿cómo sus caderas o su vientre?, ¿cómo sus muslos?, ¿si tendrán las carnes prietas, duras y lozanas, o serán flacas y huesudas, o gordas y fofas?

La mujer occidental muestra su cuerpo como le place, pues lo viste como quiere, esté gorda o flaca, joven o vieja. Unas son más prudentes y actúan en consecuencia a su edad, gustos y circunstancias personales, dinero, pudor, educación, pero a otras les da igual, dejándose guiar por lo que les apetece o consideran oportuno, sin importarles cómo lucen sus cuerpos o la edad que tengan.

Y yo me pregunto si porque las mujeres vayan tapadas y solo dejen ver sus rostros, no me olvido de las que no muestran ni eso, me pregunto, vuelvo a decir, ¿ocurren menos violaciones que por ejemplo en un país europeo o en un estado de los Estados Unidos o, al contrario, muchas más? Y si es así, ¿qué pasaría si fuesen vestidas de manera occidental?

«Qué tonterías piensas, Pacheco, eso es algo que no va a ocurrir nunca. Este país es conservador, como dicen ellos, conservador para lo que a ellos les interesa, y cuando digo “ellos”, digo hombres, que son los que mandan y los que deciden, Monarquía absoluta, te lo recuerdo, Alejandra Pacheco, así que deja de divagar, deja de pensar en las presentadoras, si son más monas o menos y se visten la hiyad o la nicab o no, y céntrate en la mujer árabe que tienes a tu lado y que no retira la mirada del televisor».

No necesito que mi otro yo me diga que me centre, pues no he perdido ni un solo detalle de lo que ha salido en la pantalla. He sido consciente de las imágenes que salen cuando la imagen de la bella presentadora desaparece, del horror que se está viviendo en el estado donde nací. Casas siendo engullidas por las llamas, bomberos que parecen penetrar en el mismo infierno, gente que está dentro de sus coches y graban los incendios que invaden todo y que al ser de noche parece algo dantesco, horrible, para subirlo a la red, para que todo el que quiera pueda verlo.

«En Bel Air, barrio residencial con enormes mansiones donde viven actores y millonarios de la industria del cine de Hollywood, los bomberos han

logrado controlar el veinte por ciento del incendio, pero eso no ha evitado que más de una mansión sea pasto de las llamas o que los parajes, circundantes a ellas, hayan sido devastados».

Ahora menciona los nombres de personas famosas que han tenido que ser evacuadas, y mientras oigo la mención de un multimillonario, varias actrices, algún cantante y famosas varias, me fijo en Amina, que no retira la mirada de la pantalla, mientras sus enjorjados dedos están enlazados y las manos presionadas con fuerza. Sé que pasa algo, que ese incendio está relacionado con el árabe, pero cuando se cansa de mirar ese horror, me dirá qué ocurre.

Mientras tanto, espero, miro y deduzco.

En octubre hubo otro incendio en California, bueno, debería decir incendios, que arrasaron más de cien mil hectáreas, más de cinco mil casas destruidas, otras más de cuatro mil parcialmente, más de tres mil coches, y personas muertas... más de cuarenta, para seguir añadiendo desaparecidos, más de cincuenta que muchos se sumarían a esa lista fatídica; pues esas llamas llegaron hasta donde el árabe tiene la bodega, en el condado de Sonoma, provocando evacuaciones forzosas, pueblos fantasma y largas filas de autos huyendo del infierno, pero sus tierras no se vieron afectadas ni un solo metro cuadrado. Puro azar, pues la reducción a cenizas quedó alrededor de la finca.

Más de cien mil millones en pérdidas de propiedades.

Y, ahora, en diciembre, otra vez.

«Las previsiones meteorológicas no son halagüeñas y el Servicio Nacional de Meteorología de Estados Unidos alerta que los vientos de Santa Ana soplarán de moderados a fuertes, sobre la mayor parte de los condados de Los Angeles y Ventura, por lo menos hasta el sábado. La alerta roja se mantendrá hasta el sábado, dando lugar a que el cercano condado de San Diego, se prepare para enfrentarse a cualquier emergencia que se pueda presentar».

Amina apaga el televisor y se gira de una para mirarme con atención. Sus ojos muestran algo más que preocupación, muestran pánico y, a pesar de ello, su maquillaje está impecable, su peinado inalterable y su vestido largo, violeta, y lleno de pliegues, perfecto.

—No logro hablar con él. Nadie logra hablar con él.

—¿En qué parte se supone que debe estar? —Ella me mira como si hablase en chino, vuelvo a plantear la pregunta en árabe.

—Tenía una reunión de negocios en una mansión... en esa zona.

—¿En Bel Air?

—Sí.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—Hace... hace más de veinticuatro horas. Me llama todos los días para preguntar por ti, para ver cómo vas. Es puntual, siempre a la misma hora.

No muestro mi sorpresa, primero, porque es la primera vez que me tutea y, segundo, pero más importante, porque quiere saber de mí.

Él quiere saber de mí.

Todos los días.

A la misma hora.

—Ya tendría que haber llamado, hace horas. Y... y eso..., eso es que pasa algo..., que ha pasado algo. Es muy puntual, muy preciso. Es muy raro que se demore, en realidad, no ocurre nunca, porque con los teléfonos móviles no da lugar. Y si tiene que salir de una reunión, sale y llama. Lo sé, lo sé con total certeza. Lo conozco como si fuese la palma de mi mano.

Se levanta de la butaca y se mueve por la estancia.

«¿Y ahora qué, Alejandra, ahora qué?».

«Si el árabe ha muerto en el incendio, si desaparece del mapa, ¿qué pasa contigo?».

Siento que el nerviosismo de Amina se me contagia. Veo cómo se mueve, cómo aletean las faldas alrededor de sus piernas mientras anda por la gran *suite* donde vivo, donde duermo, donde como, donde hago el amor con el que fue su esposo, que ahora es el mío.

Si realmente es cierto, si no me ha engañado.

¿Puedo estar en peligro si al árabe le ha pasado algo?

Cuando voy a decirle que se tranquilice y que ponga en marcha todo el poder que deben tener, y que seguro ya está en marcha, se para en seco, cuando un criado asoma por la puerta con un teléfono en la mano. Ella se acerca veloz y casi se lo arranca, sin mirar al criado. Es un teléfono satélite y se lo pega a la oreja con un movimiento de sus pulseras de esmeraldas y diamantes.

El rostro cambia *ipso facto*, pasando del nerviosismo al puro placer de la sonrisa que ilumina su rostro. Cuando termina de oír lo que sea que le están diciendo, ella habla en un árabe rápido y jovial. Como lo hace tan deprisa, puede que se me escape algo, pero lo dudo, soy muy buena en esto.

—¡Oh, por Allah misericordioso! ¡Oh, por Allah que todo lo puede! Sé que eres un protegido, sé que Allah está contigo, que te guarda, que te protege, pero, a pesar de que deposito toda mi fe... —Pausa, de pocos segundos—. Sí,

sí, ya me calmo, ya estoy calmada. Sabiendo que estás bien, ya todo está en orden. Que Allah me perdone. —Otra pausa. Un poco más larga—. Bien, muy bien. Todo bien. —Otra pausa—. De acuerdo, que Allah te bendiga, que Allah nos proteja.

Corta la llamada y devuelve el teléfono al criado. Me mira y yo le devuelvo la mirada.

Seis Allah, no está mal en una conversación tan corta.

—Bueno —sigue hablando en árabe, pero más pausado, más tranquilo—. Todo está en orden. Está bien, gracias a Allah.

—¿Dónde estaba?

No pestañea, me mira fijamente, y creo que le molesta la pregunta o, más bien, el tono que he empleado.

—En una mansión de Bel Air. Les ha pillado el incendio y él ha salvado la vida a varias personas que estaban con él; él y sus guardaespaldas.

—¿Cuándo volverá?

Sé que el tono vuelve a ser imperioso, pero es como sale y como lo suelto, a pesar de ver los cambios en ese rostro. Ha pasado de la felicidad suprema, al saber que el árabe está bien, a ponerse serio cuando he soltado las dos preguntas.

—Volverá cuando tenga que volver, ahora, lo único que importa es que, gracias a Allah, está sano y salvo. Puedes seguir con tus cosas.

Da media vuelta, y el ruedo de su vestido violeta se mueve al compás de sus pasos. Mis ojos la siguen hasta que una criada le abre una de las hojas de la puerta doble y desaparecen las dos.

Me quedo durante unos instantes mirando la hermosa puerta cerrada, sé que no está cerrada con llave, y sé que si la abro me encontraré con uno de los guardianes, que me saca cabeza y media y que sus espaldas son tan anchas como una de las mitades de esas puertas. Desplazo la mirada hasta los papeles y decido que, por el momento, no me interesan.

Me muevo por toda la *suite* mientras voy haciendo estiramientos y al tiempo recorro con la mirada todas las esquinas, los recovecos y demás florituras del techo, en busca de cámaras minúsculas. No es la primera vez que lo hago y lo sigo haciendo porque no encuentro nunca nada, pero creo que tiene que haber, si no fuese así, una criada estaría siempre conmigo.

Los cuadros siguen tapados con las sedas, me acerco a ellos y de un tirón las dejó en el suelo. Contemplo las pinturas del sueco, y me pregunto qué

estará haciendo y si me echará de menos. Los observo minuciosamente. Nada, ni en los marcos ni en las telas.

Termino con los estiramientos y me tumbo en la cama. Es enorme. Genial para retozar los amantes, o para dormir cada uno en una zona, sin molestarse y con espacio de sobra. Me coloco sobre los mullidos almohadones y miro todo lo que me rodea; el lujo de los muebles, las caras alfombras sobre suelo de madera preciosa... Mis ojos se quedan clavados en una cómoda francesa del siglo XV, de un precioso caoba oscuro y brillante. Cinco cajones, dos manijas por cajón, pero el superior..., una parece brillar más que otra, o eso creo. Son como dos botones de latón, gruesos y salientes y en el centro tienen un adorno, una especie de piedra negra. Me levanto, voy a una de las mesitas donde he dejado los papeles y los pongo en orden, luego me acerco a la cómoda y me dirijo al cajón en cuestión, para abrirlo. Sé lo que se guarda ahí: folios, lápices, libretas pequeñas y medianas, bolis y demás utensilios de escritorio.

Lo abro al tiempo que deslizo las yemas de los dedos por las dos piedras y creo que no tienen la misma textura, cojo un lápiz y, en un tiempo corto, muy corto, aprecio que el reverso del cajón puede tener un fondo falso. Lo vuelvo a cerrar y sigo con mis tareas, mientras pienso en todo lo sucedido en el tiempo que ha estado Amina aquí.

Cojo un folio y me dirijo a la cama, atravieso y deslizo la punta del lápiz por el blanco papel.

¿He sentido preocupación por lo que le podía pasar al árabe?

Sí, la he sentido; no solo por lo que me pudiera pasar a mí, si le ocurría algo, y podía haber muerto, sino porque siento algo por él y quiero saber hasta dónde me conduce.

Pero hay otra cosa que me preocupa.

Amina.

No me fío de ella. No confío en ella.

«¿No?». «¿En serio?». «¿No confías en Amina, la fiel, la leal?». «¿Y de él si te fías? ¿Por qué?». «¿Porque te produce un orgasmo cada vez que te pone la mano encima? ¿Porque te susurra poemas de amor en la oreja? ¿Porque está tan bueno que te nubla el cerebro?».

Sí, sí, sí.

Por todo eso y mucho más. Me gusta, me pone, me vuelve loca con sus manos y todo lo que sale por su boca hace que me sienta única, amada, recompensada.

«Madre mía, has perdido el norte por completo. Has pasado de ser tú la que controlabas, la que gestionabas tu vida en todos los aspectos, a todos los niveles y ahora... ahora dejas, en las manos de un hombre que es un misógino con todas las letras, tu destino».

No digas tonterías, estupideces.

Misógino, qué idiotez, él no es así. Él es un hombre como los de antes, pero en los tiempos de ahora.

«Lo que me faltaba por oír».

Sí, sí, lo que estás oyendo. Te lo voy a explicar una sola vez, para que dejes de darme la lata, para que te olvides de mí y dejes de fastidiarme. Ghiyath es un hombre protector que cuida de su familia, que cuando se enamora, se vuelca en ese amor, en esa mujer, a la que adorará, servirá, protegerá, respetará y amará por siempre y para siempre. Es un hombre que le dará su espacio, que respetará sus deseos y sus opiniones, que no la juzgará por lo que piense o por lo que haga, siempre y cuando ella lo respete de igual manera.

Es la unión perfecta. Es el hombre ideal. Es un hombre que no se ha enamorado nunca hasta que me conoció. Y que tiempo después ha seguido alimentando ese amor, porque él, no es una veleta, él valora ese amor, como el mayor de los tesoros.

«¡Ay, madre!». «¿Y si te equivocas y no es el hombre ideal?, ¿qué harás? ¿Liquidarlo como a Burton? Este tío conoce tus defectos, conoce tu vida al dedillo, sabe cómo te las gastas, sabe que puedes ser más fría que Neptuno».

¡Cállate y no me calientes la cabeza!

«Te secuestró, Alejandra Pacheco Cortés». «¿Lo has olvidado?».

Por supuesto que no, pero ¿te has parado a pensar lo romántico que es algo así?

# VEINTICINCO

He sintonizado todos los canales que he podido y nadie me lo ha prohibido. Estaba un poco harta de ver canales del país. Debe de haber una antena satélite, estoy segura, si no, habría sido imposible coger de tantos países. Creo que estoy viendo más tele que en toda mi vida, hasta cuando estoy escribiendo o leyendo, la tengo puesta. Noticias, la mayoría de las veces, pero cuando me acuesto, antes de dormir, veo una película antigua o moderna, según me apetezca. Como hablo tantos idiomas, no tengo problema con la mayoría de los canales, pero, aun así, pongo cualquiera, pues, a pesar de que no conozca el idioma, desentraño lo que hablan, sin saber realmente cómo lo hago.

De todos voy por rachas, unos días mantengo la tele todo el tiempo encendida, algo así como para tener compañía, y otros ni la pongo, pues necesito silencio.

Me desespero, el tiempo pasa y él no viene. Cuando le pregunto a Amina, me contesta muy seria, muy cargada de razón, que Ghiyath es un hombre muy ocupado, que sus múltiples negocios requieren de su presencia en diversas partes del mundo y que no puede estar al requerimiento de una esposa caprichosa y débil. Me he quedado parada, pues no me esperaba semejante comentario.

¿Esposa caprichosa y débil... yo? Esta tipa no me conoce. Pero lo que ha venido después, me ha hecho saltar.

—Y si estás caliente, más vale que te refresques en el estanque. —Las palabras han salido casi susurradas, al tiempo que clava en mi cara esa mirada oscura como el carbón.

Pero no me muerdo la lengua, a mí la tipa esta no me va a tratar como si fuese una puta de barrio.

—Tal vez ese problema lo tienes tú, Amina. Tal vez llevas tanto tiempo caliente que, aunque permanecieras siete años en el estanque, seguirías caliente... y sola.

La mirada de odio que me dirige, no es algo que se deba obviar.

No.

No me ha gustado nada.

¿Sabes quién es el profeta Issa?

Claro que lo sabes, porque todo lo que sé yo, lo sabes tú, aunque te hagas la tonta; y todo lo que sabes tú, lo sé yo, aunque me haga la tonta.

El profeta Issa es Jesús, según el Corán y, si eres cristiano, es decir, de los que siguen al profeta Issa, celebrarás la Navidad, pero, si estás en Arabia Saudí, ya te puedes olvidar de ello. Aquí no hay libertad de expresión y, por supuesto, no hay libertad religiosa; de manera que las autoridades religiosas emiten, como cada año, una orden que prohíbe tanto a sus ciudadanos como a los extranjeros celebrar la Navidad o Año Nuevo, pues aquí se sigue el calendario lunar, no el gregoriano. Y ya sabemos que todos los árabes no son musulmanes, también los hay cristianos. Y como he dicho siempre: donde fueres, haz lo que vieres.

Ese dicho, en estos momentos, no me sirve de mucho, pues ni voy a pedir que me traigan algo especial para la Nochebuena o para el día de Navidad y, por supuesto, tampoco espero regalos de Santa Claus. De manera que el comienzo de esas fiestas celebradas en el mundo cristiano, yo las paso igual que el resto de los días mientras miro en la pantalla de la televisión cómo los Estados Unidos se congelan a finales de mes. Me entero de que el día de Navidad cayeron ochenta y cinco centímetros de nieve en la ciudad de Erie, Pensilvania, y la ola de frío polar se extiende hasta final de año. Canadá y el norte de EE.UU., son azotados sin piedad. Ohio es uno de los estados golpeados por una ola de frío sin precedentes, tanto por su alcance como por su duración. Una corriente de aire ártico da lugar a que en el norte de Ontario lleguen a los cincuenta grados bajo cero y en los Estados Unidos se han registrado treinta y siete con siete grados bajo cero en Duluth, Minnesota, y veintinueve grados bajo cero en Minot, Dakota del Norte.

Y en Eire, esa ciudad de Pensilvania, una tormenta provoca un *récord* de ciento sesenta y cinco centímetros de nieve en cuarenta y ocho horas, obligando a declarar el estado de emergencia, y a que la Guardia Nacional se ponga en marcha para ayudar a las agencias locales con las urgencias médicas y la respuesta de la policía.

El veintinueve hay un incendio en el Bronx, de noche, donde fallecen varias personas, entre ellos niños, teniendo una temperatura de diez grados bajo cero, pero sin nieve.

Todo esto me hace recordar la gran tormenta que azotó Nueva York cuando Burton y yo estábamos de viaje de novios en Roma, pero hay una sutil diferencia: que ahora estoy sola, que no tengo a nadie con quién comentar toda

esta serie de noticias y lo que es peor, que necesito ver al árabe con delirio.

«¿Has dicho delirio?».

Sí, delirio, ¿te lo repito? Aun así, mantengo la calma.

Frialdad cuando aparece Amina y cuando estoy sola, me entretengo como siempre con todo lo que está a mi alcance. Ya he terminado las traducciones y ahora estoy con otra cosa. He pedido libros en urdu, lengua oficial de Pakistán y uno de los veinticuatro idiomas oficiales en India. Este idioma se habla en Pakistán, Afganistán, India y Bangladés. Como tengo tanto tiempo, si antes tenía muchos conocimientos, ahora me desbordo de todo lo que aprendo cada día, pero ya sabes, el saber no ocupa lugar.

Cuando Amina ve tantos libros esparcidos por todos los lugares, mesas, superficie de muebles, suelo, retuerce el gesto y sé que desea quitarlos de en medio, pero también sé, aunque nadie me lo haya dicho, que él ha dado órdenes, y esas órdenes se cumplen. ¿Y qué ordenes son esas?, que todo lo que pida se me conceda.

Dentro de un orden. Por supuesto.

Nada de conexión a internet. Por supuesto.

Creo que todavía no confía en mí como para eso.

Me pregunto cómo irán mis finanzas, y si algún día podré volver a controlarlas. Él me ha dicho que no me preocupe, que los beneficios superan las pérdidas, que él maneja esos asuntos sin problemas, que la bolsa no tiene misterios para él..., y yo creo que es así.

«Pero bueno, te daría igual, no puedes hacer nada, solo esperar». «Él te sacó las contraseñas con esa droga...». «Las contraseñas y todo lo demás».

Por fin llega.

Y llega como a él le gusta.

De noche.

A oscuras.

Estamos en la madrugada del 31 de diciembre al 1 de enero de 2018. Hace rato que estoy acostada, después de haber tomado una succulenta cena y haber visto una película de Bette Davis, *Jezabel*.

No sé cuánto tiempo llevo dormida, una hora, tal vez dos; se debe haber desnudado en otra habitación, pues no he oído ruido alguno. Pero el contacto de ese cuerpo contra el mío me despierta de la manera más placentera.

Y su voz llega como un regalo.

—Por fin estoy a tu lado, por fin toco tu cuerpo, por fin huelo tu aroma...,

por fin me encuentro en el hogar. Tú eres mi hogar. —Mientras esas palabras, en su idioma, me llenan los oídos, sus manos me acarician con tal suavidad que me hacen temblar.

Cuando agarran mis pechos y rozan los pezones, suelto un suspiro que retumba en la habitación; y como quiero su boca, la deseo con pasión, vuelvo la cara para que en la oscuridad él capture mis labios.

Me besa con pasión, con ansia y yo le devuelvo los besos de la misma forma.

Es tan placentero sentir esa boca, es tan gustoso deleitarse con esa lengua...

No me deja llevar la iniciativa, pues es él el que me envuelve con esos labios expertos, es su lengua la que hace bailar la mía a su alrededor, es él el que se traga mis suspiros una y otra vez, es él el que agarra, el que lame, el que muerde mis labios una y otra vez.

Y yo creo morir de puro gozo, sintiendo mi cuerpo temblar al lado del suyo, sintiendo esos brazos que me envuelven y ese pecho que me protege. He deseado tanto tiempo esto que ahora me siento en el cielo, en el paraíso. Ahora me siento protegida... Ahora me siento amada.

No tarda ni dos segundos en ponerse encima y dejo que me haga el amor, dejo que me provoque, que me lleve hasta el éxtasis más profundo, como él sabe, como las otras veces, y me sorprende al sentir la fuerza de mi deseo, me sorprende al sentir la gratitud por todo lo que me da en estos momentos, me sorprende de sentir algo, no sé el qué, que no sentí con Jared. Me cuesta explicarlo, me cuesta comprenderlo, pero creo que, ahora mismo, siento la felicidad suprema.

¿Será posible?

Al vaciarse nuestros cuerpos, al calmarse poco a poco, me vuelve a besar con delicadeza y sale de mi cuerpo, notando el vacío que deja.

Lo contemplo en la penumbra, pero quiero verlo con luz. Voy a encender la lámpara de la mesita de noche, pero él se adelanta, y lo primero que hacemos al ser iluminados, es mirarnos fijamente. Recorro su rostro y la mirada se me va a un punto en particular. Sigue con barba, pero el lado izquierdo de su cuello parece... quemado. Llevo mi mano, y toco con suavidad esas cicatrices que continúan por la espalda.

—Te quemaste en el incendio —mis palabras salen apresuradas, casi susurradas, mientras él agarra mi mano y besa mis dedos, sin dejar de mirarme.

—No es nada, no tiene importancia.

Pero yo quiero ver.

Me suelto de su mano y me incorporo para comprobar el tamaño y la extensión de las cicatrices, mientras él me observa con una media sonrisa.

Estoy desnuda, y cuando me acerco para ver la espalda, mis pechos rozan su brazo izquierdo. Tiene la zona del omoplato quemada, en mayor o menor medida.

—¡Vaya! ¿Te duele? —pregunto mientras deslizo, con sumo cuidado, la yema del índice sobre parte de esa cicatriz.

—No, no es nada. Todavía está curando y supongo que dentro de poco presentará mejor aspecto, pero la cicatriz ahí se va a quedar —lo dice con una preciosa sonrisa y sin dejar de observar mis movimientos—. ¿Te desagrada? ¿Te resulta repulsiva?

Dejo de tocar la espalda y abro al máximo los ojos, sorprendida de esa pregunta.

—Por supuesto que no.

Nos devoramos con los ojos. Él está tumbado, mirándome sin pestañear. Yo, de rodillas.

—¿Te lo hiciste por salvar tu vida o la de otros?

—¿Qué importa eso?

—Sí, importa y mucho.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

La carcajada resuena en toda la habitación.

—Esa respuesta no me vale, Alejandra.

—¿No te paraste a pensar que si te pasaba algo, que si morías en el incendio, yo me quedaba a merced de Amina?

Él ya no sonrío.

—¿Qué te preocupó más? ¿Que yo muriese o que tú quedaras a merced de Amina?

—No he deseado tu muerte en ningún momento, pero mi situación aquí es muy delicada como para que te vayas al otro mundo.

—No te he preguntado eso.

—Las dos cosas.

—¿Qué ocurre? ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada.

—¿Entonces?

No retiro la mirada de sus ojos, ni él de los míos.

—Nada.

No quiero decirle que no me fío de ella. ¿Por qué? Pues..., no lo sé. Tal vez sea porque sé que él confía mucho en ella, tal vez porque no quiero que piense que soy una histérica, tal vez porque si se lo digo, le moleste y... pueda pensar en que le puedo hacer algún mal a la madre de sus hijas. Ya sabes, matarla, y no me apetece que tenga ese sentimiento hacia mí.

Nuestras miradas siguen enlazadas.

—¿Cuándo nos vamos a ir de aquí?

Él baja la mirada y la desliza por mis pechos, para clavarla en la barriga.

—Cuando tengas al niño.

—¿Y por qué tengo que tenerlo aquí?

—¿Es que tienes miedo de que te pase algo? —Entrecierra los ojos al hacer la pregunta, al tiempo que se incorpora, apoyando un codo en la cama.

Mis ojos siguen las marcas de la gran cicatriz; él se da cuenta, pero no dice nada. Simplemente espera una contestación.

—Pues claro que no tengo miedo. No tengo miedo a nada. —Enfatizo un poco molesta, para quitarle importancia y que él deje de mirarme de esa forma, añado—: Pero estoy harta de estar encerrada.

—El tiempo pasa rápido.

Hace que me tumbe de lado frente a él. Pasan varios minutos, y lo único que hacemos es mirarnos. Me muerdo el labio y él sonríe.

—¿Por qué haces eso?

—Porque quiero excitarte.

Ríe gustoso.

—¿Más?

—Sí, mucho más.

Tarda unos instantes en responder:

—Eso es imposible.

Me agarra de la nuca y nuestras bocas se juntan, se saborean. Siento cómo su boca se abre, cómo se traga la mía, me lame y me devora, me excita, me enloquece, me transporta a un mundo imaginario, me da placer, haciendo que todos mis nervios se alteren y que todos mis vellos se pongan de punta.

Me agarra por las caderas y me sube encima de él, sin que nuestras bocas se separen, mientras su miembro se frota contra mi vulva, rozándose sin parar,

al mismo ritmo que las bocas se devoran... y noto que me viene, una y otra vez, y él lo sabe, él lo siente, y continúa con ese baile erótico de nuestro sexos, con esa danza que me vuelve loca y que controla de manera sublime. Y cuando mis gritos se ahogan en su garganta, cuando mi cuerpo no soporta tanto placer, me tumba, entra en mí y se vacía de una, mientras lleva la cara hasta mi cuello y susurra mi nombre.

En unos momentos, estaré dormida en sus brazos.

Dormida y feliz.

¿Sabes de alguien que esté tan feliz en su cautiverio?

«No, no sé de nadie, pero sí sé que eres la más loca que conozco».

Dos días más tarde, se vuelve a ir.

Pero tengo que decir que me ha dejado abastecida, que ha llegado un momento en el que he pensado que mi cuerpo no podría aguantar tanto placer. Mi cuerpo y mi cerebro.

Pero sigo pensando que Amina no es de fiar, que tal vez sea o haya sido de fiar para su esposo o el que fue su esposo, pero ahora... ahora no me gusta nada. Ya no veo rastros de esa dama dulce y prudente que conocí en Nueva York, ya no me encuentro con esa mirada entre bondadosa y amable, que me dedicaba en nuestros primeros encuentros. Y eso ha ido sucediendo, más o menos, al mismo tiempo que crecía mi vientre. Creo que me envidia, no, no lo creo, lo sé seguro; me envidia y quisiera ser ella la poseedora de esa barriga, la que llevara este niño en su vientre. Sí, es un niño, ya lo sabemos y no hay ninguna duda.

También veo que ella cree que domina sus gestos, sus miradas, que los controla o, por lo menos lo intenta, pero sabe que la mujer que tiene enfrente se sale de lo normal en todos los aspectos y eso, la saca de sus casillas. Sé que teme que le pueda decir algo el árabe y cada vez que él se va, ella respira aliviada, pues lo más probable es que no le haya dicho nada, pues yo no me he mostrado para nada indefensa ni preocupada. Pero, tal vez, lo debería haber hecho, tal vez, debería haberle dicho que desconfío de Amina y de esa doctora que me revisa cada dos por tres. Pero, por otro lado, me digo: «Alejandra, no seas paranoica, no seas retorcida, no pienses que estas mujeres son como tú, frías y calculadoras».

Seguramente tengo esos pensamientos, debido a mi estado y al encierro.

Saldré al patio, nadaré un rato en el estanque y aplacaré mis nervios.

# VEINTISÉIS

No creo que tarde mucho.

Tengo la barriga a punto de explotar, pero aún no noto contracciones ni nada por el estilo. Solo he engordado ocho kilos, la mayoría en la barriga y el resto en los pechos.

Estoy leyendo *Una Historia de Haiku*, el primer volumen, de Reginald Horace Blyth, cuando entra una criada, la que viene todos los días, la que me ofreció la toalla cuando me di el primer baño en el estanque, contemplo su rostro y lo que veo, no me gusta un pelo. Dejo el libro encima de la mesilla y mi instinto hace que me ponga alerta. No me muevo de la cama y ella se acerca mirándome fijamente, sin mover ni una pestaña.

Le pregunto, en tono bajo, sin dejar de mirar su rostro:

—¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo al señor?

No me hago todavía a la palabra «esposo», es como que no he llegado a creérmelo.

—No, no, señora. Es la comadrona, y creo... creo que quiere hacerle algo malo. —Está de espaldas a la cómoda, donde creo que hay una cámara, pero, a pesar de ello, baja el tono de manera que solo mis oídos la pueden escuchar.

Me levanto despacio.

—¿Dónde está?

—En la sala médica, con la señora.

—¿Has oído algo?

Seguimos susurrando mientras me ayuda a colocar el cobertor de la cama.

—Creo que quieren sacarle al niño.

La miro fijamente.

Hablamos en árabe y sé de sobra que he entendido perfectamente sus palabras, pero si no fuera así, si yo no dominara el idioma, sabría por su semblante, por sus ojos de pánico, que algo malo iba a suceder.

—Vale. No digas nada más. Pon orden en la habitación y compórtate como siempre. Que no se te note que estás alterada.

—Sí, señora.

Un rato más tarde, aparecen Amina, vestida de blanco, y la ginecóloga o lo que sea, que también viste de blanco, una túnica sencilla de un algodón recio y

el cabello y cuello tapado con un Al Amira en tonos estampados. Si esta mujer no es médica, tal vez le hayan enseñado a manejar el ecógrafo, pienso mientras miro las hojas del libro que tengo entre manos, el de poesía Haiku. Tal vez sea una simple comadrona...

¿Y... el árabe lo sabe?

Estoy sentada en una butaca y hago como que leo, para elevar al momento la mirada y fijarla en las dos mujeres. El rostro de Amina muestra una sonrisa resplandeciente, y me doy cuenta de la ausencia de joyas, ni pulseras ni anillos, solo unos pendientes de diamantes pequeños, teniendo en cuenta sus gustos; la comadrona o lo que sea, también luce una sonrisa, pero menos efusiva, sin enseñar los dientes, con los labios apretados.

—Vamos, Alejandra. Vamos a la sala médica —me dice con simpatía.

—¿Para qué?

—Para ver cómo está todo, querida.

Me levanto y siento cómo la túnica blanca de fino algodón se me pega a la barriga, a los hinchados pechos y cómo las dos mujeres no dejan de observarme, y siguen todos mis movimientos como si tuvieran cámaras en los ojos.

Nos dirigimos por los pasillos hasta llegar a la sala médica, como todos la llaman, incluida yo. La comadrona me pide que me suba al potro. Así lo hago, abierta de piernas, veo cómo se coloca enfrente de mí y su mirada se centra en mis genitales; pero, en cuestión de segundos, siento una presencia detrás y con el rabillo del ojo veo una mano con un trapo en la mano que se acerca hasta mi cara. Pero nada de eso llega a suceder, pues mi instinto me avisa, me pongo alerta y, sin pensarlo dos veces, le pego una patada a la comadrona, dándole con la planta del pie en la cara, con tal fuerza que noto cómo le rompo la nariz, pues le he dado con todo el talón y, al tiempo, con un manotazo hago que Amina tire el pañuelo o gasa o lo que sea.

Me levanto rápida y ágil, pues, aunque el embarazo me incomoda, tengo energía y rapidez de movimientos y no me dejo avasallar por las dos mujeres que me miran con los ojos desorbitados. La comadrona tapa la nariz ensangrentada con su mano, mostrando un gesto de dolor y Amina está paralizada.

Se ve que algo así no entraba en sus planes.

En ese momento, mientras miro a la primera esposa del árabe, la comadrona se dirige hacia mí, con idea de pillarme desprevenida. Me agarra

de los brazos y veo cómo Amina se agacha y vuelve a coger la gasa para pegarla a mi cara, mientras yo me sorprendo de la fuerza que tiene la cabrona de la comadrona y calculo la distancia que necesito para hacer lo que tengo que hacer.

Amina se acerca y yo me dejo caer sobre el cuerpo rechoncho de la comadrona, para que mis piernas cojan impulso y con los pies empujarla para que no plante esa gasa con anestésico, pues ya sé de qué va todo esto. Ejercicio toda la fuerza de mi cuerpo en las plantas de los pies, los dos al mismo tiempo, descargándolos sobre el pecho de Amina que, con el impacto, se va hacia atrás y cae al suelo, golpeándose la cabeza fuerte.

Se oye tal ruido que pienso que la he matado, pero como sigo agarrada por esa individuo, intento hacerle una llave, para que me suelte. Pero ella lleva túnica, yo llevo túnica y, al final, me resulta imposible. Oigo un crujido, y pienso que se ha roto algo, pero, al momento, un dolor agudo me invade el brazo izquierdo, el hombro y sé que la rotura la tengo yo. Y gracias a ello, ella ha aflojado el agarre, pues sabe que me ha roto el brazo y cree que ya me puede dominar, y es en ese instante, cuando me giro, junto los dedos índice y corazón de la mano derecha, poniéndolos firmes y tomando impulso, marcando una velocidad rápida, los dirijo al hoyo entre la clavícula izquierda y derecha, justo en la base del cuello, para darle con toda la fuerza y ver cómo cae en el acto.

No creo que la haya matado, pero sí la he dejado grogui, pienso mientras la miro y noto el primer pinchazo en la barriga. Me cojo el brazo izquierdo y me muerdo el labio para atenuar el dolor, mientras me acerco hasta Amina, para observarla atentamente. No está muerta, respira, pero no ha recobrado el conocimiento. Me dirijo hasta la puerta, cuando oigo un grito detrás y veo a la hija de puta de la comadrona que viene a por mí, me engancha del pelo y me tira al suelo. Mientras eso sucede, pienso que no querrá matarme antes de que nazca el bebé, pero, por otro lado, lo puede hacer e inmediatamente abrirme la barriga y sacar al crío. No quiero entrar en pánico, pero ese pensamiento me acojona, me aterra, pues no tengo dudas de lo que son capaces de hacer estas mujeres, o esta mujer, pues Amina sigue grogui. Pero las órdenes deben ser claras y diáfanas y la comadrona tiene que saber cada paso que hay que dar para lograr sus objetivos. Y, ahora mismo, con el brazo roto, me siento incapaz de controlar a esta bestia, que parece no notar el dolor que debe de tener en la nariz, que todavía le sangra, aunque débilmente, más el dolor del cuello que

también debe ser molesto.

Siento su respiración en mi cara, siento el odio en su mirada. Una gota de sangre cae en mi frente.

Intento doblar una pierna para separarla, para que no me aplaste la barriga, pero pesa como un muerto. ¡Joder! Debe pesar noventa kilos por lo menos y no sé cómo quitármela de encima y, a pesar de que intento tensar el cuerpo para oponer la máxima resistencia, veo sus intenciones. Quiere cogerme la cabeza para golpearme contra el suelo y cree tenerlo fácil, pues con un brazo inutilizado, el embarazo en su fase final y todo el peso de su cuerpo encima, lo más simple es que yo sea la perdedora.

Y es en ese momento, cuando siento que alguien la separa de mí, y mientras eso ocurre, las uñas de la cabrona se deslizan por los laterales de mi cuello, como si fuesen las garras de un oso. Por fin quedo libre, mientras oigo un fuerte golpe, cómo alguien le pega un bofetón que la tira al suelo. Creo que es un guardia, pero, al levantar la cabeza y mirar lo que sucede, lo veo a él, que vuelve a darle otros dos golpes y la deja inconsciente.

Se queda quieto, mirándome; no sé qué piensa, no sé qué cree que ha sucedido. Veo cómo desplaza la mirada hasta Amina, que sigue en el mismo lugar... Creo que se va a dirigir hasta ella, para ver qué le pasa, para saber si está viva o muerta, pero no es así.

Viene hacia mí, despacio, mientras yo estoy quieta, sin moverme, fijándome en todos los detalles de ese hombre magnífico. Viste pantalón y camisa, y eso quiere decir que acaba de llegar o lleva poco tiempo aquí, porque no lleva túnica. Miro sus zapatos negros, brillantes, immaculados, la hebilla del cinturón, que es de una marca muy conocida y parece la inicial de su nombre. Miro la camisa blanca, que deja imaginar cómo son esos pectorales y esa anchura de hombros, lleva las mangas subidas, enseñando los morenos antebrazos, el poco vello oscuro y las recias venas que se le marcan como si fuesen a saltar de un momento a otro. Se dirige hasta mí, sin retirar su mirada, enlazándose con la mía y me fijo en la cicatriz del cuello, en la quemadura, que apenas se vislumbra, pues el cuello de la camisa y el cabello largo casi la tapan. Y no sé por qué, se me escapa una lágrima y luego otra, y las dejo que se deslicen por las mejillas.

Él me rodea con sus brazos, con tal delicadeza que ahora no solo lloro, berreo. Me acaricia la cabeza, me susurra en árabe, me dice que ya está, que todo ha pasado, que estoy a salvo, que ya no se va, que cuando nazca el niño

nos iremos.

Y yo me abrazo a él, con el brazo derecho, con el bueno. Y pego la panza contra ese cuerpo duro, hermoso, que me envuelve y me da calor. Entonces, siento otro pinchazo en la barriga, y él lo nota.

—¿Qué ocurre, mi amor? —Me agarra del brazo roto y, aunque lo ha hecho con suavidad, se da cuenta que hay más de un frente abierto.

—Creo que tengo el brazo roto. —Su rostro se endurece y aprieta los dientes—. Y creo que estoy de parto o algo por el estilo. —Intento sonreír al ver la dureza en esa cara morena, en esos ojos negros.

En esos momentos entran en la sala varios criados. Mientras él me coge en brazos y me lleva al potro, da la orden de que se lleven a Amina y a la otra mujer y que las tengan bajo vigilancia. A las dos, recalca con la voz más dura que le he oído desde que lo conozco. Me trata como si me fuera a romper y ahora me da por reír.

—¿Qué pasa? ¿Por qué ríes?

Está preocupado, no lo puede disimular, mientras sus brazos me rodean.

—Por nada. No quiero sentarme ahí, no me voy a poner ahí —le digo sin risa alguna—. Estoy de parto, lo noto. Tengo ganas de empujar.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Quieres parir en el agua? He traído a un ginecólogo conmigo, ¿quieres que lo llame y curemos el brazo?

Lo miro sorprendida ante tanta información.

—El brazo puede esperar. Dile a mi criada que prepare la sala de baño.— Mis palabras salen entre dientes, y mientras siento sus brazos rodeándome, llevándome con delicadeza, como si solo pesara veinte kilos, grita a otro de los criados la orden, que sale corriendo mientras nosotros vamos detrás.

—Coge aire, coge aire y suéltalo —me susurra y siento cómo sus labios rozan mi oreja.

—¿Has estado en el parto de tus hijas? —pregunto entre jadeos.

—Sí, en los tres.

Cuando llegamos a la sala de baño de la *suite* que compartimos, me deja con cuidado en el suelo y se desnuda tan rápido que, a pesar del momento que estoy viviendo, mis ojos se clavan en ese cuerpo que se va despojando de la ropa, sin ponerse nervioso, pero sin perder tiempo, y admiro toda la belleza que posee y que, aun marcado con esa cicatriz que invade el lateral izquierdo del cuello y casi todo el omoplato, no le resta belleza en absoluto; al contrario, parece como si fuese un tatuaje, un zigzag de rayas y pliegues, que

se juntan, se separan, mostrando distintas tonalidades, que mis ojos contemplan hipnotizados. Ahora está en calzoncillos, se mete en el agua y me ayuda para que entre y rasga la túnica, para quitarla de mi cuerpo, para no lastimar el brazo. Una vez que me siento y me apoyo en la pared, el agua me llega al pecho y la noto templada, cálida, pero no caliente. Abro las piernas por puro instinto y siento cómo la pelvis se abre, cómo mi cuerpo quiere expulsar este feto que he llevado durante treinta y nueve semanas. No siento dolor, solo el brazo me molesta, pero lo tengo pegado al cuerpo y procuro moverlo lo menos posible.

Siento sus manos que abren mis muslos más de lo que están, veo cómo esos ojos oscuros fijan la mirada penetrante en mi sexo y esas manos grandes se ponen en movimiento, pues el niño ya está coronando. Y me sorprendo, gratamente, de tenerlo entre mis piernas, de ver cómo se mueven sus hombros al compás de sus brazos y de sus manos. Jamás imaginé tener un hijo y que el padre de ese bebé fuese el que me asistiese en el parto, un parto en el agua, jamás pensé en tener un hijo del árabe y, sin embargo, aquí estoy..., pariendo a su hijo.

Es algo extraordinario.

Así lo siento, así lo vivo, y cada vez estoy más convencida de que todo esto está pasando por algo. De que todo esto es la consecuencia de todos mis actos anteriores. Y que el hombre que me esperaba al final del trayecto, aunque yo no lo supiera, era él.

No sé por qué tengo tanta confianza en él, tal vez sea porque he visto cómo golpeaba a la comadrona sin titubear, pero con rabia, y cómo ha mirado a Amina, para comprobar si estaba vivía o muerta, pero con frialdad, mostrando una mueca en su atractivo semblante, algo así como que no se esperaba semejante comportamiento de su esposa, o exesposa.

Sí, todo va a salir bien, no solo porque noto que empujo sin querer hacerlo, que mi propio cuerpo marca las pautas y que sigue el curso normal de la naturaleza femenina, sino porque él muestra una seguridad plena, unos nervios de acero... y todo eso, me lo traspasa. Lo miro como si lo viese por primera vez, como si el tiempo se detuviera, como si yo no fuera la que está pariendo un hijo suyo; lo observo mientras noto sus manos sacando la cabeza del bebé, al tiempo que me habla, que me dice palabras cariñosas, mientras mi cuerpo empuja, pues yo no hago nada, apenas siento un dolor... algo más fuerte que una regla, nada más. Me molesta más el brazo, pero, con todo y con eso,

contemplar a ese hombre, entre mis piernas, hace que los dolores se esfumen y que parezca estar en un sueño.

Y viéndolo así, grande, bello como pocos, casi desnudo, con sus manos entre mis muslos, el bebé sale disparado, como si se deslizara por un tobogán, como si algo o alguien le hubiera dado un empujón. Él lo coge en sus manos, sacándolo del agua, lo mira con un vistazo rápido y lo pone sobre mi pecho, justo cuando comienza a berrear, y mientras eso ocurre, con un gesto le pide una bandeja a mi criada, que permanece atenta a cualquier cosa que se le mande.

Veo los dedos largos y morenos, colocar una pinza cerca de la pancita del bebé y otra algo más alejada y, seguidamente, secciona en el espacio que hay entre las dos pinzas y coloca otra en el resto de cordón que cuelga del bebé, que, con el tiempo, se secará y se caerá. Mete con mucho cuidado el cordón en un tubo de cristal, lo cierra y le dice a la criada que lo lleve a su sitio. Yo no digo nada, solo miro, contemplo, mientras el bebé descansa entre mis pechos, al tiempo que pienso que congelarán el cordón para prevenir enfermedades futuras, pues en esa sala médica había un contenedor específico.

Me maravilla ver cómo se desenvuelve, con qué frialdad, con qué precisión, sin perder un segundo, sin ponerse nervioso. Como ahora, que coge un gorrito de la bandeja que ha dejado la criada y tapa la cabecita del crío mientras me mira, me sonrío, esa sonrisa me llega hasta las entrañas, y dice que es para que no le baje la temperatura. Y mientras hace desaguar la piscina, mientras el agua sucia, sanguinolenta, se va por el desagüe, siento que mi corazón palpita fuerte, con genio, con ansia y creo que ahora sí.

Que ahora es verdad. Ahora me ha desaparecido la ausencia por completo.

Me quita al niño y se lo da a la criada, que lo envuelve en una suave y cálida sábana, mientras lo mira con adoración. Me pregunta qué tal estoy, si me encuentro bien, si siento mareos o frío; y yo muevo la cabeza, niego, sin dejar de mirarlo. Se mueve, se coloca detrás de mí y mientras veo cómo el agua termina de abandonar la lujosa piscina, él coloca sus manos sobre el vientre, pega unos ligeros apretones y la placenta sale expulsada como un cohete. Tengo la sensación de que ha parido él, pues todo lo ha hecho él.

Mi cuerpo no contiene drogas y, sin embargo, me siento en una nube. Tal vez sea por el dolor del brazo, o por la pérdida de sangre, o por lo ocurrido antes de que él llegase, o por todo junto, pero... me siento extraña y a la vez feliz.

Él sigue detrás de mí, pegado a mi espalda y nos quedamos así, durante unos segundos, mientras me acaricia los pechos. Pero no es una caricia erótica, aunque lo pueda parecer, los está amasando, para que me dé la subida, para que amamante a su hijo, a nuestro hijo.

Pero oigo... oigo lo que me dice al oído mientras pellizca con suavidad los senos:

—Te amo, te amo..., mi vida, mi amor, mi corazón.

Y al oír esas palabras, creo morir y resucitar, en un solo momento. Ahora, ahora soy otra. Lo sé, lo siento.

Y no te atrevas a decir ni una sola palabra o...

«¿O qué...?».

O te arrepentirás.

Me coge en brazos, con cuidado, y me saca del agua, la criada me lía una toalla en la cabeza, pues parte de la melena está mojada y él me lleva a la cama.

Por la noche, solos, en la gran cama, después de haber alimentado al bebé, pues la subida ha sido rápida, ayudada por él, ya que tengo el brazo inmovilizado, me encuentro entre sus brazos mientras escucho sus palabras.

Mi criada lo buscó, lo avisó, le dijo que pensaba que yo estaba de parto o que me lo iban a provocar. Había llegado el día de antes, pero no me quiso molestar y se mantuvo alejado de esas habitaciones. Luego sabré que estamos en una especie de fortificación a cien kilómetros de Riad, en el desierto, que dispone de más de cuarenta habitaciones y una serie de complejas instalaciones para que todas las necesidades estén cubiertas. También me dirá que sospechaba de Amina, pues veía las grabaciones de las visitas que me hizo y era consciente de los cambios que se iban produciendo en su carácter. Y sí, me confirma que hay varias cámaras en la *suite* donde estamos, igual que en la otra.

—¿Qué pasará con la comadrona? —pregunto curiosa, deseosa de saber qué va a hacer.

—¿Te preocupa?

—No. Simplemente me interesa.

—Tendrá su castigo. Te habría matado sin dudar.

—¿Y Amina?

No se lo piensa, pues contesta en el acto:

—Ella debería correr el mismo destino que la comadrona, pero como es la

madre de mis hijas... vivirá. Pero ya no podrá hacer la vida que le gusta. Ya no irá a Londres ni a ningún otro sitio. Permanecerá en Riad y verá a las niñas cuando lo considere oportuno.

No digo nada. Pienso en sus palabras, en la dureza de esas palabras, en el significado de las mismas. Habla de muerte, y habla de encierro, y sin poderlo controlar, me recorre un temblor por todo el cuerpo. Él lo nota, y me arrebuja entre sus brazos, pegada a su pecho, pero siempre protegiendo mi brazo maltrecho.

Los temblores que he tenido después de parir, ya han pasado, pero, ahora, ahora parece que vuelven. Pero no son los mismos. No. No lo son.

—¿Tienes miedo? —me pregunta mientras su boca está pegada a mi frente.

—¿Debo tenerlo?

—No lo sé. No estoy dentro de tu cabeza para saberlo. Pero imagino que te ronda.

—Me gustaría saber lo que tú sabes.

—Has visto lo que le va a ocurrir a una mujer que intentó matarte, aunque no lo logró. Lo que le va a ocurrir a la madre de mis hijas, por conspirar, por ser partícipe, aunque ella lo niegue.

Silencio.

—Si lo niega, ¿por qué no la crees?

—Porque la conozco muy bien, y sé que toda esa disposición que mostró al saber que te quería como esposa, no era real. Ella pensó que yo seguía confiando, que ella seguía teniendo el control, pero lo que no pensó es que conozco muy bien la condición femenina, y que normalmente, cuando hay varias esposas no todo es felicidad, de manera que, en este caso en particular, que solo habría una, pues el divorcio estaba pactado desde el principio, todo tomaba otro cariz.

—¿Te duele?

—Sí y no. Me decepciona, pero, por otro lado, lo entiendo. Lo que no entiendo ni comparto ni acepto es que haya sido capaz de llegar hasta donde ha llegado.

—¿Y qué dice en su defensa?

—Que querían ver cómo te encontrabas, por si acaso el parto se adelantaba. Que te pusiste violenta, pensando que te iban a hacer algo malo y de ahí la pelea.

—Si tardas más en llegar, no sé si podría haberme hecho con la

comadrona, con el brazo así.

—Estaba muy cerca.

—¿No hay cámaras en la sala médica?

—No. Pero vi cuando salías de aquí. Tengo un monitor en mi despacho, lo que pasa es que está en la parte más alejada de la fortificación. Vi cómo la criada te cuchicheaba y me dio mala espina.

—¿Has pasado mucho tiempo aquí, sin yo saberlo?

—Mucho no, pero sí. He estado aquí, te he visto por las cámaras, te he contemplado mientras leías, hacías tus ejercicios, paseabas como una tigresa en una jaula. Mientras dormías, comías, mirabas estas paredes, y las de las otras habitaciones... buscando cámaras.

Se hace un silencio entre nosotros, cuando siento el calor que desprende su cuerpo y que me resulta de lo más placentero, a pesar del dolor del brazo, de las contracciones del útero que está encogiéndose, para volver a su tamaño natural. De todos modos, esas molestias han sido más acusadas cuando le daba el pecho, el árabe ha dicho que eso son los entuertos, que, al dar de mamar, se libera oxitocina que favorece esas molestias, pero que no me preocupe que, al ser el primero, no durarán mucho.

Es un hombre fuera de lo normal.

Lo digo por todo lo sucedido, pero, en especial, por lo que ha venido a consecuencia del parto. Cuando el bebé estaba saciado y la criada se lo ha llevado a la habitación contigua, donde se ha instalado para cuidarlo, lo primero que ha hecho ha sido frotar mis pezones con restos de leche materna, pues alivia las molestias que provocan los pechos tan hinchados. Me lo ha dicho mirándome a los ojos y acariciando los pezones de una forma que me ha hecho enrojecer. Después, me ha llevado al baño, me ha quitado las bragas y la compresa y me ha lavado para, seguidamente, aplicarme hielo envuelto en un paño, en la zona del ano para prevenir las hemorroides. Me he quedado fuera de lugar, sin decir nada, agarrándome a su cuello con la mano derecha, pero dejándome hacer; de hecho, no le he dicho que no me ha salido ni una de esas venas que se hinchan durante el embarazo, y él se ha dado cuenta de que no había, pero ha dicho que más vale prevenir que curar.

Mientras el silencio nos invade, noto esas manos que me acarician de manera tan sutil, pienso en todo lo ocurrido. En todo lo pasado en estos meses, pero, en especial, en este último día, y creo, estoy convencida, de que el árabe es un hombre especial, único.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Puedes y debes.

A pesar de estar abrazada, a pesar de sentir la calidez de su cuerpo, su voz es dura.

—Sabes todo lo que he hecho, sabes de lo que soy capaz... y, aun así... ¿me amas? ¿Me amas de verdad?

No tarda ni una milésima de segundo en contestar:

—Sí. Más que a nada en el mundo.

Respiro con fuerza, pues algo así, no es para tomárselo a broma.

—¿Y... y qué pasaría si en el futuro volviese a las andadas?

Ahora su voz no se escucha, lo único que oigo es su respiración. Siento su aliento en mi frente, sus brazos que me abrazan, igual que hace un momento, ni con más fuerza ni con menos.

—Sería lo último que harías.

La voz sale áspera y, al tiempo, sus brazos me aprisionan mientras sale cada una de las fatídicas palabras. No me hacen daño, pero me aprietan con fuerza. Y no me corto, pues quiero saber, quiero que todo quede claro entre nosotros.

—¿Me matarías?

—Sí. Mejor yo que otro.

No digo nada, sé que no miente, sé que no son palabras para asustarme, sé que lo haría. Y, a pesar de ello, en unos minutos, me duermo en sus brazos.

# EPÍLOGO

No paro de reír al ver la cara que pone el sueco. Es todo un poema.

Estoy en su apartamento, el primero que se ha comprado desde que se ha hecho rico. Decorado de forma ecléctica, mezclando antigüedades, muebles de artesanos del país, cosas compradas en mercadillos, igual que hacía Jared, y otros muebles más modernos, todo ello rodeado de su propio arte. Algo más de doscientos metros cuadrados para que su pareja y él tengan sitio de sobra y para invitar a sus amigos a cenas estupendas al tiempo que hace promoción de sus obras.

Estamos sentados en un precioso sofá estilo Biedermeier de 1860, en madera de caoba y tapizado en una seda de rayas rojas y doradas, y detrás de nosotros un gran ventanal que nos lanza al sur de Manhattan. Enfrente una mesita de metacrilato con adornos dorados y encima el último número de la revista *TIME*, en cuya portada reza: «Ghiyath Najum ibn Ayyaf Al Rashid, y su esposa Alejandra Pacheco Cortés. Pareja del año 2018. Donde las culturas se unen».

La revista quería ponerlo como hombre del año, y él, de manera muy correcta, pero muy embaucadora, le dijo al editor que si en la portada no salía su esposa, no habría nada, ni entrevista ni portada. El editor no se lo pensó y llegaron a un acuerdo, nada de hombre del año, sí a la pareja del año.

Es una foto preciosa, que nos ha hecho una prestigiosa fotógrafa. Solo se ven nuestros rostros, el mío más alto, pues rodeo con mis brazos el cuello de Ghiyath, quedando mi boca a la altura de su frente.

En este momento, Ans coge por enésima vez la revista y contempla la portada. «El árabe está guapo de cojones», palabras textuales del sueco, vestido con traje oscuro y camisa blanca, pero solo se le ve la solapa de la americana, el cuello de la camisa contrastando con esa piel morena y esa barbita tan *sexy* que lleva. El cabello, ni corto ni largo, deja ver el comienzo de la cicatriz del cuello, que en la entrevista dan pelos y señales de cómo se la hizo, pues las personas que salvó del incendio, un productor de cine, una estrella emergente y la gobernanta de la mansión del productor, se han encargado de contarle una y mil veces, quedando como un héroe; y aprovechando la entrevista y dado que él nunca había concedido ninguna,

sacan a colación lo sucedido el 11 de septiembre, relatado de manera breve, pues el árabe así lo quiso.

—¿En serio? ¿Te asistió en el parto? ¿Ese hombre tan masculino te asistió en el parto? —pregunta y repregunta, devorando con la mirada el rostro del árabe.

—Sí. Ese hombre tan masculino, que es mi esposo, cogió entre sus manos la cabeza del crío, de su hijo, de nuestro hijo, y lo ayudó a salir a este mundo cruel. Así es el árabe, así es mi esposo.

—Vaya —susurra, dejando la revista encima de la mesa para mirarme sin pestañear.

—Después, cortó el cordón, lo guardó en un tubo que le dio a una criada para que lo llevara a uno de esos congeladores, comprobó que respiraba bien, le hizo berrear, le puso un gorrito en su cabecita y le dio el bebé a la criada, mientras el agua se iba por los desagües. Se colocó detrás de mí, me colocó entre sus piernas, teniendo mucho cuidado de no hacerme daño en el brazo roto, y presionó varias veces mi barriga hasta que solté la placenta.

—¿No me estarás tomando el pelo? —pregunta sin dejar de mirarme, al tiempo que entrecierra ligeramente esos ojos tan especiales.

—No, cariño, te estoy contando todo como sucedió.

—¡Por todos los dioses! ¡Con qué hombre te has casado!

—Creo que con el mejor.

Y los ojos azules, claros como el agua, me miran, sin creerse lo que oye.

—¿No te obliga a que reces y todas esas cosas?

—No.

Mi sonrisa es tan amplia que él se contagia.

—¿No te prohíbe nada?

—Sí.

Hago una pausa después de la afirmación y él mueve una mano.

—¿Qué? Me tienes en ascuas.

—Que no enseñe mi cuerpo a los demás. Ya sabes, nada de vestiditos minúsculos o escotes escandalosos.

El sueco vuelve a mirarme de arriba abajo, mientras oímos cómo su novio se mueve por la cocina, haciendo todo el ruido posible, en un domingo resplandeciente del mes de septiembre.

Llevo un pantalón de vestir negro y una camisa de gasa amarillo limón, zapatos de salón negros y el largo cabello recogido en una cola de caballo.

—A Jared, que en paz descansa, no le importaban esas cosas. Podías ponerte lo que quisieras.

Desaparecen las sonrisas de nuestros rostros. Pongo una mano sobre la suya, que descansa en el respaldo del sofá.

—Lo sé. Pero todos los hombres no son iguales.

Agarra mi mano y besa los dedos.

—Nunca entendí por qué lo dejaste. Os fuisteis a ese viaje, y él volvió solo, y tú... tú desapareciste. ¿Qué pasó? ¿Dejaste de amarlo tan pronto?

—No, no fue así. Las cosas no iban tan bien como queríamos mostrar y en ese viaje... —Dejo la frase sin acabar.

—Apareció él.

Nos miramos con intensidad. No voy a contar cómo sucedieron las cosas, lo que ocurrió de verdad. A nadie le importa. Es algo entre el árabe y yo. Nadie más.

—Sí. Apareció él.

—Entonces, hubo algo cuando trabajaste para él.

—No, no hubo nada. Todo comenzó en la Riviera Maya.

A fin de cuentas, no miento.

—Ya. A pesar de esos sobres con cinco mil dólares que te llegaban al día siguiente de haber estado con él, ¿nada de nada? —No retira la mirada de mi rostro ni un solo momento, y yo, tampoco.

—No, Ans. Nada de nada. Y no te has expresado correctamente; no estaba con él, trabajaba para él. No es lo mismo.

—Sí, tienes razón. Perdona, tesoro, no quería ofenderte.

—No me ofendes, pero no quiero que pienses algo que no sucedió.

—Tienes razón —vuelve a repetir mientras coge otra vez mi mano—. Es que es tanta acumulación de recuerdos en un momento... y tan cercanos. Aún me cuesta hacerme a la idea de que estés casada con el árabe, y todavía me cuesta pensar que Jared esté muerto.

Nos miramos sin pestañear, mostrando el dolor en nuestros rostros.

—¿Acaso piensas que si Jared y yo hubiésemos seguido, estaría vivo?

—No, mi amor, no lo creo. Ese tipo que le disparó, llevaba semanas controlándolo. Nicole me dijo que descubrieron, en la casa del tipo, fotos que le había hecho antes de que os fuerais al Caribe.

—¿Nicole?

—Sí, se lo dijo otro policía. Cuando Jared volvió y ella se enteró de que

estaba solo, intentó retomar la relación, pero él no quiso. Poco antes de que lo mataran, ella comenzó a salir con otro policía; por eso supo ciertos detalles antes que la prensa.

Nos quedamos callados durante unos segundos.

—¿No llevas una foto del bebé? —Una sonrisa ilumina su atractivo rostro.

—Sí —contesto al tiempo que cojo el bolso y busco el billetero de piel de cocodrilo.

Saco una fotografía y se la doy. Tengo que hacer esfuerzos para no reírme, y él no se corta y abre la boca ante lo que ve.

—¡Dios del cielo!

Sus ojos están viendo una fotografía en blanco y negro, está viendo a un bebé de una semana, desnudo, dormido en los brazos del padre. Y esa foto, solo deja ver un tórax ancho, oscuro, sin vello, unos brazos poderosos y unas hermosas manos que acogen al bebé; se aprecia el comienzo de la cicatriz del cuello, se ve la barba y esa boca seductora..., nada más.

—¿Te recojo las babas? —pregunto entre risas, viendo cómo hace un esfuerzo y levanta la mirada.

—Me gustaría pintarlo, ¿crees... crees que se molestaría?

Me levanto y voy a coger la chaqueta.

—Quédatela, pinta un cuadro. Pero, para nosotros, no para que lo vea el mundo.

Parece sorprenderse ante las palabras y, al ver que me dispongo a marcharme; sé que quiere que esté más tiempo en su casa.

—¿Por qué no te quedas a comer?

—Mi esposo y mi bebé me esperan. Esta tarde nos vamos a Bedford.

Me ayuda a ponerme la chaqueta y me dirijo a la cocina para darle un abrazo al novio del sueco, que hace varios aspavientos para no mancharme con la cuchara de madera.

Mis tacones resuenan en el luminoso y precioso apartamento mientras cojo el bolso y veo cómo el sueco me admira detenidamente.

—Ya no podré pintarte más.

Lo dice con pena, pues cree sus propias palabras.

—Sí, claro que podrás, pero no desnuda, eso se acabó —le digo entre sonrisas, viendo el gesto que hace, entre enfadado y molesto—. Ghiyath quiere que me hagas un retrato. Con mi hijo.

—Será un placer para mí.

—Lo sé.

Abro el bolso y vuelvo a sacar el billetero, mientras me mira... con suspicacia. Saco otra fotografía, del mismo tamaño que la otra y se la doy.

El móvil me suena con potencia, mientras los ojos del sueco se quedan clavados en esa imagen en blanco y negro.

Mujer dando el pecho a un bebé, el mismo bebé que el árabe tiene en sus brazos. Desnuda, pero no se ven los pezones, solo mis brazos sujetando a mi hijo, mientras succiona un pecho, mientras su cuerpecito tapa el otro. No se ve más cuerpo, no se ve el rostro, solo mi boca y la espesa melena cayendo por la espalda.

Saco el teléfono del bolso y leo un mensaje.

—Podrías pintar dos cuadros, ¿no te parece? Podrían llamarse, paternidad y maternidad —lo digo entre risas, pero él sabe que hablo en serio.

—Por supuesto. Será un placer para mí. ¿Tú hiciste la foto de él, y él la tuya?

—Sí, así fue. Las hicimos un día antes de irnos del desierto.

—Pero ¿no tenías el brazo roto?

—Al final, solo fue una luxación. Tengo unos huesos duros —explico sonriéndole.

El sueco mueve la cabeza, como queriendo asimilar tanta información o, más bien, queriendo entender todo lo ocurrido mientras guarda la fotografía con la otra, en el bolsillo de su camisa.

—Y pensar que fue él, el que compró los cuadros. Y nosotros sin saberlo.

Me río mientras vamos hasta la puerta. Sé tantas cosas que él no sabe...

—¿Dónde los tenéis?

—En el dormitorio de la casa de Bedford.

El sueco ríe nervioso.

—Es increíble, increíble.

De repente, me agarra del brazo y me lleva a su despacho. Abre un cajón y saca un sobre que se encuentra debajo de varias carpetas.

—Toma.

Miro el sobre y con solo palparlo sé lo que hay dentro.

—¿De dónde las has sacado?

—Me las dio Jared. —No digo nada, espero—. Cuando volvió de México, a los pocos días, se pasó por el estudio... —No termina la frase.

—¿Te las dio y ya está? ¿No te dijo nada?

—Sí, sí me dijo.

—¿Me lo vas a decir o tengo que sacártelo a golpes? —le digo con una sonrisa.

—Me dijo que no podía tenerlas cerca de él. Que tenía que olvidarte de la manera que fuera... y que teniendo esas fotografías en su apartamento no podía. Pensó en destruirlas, quemarlas, lo intentó con una, verás que está quemada por la esquina, pero se arrepintió al momento y no siguió. Al final, me las trajo, me dijo que las guardara y que si llegaba el día que me las volviera a pedir y no las tuviera..., me cortarían los cojones y me los haría comer.

No puedo evitar que los ojos se me humedezcan, pero sonrío y controlo el posible llanto.

—Era un buen hombre —enfático las palabras, intentando que no se me quiebre la voz, mientras nos miramos—. Era de los mejores.

El sueco me mira, me observa durante unos segundos, y siento que no me ha contado todo. Que los últimos meses de la vida de Jared no fueron buenos, nada buenos. Pero no digo nada.

—Sí. De los mejores —añade, con esos ojos clavados en los míos.

Seguramente, con el tiempo lo sabré, me lo contará... y sufriré. Guardo el sobre en el bolso, lo dejo en la mesa del despacho y le doy un abrazo al sueco.

—Tú también eres de los mejores.

Mis brazos en su cuello, y sus brazos en mi cintura. Estamos así durante un rato, me separo, le doy dos sonoros besos en sus mejillas rasposas, mientras sujeto ese rostro vikingo entre mis manos.

—Cada día estás más atractivo, más viejo y más guapo.

Suelta una carcajada y me da un azote en el trasero.

—Aduladora.

Cojo el bolso y salimos del despacho, para dirigirnos a la entrada.

—Bueno, Ans, estaremos en contacto.

—¿Crees... que tu esposo aceptará una invitación para cenar aquí, con nosotros, con otros invitados?

—Pues claro. Cuando vengamos a la ciudad, te aviso antes y tú me cuentas.

—¿Seguro? ¿No lo dices por decir?

—No. Claro que no. ¿Por qué esa suspicacia?

—Como los musulmanes no aceptan a los homosexuales...

—Cariño, el árabe se ha criado en medio mundo, ha pasado la mayor parte

de los últimos años en California, Nueva York y Londres... y se codea con todo tipo de gente. Además, sabe que te quiero, sabe que eres un tipo estupendo y dice... que eres uno de los mejores pintores de todos los tiempos.

Me mira sorprendido, digiriendo las palabras que acaba de oír.

—Vaya, muchas gracias. De verdad, dáselas de mi parte.

—Se las daré. No lo dudes ni por un momento —añado con una sonrisa.

Me acerco para darle otros dos besos y me susurra al oído:

—¿No te secuestraría?

Me separo sin besarlo, y fijo la mirada en esos impresionantes ojos, que cada vez presentan más arruguitas alrededor. Es sagaz, es listo como pocos.

—Por favor, Ans. ¡Qué cosas dices! ¿Te crees que algo así puede sucederme a mí?

—A ti más que a nadie. —No bromea, no sonrío.

Me pregunto si Jared le contaría algo más, si dejaría caer un comentario fuera de lugar, si en algún momento...

Suelto una carcajada y le planto dos besos, uno en cada mejilla, al tiempo que le rodeo el cuello con el brazo.

—Te quiero, Ans. Cuídate y cuida de ese novio que tanto te quiere y tan bien te cuida.

—Yo también te quiero, preciosa. A ver cuándo puedo conocer a tu bebé y comprobar cómo babea ese hombre por ti.

—No babea, cariño, solo me ama.

—¿Y tú? ¿Lo amas?

Salgo del apartamento y no le contesto, solo sonrío, de una manera esplendorosa y, antes de entrar en el ascensor, oigo sus últimas palabras:

—Mucho te tiene que amar para que estés con ese aspecto.

Salgo del edificio y el chofer, el mismo que conocí cuando trabajaba para él, me está esperando.

Me sonrío, abre la puerta y entro en la limusina.

El árabe lleva una mano a mi cuello y deja caer su boca sobre la mía.

FIN

# Sobre la autora

Tania Sexton es de ascendencia gallega, nació en un precioso pueblo del Pirineo Aragonés, Sallent de Gállego, (Huesca) y ahora vive en Albacete.

Lleva en el mundo de la Estética muchos años, pero su verdadera pasión ha sido la lectura y la escritura. Lo que comenzó como un hobby de fines de semana, pues no había más tiempo libre, lo dejó años después, harta de batallar con la máquina de escribir y negándose a las nuevas tecnologías. Lo retomó hace poco tiempo, y ahora, no puede pasar sin su portátil, tableta y demás dispositivos.

Escribir se ha convertido en una constante, en un disfrute; inventar historias de amor, o desamor, y situarlas en diferentes épocas y países, es para ella de lo más gratificante.

Y su deseo es, que los lectores que descubran su obra, disfruten leyéndola, tanto o más que ella escribiéndola. *Calla, nenita, calla* (2017), *Ausencia* (2018), y ahora nos presenta *Eres mía*, la segunda parte de esta historia.

